

**MATERIAL  
SENSIBLE**  
**NEIL GAIMAN**



se

Con una enorme legión de fieles lectores en todo el mundo, **Neil Gaiman** está considerado uno de los escritores de imaginación más fértil y perturbadora de la actualidad. En este volumen, el creador de *Coraline* y *Sandman* ha reunido una extraordinaria colección de veinticinco relatos y poemas que puede entenderse como un auténtico festín, un repertorio que concentra todo el potencial fantasioso y onírico de Gaiman: historias de terror y de fantasmas, ficción especulativa y cuentos de hadas, fábulas perversas y versos sorprendentes.

Como es característico en él, el mundo sensible no es más que un mero velo o una ilusión tras la cual se despliega un sinfín de realidades paralelas y mundos alternativos, casi siempre amenazantes y ominosos. En la mente creativa de Gaiman, todo es posible: laberintos lunares, amigos imaginarios de carne y hueso, iglús fabricados con libros, piratas muy peculiares, caseras asesinas, objetos hechizados, tarjetas de felicitación que alteran el espacio-tiempo... Un muestrario de circunstancias singulares que confieren a los protagonistas un abanico de experiencias capaces de revelarles conocimiento de sí mismos y emociones que ni siquiera sospechaban poseer.

Así pues, al lector le aguarda un viaje literario en el que frotarse los ojos y padecer escalofríos, maravillarse y quedar noqueado por el genio de un escritor sofisticado que nos embelesa con sus hechizos y nos traslada a lo más profundo de un país inexplorado donde lo fantástico se hace realidad y lo cotidiano es incandescente.

*Material sensible* incluye un relato inédito de *American Gods* —«Black Dog»—, otro escrito para conmemorar el cincuenta aniversario de «Doctor Who» —«Las nada en punto»— y una ingeniosísima vuelta de tuerca al universo de Sherlock Holmes, «El caso de la muerte y la miel».



Neil Gaiman

# **Material sensible**

**Cuentos breves y otras perturbaciones**

ePub r1.1

GONZALEZ 27.09.2017

Título original: *Trigger Warning: Short Fictions and Disturbances*

Neil Gaiman, 2015

Traducción: Laura Fernández & Mónica Faerna

Ilustración de cubierta: *The Night Life of Trees*, de Bajju Shyam

Editor digital: GONZALEZ

Corrección de erratas: JeromeEpub

ePub base r1.2



## Dedicatoria

No sé cómo terminé con un agente de Hollywood honrado que lee libros por placer, pero así fue, hace dieciocho años. Ese hombre sigue siendo mi agente, sigue siendo honrado y sigue disfrutando de los cuentos por encima de todo. Este libro de cuentos es para Jon Levin.

# Introducción

## I. PEQUEÑOS DETONANTES

Hay cosas que nos perturban. Aunque aquí no hablamos exactamente de eso. Estoy pensando, más bien, en esas imágenes, palabras o ideas que se abren como trampillas bajo nuestros pies, arrancándonos de la seguridad y la cordura de nuestro mundo para arrojarnos a un lugar mucho más oscuro y menos acogedor. Se nos acelera el corazón con un redoble y tenemos que esforzarnos para recuperar el aliento. La sangre abandona nuestros rostros y dedos, y nos quedamos pálidos, jadeantes, conmocionados.

Y lo que aprendemos sobre nosotros mismos en esos momentos, justo cuando se ha activado el detonante, es esto: el pasado no ha muerto. Hay cosas que nos aguardan, con paciencia, en los pasillos oscuros de nuestra vida. Creemos haberlas superado, haberlas olvidado, creemos que las hemos dejado ajarse y marchitarse y que se las ha llevado el viento, pero nos equivocamos. Estaban esperándonos en la oscuridad, entrenando, ensayando sus golpes más demoledores —esos puñetazos salvajes, duros y cortantes, directos al estómago—, matando el tiempo hasta que volviéramos a pasar por allí.

Los monstruos que se esconden en nuestros armarios y en nuestras cabezas siempre están en la oscuridad, son como el moho que se acumula bajo los tablones del suelo y tras el papel pintado de la pared; y hay mucha oscuridad, una reserva inagotable de oscuridad. Al universo le sobra noche. ¿De qué es tan necesario advertirnos? Cada uno tiene sus pequeños detonantes.

Tropecé por primera vez con la expresión *Aviso: material sensible* navegando por internet, donde se utiliza sobre todo para advertir a los internautas acerca de los enlaces, las imágenes o ideas que podrían perturbarlos y desencadenar recuerdos traumáticos, ansiedad o terror, y se los avisa para que puedan filtrar esas imágenes o ideas o para que quien lo lea pueda prepararse mentalmente antes de encontrárselas.

Me fascinó descubrir que las advertencias de ese tipo habían cruzado la línea divisoria entre internet y el mundo de las cosas tangibles. Me contaron que algunas universidades estaban considerando la posibilidad de poner avisos acerca de la presencia de ese material sensible en libros, obras de arte o películas para advertir a los estudiantes de lo que les esperaba, una idea que me pareció atractiva —por supuesto, todos queremos que quien sea susceptible de perturbarse sepa con anticipación que lo que tiene entre manos podría ocasionarlo— y al mismo tiempo muy preocupante: cuando escribí *Sandman* y se publicaba como cómic mensual, cada número llevaba una advertencia que decía: «recomendado para lectores adultos», lo

cual me pareció acertado. De este modo, se informa a los lectores potenciales de que no están ante un cómic para niños y de que puede contener imágenes o ideas que tal vez les resulten perturbadoras, y además se sugiere que si eres adulto (cualquiera que sea el significado de esa palabra), eres responsable. En cuanto a cuál sería el elemento concreto que pudiera perturbarlos, asustarlos o hacerles pensar en algo por primera vez, me parecía que eso era asunto de cada cual. Somos adultos, decidimos qué deseamos leer y qué no.

Yo creo que las cosas que leemos de adultos deberíamos leerlas sin advertencias o avisos que, en todo caso, vayan más allá de un «por tu cuenta y riesgo». Debemos averiguar qué es la ficción, qué significa para nosotros, pues nuestra experiencia del relato no tendrá nada que ver con la que pueda tener otra persona.

Construimos las historias en nuestra mente. Seleccionamos las palabras, les otorgamos poder y miramos a través de otros ojos, y de ese modo vemos y experimentamos lo que ven otras personas. Y yo me pregunto: ¿son los relatos de ficción lugares seguros? Y entonces dudo: ¿deberían serlo? Después de leer algunas de las historias que leí de niño desee no habérmelas encontrado nunca, porque no estaba preparado para asimilarlas y me perturbaron: historias que hablaban de desamparo, en las que aparecían personas a las que se ridiculizaba, o mutilaba, donde los adultos se sentían vulnerables y los padres no eran de ninguna ayuda. Me inquietaron y aparecieron en mis pesadillas y en mis ensoñaciones, me preocuparon y me perturbaron profundamente, pero también me enseñaron que, si iba a leer historias de ficción, a veces sólo me sería posible descubrir mi zona de confort saliendo de ella; y ahora, como adulto, no eliminaría la experiencia de haberlas leído aunque pudiera hacerlo.

Todavía hay cosas que me perturban profundamente cuando me topo con ellas, ya sea en internet, impresas o en el mundo. Por mucho tiempo que pase no me resultan más sencillas, siguen acelerándome el corazón, nunca me permiten salir indemne de ellas, ni siquiera una vez. Pero me enseñan cosas y me abren los ojos y, si me duelen, lo hacen de maneras que me obligan a pensar, crecer y cambiar.

Mientras leía acerca de las discusiones universitarias, me pregunté si algún día la gente pondría un aviso de material sensible en mis obras de ficción. Me pregunté si estaría justificado que lo hicieran. Y entonces decidí anticiparme.

En este libro encontraréis cosas, como en la vida, que podrían perturbaros. En estas páginas hay muerte y hay dolor, lágrimas y desazón, violencia de todas clases, crueldad, incluso abuso. También hay bondad, espero, de vez en cuando. Incluso unos cuantos finales felices. (La verdad es que hay pocos relatos que acaben mal para todos los personajes). Pero aún hay más: conozco a una mujer llamada Rocky a quien le perturban los tentáculos, y que realmente necesita una advertencia si va a aparecer alguna criatura con tentáculos, sobre todo si éstos tienen ventosas, y que, si se encuentra con un trozo inesperado de calamar o de pulpo, se esconderá, temblando, detrás del sofá que tenga más cerca. Hay un tentáculo enorme escondido entre estas

páginas.

Muchas de estas historias acaban mal para, por lo menos, uno de sus protagonistas. Estáis avisados.

## II. INSTRUCCIONES DE SEGURIDAD PREVIAS AL DESPEGUE

A veces las mayores verdades se dicen en los contextos más inesperados. Yo vuelo demasiado, y ése es un concepto y una frase que habría sido incapaz de comprender cuando era joven, cuando todos los viajes en avión eran excitantes y milagrosos, cuando me quedaba mirando por la ventanilla las nubes que flotaban por debajo del avión y me imaginaba que eran una ciudad, o un mundo, un lugar por donde podría caminar sin miedo. Y, sin embargo, justo antes de despegar, me sorprende pensando y reflexionando sobre la información que ofrecen las azafatas de vuelo como si fuera un *koan* o una parábola minúscula, o el exponente máximo de la sabiduría.

Esto es lo que dicen:

«Póngase la máscara de oxígeno antes de ayudar a los demás».

Y yo pienso en nosotros, en todas las personas, y en las máscaras que llevamos, en las máscaras tras las que nos escondemos y en las máscaras que enseñamos. Imagino a la gente intentando ser lo que realmente es, y descubriendo que los demás son mucho más y mucho menos de lo que ellos mismos habían imaginado o de cómo se habían mostrado ante los demás. Y entonces pienso en la necesidad de ayudar a los otros, y en cómo nos ocultamos tras una máscara para hacerlo, y en que quitarnos la máscara nos vuelve vulnerables...

Todos llevamos máscara. Eso es lo que nos hace tan interesantes.

Estas historias tratan sobre esas máscaras y sobre las personas que nos ocultamos tras ellas.

Nosotros, los escritores, que vivimos de la ficción, formamos parte de un continuo que incluye todo lo que hemos visto y oído y, más importante aún, todo lo que hemos leído.

Tengo amigos que truenan, vociferan y explotan de frustración porque los lectores no conocen las referencias, no comprenden lo que se les está indicando, han olvidado autores, historias y mundos. Yo suelo verlo desde otra perspectiva: yo también fui un pedazo de pergamino en blanco esperando a que escribieran en él. Gracias a las historias ajenas aprendí sobre las cosas y las personas, y gracias a ellas aprendí también sobre otros autores.

Muchas de las historias de este libro, tal vez la mayoría, forman parte de ese continuo. Existen porque han existido otros escritores, otras voces, otras mentes. Espero que no os importe si aprovecho la oportunidad que me brinda esta introducción para señalaros algunos escritores y lugares sin los cuales quizá estos



cuentos jamás hubieran visto la luz.

### III. LA SUERTE DEL AZAR

Ésta es mi tercera colección de cuentos y soy muy consciente de la suerte que tengo.

Yo me crié amando y respetando los cuentos. Me parecía que eran las composiciones más puras y perfectas que podía crear un ser humano: en los mejores no sobraba ni una sola palabra. Un escritor movía la mano y de repente aparecía un mundo, y en él había personas e ideas. Un planteamiento, un nudo y un desenlace que te llevarían de viaje por todo el universo y te traerían de vuelta a casa. Me encantaban las colecciones de cuentos de todos los géneros, desde las historias de fantasmas y de terror que elegía cuando era niño, hasta las colecciones de un mismo autor, que me reestructuraban el cerebro.

Mis colecciones preferidas no sólo me ofrecían cuentos, también me explicaban cosas que desconocía sobre los relatos del libro y el arte de la escritura. Respetaba a los autores que no escribían introducciones, pero nunca me gustaban tanto como los que conseguían que me diera cuenta de que cada uno de los relatos de la antología estaba escrito, conformado palabra por palabra, por un ser humano que pensaba, respiraba, caminaba y, probablemente, incluso cantaba en la ducha, como yo.

En el mundo editorial se da por hecho que las colecciones de cuentos no venden. Es muy común que las antologías de relatos se vean como proyectos vanidosos o que los publiquen editoriales pequeñas, no se perciben como algo tan real como una novela. Sin embargo, para mí, los cuentos son esos lugares donde puedo volar, experimentar, jugar. Son sitios donde puedo cometer errores y vivir pequeñas aventuras, y reunir una pequeña colección como ésta provoca una sensación aterradora y reveladora a un mismo tiempo: cuando reúno cuentos reaparecen temas, se reorganizan y se vuelven más claros. Entiendo sobre qué he estado escribiendo la década anterior.

### IV. DISCULPA GENERAL

Considero que los libros de cuentos deberían ser una misma cosa de principio a fin. No deberían ser una mezcla y agrupar, de cualquier forma, historias que obviamente no fueron creadas para cohabitar entre las mismas cubiertas. En resumen, no deberían contener historias de miedo y fantasmas, ciencia ficción y cuentos de hadas, fábulas y poesía, todo en el mismo libro. Deberían ser respetuosas.

En ese aspecto, esta compilación es un fracaso.

Y por ese fallo, y por muchas más cosas, pido vuestra indulgencia y vuestro perdón, y espero que entre estas páginas encontréis algún cuento que de otra manera

jamás habríais leído. Mirad. Aquí hay uno muy corto que os está esperando ahora:

### *Sombras*

Hay criaturas que cazan. Hay otras que recolectan. Las Sombras acechan. A veces, ciertamente, merodean. Pero sobre todo acechan.

Las Sombras no construyen telarañas. Su telaraña es el mundo. Las Sombras no excavan fosas. Si estás aquí es porque ya has caído.

Hay animales que te persiguen, que corren más rápido que el viento, incansables, para hincarte los colmillos, para abatirte. Las Sombras no persiguen a sus presas. Se limitan a ir al lugar donde vas a estar cuando termine la persecución, y te esperan allí, en algún sitio oscuro e indeterminado. Encuentran el último rincón donde mirarías y aguardan, todo el tiempo que sea necesario, hasta que efectivamente miras y por fin las encuentras.

No puedes esconderte de una Sombra. Ellas llegaron primero. No puedes correr más rápido que una Sombra. Te están esperando al final del camino. No puedes luchar contra una Sombra, porque son pacientes, esperarán hasta el último día, el día en que pierdas el ansia de luchar, el día en que te hartes de pelear, el día en que se haya asestado ya el último golpe, la última puñalada, y se haya dicho la última crueldad. Entonces, y sólo entonces, saldrá la Sombra.

No comen nada que no esté maduro. Mira detrás de ti.

## V. ACERCA DEL CONTENIDO DE ESTE LIBRO

Bienvenido a estas páginas. Aquí puedes leer algo sobre los cuentos que encontrarás en este libro, o puedes saltarte esta introducción y volver para repasar mis comentarios cuando hayas terminado los cuentos. Soy un tipo fácil.

### *Cómo montar una silla*

Algunos días las palabras se niegan a salir. Esos días acostumbro a revisar algo que ya existe. Ese día monté una silla.

### *Un laberinto lunar*

Conocí a Gene Wolfe hace más de treinta años, cuando yo era un periodista de veintidós, y lo entrevisté para hablar de su novela en cinco volúmenes *El libro del sol nuevo*. Nos hicimos amigos durante el transcurso de los cinco años siguientes y no hemos dejado de serlo desde entonces. Es un buen hombre y un buen escritor, muy

profundo, siempre astuto, siempre inteligente. Su tercera novela, *Paz*, la escribió cuando yo era casi un niño, y es uno de mis libros preferidos. Su última novela, *The Land Across*, ha sido el libro que más he disfrutado este año, y es tan engañoso y peligroso como cualquiera de los que ha escrito.

Uno de los mejores cuentos de Gene se titula «A Solar Labyrinth». Trata sobre un laberinto de sombras y es una historia más oscura de lo que parece.

Escribí este cuento para Gene. Después de todo, si existen laberintos solares, también deberían existir los lunares, y también un lobo, como el que esconde su apellido, que le aúlle a la luna.

### *Lo que pasa con Cassandra*

Cuando tenía unos catorce años me parecía más sencillo imaginar una novia que tenerla, porque eso significaba tener que hablar con una chica de verdad. Así que decidí que escribiría el nombre de una chica en las tapas de mis libros de ejercicios y negaría conocerla cuando alguien me preguntara por ella, cosa que, imaginé con cariño, haría que todo el mundo pensara que tenía novia de verdad. No creo que funcionara. Nunca llegué a imaginar nada sobre ella aparte de su nombre.

Escribí este cuento en agosto de 2009 en la isla de Skye mientras Amanda, mi novia por aquel entonces, tenía la gripe y estaba en cama intentando recuperarse. Cuando se despertaba, yo le llevaba sopa y bebidas con miel y le leía lo que había escrito. No estoy seguro de cuánto recordará.

Les entregué el cuento a Gardner Dozois y George R. R. Martin para su antología *Songs of Love and Death*, y sentí un alivio desmesurado cuando supe que les había gustado.

### *En la oscura profundidad del mar*

El periódico *The Guardian* celebraba el día mundial del agua con una semana de cuentos sobre ese elemento. Yo me encontraba en Austin, Texas, durante el South by Southwest Festival, donde estaba grabando los audiolibros de *El océano al final del camino*, y mi primera colección de cuentos, *Humo y espejos*.

Estaba pensando en el teatro Grand Guignol, en monólogos desgarradores susurrados por actores solitarios a un público entregado, y recordando algunas de las historias más dolorosas de *El calendario Newgate*. Y en Londres, bajo la lluvia, lejos de Texas.

«*La verdad es una cueva en las montañas negras...*»

Hay cuentos que desarrollas y hay cuentos que construyes, y luego hay cuentos que

esculpes en una roca de la que vas descartando todas las cosas que no forman parte de la historia.

Yo quería editar una antología de cuentos que fueran lecturas geniales, fantásticas o con un toque de ciencia ficción, pero sobre todo que consiguieran que el lector no pudiera dejar de leer. Mi coeditor en ese proyecto fue Al Sarrantonio. Titulamos el libro *Stories*, que podría haber sido un buen título cuando aún no existía Google. Pero eso no era suficiente para editar el libro. Yo tenía que escribir un cuento para la antología.

He visitado muchos lugares peculiares del mundo, sitios que pueden apoderarse de tu mente y de tu alma y no soltarlas nunca. Algunos de esos lugares son exóticos e inusuales, y otros son corrientes. El más extraño de todos, por lo menos para mí, es la isla de Skye, en la costa occidental de Escocia. Y sé que no soy el único que lo piensa. Hay personas que cuando descubren Skye ya no se marchan de ella, e incluso aunque algunos nos vayamos, la isla neblinosa nos acecha y nos retiene a su manera. Allí es donde soy más feliz y donde me siento más solo.

Otta F. Swire escribió libros sobre las Hébridas y acerca de Skye en particular, y sus obras están llenas de datos extraños y esotéricos. (¿Sabíais que el 3 de mayo fue el día que expulsaron al diablo del cielo y, por lo tanto, ese día es imperdonable cometer un crimen? Lo leí en su libro sobre los mitos de las Hébridas). Y en uno de sus libros mencionaba una cueva de las Cuillin Negras a la que, si eras valiente, podías ir y coger oro sin ningún coste, pero, tras cada una de tus visitas, la cueva te haría más malvado, te devoraría el alma.

Y esa cueva, y su promesa, empezó a quitarme el sueño.

Elegí varias historias verdaderas (o de las que se dice que son ciertas, que es casi lo mismo), se las confié a dos hombres, los situé en un mundo que es casi nuestro pero no del todo, y narré una historia sobre venganza y viaje, deseos de oro y secretos. Gané el premio Shirley Jackson a la mejor novela corta (y *Stories* ganó el premio a la mejor antología) y el Locus a la mejor novela corta, y estaba muy orgulloso de mi relato.

Antes de que se publicara, yo debía aparecer en el escenario de la Ópera de Sídney, y me preguntaron si podía hacer algo con el cuarteto FourPlay String Quartet (la banda de rock de los cuartetos de cuerda, un grupo alucinante, muy versátil, con seguidores muy fieles), quizá algo con imágenes artísticas que se pudieran proyectar en el escenario.

Pensé en «La verdad es una cueva en las montañas negras...»; tardaría setenta minutos en leerlo. Me pregunté qué pasaría si un cuarteto de cuerda creaba una banda sonora emotiva y espectacular que sonara mientras yo relataba la historia, como si fuera una película. ¿Y si el artista escocés Eddie Campbell, el mismo que hizo los dibujos de *From Hell*, de Alan Moore, escritor y dibujante de *Alec*, mi cómic preferido, creara las ilustraciones para mi cuento más escocés y se proyectaran sobre mi cabeza mientras yo leía?

Cuando salté al escenario de la Ópera de Sídney estaba asustado, pero la experiencia fue alucinante: el público acogió el cuento con una gran ovación, y a continuación hicimos una entrevista (el artista Eddie Campbell era el entrevistador) y recitamos un poema, también con FourPlay.

Seis meses después repetimos la actuación, en esa ocasión con más dibujos de Eddie, en un hangar enorme en el marco de un festival en Hobart, Tasmania, frente a tres mil personas, y a la gente volvió a encantarle.

Y entonces se nos presentó un dilema: las únicas personas que habían visto la actuación estaban en Australia. Por algún motivo parecía injusto. Necesitábamos una excusa para viajar y llevarnos al cuarteto de cuerda FourPlay por todo el mundo (son un grupo de músicos brillantes y cultos, empapados de cultura pop: me enamoré de su versión del tema introductorio de *Doctor Who* antes de conocerlos). Por suerte, Eddie Campbell había cogido sus dibujos y había hecho muchos más, y luego dispuso el texto de tal forma que el resultado quedaba a medio camino entre un cuento ilustrado y una novela gráfica; HarperCollins lo publicaría en Estados Unidos y Headline en el Reino Unido.

Salimos de gira, FourPlay, Eddie y yo, por San Francisco, Nueva York, Londres y Edimburgo. Recibimos una gran ovación en el Carnegie Hall, y no pudo ir mejor.

Todavía me estoy preguntando qué parte de la historia escribí yo, y qué parte sencillamente me estaba esperando, igual que las rocas grises que aguardan como huesos en las suaves colinas de Skye.

### *Mi última casera*

Este cuento lo escribí para la Convención Mundial del Terror. Ese año se celebraba en Brighton. Durante los días que dura la convención, Brighton se convierte en una ciudad costera bulliciosa, creativa, atrevida y fascinante. Sin embargo, cuando era niño, solíamos ir a Brighton fuera de temporada y era un lugar deprimente, frío y sanguinario.

Es evidente que este cuento está ambientado en esa Brighton, que desapareció hace ya mucho tiempo, y no en la ciudad actual. No tienes nada que temer si hoy en día te alojas en un hostel de la ciudad.

### *Una historia de aventuras*

Ira Glass me encargó este cuento para su programa de radio «This American Life». A él le gustó, pero a sus productores no, así que les mandé un artículo de opinión explicando que «las aventuras están todas muy bien, pero aún queda mucho por decir sobre la gente que come tres veces al día y sobre la liberación del dolor», y esta historia acabó publicándose en la revista *McSweeney's Quarterly*.

Había estado pensando mucho sobre la muerte, y en que cuando las personas mueren se llevan consigo sus historias. Creo que es una especie de complemento de mi novela *El océano al final del camino*, por lo menos en ese sentido.

### *Naranja*

Jonathan Strahan es un buen hombre y un buen editor. Vive en Perth, en la costa occidental de Australia. Tengo la mala costumbre de romperle el corazón escribiendo algo para una antología que está editando para arrebatárselo después. Aunque siempre intento compensarle escribiendo otra cosa. Este cuento es una de esas otras cosas.

La manera de contar una historia es tan importante como la historia en sí misma, aunque normalmente la forma de contarla es un poco menos evidente que en este caso. Yo tenía un cuento en la cabeza, pero hasta que se me ocurrió la idea del cuestionario no encajaron todas las piezas. Escribí el cuento en aeropuertos y en el avión de camino a Australia, donde iba a asistir al festival de escritores de Sídney, y lo leí más o menos un día después de aterrizar, ante un público numeroso y ante mi pálida y siniestra ahijada, Hayley Campbell, cuyas quejas sobre las manchas naranjas de la nevera quizá inspiraron esta historia.

### *Un calendario de cuentos*

Ésta fue una de las experiencias más raras y más agradables que he tenido en los últimos años.

Cuando era pequeño me encantaban los cuentos breves de Harlan Ellison. Me gustaban las historias y me gustaba su forma de explicar cómo las había escrito. Aprendí muchas cosas de Harlan, pero lo que más me impactó de todo lo que leí en sus introducciones fue, sencillamente, la idea de que la única manera de escribir una historia era escribirla. Presentarse y hacerlo.

Y nunca me pareció más claro o evidente que cuando Harlan explicaba que había escrito tal cuento, o tal otro, en el escaparate de una librería, o mientras estaba en directo en la radio, o en alguna situación parecida. Decía que las personas le sugerían títulos o palabras. Le estaba demostrando al mundo que la escritura era un oficio, que no era magia. En algún lugar había un escritor sentado en su silla escribiendo. Me encantó la idea de intentar escribir en el escaparate de una tienda.

Pero pensé que el mundo había cambiado. Ahora cualquiera disponía de un escaparate que permitía a cientos de miles de personas pegar las caras al cristal y mirar.

BlackBerry se puso en contacto conmigo y me preguntó si me gustaría participar en un proyecto relacionado con las redes sociales, cualquier cosa que yo quisiera, y

parecieron encantados cuando les sugerí que quería escribir «Un calendario de cuentos», donde cada relato derivaría de la respuesta a un tuit sobre los meses del año. Preguntas como: «¿Por qué enero es un mes peligroso?». «¿Qué es lo más extraño que has visto en julio?». (Alguien llamado @mendozacarla contestó «un iglú de libros», y supe cuál sería mi historia). «¿A quién te gustaría volver a ver en diciembre?».

Yo formulé las preguntas, recibí decenas de miles de respuestas y elegí doce.

Escribí las doce historias (marzo fue la primera, diciembre la última), y luego animé a la gente a que creara su propio arte a partir de los cuentos. Se hicieron cinco vídeos breves sobre el proceso y todo se subió a los blogs, se tuiteó y se compartió con todo el mundo, gratis, en internet. Fue fantástico crear historias en público. Harlan Ellison no es un gran admirador de cosas como Twitter, pero cuando se terminó el proyecto lo llamé por teléfono y le dije que él lo había inspirado y que esperaba que inspirase a alguien que hubiera estado siguiéndolo, tanto como me habían inspirado a mí los cuentos que él escribía en el escaparate de aquella tienda.

(Quiero agradecer sus tuits inspiradores a @zyblonius, @TheAstralGypsy, @MorgueHumor, @\_NikkiLS\_, @StarlingV, @DKSakar, @mendozacarla, @gabiottasnest, @TheGhostRegion, @elainelowe, @MeiLinMiranda, y @Geminitm).

### *El caso de la muerte y la miel*

Descubrí las historias de Sherlock Holmes cuando era un niño y me enamoré de ellas, nunca he olvidado a Holmes o al formidable doctor Watson, que era quien narraba los casos del detective; a Mycroft Holmes, el hermano de Sherlock; o a Arthur Conan Doyle, la mente que estaba detrás de todo. Me encantaba el racionalismo, la idea de que una persona inteligente y observadora pudiera coger un puñado de pistas y construir con ellas un mundo. Me encantaba descubrir quiénes eran esas personas, una historia detrás de otra.

Holmes lo coloreaba todo. Cuando empecé a tener abejas, siempre fui consciente de que sólo estaba siguiendo los pasos de Holmes. Pero entonces me pregunté por qué Holmes había decidido ser apicultor. A fin de cuentas, no es el pasatiempo más intenso al que uno puede dedicarse tras la jubilación. Y Sherlock Holmes sólo estaba contento cuando estaba trabajando en un caso: la indolencia y la inactividad lo destrozaban.

Conocí a Les Klinger en la primera reunión de los Irregulares de Baker Street a la que asistí, en 2002. Me cayó muy bien. (Me gustó toda la gente que conocí allí: hombres y mujeres adultos que, cuando no estaban desempeñando sus cargos de juristas eminentes, periodistas, cirujanos y holgazanes, habían decidido creer que en algún lugar siempre era 1889 en el 221b de Baker Street, y que la señora Hudson estaría a punto de traer el té y aparecería acompañada de algún cliente importante).

Escribí esta historia para Les y para Laurie King, para su colección *A Study in Sherlock*. La inspiró un tarro de miel blanca que me ofrecieron en la ladera de una montaña de China.

Pasé una semana escribiendo el cuento en una habitación de hotel, mientras mi mujer y mi hija pequeña y su amiga estaban en la playa.

«El caso de la muerte y la miel» fue nominado para el premio Anthony, para el Edgar y para el Silver Dagger de la Crime Writers' Association. El hecho de que no ganara ninguno de esos premios no mermó mi felicidad: nunca me habían nominado para ningún premio de género policiaco y es muy probable que nunca vuelva a ocurrir.

### *El hombre que olvidó a Ray Bradbury*

Olvidé a mi amigo. Mejor dicho, lo recordaba todo de él excepto su nombre. Hacía una década que había muerto. Recordaba nuestras conversaciones telefónicas, el tiempo que habíamos pasado juntos, su forma de hablar y de gesticular, los libros que había escrito. Decidí no ponerme a buscarlo en internet. Sencillamente acabaría recordando su nombre. Iba por ahí intentando recordar cómo se llamaba, y empecé a obsesionarme con la idea de que, si no podía recordar su nombre, sería como si nunca hubiera existido. Ya sabía que era una tontería, pero aun así...

Escribí «El hombre que olvidó a Ray Bradbury» como regalo para el noventa cumpleaños del autor, y para hablar sobre lo mucho que me había impactado cuando era niño, y también de adulto, y, en la medida de mis posibilidades, sobre lo que ese escritor le había hecho al mundo. Lo escribí como si fuera una carta de amor, una nota de agradecimiento y un regalo de cumpleaños para un escritor que me hizo soñar, me enseñó muchas cosas sobre las palabras y todo lo que podían conseguir, y que jamás me decepcionó, ni como lector ni como persona, mientras me iba haciendo mayor.

Mi editora en William Morrow, Jennifer Brehl (que ha editado este libro y todos los que he escrito para adultos desde *Los hijos de Anansi*), fue a verlo y le leyó la historia mientras él estaba en cama. El mensaje de agradecimiento que me mandó por vídeo significó mucho para mí.

Mi amigo Mark Evanier me contó que conoció a Ray Bradbury cuando era un niño de once o doce años. Cuando Bradbury se enteró de que Mark quería ser escritor, lo invitó a su despacho y se pasó medio día explicándole las cosas importantes: si quieres ser escritor, tienes que escribir. Cada día. Tanto si te apetece como si no. Le dijo que no se puede escribir sólo un libro y parar. Que es trabajo, pero que es el mejor trabajo que existe. Mark acabó siendo escritor, la clase de escritor que vive de la escritura.

Ray Bradbury era la clase de persona capaz de dedicarle medio día a un niño que quería ser escritor de mayor.



Descubrí los cuentos de Ray Bradbury cuando era un niño. El primero que leí fue «La vuelta a casa», que iba sobre un niño humano que vivía en un mundo de monstruos del estilo de la Familia Addams, y quería encajar. Era la primera vez que alguien escribía un cuento con el que yo conectaba de una forma tan personal. Por mi casa había un ejemplar de *The Silver Locusts* (el título que se dio en el Reino Unido a *Crónicas marcianas*). Lo leí, me encantó y me compré todos los libros de Bradbury que pude en la librería ambulante que se montaba en mi escuela una vez al trimestre. Descubrí a Poe a través de Bradbury. Había poesía en los cuentos y no importaba que se me pasaran muchas cosas por alto: lo que sacaba de ellos me bastaba.

Algunos escritores que leí y me encantaron de niño me decepcionaron cuando me hice mayor. Pero con Bradbury eso nunca me pasó. Sus historias de terror seguían siendo igual de espeluznantes, sus fantasías oscuras eran igual de oscuramente fantásticas, sus historias de ciencia ficción (a él nunca le interesó la ciencia, sino las personas, y por eso sus historias son tan buenas) seguían asombrándome tanto como cuando era un crío.

Era un buen escritor y se le daban bien muchos géneros distintos. Fue uno de los primeros autores de ciencia ficción que escapó de las revistas *pulp* y empezó a publicar en las más sofisticadas. Escribió guiones para películas de Hollywood. Se hicieron buenas películas basadas en sus novelas y cuentos. Mucho antes de que yo me convirtiera en escritor, Bradbury era uno de los escritores en los que otros escritores aspiraban a convertirse.

Un cuento de Ray Bradbury tenía significado en sí mismo, no te desvelaba nada sobre el tema de la historia, pero te hablaba de atmósfera, de lenguaje, de una especie de magia que se colaba en el mundo. *La muerte es un asunto solitario*, su novela de detectives, es tan propia de Bradbury como *La feria de las tinieblas* o *Fahrenheit 451* o cualquiera de las de terror, o de las de ciencia ficción, o de realismo mágico, o del realismo que se puede encontrar en las colecciones de relatos. Él era un género en sí mismo, y con sus propias reglas. Un joven de Waukegan, Illinois, que se fue a vivir a Los Ángeles, se instruyó por su cuenta en las bibliotecas y escribió hasta que empezó a hacerlo bien, luego cambió de género y se convirtió en un género en sí mismo, a menudo imitado, pero absolutamente inimitable.

Lo conocí cuando yo era un escritor joven y él estaba en el Reino Unido para asistir a una fiesta en el Museo de Historia Natural con motivo de su setenta cumpleaños. Nos hicimos amigos de una forma extraña y enrevesada, sentándonos juntos en las firmas de libros y en los eventos. Yo asistí durante años a las charlas de Ray. A veces era yo quien lo presentaba al público. Hice de maestro de ceremonias cuando la Asociación de escritores de ciencia ficción y fantasía de Estados Unidos lo nombró Gran Maestro: él les habló de un niño al que había estado observando; sus amigos se metían con él porque quería entrar en una juguetería y los demás consideraban que ya era mayor para eso, y Ray explicó que tuvo la tentación de convencer a ese niño de que no hiciera caso a sus amigos y disfrutara con los

juguetes.

Habló del pragmatismo de la vida de un escritor («¡Tenéis que escribir!», le decía a la gente. «¡Tenéis que escribir cada día! ¡Yo sigo escribiendo cada día!»), y acerca de seguir siendo un niño (dijo que tenía memoria fotográfica, que se remontaba a cuando era un bebé, y tal vez fuera verdad), sobre la felicidad, sobre el amor.

Era amable y noble, tenía ese carácter agradable del Medio Oeste que en lugar de percibirse como una falta de personalidad es algo positivo. Era entusiasta, y daba la impresión de que ese entusiasmo lo mantendría vivo para siempre. Le gustaba mucho la gente. Dejó un mundo mejor y dejó sitios mucho mejores en el mundo: las arenas rojas y los canales de Marte, los Halloween del Medio Oeste y los pueblos pequeños y los carnavales oscuros. Y siguió escribiendo.

«Al echar la vista atrás y contemplar tu vida, te das cuenta de que el amor era la respuesta para todo», dijo Ray en una ocasión, en una entrevista.

Dio a la gente muchos motivos para quererlo. Y le quisimos. Y, de momento, no lo hemos olvidado.

### *Jerusalén*

La BBC me encargó este cuento para su semana dedicada a William Blake. Me preguntaron si podía escribir un relato inspirado en alguno de sus poemas para leerlo en Radio Cuatro.

Yo había visitado Jerusalén poco antes y me pregunté qué haría falta para construir Jerusalén en la tierra verde y apacible de Inglaterra. Y qué clase de persona querría hacer algo así.

Me invento muchas cosas, pero el síndrome de Jerusalén es real.

### *Clic-Clac, el sonajero*

Escribí este cuento en casa de mis amigos Peter Nicholls y Clare Coney, en Surrey Hills, Melbourne (Australia). Era Navidad. Por extraño que parezca, y a pesar del calor que hacía, fue una Navidad blanca: durante nuestra comida de Navidad, cayó una granizada espesa —con piedras del tamaño de canicas— que cubrió el césped de los Coney-Nicholls como una manta. Escribí el cuento para un libro acerca de nuevos monstruos, editado por Kasey Lansdale, pero primero lo publicó Audible en formato de audiolibro en Estados Unidos y en Gran Bretaña. Lo regalaban gratis por Halloween y donaban una cantidad de dinero a buenas causas por cada persona que se lo descargaba. Todo el mundo estaba contento, excepto los que se descargaron el cuento, lo escucharon por la noche y luego tuvieron que ir por sus casas encendiendo todas las luces.

La casa que aparece en el cuento está inspirada en la de mi amiga Tori, que vive

en Kinsale, Irlanda, y que obviamente no está encantada; es probable que el ruido que hacen los habitantes del piso superior al mover armarios de un lado a otro cuando tú estás abajo a solas no sea más que algo propio de las casas viejas cuando creen que nadie está mirándolas.

### *Un conjuro contra la curiosidad*

Los niños son muy sensibles a las injusticias, y ese sentimiento se queda afincado en nuestras mentes cuando nos hacemos mayores, por mucho que nos esforcemos por enterrarlo. Hace casi cuarenta años, cuando tenía quince, escribí un cuento para el simulacro del examen final de lengua, y me bajaron la calificación de una A a una C aduciendo, según explicaba el profesor en una nota adjunta, que «era demasiado original. Seguro que lo ha copiado de algún sitio». Todavía me duele. Muchos años después, cogí mi idea preferida de aquel cuento y la convertí en este otro. Estoy convencido de que la idea era original, pero fue un placer utilizarla para escribir un cuento dedicado a Jack Vance ambientado en el mundo de *La tierra moribunda*.

Los escritores viven en casas que construyen otras personas.

Los hombres y las mujeres que construyeron las casas en las que habitamos eran gigantes. Empezaron con un espacio árido y construyeron la ficción especulativa, pero siempre dejaban el edificio inacabado para que las personas que llegaran al marcharse ellos pudieran añadirle otra habitación, u otro piso. Clark Ashton Smith puso los cimientos para las historias de *La tierra moribunda*, y entonces llegó Jack Vance y las erigió altas y magníficas, con esa forma que tenía de hacerlo todo alto y magnífico, y construyó un mundo en el que toda la ciencia es magia, en el fin de sus días, cuando el sol es tenue y está a punto de desaparecer.

Yo descubrí *La tierra moribunda* en una antología titulada *Flashing Swords* cuando tenía trece años. El cuento se llamaba «Morreion» y me hizo soñar. Encontré una edición de bolsillo británica de *La tierra moribunda* llena de erratas extrañas, pero los cuentos estaban allí y eran tan mágicos como «Morreion». En una librería de viejo, donde entraban hombres con abrigo a comprar pornografía de segunda mano, encontré un ejemplar de *Los ojos del sobremundo* y también libros minúsculos de cuentos breves —*The Moon Moth* es (lo pensé entonces y sigo pensándolo) el cuento de ciencia ficción mejor construido que se ha escrito jamás—, y por esa época se empezaron a publicar todos los libros de Jack Vance en el Reino Unido, así que de repente lo único que debía hacer para leer los libros de Jack Vance era comprarlos. Y lo hice: *Los príncipes demonio*, la *Trilogía Alastor* y los demás. Me encantaba cómo divagaba, me encantaba su forma de imaginar, y lo que más me gustaba era su modo de escribirlo todo: con ironía, con delicadeza, con diversión, como se divertiría un dios, pero sin que eso menoscabara nunca lo que escribía, como James Branch Cabell, pero con corazón además de cerebro.

De vez en cuando me descubro construyendo alguna frase a la manera de Vance,

y cuando eso ocurre siempre me alegro, pero no es un escritor al que osaría imitar. Creo que es inimitable. Hay pocos escritores de los que me gustaban cuando tenía trece años a los que creo que seguiré recurriendo dentro de veinte. En cambio, seguiré releiendo las historias de Jack Vance toda la vida.

«Un conjuro contra la curiosidad» ganó el premio Locus al mejor cuento, lo cual me encantó, pero consideré que se lo daban tanto a Jack Vance como a mi cuento, y el premio emocionó y reivindicó a mi adolescente interior, que todavía se acuerda de aquel simulacro de examen final de lengua.

### «Y llora, como Alejandro»

Para mí ha sido siempre una fuente de asombro que ninguno de los inventos que nos prometieron cuando yo era niño, esas cosas que debían hacer nuestras vidas mucho más divertidas e interesantes en el futuro, haya llegado a hacerse realidad. Tenemos ordenadores, y teléfonos que hacen lo mismo que hacían los ordenadores, pero no hay coches voladores, ni naves espaciales magníficas, ni hay formas sencillas de viajar a otros planetas (como decía Ted Mooney).

Escribí este cuento con el propósito de que formara parte de un libro para recaudar fondos para los premios Arthur C. Clarke. El libro, *Fables from the Fountain*, editado por Ian Whates, se basaba en el de Arthur C. Clarke *Cuentos de la taberna del ciervo blanco*, inspirado en los cuentos de taberna de principios del siglo xx. (Mis cuentos de taberna preferidos son los relatos de Lord Dunsany sobre el señor Joseph Jorkens). Tomé el nombre de Obediah Polkinghorn de uno de los cuentos de Arthur C. Clarke, como homenaje al propio Clarke. (Lo conocí y lo entrevisté en 1985. Recuerdo que me sorprendió que tuviera un acento del Oeste tan marcado).

Es una historia muy absurda, así que le puse un título un poco pretencioso.

### *Las nada en punto*

He amado la serie televisiva «Doctor Who» con todo mi corazón y sin ninguna vergüenza desde que era un niño de tres años que iba a la Mrs. Pepper's School de Portsmouth y William Hartnell interpretaba al Doctor. Escribí episodios de la serie casi cincuenta años después, y fue una de las cosas más divertidas que he hecho. (Uno de ellos incluso ganó un premio Hugo). En aquella época el Doctor era Matt Smith. Cuando Puffin Books me propuso escribir un cuento para su libro *Doctor Who: 11 Doctors, 11 Stories*, elegí basar mi relato en la primera temporada que interpretó Matt.

Teniendo en cuenta que es una serie que tiene quince años, tal vez creáis que hace falta saber mucho sobre el Doctor Who para disfrutar de este cuento, pero no es así.

El Doctor es un extraterrestre, un Señor del Tiempo, el último de su especie, que viaja por el tiempo y el espacio en una cabina telefónica azul que es más grande por dentro que por fuera. A veces aterriza donde él quería ir. Si ocurre algo, él lo resuelve. Es muy inteligente.

Existe un juego en Inglaterra, o por lo menos existía cuando yo era niño, que se llama «¿Qué hora es, señor Lobo?». Es un juego divertido. A veces el señor Lobo te dice la hora. A veces te responde algo mucho más inquietante.

### *Diamantes y perlas: un cuento de hadas*

La primera vez que estuve con la mujer que se convertiría en mi esposa fue porque ella quería hacer un libro con fotografías de sí misma muerta para acompañar su disco *Who Killed Amanda Palmer?* Llevaba haciéndose fotografías muerta desde que tenía dieciocho años. Me escribió y me dijo que nadie compraría un libro de fotografías de una mujer muerta que en realidad no lo estaba, pero que quizá lo comprarán si yo escribía los pies de foto.

La fotógrafa Kyle Cassidy, Amanda y yo pasamos juntos unos cuantos días en Boston creando arte. Las fotografías que hizo Kyle eran como fotogramas de películas perdidas, y yo escribiría cuentos breves para acompañarlas. Por desgracia, muchos de los relatos no funcionan desvinculados de las fotografías. (Mi preferido era un homicidio misterioso sobre una mujer asesinada por una máquina de escribir).

Pero éste me gusta, y no hace falta ver la fotografía (de la joven Amanda con la boca abierta y un suelo cubierto de bisutería) para entenderlo.

### *El retorno del delgado duque blanco*

El título es un verso de una canción de David Bowie, y la historia comenzó, hace algunos años, cuando una revista de moda le pidió al extraordinario artista japonés Yoshitaka Amano que creara algunas ilustraciones de moda de Bowie y su mujer, Iman. El señor Amano me preguntó si me gustaría escribir alguna historia para acompañar esos dibujos. Yo escribí la primera mitad del cuento con la idea de acabarlo en el siguiente número de la revista. Pero la revista perdió el interés antes de publicar la primera parte, y el cuento cayó en el olvido. Pensé que sería una aventura terminarlo para esta antología, averiguar lo que ocurriría y ver qué dirección tomaba todo. Aunque en algún momento lo había sabido (por fuerza tenía que saberlo), me descubrí leyendo el relato como un extraño y caminando solo entre las brumas para averiguar hacia dónde iba.

### *Terminaciones femeninas*

La vida imita al arte, pero lo hace con torpeza, copia sus movimientos cuando cree que no está mirando.

A veces parece casi impío poner ciertos relatos sobre el papel, por miedo a que eso permita a los elementos de la historia influir en el mundo real.

Me pidieron que escribiera una carta de amor para un libro de cartas de amor. Recordé una estatua humana que había visto en una plaza de Cracovia, una ciudad que tiene un dragón debajo.

Cuando conocí a la mujer con la que acabaría casándome, intercambiábamos anécdotas de nuestras vidas. Ella me contó que había hecho de estatua humana. Le envié este relato y no se asustó.

Poco después de conocernos, como regalo de cumpleaños, me sorprendió en un parque encarnando su estatua humana. Para representarla llevaba un vestido de novia que había comprado por veinte dólares y permanecía de pie encima de una caja. La llamaban «La novia de dos metros y medio». El día de nuestra boda se puso el vestido que llevaba cuando se transformaba en estatua humana. Nadie ha vuelto a ver el vestido desde ese día.

### *Ceñirse a las formalidades*

A mí no me asusta la gente mala, los malhechores perversos, los monstruos ni las criaturas de la noche.

Las personas que me asustan son las que siempre están en posesión de la verdad. Las que saben cómo hay que comportarse y lo que deben hacer sus vecinos para estar en el bando de los buenos.

Todos somos los héroes de nuestras propias historias.

En este caso, es la Bella Durmiente. Quien, vista desde otro enfoque, también es la protagonista de...

### *La joven durmiente y el huso*

Escribí este relato para la antología de Melissa Marr y Tim Pratt *Rags and Bones*, que se publicó con el subtítulo «Nuevos enfoques para cuentos eternos». Solicitaron a distintos escritores que crearan relatos basados en historias que hubieran influido en ellos. Yo elegí dos cuentos de hadas.

Me encantan los cuentos de hadas. Recuerdo el primero que descubrí, «Blancanieves y los siete enanitos», en un precioso libro ilustrado que mi madre me leía cuando yo tenía dos años. Disfrutaba mucho de la historia y de aquellos dibujos. Mi madre me lo leía, y pronto empecé a leerlo yo solo. Cuando crecí comencé a hacerme preguntas sobre las partes más raras de la historia, y escribí «Nieve, cristal, manzanas» (un cuento incluido en *Humo y espejos*).

También me encantaba la Bella Durmiente, en todas sus encarnaciones. De joven, durante mis primeros años como periodista, leí una docena de *best sellers* muy largos y me di cuenta de que podía reescribir la historia de la Bella Durmiente y convertirla en un superventas en el que los lectores encontrarán un alto contenido sexual, una multinacional maligna, un científico noble y joven y una jovencita presa de un coma misterioso. Decidí no escribirlo: me pareció demasiado calculado y la clase de libro que podría alejarme de la carrera de escritor a la que yo aspiraba.

Cuando Melissa y Tim me pidieron un cuento, me pregunté qué pasaría si los dos relatos ocurrieran al mismo tiempo. ¿Y si las mujeres que ya protagonizaban ambas historias tuvieran un papel activo en lugar de pasivo?

Es posible que este relato me guste más de lo que debería. (Ya está disponible en formato de cuento ilustrado, a cargo del formidable Chris Riddell).

### *El oficio de bruja*

Cuando era niño y leía libros de poesía, me preguntaba más de lo recomendable por la persona que contaba la historia. Todavía lo hago, incluso con mis propios poemas. En este caso hay una bruja y hay un espectador. También escribí este poema como regalo a modo de disculpa para Jonathan Strahan, cuando me di cuenta de que *El océano al final del camino* se estaba convirtiendo en una novela.

### *En Relig Odhráin*

Ésta es una historia verídica. Bueno, tan verídica como puede serlo cualquier historia sobre un santo irlandés del siglo VI. El cementerio está allí, en Iona. Incluso se puede visitar.

No tenía intención de escribir este relato en forma de poema, pero la métrica me vino a la cabeza y ya no tuve ni voz ni voto en el asunto.

En aquella época solían sepultar gente viva en los muros o en los cimientos para asegurarse de que los edificios seguían en pie. Lo hacían incluso con los santos.

### *Black Dog*

Conocimos a Baldur «Sombra» Moon en *American Gods*, y en esa historia se mete en una guerra entre dioses en América. En «El monarca de la cañada», un relato incluido en la antología *Objetos frágiles*, Sombra trabaja de portero en una fiesta en el norte de Escocia.

Está regresando a América, pero en esa historia sólo ha llegado hasta Peak District, en Derbyshire. (Éste fue el último relato del libro que escribí y es, como se explica en la sobrecubierta del libro, un cuento original de esta colección).

Quiero agradecer a mis amigos Colin Greenland y Susanna Clarke que me llevaran al pub Three Stags Heads de Wardlow, porque con sus gatos, sus perros lurchers y todo lo demás inspiraron la introducción del relato, y a Colin quiero agradecerle que me explicara, cuando le pregunté acerca de los perros negros, que *Shuck el Negro* se paseaba por Trot Lane.

Queda una última historia por contar sobre lo que le ocurre a Sombra cuando llega a Londres. Y luego, si sobrevive a eso, será el momento de mandarlo de vuelta a América. Lo cierto es que las cosas han cambiado mucho desde que se marchó.

## VI. ÚLTIMO AVISO

En estas páginas hay muchos monstruos, pero como Ogden Nash señaló en mi primera colección de cuentos, *Humo y espejos*, donde hay un monstruo, también hay un milagro.

Hay relatos largos y relatos breves. Hay unos cuantos poemas que quizá necesitarían su propio aviso para las personas que se asustan, se inquietan o sufren de desconcierto terminal ante la poesía. (En mi segunda colección de cuentos, *Objetos frágiles*, intenté explicar que los poemas eran gratis. Son propinas para esas personas a las que no les preocupa que algún poema pícaro se cuele, de vez en cuando, en sus colecciones de cuentos).

Ya está. Estáis avisados. Hay muchos elementos detonantes por ahí, que se cuelan entre la oscuridad, están haciéndolo incluso mientras escribo esto. Este libro está muy bien titulado. Ahora sólo debemos preocuparnos por todos los demás libros y, por supuesto, por la vida, que es inmensa y complicada y que no avisa antes de hacerte daño.

Gracias por venir. Disfrutad de las cosas que nunca sucedieron. Volved a poneros la máscara después de leer estos cuentos, pero no os olvidéis de ayudar a los demás.

NEIL GAIMAN  
En una cabaña en la  
oscuridad del bosque, 2014



## Cómo montar una silla

Hoy tenía la intención de empezar a escribir.  
Las historias están esperando como tormentas lejanas  
rugen y titilan en el horizonte gris  
y hay correos electrónicos e introducciones  
y un libro, un maldito libro entero,  
sobre un país y un viaje y creedme  
he venido a escribir.

He montado una silla.  
He abierto una caja de cartón con una cuchilla (monté la cuchilla)  
he sacado las piezas, las he llevado al piso de arriba con mucho cuidado.

«Asiento funcional para el despacho moderno»  
He insertado cinco ruedecitas en la base,  
he averiguado que, al encajar, hacen un ruido muy agradable.  
He acoplado los reposabrazos con los tornillos,  
rumiando cuál sería el izquierdo y cuál el derecho,  
porque los tornillos no tenían nada que ver  
con la descripción de las instrucciones. Y luego la base  
por debajo del asiento,  
que se acoplaba con seis tornillos de 40 mm  
(que eran, misteriosamente, seis tornillos de 45 mm).

Luego el reposacabezas al respaldo,  
el respaldo al asiento, que es donde empiezan los problemas,  
porque el tornillo que hay entre ambas piezas se niega  
a entrar y enroscarse.

Hacer todo esto lleva tiempo. Mientras yo monto la silla,  
Orson Welles es Harry Lime en la vieja radio. Orson conoce a una dama,  
y a una pitonisa jorobada, y a un hombre gordo,  
y a un jefe de banda neoyorquina exiliado,  
y se ha acostado con la dama, resuelto el misterio,  
leído el guión  
y cobrado el dinero  
antes de que yo haya conseguido montar la silla.

Escribir un libro se parece un poco a montar una silla.  
Quizá tendría que incluir advertencias,

como las instrucciones de la silla.

Una hoja de papel doblada entre las páginas de cada ejemplar que nos advirtiera:

«Sólo apto para un usuario».

«No emplear como taburete o escalera de mano».

«Si ignora estas advertencias puede sufrir lesiones graves».

Algún día escribiré otro libro, y cuando termine me subiré encima,

como si fuera un taburete o una escalera de mano,

o una vieja escalera de madera apoyada contra el tronco de un ciruelo, en otoño,

y me mataré.

Pero por ahora atenderé a estas advertencias,

y acabaré de montar la silla.

## Un laberinto lunar

Estábamos subiendo una colina suave una tarde de verano. Eran las ocho y media pasadas, pero seguía pareciendo media tarde. El cielo era azul. El sol se ponía por el horizonte y salpicaba las nubes de tonos dorados, salmón y gris violáceo.

—¿Y cómo acabó? —le pregunté a mi guía.

—Nunca acaba —contestó.

—Pero me has dicho que ya no está —le dije—. El laberinto.

Yo había encontrado una mención del laberinto lunar en internet, en una pequeña nota a pie de página de una web que hablaba de todos los lugares interesantes y dignos de visitar en cualquier sitio del mundo en que te encontraras. Atracciones locales poco corrientes: cuanto más horteras y artificiales, mejor. No sé por qué me atraen: estructuras gigantescas hechas con coches y autobuses escolares de color amarillo, maquetas de bloques de queso inmensas confeccionadas con poliestireno, dinosaurios poco convincentes elaborados con hormigón arenoso desconchado y todas esas cosas.

Las necesito y son un pretexto para dejar de conducir, esté donde esté, y hablar de verdad con la gente. Hay quien me ha invitado a entrar en su casa y en su vida porque he apreciado, de corazón, los zoológicos que habían construido con piezas de motor, las casas que habían erigido con latas y bloques de piedra para forrarlas después con papel de aluminio, los desfiles históricos representados con maniqués a los que ya se les empezaba a desconchar la pintura de la cara. Y esas personas, los responsables de esas atracciones de carretera, me aceptaban tal como soy.

—Lo quemamos —me explicó el guía. Era viejo y caminaba ayudándose de un bastón. Me lo había encontrado sentado en un banco frente a la ferretería del pueblo, y había accedido a enseñarme el sitio donde, en su día, construyeron el laberinto lunar. Cruzábamos el campo con tranquilidad—. Así terminó el laberinto lunar. Fue fácil. Los setos de romero prendieron enseguida, crepitaban y llameaban. El humo era muy denso y, cuando descendió por la colina, a todos nos pareció que olía a cordero asado.

—¿Por qué lo llamaron laberinto lunar? —le pregunté—. ¿Fue sólo por la aliteración?

El hombre reflexionó un instante.

—No sabría decirte —caviló—. No fue por nada en concreto. Lo llamábamos laberinto, pero supongo que sólo es un recorrido.

—Sólo un recorrido —repetí.

—Había tradiciones —dijo—. Empezábamos a recorrerlo el día después de la luna llena. Había que partir de la entrada, llegar hasta el centro y luego dar media vuelta y salir. Como ya te he dicho, sólo empezábamos a entrar el día que la luna

menguaba. Seguía habiendo luz suficiente para recorrerlo. Caminábamos por él cualquier noche, siempre que hubiera suficiente luz. Veníamos aquí. Paseábamos. Casi siempre en parejas. Lo recorríamos hasta que la luna desaparecía.

—¿Nadie entraba cuando estaba oscuro?

—Sí, había quien entraba de todos modos. Pero no eran como nosotros. Eran críos, y llevaban linternas para cuando oscurecía. Y entonces entraban esos gamberros, las manzanas podridas, que sólo querían asustarse entre ellos. Para esos críos cada mes era Halloween. Les encantaba asustarse. Algunos decían que habían visto a un torturador.

—¿Qué clase de torturador?

La palabra me había sorprendido. No era una palabra que uno oyera con frecuencia, y menos en una conversación.

—Supongo que se referían a alguien que torturaba a las personas. Yo nunca lo vi.

Nos acarició una brisa procedente de la cima de la colina. Olfateé el aire, pero no olí a hierbas en llamas, ni a cenizas, ni a nada que me pareciera poco corriente en una tarde de verano. Había gardenias en alguna parte.

—Cuando no había luna sólo entraban los chavales. Con luna creciente, los niños que iban al laberinto eran más pequeños, y los padres subían a la colina para recorrerlo con ellos. Padres y niños. Recorrían el laberinto hasta el centro y los adultos señalaban la luna nueva, comentaban que parecía una sonrisa suspendida en el cielo, una enorme sonrisa amarilla, y los pequeños Rómulo y Remo, o como se llamaran los niños, sonreían y se reían, y alargaban la mano como si quisieran arrancar la luna del cielo y colocársela en sus caras diminutas.

»Después, a medida que la luna crecía, iban llegando las parejas. Subían parejas jóvenes en pleno cortejo, y otras mayores, hombres y mujeres que se sentían cómodos en mutua compañía, parejas que ya hacía tiempo que habían olvidado sus días de cortejo. —Se apoyó con fuerza en el bastón—. Bueno, no lo habían olvidado —dijo—. Eso nunca se olvida. Tiene que seguir en algún rincón de tu interior. Incluso aunque el cerebro lo haya olvidado, tal vez los dientes sigan recordándolo. O los dedos.

—¿Llevaban linternas?

—Algunas noches sí, otras no. Las noches más populares siempre eran las despejadas, cuando se podía recorrer el laberinto sin más. Y, tarde o temprano, acababa haciéndolo todo el mundo. A medida que la luna iba menguando, día tras día, aunque debería decir noche tras noche. Eran buenos tiempos.

»Aparcaban los coches allí abajo, justo donde tú has dejado el tuyo, en la entrada de la propiedad, y subían la colina a pie. Siempre subían andando, excepto los que iban en silla de ruedas o los niños que iban en brazos de sus padres. Cuando llegaban a la cima de la colina, algunos paraban a besuquearse. También recorrían el laberinto. Dentro había bancos, sitios donde pararse a medio camino. Y se detenían y se besuqueaban un rato más. Quizá pienses que sólo se besaban los jóvenes, pero los

mayores también lo hacían. Piel con piel. A veces se los oía hacer ruidos como animales al otro lado del seto, y así sabías que tenías que reducir el paso, o quizá ir a explorar otra zona del laberinto durante un rato. No ocurre muy a menudo, pero creo que cuando pasa ahora lo aprecio mucho más que entonces. La caricia de los labios en la piel. A la luz de la luna.

—¿Cuántos años estuvo aquí el laberinto lunar exactamente, antes de que lo quemaran? ¿Es anterior o posterior a la construcción de la casa?

Mi guía expresó su desdén con un ruidito.

—Después, antes... todas esas cosas ocurrieron hace mucho tiempo. Se habla mucho del laberinto de Minos, pero no fue nada comparado con éste. Sólo eran unos cuantos túneles donde había un tipo con cuernos en la cabeza que paseaba solo, asustado y hambriento. En realidad no era un minotauro. ¿Lo sabías?

—¿Cómo lo sabes?

—Por los dientes. Los toros y las vacas son rumiantes. No comen carne. Y el minotauro sí.

—Nunca lo había pensado.

—Nadie se lo plantea.

La pendiente era cada vez más pronunciada.

Pensé que ya no existían los torturadores. Y yo no era ningún torturador. Pero sólo dije:

—¿Qué altura tenían los arbustos del laberinto? ¿Eran setos de verdad?

—Claro que sí. Y eran tan altos como era necesario.

—No sé cuánto crece el romero en esta zona.

Y no lo sabía. Estaba lejos de mi casa.

—Nuestros inviernos son suaves. Aquí el romero crece sin problema.

—¿Y por qué razón decidieron quemarlo?

El hombre hizo una pausa.

—Lo entenderás cuando veas en qué situación quedaron las cosas allí arriba.

—¿En qué situación quedaron?

—En lo alto de la colina.

La colina era cada vez más empinada. El invierno anterior yo me había lesionado la rodilla izquierda al caer sobre el hielo, así que ya no podía correr deprisa, y las colinas y los escalones me resultaban extremadamente agotadores. A cada paso, la rodilla me recordaba con saña su existencia mediante una punzada.

Muchas personas, al enterarse de que la atracción local que pretendían visitar se había quemado unos cuantos años antes, se habrían limitado a volver a sus coches y conducir hasta su destino. Pero yo no me rindo tan fácilmente. Las mejores cosas que he visto son sitios abandonados: un parque de atracciones cerrado en el que conseguí colarme sobornando al vigilante invitándolo a una copa; un granero abandonado donde, según me contó el granjero, habían vivido media docena de *bigfoots* el verano anterior. Me aseguró que aullaban por las noches y que apestaban, pero que ya hacía

casi un año que se habían marchado. Todo el granero seguía oliendo a animal, pero podrían haber sido coyotes.

—Cuando la luna menguaba, recorrían el laberinto lunar con amor —dijo el guía—. Cuando era creciente, lo cruzaban con deseo, no con amor. ¿Necesitas que te explique la diferencia? Las ovejas y las cabras...

—Creo que no.

—A veces también venían enfermos. Llegaban hasta aquí personas lesionadas o minusválidas, y algunas de ellas necesitaban que alguien empujara sus sillas de ruedas por el laberinto o que las llevaran en brazos. Pero incluso ellos debían elegir el camino, no las personas que los llevaban o empujaban sus sillas. Sólo ellos podían decidir el itinerario. Cuando yo era niño, la gente los llamaba tullidos. Me alegro de que ya no los llamemos así. También venían personas con mal de amores. Los que estaban solos. A veces traían también a lunáticos. Como recibían su nombre de la luna, parecía justo que la luna pudiera ayudarlos a cambiar las cosas.

Estábamos acercándonos a la cima de la colina. Anochecía. El cielo ya era de color vino y la luz del sol poniente se reflejaba en las nubes del oeste, aunque desde donde estábamos nosotros ya no se veía, porque había desaparecido por el horizonte.

—Ya verás cuando lleguemos a la cima. La cumbre de la colina es completamente plana.

Yo quería participar en la conversación de alguna forma, así que dije:

—Hace quinientos años, el lord del lugar del que yo provengo fue a visitar al rey. El rey presumió de su mesa enorme, sus velas, su precioso techo pintado y, mientras le enseñaba todas esas cosas, el lord, en lugar de alabarlas, se limitaba a decir: «Yo tengo uno más lujoso, más grande y mejor». El rey quiso desafiarlo, y le dijo que el mes siguiente iría a comer a esa mesa suya que era más grande y más lujosa que la de un rey, que estaba iluminada por velas que se sostenían en candelabros más grandes y más lujosos que los de un rey, dispuestas bajo un techo pintado más grande y mejor que el de un rey.

El guía dijo:

—¿Extendió un mantel en una llanura de la colina, dispuso veinte hombres valientes, cada uno con una vela, y cenaron bajo las estrellas creadas por Dios? Por aquí también cuentan una historia parecida.

—Exacto —admití, un tanto molesto porque le hubiera dado tan poca importancia a mi anécdota—. Y el rey admitió que el lord tenía razón.

—¿Y el jefe no lo metió en la cárcel para torturarlo? —preguntó el guía—. Eso es lo que ocurrió en la versión de la historia que se cuenta por aquí. Dicen que el hombre jamás llegó a comerse el postre, un *cordón bleu* que le había preparado su cocinera. Lo encontraron al día siguiente con las manos amputadas, la lengua cortada y metida en el bolsillo del pecho y un agujero de bala en la frente.

—¿Aquí? ¿En esa casa de ahí?

—Por Dios, no. Dejaron el cuerpo en su discoteca. En la ciudad.

Me sorprendió lo rápido que pasaba el crepúsculo. Todavía se veía un brillo hacia el oeste, pero la noche se había adueñado del resto del cielo, que había adquirido un majestuoso color de ciruela morada.

—Los días anteriores a la luna llena, en el laberinto —dijo—, se reservaban para los enfermos y los necesitados. Mi hermana padecía una enfermedad de esas que tienen las mujeres. Le dijeron que si no le extirpaban el útero acabaría mal y que, incluso si lo hacían, podría morir igualmente. Se le había hinchado tanto el estómago que parecía que estuviera embarazada en lugar de tener un tumor, aunque ya debía de contar casi cincuenta años. Subió aquí cuando faltaba un día para la luna llena y entró en el laberinto. Lo recorrió hasta el centro a la luz de la luna, y luego salió sin dar un paso en falso y sin cometer errores.

—¿Y qué le pasó?

—Vivió —dijo muy cortante.

Llegamos a la cima, pero no distinguía lo que estaba mirando. Estaba demasiado oscuro.

—Le sacaron lo que llevaba dentro. También vivió, durante un tiempo. —Guardó silencio. Luego me dio una palmadita en el brazo—. Mira allí.

Me volví y miré. El tamaño de la luna me sorprendió. Ya sé que es una ilusión óptica y que la luna no disminuye a medida que va subiendo, pero aquélla parecía acaparar tal extensión de horizonte mientras ascendía que me recordó a las viejas cubiertas de los libros en rústica de Frank Frazetta, en las que aparecían hombres con las espadas en alto, recortados contra lunas enormes, y me vinieron a la mente esos dibujos de lobos aullando en las cumbres, siluetas negras sobre el círculo de una luna blanca como la nieve que los enmarcaba. La luna enorme que ascendía por el cielo era del cremoso color amarillo de la mantequilla recién batida.

—¿Hay luna llena? —pregunté.

—Ya lo creo. —Parecía satisfecho—. Y ahí está el laberinto.

Nos acercamos a él. Yo había esperado ver cenizas en el suelo, o nada. Y, sin embargo, a la luz de aquella luna de mantequilla vi un laberinto, complejo y elegante, confeccionado a base de círculos y espirales en el interior de un cuadrado gigantesco. No podía calcular bien las distancias con aquella luz, pero pensé que cada lado del cuadrado debía de medir sesenta metros o más.

Sin embargo, las plantas que delineaban el laberinto apenas se levantaban del suelo. Ninguna de ellas medía más de treinta centímetros. Me agaché, cogí una hoja en forma de aguja, negra a la luz de la luna, y la aplasté con los dedos índice y pulgar. Inspiré y pensé en un cordero crudo bien despiezado y preparado, colocado en un horno sobre una cama de ramas y agujas que olían exactamente como la que tenía en la mano.

—Pensaba que lo habíais quemado —dije.

—Y lo hicimos. Estas plantas ya no son setos. Pero siguen creciendo cuando llega su tiempo. Hay cosas que no se pueden matar. El romero es muy resistente.

—¿Dónde está la entrada?

—La estás pisando —dijo.

Era un anciano que caminaba ayudándose de un bastón y que hablaba con desconocidos. Nadie lo echaría de menos.

—¿Y qué ocurría aquí arriba cuando había luna llena?

—Los habitantes de la zona no entraban en el laberinto las noches de luna llena. Ésa era la noche que se cobraba el precio de todas las demás.

Puse un pie en el laberinto. No me costó nada, y menos teniendo en cuenta que los setos que lo delineaban me llegaban a la altura de los tobillos, no eran más altos que las plantas de un huerto. Si me perdía, sólo tenía que pasar por encima de los setos y salir. Pero por el momento elegí seguir el camino que se internaba en el laberinto. Era fácil distinguirlo gracias a la luz de la luna llena. Detrás de mí, el guía continuaba hablando.

—Algunos consideraban que ese precio era demasiado alto. Ése fue el motivo de que subiéramos aquí y quemáramos el laberinto lunar. Una noche sin luna subimos la colina portando antorchas, como en las viejas películas en blanco y negro. Lo hicimos todos. Yo también. Pero no se puede acabar con todo. Las cosas no funcionan así.

—¿Por qué romero? —pregunté.

—Porque el romero es bueno para la memoria —me explicó.

La luna de mantequilla se elevaba más rápido de lo que había imaginado o esperado. Ahora era una pálida cara fantasmal suspendida en el cielo, tranquila y compasiva, y blanca, blanca como un hueso.

El hombre dijo:

—Siempre hay alguna posibilidad de salir con vida. Incluso cuando hay luna llena. Primero debes llegar al centro del laberinto. Hay una fuente. Ya la verás. No tiene pérdida. Luego debes salir desde el centro. Sin dar un solo paso en falso, sin topar con ningún callejón sin salida, no puedes cometer errores, ni cuando entras ni cuando sales. Es probable que sea más sencillo ahora que cuando los setos eran más altos. Puede ser. Si no lo consigues, entonces le toca al laberinto curarte de todos tus males. Y tendrás que correr, claro.

Miré atrás. No vi al guía. Ya no estaba allí. Había algo frente a mí, al otro lado del contorno de setos, una sombra negra que paseaba en silencio por el perímetro del cuadrado. Tenía el tamaño de un perro grande, pero no se movía como un perro.

Eché la cabeza hacia atrás y aulló a la luna, divertido y contento. En la mesa enorme que había en lo alto de la colina se oyó el eco de unos aullidos igual de felices, y como me dolía la rodilla izquierda de haber caminado tanto colina arriba, eché a andar a trompicones.

El laberinto tenía un diseño; podía distinguirlo. La luna brillaba sobre mi cabeza, radiante como el día. Ella siempre había aceptado mis ofrendas. No iba a traicionarme justo al final.

—Corre —dijo una voz que sonó casi como un rugido.



Y corrí como una oveja mientras él se reía.

## Lo que pasa con Cassandra

Allí estábamos Scallie y yo, con sendas pelucas de Starsky y Hutch —con patillas y todo—, a las cinco de la madrugada junto a un canal de Ámsterdam. Esa noche éramos diez, incluyendo a Rob, el novio, al que vimos por última vez esposado a una cama del barrio rojo con el trasero lleno de espuma de afeitar. Su futuro cuñado se reía y le daba una palmadita en el culo a la prostituta que tenía la cuchilla en la mano, momento en el cual miré a Scallie y él me miró a mí, y dijo: «¿negación total?», y yo asentí, porque hay preguntas a las que no quieres responder cuando una novia empieza a investigar sobre el fin de semana de la despedida de soltero, así que nos fuimos a tomar algo, después de dejar a ocho hombres con pelucas de Starsky y Hutch (uno de los cuales estaba casi desnudo, encadenado a una cama con unas esposas acolchadas de color rosa, y daba la sensación de que ya empezaba a pensar que, al fin y al cabo, esa aventura no era tan buena idea) en una habitación que olía a desinfectante y a incienso barato, y nos marchamos, nos sentamos junto al canal y nos tomamos varias latas de cerveza danesa mientras hablábamos de los viejos tiempos.

Scallie —cuyo verdadero nombre es Jeremy Porter, y a quien actualmente todo el mundo llama Jeremy, pero a quien llamábamos siempre Scallie cuando teníamos once años—, y el futuro marido, Rob Cunningham, habían ido a la escuela conmigo. Fuimos perdiendo el contacto, más o menos, y nos habíamos reencontrado de la forma perezosa que se utiliza hoy en día, a través de Friends Reunited y Facebook y esas cosas, y ahora Scallie y yo estábamos juntos por primera vez desde que teníamos diecinueve años. Las pelucas de Starsky y Hutch, que habían sido idea de Scallie, nos hacían parecer hermanos de algún telefilme: Scallie era el hermano bajo y fornido de bigote espeso, y yo, el alto. Teniendo en cuenta que desde que terminé la escuela yo había ganado una buena parte de mis ingresos haciendo de modelo, añadiría que era el hermano alto y guapo, pero a nadie le sienta bien una peluca de Starsky y Hutch con patillas.

Además, la peluca picaba.

Nos sentamos junto al canal y cuando se terminó la cerveza seguimos hablando mientras veíamos salir el sol.

La última vez que vi a Scallie, él tenía diecinueve años y un montón de grandes planes. Acababa de enrolarse en la RAF como cadete. Pensaba pilotar aviones y aprovechar los vuelos para traficar con drogas, y así se haría increíblemente rico mientras ayudaba a su país. Era la clase de locuras que se le ocurrían cuando íbamos a la escuela. Por lo general todo quedaba en nada. Pero a veces nos metía en algún problema a los demás.

Ahora, doce años después, supe que los seis meses que pasó en la RAF terminaron de pronto debido a un problema no especificado con su tobillo, y me contó que era un alto ejecutivo de una empresa que fabricaba cristales de doble vidrio

y que, desde el divorcio, tenía una casa más pequeña de lo que creía merecer y un golden retriever como única compañía.

Se acostaba con una mujer de la empresa de cristales de doble vidrio, pero dudaba que ella fuera a dejar a su novio por él, y le parecía que todo era más fácil de esa forma.

—Aunque, desde que me divorcié, a veces me despierto llorando. Bueno, ya sabes —me dijo en algún momento de la conversación.

No me lo imaginaba llorando y, en cualquier caso, lo dijo con una de sus clásicas sonrisas de oreja a oreja.

Yo le hablé de mí: seguía haciendo de modelo, echaba un cable en la tienda de antigüedades de un amigo para mantenerme ocupado, y pintaba mucho. Tenía suerte: la gente compraba mis cuadros. Cada año celebraba una pequeña exposición en la Little Gallery de Chelsea, y aunque al principio las únicas personas que compraban algo eran conocidos —fotógrafos, ex novias y gente así—, hoy día tengo coleccionistas de verdad. Hablamos sobre los tiempos que sólo Scallie parecía recordar, cuando él, Rob y yo éramos un grupo de tres, inseparable, indisoluble. Hablamos de los desengaños amorosos de la adolescencia, de Caroline Minton (que ahora era Caroline Keen y se había casado con un pastor anglicano), recordamos la primera vez que nos atrevimos a entrar en el cine para ver una película para adultos, aunque ninguno de los dos recordaba de qué iba la película.

Entonces Scallie dijo:

—El otro día tuve noticias de Cassandra.

—¿Cassandra?

—Tu ex novia. Cassandra. ¿Te acuerdas?

—... No.

—La de Reigate. Tenías su nombre escrito en todos los libros. —Debí de parecer particularmente espeso, borracho o soñoliento, porque dijo—: La conociste en unas vacaciones de esquí. Oh, por el amor de Dios. Tu primer polvo. Cassandra.

—Ah —dije, recordando, recordándolo todo—. Cassandra.

Y era verdad que me acordaba.

—Sí —dijo Scallie—. Me escribió a través de Facebook. Dirige una compañía teatral en el este de Londres. Deberías darle un toque.

—¿Tú crees?

—Creo que... es decir, si lees su mensaje entre líneas, parece que sigue sintiendo algo por ti. Me preguntó por ti.

Me quedé mirando fijamente el canal iluminado por el sol del amanecer y me pregunté si mi amigo estaría muy borracho, o si lo estaría yo. Dije algo, pero ya no sé qué, y luego le pregunté si recordaba dónde estaba nuestro hotel, porque yo lo había olvidado, y me dijo que él también lo había olvidado y que Rob tenía toda la información sobre el hotel, así que deberíamos ir a buscarlo y rescatarlo de las garras de la simpática prostituta de las esposas y el kit de afeitado, cosa que, advertimos,

sería más sencilla si supiéramos volver al lugar donde lo habíamos dejado, y mientras buscaba alguna pista del sitio donde habíamos dejado a Rob, me encontré una tarjeta con la dirección del hotel en el bolsillo trasero, así que nos fuimos para allí, y lo último que hice antes de alejarme del canal y de aquella noche tan extraña fue quitarme la irritante peluca de Starsky y Hutch de la cabeza y lanzarla al canal.

Flotaba.

Scallie dijo:

—Dejé un depósito por las pelucas, ¿sabes? Si no querías seguir llevándola, podrías habérmela dado. —Y añadió—: Deberías escribir a Cassandra.

Yo negué con la cabeza. Me pregunté con quién se habría estado comunicando, con quién la habría confundido, porque estaba convencido de que no era Cassandra.

Esto es lo que pasa con Cassandra: me la inventé.

Yo tenía quince años, casi dieciséis. Era raro. Acababa de dar el estirón de la adolescencia y, de repente, era más alto que la mayoría de mis amigos y me avergonzaba de mi altura. Mi madre dirigía una pequeña escuela de equitación, de la que era propietaria, y yo la ayudaba, pero las chicas —competentes, amantes de los caballos y sensatas— me intimidaban. En casa escribía poesía mala y pintaba acuarelas, sobre todo de ponis en el campo; en la escuela —en mi colegio sólo había chicos—, jugaba bastante bien al críquet, participaba en alguna obra de teatro y pasaba el rato poniendo música con mis amigos (el CD era la última novedad, pero los reproductores eran caros y escasos, y todos habíamos heredado tocadiscos y equipos de alta fidelidad de nuestros padres o hermanos mayores). Cuando no hablábamos de música o de deporte, hablábamos de chicas.

Scallie era mayor que yo. Rob también. Les gustaba que yo fuera uno más del grupo, pero también disfrutaban tomándome el pelo. Se comportaban como si yo fuera un niño, y no lo era. Los dos lo habían hecho con chicas. En realidad, eso no es del todo exacto: los dos lo habían hecho con la misma chica, Caroline Minton, famosa por ser generosa con sus favores y estar siempre dispuesta, con la condición de que la persona con la que estaba tuviera moto.

Yo no tenía moto. No tenía edad suficiente para conseguir una y mi madre no podía permitírsela (mi padre murió cuando yo era pequeño, le administraron demasiada anestesia cuando estaba en el hospital para someterse a una operación menor por una infección en el dedo del pie. Todavía sigo evitando los hospitales). Había visto a Caroline Minton en alguna fiesta, pero me aterraba, y aunque hubiera tenido moto no habría querido que mi primera experiencia sexual fuera con ella.

Scallie y Rob también tenían novias. La de Scallie era más alta que él, tenía unos pechos enormes y le gustaba el fútbol, lo cual obligaba a Scallie a fingir que a él también le interesaba, sobre todo el Crystal Palace, mientras que la novia de Rob pensaba que debían tener cosas en común, lo cual obligó a Rob a dejar de escuchar el

electropop de mediados de los ochenta que escuchábamos todos y comenzar a escuchar a grupos hippies de cuando aún no habíamos nacido (lo cual era un rollo), pero también dio a Rob ocasión de saquear la alucinante colección de viejas series de televisión en vídeo que tenía el padre de su chica (lo cual estuvo muy bien).

Yo no tenía novia.

Hasta mi madre empezó a hacer comentarios al respecto.

Debió de salir de algún sitio, el nombre, la idea: pero no me acuerdo. Sólo recuerdo que escribí «Cassandra» en mis libros de ejercicios. Pero lo hice con cuidado, y sin decirle nada a nadie.

—¿Quién es Cassandra? —me preguntó Scallie en el autobús que nos llevaba al colegio.

—Nadie —contesté.

—Tiene que ser alguien. Has escrito su nombre en el cuaderno de matemáticas.

—Sólo es una chica que conocí en las vacaciones de esquí.

El mes anterior, mi madre y yo habíamos ido a esquiar a Austria con mi tía y mis primos.

—¿Nos la presentarás?

—Es de Reigate. Supongo que sí. Algún día.

—Eso espero. ¿Te gusta?

Guardé silencio durante lo que consideré que era un tiempo adecuado y respondí:

—Besa muy bien.

Entonces Scallie se rió y Rob quiso saber si me refería a un morreo de verdad, con lengua y todo, y le dije:

—Tú qué crees.

Al final del día ambos creían que existía de verdad.

Mi madre estaba encantada de que hubiera conocido a alguien. Cuando me hacía alguna pregunta —como, por ejemplo, a qué se dedicaban sus padres—, yo me limitaba a encogerme de hombros.

Tuve tres «citas» con Cassandra. Cada vez que quedaba con ella, cogía el tren hasta Londres y me metía en el cine. En cierto modo, era emocionante.

Volví de mi primer viaje con más historias sobre besos y magreos.

Nuestra segunda cita (que en realidad pasé viendo *La mujer explosiva* yo solo en un cine de Leicester Square) consistió, según le conté a mi madre, en cogerle la mano en lo que ella seguía llamando «ir a las películas», pero, como expliqué a regañadientes a Rob y Scallie (y, a lo largo de aquella semana, a varios amigos del colegio que habían oído rumores de Rob y Scallie, a pesar de que habían jurado guardar silencio, y querían averiguar si eran ciertos), en realidad fue El Día que Perdí la Virginitad en el apartamento de la tía de Cassandra en Londres: la tía había salido y Cassandra tenía las llaves. Como prueba contaba con un paquete de tres preservativos al que le faltaba el que yo había lanzado, y una tira de cuatro fotografías en blanco y negro que encontré la primera vez que fui a Londres,

abandonada en la papelera de un fotomatón de Victoria Station. En las fotografías aparecía una chica, que tendría mi edad, con el pelo largo y liso (no podía saber el color. ¿Rubio oscuro? ¿Rojo? ¿Castaño claro?) y una cara simpática y bastante bonita llena de pecas. Me la metí en el bolsillo. En clase de dibujo hice un retrato a lápiz de la tercera fotografía, la que más me gustaba, en la que se la veía con la cabeza medio girada, como si estuviera llamando a alguna amiga invisible situada detrás de la cortina diminuta. Parecía dulce y encantadora. Me habría gustado que fuera mi novia.

Colgué el dibujo en una pared de mi habitación para poder verla desde la cama.

Después de nuestra tercera cita (que fue para ver *¿Quién engañó a Roger Rabbit?*) volví al colegio con malas noticias: la familia de Cassandra se marchaba a Canadá (un lugar que me parecía más convincente que Estados Unidos, por algún motivo que tenía que ver con el trabajo de su padre, y no volvería a verla en mucho tiempo. No es que hubiéramos roto, pero teníamos que ser prácticos: en aquella época las llamadas transatlánticas eran demasiado caras para un adolescente. Se acabó.

Yo estaba triste. Todo el mundo se dio cuenta de lo triste que estaba. Decían que les habría encantado conocerla, y que quizá tuvieran ocasión cuando regresara en Navidad. Yo estaba seguro de que para Navidad ya se habrían olvidado de ella.

Y así fue. En Navidad yo estaba saliendo con Nikki Blevins, y la única prueba de que Cassandra había formado parte de mi vida era su nombre escrito en un par de mis libros de ejercicios y el dibujo a lápiz que tenía colgado en la pared de mi habitación, y en el que había escrito al pie: «Cassandra, 19 de febrero de 1985».

Cuando mi madre vendió la escuela de equitación, el dibujo se perdió en la mudanza. En aquella época yo estaba estudiando Bellas Artes y mis viejos dibujos a lápiz me parecían tan vergonzosos como el hecho de que, en su día, me hubiera inventado una novia, así que no me importó.

Creo que hacía veinte años que no pensaba en Cassandra.

Mi madre le vendió la escuela de equitación, la casa y los terrenos a un agente de la propiedad que construyó una urbanización donde habíamos estado viviendo y, como parte del trato, le entregó a cambio una casa pequeña e independiente al final de Seton Close. Voy a verla por lo menos una vez cada quince días. Llego el viernes por la noche y me marcho el domingo por la mañana, una rutina tan regular como el reloj de la abuela que hay en el vestíbulo.

A mamá le preocupa mi felicidad. Ha empezado a mencionar que algunas de sus amigas tienen hijas solteras. Durante mi última visita mantuvimos una conversación sumamente embarazosa que comenzó cuando mi madre me preguntó si me gustaría que me presentara al organista de su iglesia, un joven muy agradable de mi edad.

—Mamá. No soy gay.

—No hay nada de malo en ello, cariño. Le ocurre a todo tipo de gente. Incluso se casan. Bueno, no es un matrimonio de verdad, pero es lo mismo.

—Sigo sin ser gay.

—Sólo lo pensaba porque todavía no te has casado y te dedicas a pintar y a hacer de modelo.

—He tenido novias, mamá. Has conocido a más de una.

—Pero nada duradero, cariño. Sólo pensaba que quizá tuvieras algo que decirme.

—No soy gay, mamá. Si lo fuera te lo diría. —Y entonces añadí—: Me morré con Tim Carter en una fiesta cuando iba a la facultad de Bellas Artes, pero estábamos borrachos y no llegamos a pasar de ahí.

Ella frunció los labios.

—Ya es suficiente, jovencito. —Y a continuación cambió de tema, como si quisiera deshacerse de un mal sabor de boca, y dijo—: A ver si adivinas a quién me encontré en Tesco's la semana pasada.

—No lo sé. ¿A quién?

—A tu ex novia. Tu primera novia, más bien.

—¿Nikki Blevins? Espera, está casada, ¿no? ¿Nikki Woodbridge?

—Antes de ella, cariño. Cassandra. La tenía delante en la cola. Me tocaba pasar a mí primero, pero había olvidado que necesitaba nata para las fresas de hoy, así que volví a cogerla, y ella estaba frente a mí, y su cara me resultó familiar. Al principio pensé que era la hija pequeña de Joanie Simmond, la que tiene ese problema en el habla, eso que toda la vida se ha llamado tartamudeo, pero que por lo visto ya no se puede decir, pero entonces pensé: «ya sé de qué me suena esta cara», estuvo colgada sobre el cabezal de tu cama durante cinco años, y entonces le dije: «No serás Cassandra, ¿verdad?», y ella contestó: «Sí», y yo le dije: «Te vas a reír cuando te diga esto, pero soy la madre de Stuart Innes», y exclamó: «¿Stuart Innes?», y se le iluminó la cara. Total, que se quedó esperando mientras yo metía la compra en la bolsa, y me comentó que había contactado con tu amigo Jeremy Porter en Bookface, y que habían estado hablando de ti...

—Querrás decir Facebook. ¿Ha estado hablando con Scallie en Facebook?

—Sí, cariño.

Bebí un sorbo de té y me pregunté con quién habría estado hablando mi madre en realidad. Le dije:

—¿Estás completamente segura de que se trataba de la misma Cassandra que estaba sobre el cabezal de mi cama?

—Claro, cariño. Me explicó que la habías llevado a Leicester Square y que le entristeció mucho tener que mudarse a Canadá. Se marcharon a Vancouver. Le pregunté si conocía a mi primo Leslie, que se marchó a Vancouver después de la guerra, pero me dijo que no lo creía, y resulta que, por lo visto, es una ciudad muy grande. Le expliqué lo del dibujo a lápiz que hiciste y parecía muy informada sobre tu vida. Se emocionó mucho cuando le dije que esta semana exponías en una galería.

—¿Le contaste eso?

—Sí, cariño. Pensé que le gustaría saberlo. —Y entonces mi madre comentó,

como melancólica—: Es muy guapa, cariño. Me parece que hace algo con una compañía teatral.

Luego la conversación se centró en la jubilación del doctor Dunnings, que había sido nuestro médico de cabecera desde antes de que yo naciera, y mi madre me explicó que era el único médico de su especialidad que quedaba que no era de origen indio, y comentó cómo se sentía respecto a la noticia.

Aquella noche, mientras estaba tumbado en la cama de mi pequeña habitación en casa de mi madre, repasé mentalmente toda la conversación. Yo ya no estoy en Facebook y pensé en volver a registrarme para ver quiénes eran los amigos de Scallie, y si esa pseudo-Cassandra estaba entre ellos, pero había demasiadas personas que estaba encantado de haber borrado de mi vida y lo dejé estar, convencido de que todo aquello tendría alguna explicación que resultaría sencilla, y me dormí.

Ya llevaba más de una década exponiendo en la Little Gallery de Chelsea. Al principio, disponía de un cuarto de pared y ninguna de mis obras costaba más de trescientas libras. Ahora organizo mi propia exposición cada octubre, durante el mes entero, y puedo afirmar que sólo tengo que vender una docena de cuadros para saber que mis necesidades, el alquiler y el resto de mi vida están cubiertos durante todo el año. Los que no se venden permanecen colgados en las paredes de la galería hasta que alguien se los lleva, y siempre se agotan antes de Navidad.

La pareja de propietarios de la galería, Paul y Barry, siguen llamándome «el niño bonito», como lo hacían hace doce años, cuando expuse mi obra con ellos por primera vez, y cuando quizá fuera cierto. En aquella época vestían camisas floreadas de cuellos abiertos y cadenas de oro; ahora que han alcanzado la mediana edad, llevan trajes caros y, para mi gusto, hablan demasiado sobre la Bolsa. Aunque sigo disfrutando de su compañía. Los veo tres veces al año: en septiembre, cuando vienen a mi estudio a ver en qué he estado trabajando y elegir los cuadros para la exposición; en la galería, cuando colgamos los cuadros e inauguramos la exposición, y en febrero, cuando pasamos cuentas.

Barry es quien dirige la galería. Paul es copropietario y acude a todas las fiestas, pero también trabaja en el departamento de guardarropía de la Royal Opera House. La fiesta de presentación de la exposición de este año se celebraba un viernes por la noche. Yo había pasado dos días muy nervioso colgando todos los cuadros. Ahora ya había hecho mi parte y sólo podía esperar, y abrigar la esperanza de que a la gente le gustara mi obra y no hacer el ridículo. Hice lo que llevaba haciendo los últimos doce años según las instrucciones de Barry: «Alarga el champán —me decía—. Rellena las copas con agua. No hay nada peor para un coleccionista que encontrarse con un artista borracho, a menos que sea famoso por beber, y no es tu caso, querido. Sé agradable pero enigmático, y cuando la gente te pregunte por la historia de la que surge un cuadro, di: “Mis labios están sellados”. Pero, por el amor de Dios, insinúa



que hay alguna. Lo que compran es esa historia».

Ya no suelo invitar a nadie a la fiesta. Hay artistas que lo hacen porque lo consideran un evento social, pero yo no lo veo así. Aunque me tomo mi arte con mucha seriedad, como arte, y estoy orgulloso de mi obra (la última exposición se tituló «Personas en Paisajes», que ya lo dice todo sobre mi trabajo), entiendo que la fiesta existe sólo como evento comercial, una invitación a compradores potenciales y a aquellas personas que podrían transmitir el mensaje adecuado a otros compradores potenciales. Os cuento esto para que no os sorprendáis al saber que son Barry y Paul quienes se encargan de la lista de invitados a la presentación, y no yo.

La fiesta siempre empieza a las seis y media. Yo me había pasado toda la tarde colgando cuadros y asegurándome de que todo tenía el mejor aspecto posible, como hacía todos los años. La única diferencia de ese evento en particular era lo emocionado que estaba Paul, que parecía un niño reprimiendo la necesidad de decirte lo que te ha comprado para tu cumpleaños. Eso y que, mientras estábamos colgando los cuadros, Barry dijo:

—Creo que la fiesta de esta noche hará que se hable de ti.

Entonces yo comenté:

—Creo que hay un error en el cuadro de Lake District. —Era un cuadro gigantesco de la puesta de sol de Windermere, donde se veían dos niños que observaban al espectador con la mirada perdida desde la orilla—. Debería poner tres mil libras. Y pone trescientas mil.

—¿Ah, sí? —preguntó Barry con poca energía—. Vaya, vaya.

Pero no hizo nada para cambiarlo.

Era desconcertante, pero los primeros invitados habían llegado un poco pronto, y el misterio podía esperar. Un joven me ofreció uno de los hojaldres rellenos de champiñones que llevaba en una bandeja de plata. Cogí en la mesa de la esquina la copa de champán que debía tomarme muy despacio, y me dispuse a relacionarme con la gente.

Todos los precios eran altos, y dudaba que la Little Gallery fuera capaz de vender los cuadros tan caros, así que me preocupé por el año que me esperaba.

Barry y Paul siempre se encargaban de pasearme por la sala diciendo: «Éste es el artista, el niño bonito que crea estas cosas tan bonitas, Stuart Innes», y yo estrechaba manos y sonreía. Cuando acababa la noche ya conocía a todo el mundo, y a Paul y Barry se les daba muy bien decir: «Stuart, recordarás a David, escribe sobre arte en el *Telegraph*...», y a mí, por mi parte, se me daba bien decir: «Claro, ¿cómo estás? Me alegro de que hayas podido venir».

La sala estaba a rebosar de gente, cuando una impresionante mujer pelirroja a la que todavía no me habían presentado empezó a gritar:

—¡Basura figurativa!

Yo estaba conversando con el crítico de arte del *Daily Telegraph* y ambos nos dimos la vuelta. Me dijo:

—¿Es amiga tuya?

Y yo le contesté.

—Me parece que no.

La chica seguía gritando, aunque el bullicio de la fiesta había enmudecido. La joven exclamó:

—¡A nadie le interesa esta mierda! ¡A nadie! —Entonces se metió la mano en el bolsillo del abrigo, sacó un frasco de tinta y gritó—: ¡Intenta venderlo ahora! —Y arrojó la tinta sobre *Windermere Sunset*. Era tinta de color negro azulado.

Entonces Paul apareció a su lado y le arrebató el frasco de tinta mientras decía:

—Ese cuadro costaba trescientas mil libras, jovencita.

Barry la cogió del brazo y le advirtió:

—Me parece que la policía querrá preguntarte un par de cosas.

Y se la llevó a su despacho.

La chica nos gritó mientras caminaba:

—¡No tengo miedo! ¡Estoy orgullosa! Los artistas como él sólo se dedican a alimentar la ingenuidad de los coleccionistas de arte. ¡Sois unos borregos! ¡Basura figurativa!

Luego se marchó, y la gente de la fiesta se animó, y se pusieron a inspeccionar el cuadro manchado de tinta y a mirarme, y el crítico del *Telegraph* me preguntó si me apetecía hacer alguna declaración y quería saber cómo me sentía al ver destruido un cuadro de trescientas mil libras; yo murmuré que estaba orgulloso de ser pintor y comenté algo acerca de la naturaleza efímera del arte, y él opinó que la fiesta de esa noche era una improvisación artística en toda regla, y ambos coincidimos en que, improvisación artística o no, esa mujer no estaba bien de la cabeza.

Entonces Barry reapareció y fue moviéndose de grupo en grupo para explicar que Paul estaba con la chica y que yo tendría la última palabra sobre qué hacer con ella. Los invitados seguían muy animados cuando les pidió que se marcharan de la galería. Barry se disculpó mientras los echaba, admitió que vivíamos en una época apasionante, y explicó que al día siguiente abriría a la hora de siempre.

—Ha ido bien —dijo cuando estuvimos solos en la galería.

—¿Bien? Ha sido un desastre.

—Mmmm. «Stuart Innes, el pintor a quien le destrozaron un cuadro de trescientas mil libras». Creo que deberías perdonarla, ¿no? Ella también es artista, aunque con una visión distinta de la tuya. A veces se necesita un pequeño empujón para subir al siguiente nivel.

Fuimos a la trastienda de la galería.

Pregunté:

—¿De quién ha sido la idea?

—Nuestra —respondió Paul. Se estaba tomando una copa de vino blanco en la trastienda con la mujer pelirroja—. Bueno, principalmente de Barry. Pero necesitábamos una buena actriz para llevarla a cabo, y yo la encontré.

La chica sonrió con modestia: logró parecer avergonzada y al tiempo orgullosa de sí misma.

—Si esto no consigue atraer la atención que mereces, niño bonito —dijo Barry con una sonrisa—, nada lo conseguirá. Ahora eres lo bastante importante como para que te ataquen.

—El cuadro de Windermere está destrozado —señalé.

Barry miró a Paul y se rieron.

—Ya está vendido, con manchas de tinta y todo, y por setenta y cinco mil libras —anunció Barry—. No me canso de repetirlo, la gente cree que está comprando la obra de arte, pero en realidad está comprando la historia.

Paul nos llenó las copas.

—Y te lo debemos todo a ti —le dijo a la mujer—. Stuart, Barry, me gustaría proponer un brindis. Por Cassandra.

—Por Cassandra —repetimos, y bebimos.

Esa vez no hice durar mi copa. La necesitaba.

Luego, mientras yo asimilaba el nombre que acababa de oír, Paul dijo:

—Cassandra, este joven ridículamente atractivo y con tanto talento es Stuart Innes, aunque supongo que ya lo sabes.

—Claro —contestó ella—. En realidad, somos viejos amigos.

—Explícanos eso —le pidió Barry.

—Bueno —dijo Cassandra—, hace veinte años, Stuart escribió mi nombre en su cuaderno de matemáticas.

La verdad era que se parecía a la chica de mi dibujo.

O a la de las fotografías, pero mayor. Con las facciones más angulosas. Más inteligente. Más segura.

No la había visto en mi vida.

—Hola, Cassandra —dije.

No sabía qué más decir.

Estábamos en la bodega que hay debajo de mi piso. También sirven comida. No es sólo una tienda de licores.

Me sorprendí hablando con ella como si fuera alguien a quien conocía desde que era pequeño. Y tuve que recordarme que no era así. Acababa de conocerla esa misma noche. Todavía tenía manchas de tinta en las manos.

Le echamos un vistazo a la carta, pedimos lo mismo —el surtido de tapas vegetarianas—, y cuando nos trajeron los platos, los dos empezamos por los dolmas y luego seguimos con el hummus.

—Te inventé yo —le dije.

No era lo primero que le había dicho: antes hablamos sobre su compañía teatral, me explicó cómo había conocido a Paul, la oferta que le había hecho —mil libras por

el espectáculo de aquella noche—, y me confesó que necesitaba el dinero, pero que el motivo principal por el que había aceptado era que le pareció una aventura divertida. En cualquier caso, me dijo, cuando Paul mencionó mi nombre no pudo negarse. Pensó que era cosa del destino.

Fue entonces cuando lo dije. Tenía miedo de que pensara que estaba loco, pero aun así lo dije.

—Te inventé yo.

—No —contestó—. No me inventaste. Es evidente que no. Estoy aquí de verdad. —Y añadió—: ¿Te gustaría tocarme?

La miré. Su cara, su postura, sus ojos. Era todo lo que siempre había soñado en una mujer. Todo lo que había echado de menos en las demás chicas.

—Sí —confesé—. Mucho.

—Vamos a acabar de cenar primero —sugirió. Luego preguntó—: ¿Cuánto tiempo hace que no te acuestas con una mujer?

—No soy gay —protesté—. Tengo novias.

—Ya lo sé —me dijo—. ¿Cuándo tuviste la última?

Intenté hacer memoria. ¿Fue Brigitte? ¿O la estilista con la que la agencia de publicidad me envió a Islandia? No estaba seguro.

—Dos años —dije—. Quizá tres. Es que todavía no he conocido a la persona adecuada.

—Sí que la conociste —dijo. Entonces abrió el bolso, un enorme bulto esponjoso de color violeta, sacó una carpeta, la abrió y cogió una hoja de papel con las esquinas amarillentas—. ¿Lo ves?

Lo recordaba. ¿Cómo iba a olvidarlo? Estuvo colgado sobre el cabezal de mi cama durante años. Ella miraba hacia un lado, como si estuviera hablando con alguien que aguardara detrás de la cortina. «Cassandra», ponía al pie. «19 de febrero de 1985». Y estaba firmado: «Stuart Innes». Ver de nuevo la caligrafía que tenías a los quince años provoca una sensación bochornosa y entrañable al mismo tiempo.

—Volví de Canadá en el ochenta y nueve —dijo—. Mis padres se divorciaron allí y mi madre quería regresar a casa. Quería saber de ti y me preguntaba qué estarías haciendo, así que fui a buscarte a tu última dirección. La casa estaba vacía. Las ventanas estaban rotas. Era evidente que la casa estaba deshabitada. Ya habían derribado los establos, eso me puso triste, cuando era niña me encantaban los caballos, por supuesto, pero recorrí la casa hasta que encontré tu cuarto. Estaba claro que se trataba de tu dormitorio, aunque ya no había muebles. Seguía oliendo a ti. Y esto seguía colgado en la pared. Me pareció que nadie iba a echarlo en falta.

Sonrió.

—¿Quién eres?

—Cassandra Carlisle. Tengo treinta y cuatro años. Antes era actriz. Dramaturga fracasada. Ahora dirijo una compañía teatral en Norwood. Hago teatroterapia. Sala de actos de alquiler. Cuatro obras al año, más talleres y una pantomima local. ¿Quién

eres tú, Stuart?

—Ya sabes quién soy. —Y añadí—: Sabes que no te conocía, ¿verdad?

Asintió. Y dijo:

—Pobre Stuart. Vives justo aquí arriba, ¿no?

—Sí. A veces es un poco ruidoso. Pero está cerca del metro. Y el alquiler no es desorbitado.

—Vamos a pedir la cuenta y subimos.

Alargué el brazo para tocarle el reverso de la mano.

—Todavía no —me dijo, apartando la mano antes de que pudiera tocarla—. Primero deberíamos hablar.

Así que subimos.

—Me gusta tu piso —me comentó—. Es exactamente la clase de sitio en el que te imaginaba viviendo.

—Quizá ya sea hora de pensar en buscar algo más grande —le comenté—. Pero a mí me gusta. En el estudio de la parte trasera hay una luz fantástica, aunque ahora es de noche y no se aprecia. Pero es genial para pintar.

Invitar a alguien a subir a tu casa es raro. Hace que veas el lugar en el que vives como si nunca hubieras estado allí. En el salón hay dos óleos en los que salgo yo, de mi breve carrera como modelo (no tenía paciencia para estar quieto y posar durante mucho tiempo, un fracaso, ya lo sé), ampliaciones de fotos publicitarias mías en la cocina y en el baño, cubiertas de libros en las que aparezco —en su mayoría, portadas de novelas románticas— en la escalera.

Le mostré el estudio y luego el dormitorio. Ella observó la silla de barbero del período eduardiano que rescaté de un lugar muy viejo que cerró en Shoreditch. Cassandra se sentó en la silla y se quitó los zapatos.

—¿Quién fue el primer adulto que te gustó? —me preguntó.

—Qué pregunta más rara. Supongo que mi madre. No lo sé. ¿Por qué?

—Yo tenía tres años, quizá cuatro. Él era un cartero llamado Mister Postie. Venía en su pequeña furgoneta de correos y me traía cosas bonitas. No venía cada día. Sólo de vez en cuando. Traía paquetes envueltos con papel marrón con mi nombre escrito, y dentro había juguetes o caramelos o algo. Tenía una cara graciosa y simpática y la nariz larga.

—¿Y era real? Parece la clase de personaje que inventaría un niño.

—Conducía una furgoneta de correos por la casa. No era muy grande.

Cassandra empezó a desabrocharse la blusa. Era de color crema y todavía tenía manchas de tinta.

—¿Qué es lo primero que recuerdas de verdad? No me refiero a algo que te han contado que hacías. Algo que recuerdes de verdad.

—Ir a la playa con mi madre y mi padre cuando tenía tres años.

—¿Te acuerdas? ¿O recuerdas que te lo han explicado?

—No entiendo qué sentido tiene este...

Ella se levantó, se contoneó y se quitó la falda. Llevaba un sujetador blanco y unas bragas verdes deshilachadas. Muy humano: no era la clase de ropa interior que alguien se pondría para impresionar a un amante nuevo. Me pregunté cómo serían sus pechos cuando se quitara el sujetador. Quería acariciarlos y besarlos.

Se alejó de la silla y caminó hasta la cama, donde yo aguardaba sentado.

—Tumbate. En ese lado de la cama. Yo me tumbaré a tu lado. No me toques.

Me tumbé con las manos a los lados. Ella me miró. Me dijo:

—Eres muy guapo. Para ser sincera, no estoy segura de que seas mi tipo. Aunque lo habrías sido a los quince años. Amable, dulce y poco intimidante. Artístico. Ponis. Un establo. Y apuesto a que nunca te abalanzas sobre una chica hasta que estás seguro de que está preparada, ¿verdad?

—No —contesté—. Supongo que no.

Se tumbó a mi lado.

—Ya puedes tocarme —dijo Cassandra.

Había vuelto a pensar en Stuart a finales del año pasado. Supongo que fue culpa del estrés. El trabajo me iba bien, hasta cierto punto, pero había roto con Pavel —que quizá no fuera mal tío, pero estaba metido en más de un asunto turbio relacionado con Europa del Este—, y estaba pensando en las citas por internet. Había pasado una semana estúpida registrándome en esa clase de sitios web que te ponen en contacto con tus viejos amigos, y desde allí estuve a sólo un paso de Jeremy «Scallie» Porter, y de Stuart Innes.

No creo que pueda seguir haciéndolo. Carezco de la tenacidad suficiente, de la atención por el detalle. Es otra de las cosas que pierdes cuando te haces mayor.

Mister Postie solía aparecer en su furgoneta cuando mis padres no tenían tiempo para mí. Esbozaba su enorme sonrisa de gnomo, me guiñaba el ojo, me daba un paquete de papel marrón con el nombre de Cassandra escrito en mayúsculas enormes, y dentro solía haber chocolate, o una muñeca, o un libro. El último regalo que me hizo fue un micrófono de plástico rosa, y yo iba cantando con él por toda la casa o fingía estar en un plató de televisión. Era el mejor regalo que me habían hecho en toda mi vida.

Mis padres no hacían preguntas sobre los regalos. Yo no me preguntaba quién me los estaría enviando en realidad. Los traía Mister Postie, que conducía su pequeña furgoneta por el pasillo hasta la puerta de mi habitación, y siempre llamaba tres veces. Yo era una niña expresiva, y la siguiente vez que lo vi, después de que me trajera el micrófono de plástico, corrí hacia él y me abracé a sus piernas.

Es difícil explicar lo que ocurrió a continuación. Se desmoronó como la nieve, o como la ceniza. En un momento estaba abrazando a alguien y, de repente, sólo quedaba un polvo blanco y un vacío.

Después de aquello yo deseaba a menudo que Mister Postie volviera, pero nunca

lo hizo. Había desaparecido. Poco después incluso me avergonzaba su recuerdo: me había enamorado de eso.

Qué episodio tan extraño.

Me pregunto cómo pude haber pensado que alguien que me hizo feliz cuando tenía quince años podría hacerme feliz ahora. Pero Stuart era perfecto: la escuela de equitación (con ponis), y la pintura (que me demostraba su sensibilidad), y su escasa experiencia con las chicas (para poder ser su primera vez), y lo muy muy alto, moreno y atractivo que sería. También me gustaba el nombre: tenía cierto aire escocés y (en mi cabeza) sonaba a héroe de novela.

Escribí el nombre de Stuart en mis cuadernos de ejercicios.

No les conté a mis amigas lo más importante sobre Stuart: que me lo había inventado.

Y ahora estoy levantándome de la cama y observo el contorno de un hombre, una silueta de harina, ceniza o polvo sobre el cubrecama de satén negro, y me estoy vistiendo.

Las fotografías de la pared también se van desvaneciendo. No me lo esperaba. Me pregunto qué quedará de su mundo dentro de algunas horas, me pregunto si tendría que haberlo dejado como estaba, que siguiera siendo una fantasía masturbatoria, algo reconfortante y tranquilizador. Él habría pasado por la vida sin llegar a tocar a nadie, sólo habría sido una imagen y un cuadro y un recuerdo difuso para un puñado de gente que ya casi nunca pensaba en él.

Salgo del piso. Todavía queda gente en la bodega que hay debajo. Están sentados a la mesa, en el rincón, justo la misma que ocupábamos Stuart y yo hace un rato. La vela ya casi se ha consumido, pero imagino que podríamos ser nosotros. Un hombre y una mujer conversando. Y pronto se levantarán de su mesa y se marcharán, y alguien apagará la vela y las luces y habrá terminado una noche más.

Paro un taxi. Me subo. Por un momento —que espero sea el último—, me sorprende añorando a Stuart Innes.

Luego me recuesto en el asiento del vehículo y lo dejo marchar. Espero poder permitirme el viaje en taxi y me sorprende preguntándome si por la mañana encontraré un cheque en mi bolso, o si sólo será otra hoja de papel en blanco. Y entonces, bastante satisfecha, cierro los ojos, y espero a estar en casa.

## En la oscura profundidad del mar

El Támesis es una bestia inmunda: avanza sinuoso por Londres como un luci3n o una serpiente marina. Todos los r3os desembocan en 3l, el Fleet y el Tyburn y el Neckinger, llevando consigo toda la suciedad y la espuma y los residuos, los cad3veres de gatos y perros, y los huesos de ovejas y cerdos hasta las aguas marrones del Támesis, que se las lleva al este hasta el estuario y, desde all3, las arrastra hacia el mar del Norte y el olvido.

Est3 lloviendo en Londres. La lluvia arrastra la porquer3a hasta las alcantarillas, y alimenta los arroyos hasta convertirlos en r3os, y los r3os en criaturas poderosas. La lluvia es ruidosa, salpica y golpetea y repiquetea en los tejados. Si lo que cae del cielo es agua limpia, s3lo tiene que tocar Londres para convertirse en suciedad, para mezclarse con el polvo y convertirse en barro.

Nadie se la bebe, ni el agua de lluvia ni la del r3o. La gente hace chistes sobre el agua del Támesis, dicen que te mata al instante, y no es verdad. Hay traperos que se sumergen en el r3o en busca de los peniques que tira la gente, luego salen a la superficie, escupen el agua, se estremecen y ense1an las monedas. No mueren, claro, por lo menos no mueren de eso, aunque no hay traperos de m3s de cincuenta a1os.

A la mujer no parece importarle la lluvia.

Pasea por los muelles de Rotherhithe, como ha hecho durante a1os, durante d3cadas. Nadie sabe cu3ntos a1os lleva haci3ndolo porque a nadie le importa. Ella pasea por los muelles o se queda mirando fijamente el mar. Contempla los barcos, que cabecean anclados. Debe de hacer algo para evitar que su cuerpo y su alma se disocien, pero ninguno de los trabajadores del muelle tiene la m3s remota idea de lo que puede ser.

Te refugias del diluvio bajo el toldo de lona que ha desplegado un velero. Al principio crees que est3s solo ah3 abajo, porque ella est3 quieta como una estatua y mira fijamente a trav3s del agua, aunque la cortina de agua no deja ver nada. La otra orilla del Támesis ha desaparecido.

Y entonces te ve. Te ve y empieza a hablar, pero no te habla a ti, oh, no, sino al agua gris que cae del cielo gris al r3o gris. Y dice:

—Mi hijo quer3a ser marinero.

Y t3 no sabes qu3 contestar ni c3mo contestar. Tendr3as que gritar para hacerte o3r por encima del rugido de la lluvia, pero ella habla y t3 escuchas. Te sorprendes estirando el cuello y esforz3ndote para o3r sus palabras.

—Mi hijo quer3a ser marinero.

»Le dije que no se hiciera a la mar. Soy tu madre, le dije. La mar no te amar3 como yo, ella es cruel. Pero 3l replic3: oh, madre, necesito ver mundo. Necesito ver el amanecer en el tr3pico, y ver el baile de la aurora boreal en el cielo 3rtico, y por encima de todo necesito hacer fortuna y entonces, cuando lo haya conseguido, volver3 contigo, te construir3 una casa, y tendr3s criados, y bailaremos, madre, ya



verás cómo bailaremos...

»¿Y qué haré yo en una casa elegante?, le pregunté. Tú y tu palabrería; eres un necio. Le hablé de su padre, que nunca regresó de la mar: había quien decía que murió y lo tiraron por la borda, mientras que otros aseguraban sin pestañear que lo habían visto regentando un prostíbulo en Ámsterdam.

»Tanto da. La mar se lo llevó.

»Cuando tenía doce años, mi hijo se escapó a los muelles y se enroló en el primer barco que encontró; me dijeron que se había ido a Flores, en las Azores.

»Hay barcos de mal agüero. Barcos malos. Les dan una mano de pintura después de cada catástrofe y les ponen un nombre nuevo para engañar a los incautos.

»Los marineros son supersticiosos. Se corre la voz. El capitán de ese barco lo hizo encallar siguiendo las órdenes de sus propietarios, para defraudar al seguro; y luego, después de repararlo y dejarlo como nuevo, lo abordan los piratas; y después coge un cargamento de mantas y se convierte en un barco apestado tripulado por los muertos, y sólo tres hombres lograron llevarlo hasta el puerto de Harwich...

»Mi hijo había embarcado en un barco maldito. Fue en el viaje de vuelta a casa, cuando venía a traerme su sueldo (era demasiado joven para habérselo gastado en mujeres y grog), cuando se desató la tormenta.

»Era el más pequeño del bote salvavidas.

»Dijeron que lo echaron a suertes, pero yo no me lo creo. Él era más pequeño que ellos. Después de ocho días a la deriva en un barco, estaban hambrientos. Y si lo echaron a suertes, hicieron trampa.

»Rebañaron sus huesos, uno a uno, hasta dejarlos relucientes, y se los dieron a su nueva madre, la mar. Ella no derramó lágrimas y los aceptó sin mediar palabra. Es cruel.

»Algunas noches desearía que no me hubiera contado la verdad. Podría haberme mentido.

»Le entregaron los huesos de mi hijo a la mar, pero el primer oficial del barco, que conocía a mi marido y a mí también mejor de lo que creía mi esposo, a decir verdad, se quedó un hueso de recuerdo.

»Cuando regresaron a tierra, todos juraban que mi hijo había muerto en la tormenta que hundió el barco; él vino a verme por la noche y me contó la verdad, y me dio el hueso, por el amor que un día había habido entre nosotros.

»Le dije: lo que has hecho está mal, Jack. Te has comido a tu hijo.

»Aquella noche la mar también se lo llevó a él. Se internó en ella con los bolsillos llenos de piedras, y anduvo mar adentro. No sabía nadar.

»Y yo me colgué el hueso del cuello en una cadena para recordarlos a los dos, por la noche, cuando el viento azota las olas del océano y las arrastra hasta la arena, cuando el viento aúlla entre las casas como el llanto de un bebé.

La lluvia está aflojando y piensas que la mujer ha terminado, pero entonces te mira por primera vez y parece que esté a punto de decir algo. Ha cogido algo que

lleva colgado al cuello y te lo está acercando.

—Mira —dice. Cuando la miras a los ojos adviertes que son tan marrones como el Támesis—. ¿Quieres tocarlo?

Te dan ganas de arrancárselo del cuello y tirarlo al río para que los traperos decidan si se lo quedan o prefieren dejarlo allí. Pero sales tambaleándote de debajo del toldo de lona y el agua de lluvia te resbala por la cara como si fueran las lágrimas de otra persona.

## «La verdad es una cueva en las montañas negras...»

¿Me preguntas si puedo perdonarme? Puedo perdonarme por muchas cosas. Por dónde lo dejé. Por lo que hice. Pero nunca me perdonaré el año que pasé odiando a mi hija, cuando creía que se había escapado, tal vez a la ciudad. Durante ese año prohibí que se pronunciara su nombre, y si se colaba en mis plegarias cuando rezaba, era para pedir que algún día comprendiera el significado de lo que había hecho, de la deshonra que había traído a nuestra familia, de los círculos rojos que rodeaban los ojos de su madre.

Me odio por eso, y nada apaciguará ese odio, ni siquiera lo que sucedió aquella última noche en la ladera de la montaña.

Llevaba casi diez años buscando, aunque el rastro estaba ya muy atenuado. Diría que lo encontré por casualidad, pero no creo en las casualidades. Si sigues el camino, al final tienes que llegar a la cueva.

Pero eso fue después. Primero vino el valle del continente, la casa enclavada de la agradable pradera, salpicada por el arroyo, una casa que parecía un cuadrado de cielo blanco recortado sobre la hierba verde y el brezo, que empezaba a vestirse de púrpura.

Y fuera de la casa había un niño que recogía lana de una zarza. No me vio llegar, y no levantó la vista hasta que dije:

—Yo también hacía eso. Recoger lana de las zarzas y las ramas. Mi madre la lavaba y luego me hacía cosas con ella. Una pelota y un muñeco.

Se dio la vuelta. Parecía sorprendido, como si yo hubiera aparecido de la nada. Y no era así. Había recorrido muchos kilómetros y todavía me quedaban muchos por recorrer. Le dije:

—Soy silencioso. ¿Vive aquí Calum MacInnes?

El chico asintió, al erguirse sobrepasó mi altura unos dos dedos, y contestó:

—Yo soy Calum MacInnes.

—¿Hay alguien más que tenga ese mismo nombre? El Calum MacInnes que estoy buscando es un adulto.

El chico no contestó, sólo desenredó un buen puñado de lana de oveja de las garras de la zarza. Le pregunté:

—¿Podría ser tu padre? ¿Es posible que él también se llame Calum MacInnes?

El niño se quedó mirándome con detenimiento.

—¿Qué eres? —me preguntó.

—Soy un hombre bajo —le dije—. Pero aun así soy un hombre, y he venido a ver a Calum MacInnes.

—¿Por qué? —El chico vaciló. Y entonces añadió—: ¿Y por qué eres tan bajo?

Yo le expliqué:

—Porque tengo que preguntarle una cosa a tu padre. Cosas de hombres. —Vi la sonrisa que nacía en la comisura de sus labios—. No hay nada de malo en ser bajo,

joven Calum. Una noche, los Campbell llamaron a mi puerta, eran una tropa entera, doce hombres armados con cuchillos y palos, y le pidieron a mi mujer, Morag, que les dijera dónde estaba yo, pues venían a matarme como venganza por algún desaire imaginario. Y ella dijo: «Pequeño Johnnie, ve corriendo hasta la pradera y dile a tu padre que vuelva a casa, que te he mandado a buscarlo». Y los Campbell se quedaron mirando cómo el chico salía corriendo por la puerta. Sabían que yo era una persona muy peligrosa. Pero nadie les había dicho que era un hombre bajo y, si se lo habían explicado, ellos no se lo habían creído.

—¿Y el niño fue a buscarte? —quiso saber el chico.

—No era un niño —le expliqué—, era yo. Y ellos ya me tenían y, sin embargo, salí por la puerta y me escapé ante sus narices.

El niño se rió. Y luego preguntó:

—¿Por qué te buscaban los Campbell?

—Fue una disputa sobre la propiedad del ganado. Ellos creían que las vacas eran tuyas. Pero yo mantenía que los Campbell perdieron la posesión de las vacas la primera noche que los animales subieron las colinas conmigo.

—Espere aquí —dijo el joven Calum MacInnes.

Me senté junto al arroyo y miré la casa. Era bastante grande: la habría tomado por la vivienda de un médico o de un abogado, no la de un salteador. El suelo estaba lleno de piedrecitas e hice una torre con ellas, y luego tiré las piedras, una a una, en el arroyo. Tengo buena puntería y disfruté haciendo rebotarlas en la pradera hasta que caían al agua. Había lanzado cien piedras cuando el chico regresó acompañado de un hombre alto que caminaba a grandes zancadas. Tenía vetas grises en el pelo y un rostro alargado y lobuno. No hay lobos en estas montañas, ya no queda ninguno, y los osos también se han marchado.

—Buenos días —dije.

Él no me contestó, sólo se quedó mirándome. Estoy acostumbrado a que la gente me mire fijamente. Dije:

—Busco a Calum MacInnes. Si eres tú, dímelo y te saludaré. Si no lo eres, dímelo ahora y me marcharé.

—¿Qué quieres de Calum MacInnes?

—Quiero contratarlo como guía.

—¿Y adónde quieres que te lleve?

Lo miré fijamente.

—Es difícil decirlo —le dije—. Pues hay quienes aseguran que no existe. Hay cierta cueva en la Isla de la Niebla.

Él no contestó. Y entonces dijo:

—Calum, vuelve a casa.

—Pero, pa...

—Dile a tu madre que yo he dicho que te dé un poco de chocolate. Sé que te gusta. Ve.

Por el rostro del chico desfilaron distintas emociones —asombro, hambre, felicidad—, y entonces se dio media vuelta y echó a correr hacia la casa blanca.

Calum MacInnes preguntó:

—¿Quién te envía?

Yo señalé el arroyo, que salpicaba colina abajo al deslizarse entre nosotros.

—¿Qué es eso? —le pregunté.

—Agua —contestó.

—Cuentan que hay un rey al otro lado —le dije.

Por aquel entonces no lo conocía, y nunca llegué a conocerlo bien, pero advertí el recelo asomando en su mirada, y ladeó la cabeza.

—¿Cómo sé que eres quien dices ser?

—Yo no he afirmado nada —dije—. Sólo que hay quien asegura haber oído que hay una cueva en la Isla de la Niebla, y que tú podrías conocer el camino.

Me contestó:

—No pienso decirte dónde está la cueva.

—No he venido a pedir indicaciones. Busco un guía. Y dos viajan más seguros que uno.

Me miró de arriba abajo y esperé a que hiciera el clásico chiste sobre mi estatura, pero no lo hizo y me sentí agradecido. Se limitó a decir:

—Cuando lleguemos, yo no entraré en la cueva. Tendrás que sacar el oro tú solo.

Yo le contesté:

—Eso me da igual.

Y él dijo:

—Sólo puedes llevarte lo que seas capaz de cargar tú mismo. Yo no lo tocaré. Pero sí, te llevaré hasta allí.

Le dije:

—Te pagaré bien por las molestias. —Metí la mano en mi jubón y le di el zurrón que llevaba—. Esto es por llevarme. Te daré otra bolsa el doble de grande cuando volvamos.

Volcó las monedas del zurrón en su enorme mano y asintió.

—Plata —dijo—. Bien. —Y añadió—: Me despediré de mi mujer y de mi hijo.

—¿No necesitas llevarte nada?

Me respondió:

—De joven era salteador, y los salteadores viajan ligeros de equipaje. Cogeré una cuerda para las montañas.

Dio una palmadita a su cuchillo, que le colgaba del cinturón, y regresó a la casa encalada. Nunca vi a su mujer, ni entonces ni en ningún otro momento. No sé de qué color tenía el pelo.

Lancé otras cincuenta piedras al arroyo mientras esperaba, hasta que regresó con un rollo de cuerda sobre el hombro, y luego nos alejamos de una casa demasiado grande para cualquier salteador, y nos dirigimos al oeste.

Las montañas que separan la costa del resto del mundo son colinas suaves, y vistas de lejos parecen bultos ligeros y brumosos de color violeta, como nubes. Parecen acogedoras. Son montañas con poco desnivel, de las que se pueden subir con facilidad; es como ascender por una colina, aunque se tarda un día entero o más en llegar arriba. Subimos la colina y al final del primer día teníamos frío.

Vi nieve en las cumbres que se levantaban ante nosotros, aunque estábamos en pleno verano.

Ese primer día no nos dijimos nada. No había nada que decir. Sabíamos adónde íbamos.

Hicimos un fuego con excremento de oveja seco y zarzas secas. Hervimos agua y nos preparamos las gachas; cada uno de nosotros vertió un puñado de avena y una pizca de sal en la sartén que yo llevaba. Su puñado era enorme y el mío era pequeño, como mis manos, cosa que le hizo sonreír y decir:

—Espero que no te comas la mitad de las gachas.

Le aseguré que no lo haría y no lo hice, ya que yo no tengo tanto apetito como un hombre de estatura normal. A mí me parece una ventaja, porque así puedo sobrevivir en la naturaleza a base de frutos secos y bayas, con los que cualquier persona más grande se moriría de hambre.

Una especie de camino cruzaba las colinas altas; lo seguimos y no nos topamos con casi nadie: un hojalatero con su burro, cargado hasta los topes de cazuelas viejas, y una chica que guiaba al animal, que me sonrió, convencida de que era un niño, y luego me miró con el ceño fruncido cuando percibió que era lo que soy, y me habría tirado una piedra si el hojalatero no la hubiera golpeado en la mano con la vara que empleaba para arrear al burro; y, un poco después, adelantamos a una anciana y a un hombre que según ella era su nieto, que regresaban cruzando las colinas. Comimos con ella y nos contó que había asistido al nacimiento de su primer bisnieto, y que había sido un buen parto. Nos dijo que nos leería la palma de la mano si le dábamos una moneda. Le di al vejestorio una moneda limada de las tierras bajas de cuatro peniques y ella me leyó la palma de la mano derecha.

Me dijo:

—Veo muerte en tu pasado y muerte en tu futuro.

—La muerte aguarda en el futuro de todas las personas —le recordé.

Ella guardó silencio, allí en lo más alto de las tierras altas, donde los vientos del verano esconden el invierno en su aliento, donde aúllan, azotan y cortan el aire como cuchillos, y dijo:

—Hubo una mujer en un árbol. Habrá un hombre en un árbol.

Le pregunté:

—¿Y significará algo para mí?

—Quizá algún día. —Y añadió—: Cuidado con el oro. La plata es tu amiga.

Y ya no me dijo nada más.

A Calum MacInnes le dijo:

—Tienes la palma de la mano quemada.

Él le respondió que era cierto, y ella le pidió:

—Dame la otra mano, la izquierda.

Él hizo lo que le había pedido. La anciana la observó a conciencia y anunció:

—Regresas al lugar donde empezaste. Llegarás más alto que la mayoría de los hombres. Y allá adonde vas no te aguarda tumba alguna.

Él le preguntó:

—¿Me estás diciendo que no moriré?

—Es la fortuna de la mano izquierda. Sólo sé lo que te he dicho.

Pero sabía más cosas. Se lo vi en la cara.

Eso fue lo único importante que nos pasó el segundo día.

Aquella noche dormimos al raso. La noche era clara y fría, y el cielo estaba lleno de estrellas que parecían tan brillantes y cercanas que tuve la sensación de que podía alargar el brazo y cogerlas, como si fueran moras.

Nos tumbamos uno al lado del otro bajo las estrellas, y Calum MacInnes dijo:

—Ha dicho que te espera la muerte. Pero a mí no. Creo que yo tengo mejor fortuna que tú.

—Tal vez.

—Bueno —dijo—, sólo son tonterías. Cosas de viejas. No es verdad.

Me desperté con el rocío del amanecer y vi un ciervo, que nos observaba con curiosidad.

El tercer día llegamos a la cima de las montañas y empezamos a descender.

Mi compañero me explicó:

—Cuando yo era niño, el cuchillo de mi padre se cayó en el fuego de la cocina. Lo saqué, pero la empuñadura metálica estaba tan caliente como las llamas. No me lo esperaba, pero no solté el cuchillo. Lo saqué del fuego y lo sumergí en el agua. Salió vapor. Lo recuerdo. Me quemé la palma y se me encorvó la mano, como si estuviera destinada a empuñar un cuchillo hasta el fin de los tiempos.

Yo le dije:

—Tú, con tu mano. Y yo, que sólo soy un hombre bajo. Vaya par de héroes estamos hechos para ir a la Isla de la Niebla en busca de fortuna.

Él soltó una carcajada, corta y desprovista de humor.

—Un par de héroes.

Sólo dijo eso.

Entonces empezó a llover y ya no paró. Aquella noche encontramos una granja pequeña. Salía un hilo de humo de la chimenea y llamamos a voces al propietario, pero no obtuvimos respuesta.

Abrí la puerta y lo llamé de nuevo. La casa estaba oscura, pero percibí el olor a sebo, como si hubiera habido alguna vela encendida y la hubieran apagado poco antes.

—No hay nadie —dijo Calum, pero yo negué con la cabeza y caminé hacia delante, luego me agaché a oscuras para mirar debajo de la cama.

—¿Le importaría salir de ahí? —pregunté—. Somos viajeros en busca de calor, cobijo y hospitalidad. Compartiremos con usted nuestra avena, la sal y el whisky. Y no le haremos daño.

Al principio, la mujer que estaba escondida debajo de la cama no pronunció palabra, pero luego explicó:

—Mi marido está en las colinas. Me dijo que me escondiera si aparecía alguna persona desconocida, por miedo a lo que pudieran hacerme.

—Yo no soy más que un hombrecillo, buena mujer —le dije—, no soy más alto que un niño, podría hacerme volar con un solo golpe. Mi compañero es un hombre de estatura normal, pero le prometo que no le hará nada, salvo aceptar su hospitalidad, y así podremos secarnos. Por favor, salga.

Cuando salió estaba cubierta de polvo y telarañas, pero era guapa incluso con la cara sucia, y aunque el pelo se veía enredado y gris por culpa del polvo, seguía teniendo una melena larga, abundante y de color rojo dorado. Por un momento me recordó a mi hija, pero yo sabía que mi hija habría mirado a cualquier hombre a los ojos, y aquella muchacha sólo miraba al suelo, temerosa, como si estuviera esperando que le pegaran.

Le di parte de nuestra avena y Calum se sacó del bolsillo algunas tiras de carne seca, y ella salió al campo y regresó con un par de nabos escuálidos y preparó la comida para los tres.

Yo me comí mi ración. Ella no tenía apetito. Creo que Calum seguía teniendo hambre cuando se acabó su comida. Mi compañero sirvió whisky para los tres: ella tomó poco, y rebajado con agua. La lluvia repicaba en el techo de la casa y goteaba en una esquina y, por muy desagradable que fuera, me alegré de estar dentro.

Entonces entró un hombre por la puerta. No dijo nada, sólo nos miró con recelo y enojo. Se quitó la capa de piel de oveja y el sombrero, y los dejó caer en el suelo de tierra. La ropa goteaba y acabó formándose un charco. El silencio era incómodo.

Calum MacInnes dijo:

—Su esposa nos ofreció hospitalidad cuando la encontramos. Aunque nos costó mucho dar con ella.

—Le pedimos hospitalidad —añadí—. Y también se la pedimos a usted.

El hombre no dijo nada, sólo gruñó.

En las tierras altas, a la gente le cuesta tanto gastar sus palabras como sus monedas de oro. Pero las costumbres están muy arraigadas en estas tierras: debe ofrecerse hospitalidad a los extraños que la solicitan, incluso si se tienen cuentas pendientes con ellos o con los suyos.

La mujer —casi una niña, mientras que la barba de su marido era gris y blanca, cosa que, por un momento, hizo que me preguntara si sería su hija; pero no: sólo había una cama, apenas lo bastante grande para dos— salió al corral que había junto a



la casa y regresó con avena y un jamón seco que debía de tener allí escondido, se puso a cortarlo en tiras finas y las colocó en un plato de madera que dispuso ante el hombre.

Calum le sirvió un poco de whisky y dijo:

—Buscamos la Isla de la Niebla. ¿Sabe si está ahí?

El hombre nos miró. Los vientos son amargos en las tierras altas y pueden llevarse las palabras de los labios de un hombre. Frunció la boca y dijo:

—Sí. La he visto desde la cumbre esta mañana. Está ahí. Pero no sé decirle si seguirá ahí mañana.

Dormimos en el duro suelo de tierra de aquella granja. El fuego se extinguió y la tierra no daba calor. El hombre y su mujer durmieron en su cama, detrás de la cortina. Tuvo relaciones sexuales con ella bajo la piel de oveja que cubría la cama y, antes de hacerlo, le pegó por habernos dado de comer y habernos permitido entrar. Yo los oí, no podía dejar de oírlos, y esa noche me costó mucho dormir.

He dormido en casa de hombres pobres, he dormido en palacios y he dormido bajo las estrellas, y antes de esa noche habría asegurado que me daba igual un sitio que otro. Pero me desperté antes del amanecer convencido de que teníamos que marcharnos de aquel lugar, aunque no sabía por qué, y desperté a Calum poniéndole un dedo en los labios; abandonamos la granja de la ladera en silencio y sin despedirnos, y nunca me he sentido más agradecido de marcharme de un sitio.

Estábamos a un kilómetro y medio de ese lugar cuando dije:

—La isla. Preguntaste si estaría ahí. No hay duda de que una isla está o no está.

Calum vaciló. Parecía estar sopesando sus palabras, y finalmente explicó:

—La Isla de la Niebla no es como los demás sitios. Y la niebla que la rodea no es como las demás nieblas.

Tomamos un camino trillado por ovejas, ciervos y algunos hombres durante cientos de años.

Él dijo:

—También la llaman Isla Alada. Hay quien dice que es porque si se mira la isla desde arriba, tiene la forma de un par de alas de mariposa. Aunque no sé si es verdad. —Y luego añadió—: «¿Y qué es la verdad?, dijo Pilato entre bromas».

Es más difícil bajar que subir.

Pensé en ello.

—A veces pienso que la verdad es un lugar. Me la imagino como una ciudad: puede haber cientos de caminos, mil senderos que, al final, te llevarían al mismo sitio. No importa de dónde vengas. Si caminas hacia la verdad, la alcanzarás elijas el camino que elijas.

Calum MacInnes me miró sin pronunciar palabra, pero luego dijo:

—Te equivocas. La verdad es una cueva en las montañas negras. Hay un camino para llegar y sólo uno, y el camino es peligroso y duro, y si eliges el camino equivocado morirás solo, en la ladera de la montaña.

Llegamos a la cumbre y desde allí contemplamos la costa. Podía ver pueblos a los pies del monte, junto al agua. Y veía una hilera de montañas altas y negras ante mí, al otro lado del mar, asomando entre la niebla.

—Ahí está tu cueva —anunció Calum—. En esas montañas.

«Los huesos de la tierra», pensé al verlas. Y luego me sentí incómodo por haber pensado en huesos, y para distraerme le pregunté:

—¿Cuántas veces has estado allí?

—Sólo una. —Vaciló—. Estuve buscándola durante un año cuando cumplí los dieciséis, porque había oído las leyendas y pensaba que si la buscaba tenía que encontrarla. Cuando la hallé ya había cumplido los diecisiete, y volví con todas las monedas de oro que pude llevarme.

—¿Y no te asustaba la maldición?

—Cuando era joven no le temía a nada.

—¿Qué hiciste con el oro?

—Una parte la enterré y sólo yo sé dónde está. El resto lo empleé como dote para la mujer a la que amaba y para construirme una buena casa.

Guardó silencio, como si ya me hubiera contado demasiado.

No había ningún barquero en el muelle. Sólo un bote en la orilla en el que apenas cabían tres hombres adultos, amarrado al tronco de un árbol retorcido y medio muerto, y una campana a su lado.

Hice sonar la campana y un hombre gordo se acercó a la orilla enseguida.

Se dirigió a Callum:

—Cruzar en el trasbordador te costará un chelín, y a tu hijo, tres peniques.

Me erguí todo lo que pude. No soy tan alto como otros hombres, pero tengo tanto orgullo como cualquiera.

—Yo también soy un hombre —dije—. Y te pagaré tu chelín.

El barquero me miró de arriba abajo y luego se rascó la barba.

—Te pido disculpas. Mis ojos ya no son lo que eran. Os llevaré hasta la isla.

Le entregué mi chelín. El hombre sopesó la moneda.

—Podrías haberme estafado nueve peniques. En estos tiempos oscuros, nueve peniques son mucho dinero.

El agua era de color pizarra, aunque el cielo era azul, y las olas espumosas se perseguían entre ellas por la superficie del agua. El hombre desamarró el bote y lo arrastró, repicando por encima de la playa de guijarros, hasta llegar a la orilla. Nos metimos en el canal frío y embarcamos.

Los remos se internaron salpicando en el agua del mar y el bote se deslizó hacia delante con facilidad. Yo era el que iba sentado más cerca del barquero. Le dije:

—Nueve peniques. Es un buen sueldo. Pero he oído hablar de una cueva de las montañas de la Isla de la Niebla que está llena de monedas de oro, un tesoro de la antigüedad.

Él hizo un gesto evasivo con la cabeza.

Calum estaba mirándome fijamente con los labios tan apretados que se le habían puesto blancos. No le hice caso y seguí interrogando al barquero:

—Es una cueva llena de monedas de oro, un regalo de los nórdicos, o de los sureños o de los que se dice que poblaron estas tierras mucho antes que cualquiera de nosotros: los que se marcharon al oeste cuando llegó la gente.

—Ya lo he oído —dijo el barquero—. También he oído la maldición. Me parece que están relacionadas. —Escupió en el mar. Y luego añadió—: Eres un buen hombre, enano. Se te nota en la cara. No busques esa cueva. No te traerá nada bueno.

—Estoy seguro de que tienes razón —le dije con sinceridad.

—No me cabe ninguna duda —me contestó—. No llevo cada día a un salteador y a un hombre enanito a la Isla de la Niebla. —Y luego añadió—: En esta parte del mundo creemos que trae mala suerte hablar de los que se marcharon al oeste.

Hicimos el resto del trayecto en silencio, aunque el mar se agitó y las olas empezaron a chocar contra el costado del bote con tanta fuerza que me agarré con ambas manos por temor a resbalar.

Y tras lo que parecía media vida, amarraron el bote a un largo embarcadero de piedra negra. Lo cruzamos mientras las olas rompían a nuestro alrededor y el salitre nos besaba el rostro. Había un jorobado en el muelle que vendía tortas de avena y ciruelas, tan secas que parecían piedras. Le di un penique y me llené con ellas los bolsillos del jubón.

Nos adentramos en la Isla de la Niebla.

Ahora soy viejo, o por lo menos ya no soy joven, y todo lo que veo me recuerda a algo que he visto antes, hasta tal punto que ya no puedo ver nada por primera vez. Una chica bonita con una melena de intenso color rojo sólo me recuerda a otras cien muchachas parecidas, y a sus madres, y a cómo eran mientras crecían, y el aspecto que tenían cuando murieron. Es la maldición de la edad, que todas las cosas son reflejo de otras.

Y a pesar de ello, el tiempo que pasé en la Isla de la Niebla, esa tierra que los sabios llaman Isla Alada, sólo me recuerda al tiempo que pasé allí.

Se tarda un día en llegar desde ese muelle hasta las montañas negras.

Calum MacInnes me miró, yo era la mitad de alto que él o menos, y adoptó un paso ligero, como retándome a seguirlo. Sus piernas lo propulsaban por el suelo, que estaba mojado, y entre los helechos y el brezo.

Las nubes se desplazaban muy deprisa sobre nuestras cabezas, formaciones grises, blancas y negras que se ocultaban entre ellas, se descubrían y volvían a esconderse.

Dejé que me sacara ventaja, dejé que acelerara cuando se puso a llover, hasta que se lo tragó una niebla húmeda y gris. Entonces, y sólo entonces, empecé a correr.

Éste es uno de los secretos sobre mí, esas cosas que nunca he contado a nadie, salvo a Morag, mi mujer, y a Johnnie y James, mis hijos, y a Flora, mi hija (que las Sombras se apiaden de su alma): sé correr, lo hago muy bien y, si lo necesito, puedo

correr más rápido y durante más tiempo y con más seguridad que cualquier hombre de tamaño normal; fue así como corrí en ese momento, a través de la niebla y la lluvia, pegándome a la cumbre y a las crestas de roca negra, pero sin sobrepasar el horizonte.

Él iba por delante de mí, pero enseguida lo vi, y seguí corriendo y lo pasé de largo, por arriba, separado de él por el saliente de la colina. Por debajo de nosotros discurría un arroyo. Yo puedo correr durante varios días seguidos sin parar. Ése es el primero de mis secretos, pero hay un secreto que no le he contado a nadie.

Ya habíamos hablado de dónde acamparíamos la primera noche en la Isla de la Niebla, y Calum me había dicho que sería bajo una roca llamada Hombre y Perro, porque dicen que parece un anciano junto a su perro, y la alcancé a última hora de la tarde. Había un refugio bajo la roca que quedaba protegido y seco, y las personas que estuvieron allí antes que nosotros habían dejado madera para hacer fuego, palos, y ramas pequeñas y grandes. Encendí un fuego, me sequé junto a él y me quité el frío de los huesos. El humo de la madera se colaba por el brezo.

Cuando Calum MacInnes apareció en el refugio ya había oscurecido y me miró como si no esperase verme tan pronto. Le dije:

—¿Por qué has tardado tanto, Calum MacInnes?

Él no contestó, se limitó a mirarme. Y le dije:

—Hay trucha hervida en agua de montaña y un fuego para calentarte los huesos.

Mi compañero de viaje asintió. Nos comimos la trucha y bebimos whisky para calentarnos. Había un montón de brezo y helechos secos y marrones apilados al fondo del refugio, y dormimos sobre ellos, bien envueltos en nuestras capas húmedas.

Me desperté por la noche. Tenía un cuchillo de acero frío pegado a la garganta, era la hoja de la cuchilla, no el filo. Y pregunté:

—¿Y por qué querías matarme por la noche, Calum MacInnes? Pues nuestro camino es largo, y nuestro viaje todavía no ha acabado.

Me contestó:

—No confío en ti, enano.

—No es en mí en quien debes confiar —le dije—, sino en aquellos a los que sirvo. Y si te marchaste conmigo pero vuelves sin mí, hay quienes conocerán el nombre de Calum MacInnes y lo pronunciarán en las sombras.

Seguía notando la hoja fría en mi garganta.

—¿Cómo me has adelantado? —preguntó.

—Y aquí estaba yo, devolviendo mal por bien, pues te he preparado la comida y un fuego. Soy un hombre difícil de perder, Calum MacInnes, y lo que has hecho hoy no es de buen guía. Ahora quítame el cuchillo del cuello y déjame dormir.

No contestó, pero no tardó en apartar la cuchilla. Yo me esforcé para no suspirar ni respirar, con la esperanza de que él no pudiera oír los latidos acelerados de mi corazón; aquella noche ya no volví a dormirme.

Para desayunar preparé gachas y les puse unas cuantas ciruelas secas para

ablandarlas.

Las montañas se veían negras y grises contra la blancura del cielo. Vimos águilas que volaban en círculos sobre nosotros, eran enormes y tenían las alas desiguales. Calum adoptó un ritmo relajado y yo anduve a su lado, dando dos pasos por cada uno de los suyos.

—¿Cuánto falta? —le pregunté.

—Un día. Tal vez dos. Depende del tiempo. Si las nubes bajan tardaremos dos días, o incluso tres...

Las nubes bajaron al mediodía y el mundo quedó envuelto en una niebla que era mucho peor que la lluvia: las gotas de agua suspendidas en el aire nos empapaban la ropa y la piel; las rocas por las que caminábamos se volvieron peligrosas, y Calum y yo ralentizamos el ascenso y empezamos a caminar con más cuidado. Estábamos ascendiendo por la montaña, no escalándola, e íbamos por caminos de cabras y senderos abruptos y escarpados. Las rocas eran negras y resbaladizas: nosotros caminábamos, trepábamos, escalábamos y nos aferrábamos a ellas con fuerza, nos resbalábamos, patinábamos, tropezábamos y nos tambaleábamos, y, a pesar de la niebla, Calum sabía adónde iba y yo lo seguía.

Se detuvo en una cascada que nos cortaba el camino, tan gruesa como el tronco de un roble. Cogió la cuerda delgada que llevaba sobre los hombros y la ató a una roca.

—Esta cascada no estaba aquí antes —me dijo—. Yo subiré primero.

Se ató el otro cabo de la cuerda a la cintura y se internó con cuidado en el camino; pasó por debajo de la cascada, pegó el cuerpo contra la cara húmeda de la roca, y avanzó despacio y con firmeza por detrás de la cortina de agua.

Yo temía por él, temía por ambos. Aguanté la respiración mientras él cruzaba y no volví a respirar hasta que estuvo al otro lado de la cascada. Comprobó el estado de la cuerda, le dio un tirón y me hizo un gesto para que lo siguiera, y entonces una piedra se desprendió bajo sus pies y él resbaló en la roca mojada y cayó al abismo.

La cuerda resistió, y la roca que estaba a mi lado resistió. Calum MacInnes colgaba del extremo de la cuerda. Me miró y yo suspiré, me agarré a un peñasco y tiré de la cuerda y lo subí más y más. Tiré de él hasta el camino soltando maldiciones y con la ropa completamente empapada.

Me dijo:

—Eres más fuerte de lo que parece.

Yo me maldije por tonto. Debió de advertirlo en mi cara porque, después de sacudirse (lo hizo como un perro y las gotas de agua salieron volando), me dijo:

—Mi hijo Calum me explicó la historia que le contaste sobre el día que los Campbell fueron a buscarte, y cómo tu mujer te mandó al campo y ellos se quedaron allí pensando que era tu madre y tú eras un niño.

—Sólo era un cuento —dije—. Un entretenimiento para pasar el rato.

—¿Ah, sí? —preguntó—. Pues yo oí una historia sobre una partida de la familia

Campbell que hace algunos años salió en busca de venganza contra alguien que les había robado el ganado. Se marcharon y nunca regresaron. Si un tipo bajo como tú puede matar a una docena de Campbell... Bueno, debes de ser fuerte, y debes de ser rápido.

«Lo que debo de ser es idiota», pensé con remordimiento por haberle contado esa historia al niño.

Los eliminé uno a uno, como conejos, cuando salían a orinar o a ver lo que les había sucedido a sus amigos. Ya había matado a siete de ellos antes de que mi mujer matara al primero. Los enterramos en la cañada, construimos un pequeño túmulo de piedra sobre ellos para sujetarlos y evitar que sus fantasmas deambularan por allí, y nos pusimos tristes: aquellos Campbell habían hecho un camino tan largo para acabar conmigo que nos vimos obligados a matarlos a ellos.

No disfruto matando. Ningún hombre debería disfrutar, ni tampoco las mujeres. A veces la muerte es necesaria, pero siempre es algo malo. Es algo de lo que no tengo ninguna duda, incluso a pesar de la historia que estoy contando.

Cogí la cuerda de Calum MacInnes y escalé un buen tramo por las rocas, hasta el punto en el que la cascada brotaba de la ladera de la colina, y allí el paso era lo bastante estrecho como para que pudiera cruzarlo. Estaba resbaladizo, pero conseguí pasar sin incidentes, até la cuerda, descendí por ella, le lancé el cabo a mi compañero y lo ayudé a cruzar.

No me dio las gracias, ni por haberlo rescatado, ni por haberlo ayudado a cruzar; y yo no esperé su agradecimiento. Aunque tampoco me esperaba lo que dijo, que fue lo siguiente:

—No eres un hombre completo y eres feo. ¿Tu mujer es tan bajita y fea como tú?

Decidí no ofenderme, tanto si ése había sido su propósito como si no. Y le contesté:

—No. Es una mujer alta, casi tanto como tú, y cuando era joven, cuando ambos éramos más jóvenes, la consideraban una de las chicas más guapas de las tierras bajas. Los bardos escribían canciones para alabar sus ojos verdes y su larga melena de color rojo dorado.

Vi cómo se estremecía, aunque es posible que me lo imaginara o, más probablemente, que deseara haberlo imaginado.

—¿Y entonces cómo la conseguiste?

Le dije la verdad:

—Quería conseguirla, y yo siempre consigo lo que quiero. No me rendí. Ella dijo que era listo y bueno, y que siempre cuidaría de ella. Y lo he hecho.

Las nubes empezaron a bajar de nuevo y los contornos del mundo se difuminaron, se suavizaron.

—Dijo que sería un buen padre. Y he criado a mis hijos lo mejor que he sabido. Que, por si acaso te lo estás preguntando, también tienen una estatura normal.

—Yo educo a golpes al pequeño Calum —dijo Calum padre—. No es un mal

chaval.

—Eso sólo lo puedes hacer mientras estén contigo —le dije.

Y entonces dejé de hablar y recordé aquel año largo, y también me acordé de Flora cuando era pequeña, la vi sentada en el suelo con la cara llena de mermelada y mirándome como si yo fuera el hombre más sabio del mundo.

—Se escapan, ¿eh? Yo me escapé cuando era un chaval. Tenía doce años. Llegué hasta el palacio del rey sobre las aguas. El padre del rey actual.

—Eso no es algo que se suela explicar en voz alta.

—No tengo miedo —dijo—. Aquí no. ¿Quién nos va a oír? ¿Las águilas? Lo vi. Era un hombre gordo que hablaba bien el idioma de los extranjeros y nuestra lengua con dificultad. Pero seguía siendo nuestro rey. —Hizo una pausa—. Y si quiere volver, necesitará oro para las embarcaciones, para las armas y para alimentar a las tropas que reclute.

Yo le dije:

—Exacto. Por eso vamos en busca de la cueva.

Y él me contestó:

—Ese oro es malo. No es gratis. Tiene un precio.

—Todo tiene un precio.

Yo iba memorizando todos los puntos de referencia: subir al cráneo de oveja, cruzar los tres primeros arroyos, luego había que caminar junto al cuarto hasta las cinco piedras apiladas y encontrar la roca que parece una gaviota, pasar entre dos salientes de roca negra y dejarte llevar por la pendiente...

Sabía que podría recordarlo. Lo bastante como para encontrar el camino de vuelta. Pero las nieblas me confundían y no estaba seguro del todo.

Llegamos a un lago pequeño que había en lo alto de las montañas y bebimos agua fresca, cazamos unas criaturas enormes que no eran gambas, langostas ni cangrejos, y nos las comimos crudas como si fueran salchichas, porque, a aquella altura, no encontramos madera seca para hacer fuego.

Dormimos en un amplio saliente junto al agua helada del lago y nos despertamos rodeados de las nubes que daban paso al amanecer, cuando el mundo aún era gris y azul.

—Has llorado mientras dormías —dijo Calum.

—He tenido un sueño —le dije.

—Yo no tengo pesadillas —me explicó mi compañero.

—Ha sido un sueño bueno —dije.

Y era verdad. Había soñado que Flora seguía viva. Se estaba quejando de los chicos del pueblo y me hablaba del tiempo que había pasado en las colinas con el ganado y de otras cosas sin importancia. Mostraba una sonrisa enorme y no dejaba de apartarse el pelo de la cara: tenía la melena del mismo color rojo dorado que su madre, aunque ahora su madre empieza a tener canas.

—Pues los sueños buenos no deberían hacer llorar a nadie de esa forma —opinó

Calum. Hizo una pausa y luego añadió—: Yo no tengo sueños, ni buenos ni malos.

—¿No?

—No he vuelto a soñar desde que era joven.

Nos levantamos. Y entonces se me ocurrió una cosa:

—¿Dejaste de soñar después de visitar la cueva?

Él no contestó. Recorrimos la ladera entre la niebla mientras amanecía.

Cuando salió el sol, la niebla pareció espesarse y llenarse de luz, pero no se dispersó, y me di cuenta de que debía de ser una nube. El mundo brillaba. Y entonces tuve la sensación de estar viendo un hombre de mi altura, un hombre bajo y encorvado, con el rostro entre sombras, que flotaba en el aire ante mí, como un fantasma o un ángel, y que se movía cada vez que yo lo hacía. Estaba rodeado por un halo de luz y resplandecía, y no habría sabido decir lo cerca o lejos que estaba. En mi vida he visto milagros y he visto cosas malas, pero nunca había visto nada como eso.

—¿Es magia? —pregunté, aunque el aire no me olía a magia.

—No es nada —contestó Calum—. Una propiedad de la luz. Una sombra. Un reflejo. Nada más. Yo también veo un hombre a mi lado. Se mueve cuando yo me muevo.

Yo miré hacia atrás, pero no vi a nadie a su lado.

Y entonces el hombrecillo del aire se desvaneció de pronto, y la nube también, y era de día y estábamos solos.

Nos pasamos toda la mañana escalando, ascendiendo. Calum se había torcido el tobillo el día anterior, al resbalar en la cascada. Se le estaba hinchando, lo tenía inflamado y enrojecido, pero no aminoró el paso, y si estaba incómodo o le dolía no se le notaba en la cara.

Cuando la oscuridad empezó a difuminar los contornos del mundo, le pregunté cuánto faltaba para llegar.

—Una hora, puede que menos. Cuando lleguemos a la cueva haremos noche allí. Entrarás por la mañana. Puedes sacar todo el oro que consigas cargar, y luego desandaremos el camino.

Entonces lo miré: tenía vetas grises en el pelo, los ojos grises, era un hombre enorme con aspecto de lobo, y le pregunté:

—¿Dormirías en la entrada de la cueva?

—Claro. En la cueva no hay monstruos. No hay ninguna criatura que vaya a salir de noche para cogerte. No hay nada que vaya a devorarnos. Pero no deberías entrar hasta que sea de día.

Y entonces rodeamos un desprendimiento de rocas, un montón de piedras negras y grises que bloqueaban parcialmente el camino, y vimos la entrada de la cueva.

—¿Esto es todo? —pregunté.

—¿Esperabas pilares de mármol? ¿O la cueva de un gigante salida de alguna leyenda?

—Tal vez. No parece gran cosa. Sólo es un agujero en la roca. Una sombra. ¿Y no



hay guardias?

—No hay guardias. Sólo el lugar y lo que es.

—Una cueva llena de tesoros. ¿Y tú eres el único que sabe dónde está?

Eso hizo reír a Calum, y su risa me recordó el ladrido de un zorro.

—Los habitantes de la isla saben cómo encontrarla. Pero son demasiado inteligentes, nunca se les ocurriría venir aquí a coger este oro. Dicen que la cueva te hace malvado, que cada vez que la visitas, cada vez que entras a coger oro, la cueva se come la bondad de tu alma, por eso no entran.

—¿Y es verdad? ¿Te hace malvado?

—... No. La cueva se alimenta de otra cosa. No se trata del bien y del mal. No es eso exactamente. Puedes coger el oro, pero después las cosas son —hizo una pausa— insulsas. Hay menos belleza en un arcoíris, menos significado en un sermón, menos placer en un beso... —Miró la entrada de la cueva y me pareció ver miedo en sus ojos—. Menos.

Le dije:

—Hay muchas personas para las que el atractivo del oro supera la belleza de un arcoíris.

—Yo cuando era joven, por ejemplo. Y ahora también tú.

—Entonces entraremos al alba.

—Entrarás tú. Yo te esperaré aquí. No tengas miedo. No hay ningún monstruo vigilando la cueva. Ni tampoco maleficios que hagan desaparecer el oro en caso de que desconozcas algún hechizo o una rima determinada.

A continuación acampamos, aunque sería más exacto decir que nos sentamos en la oscuridad y nos apoyamos en la pared de roca fría. Ninguno de los dos conseguiría dormir.

—Tú cogiste el oro de esta cueva —dije— igual que lo haré yo mañana. Y lo utilizaste para comprarte una casa, conseguir esposa y labrarte un buen nombre.

Su voz resonó en la oscuridad:

—Sí. Y una vez que lo conseguí todo, ya no significó nada para mí, o menos que nada. Y si tu oro sirve para que regrese el rey que habita sobre las aguas y vuelva a gobernarnos y traiga consigo una tierra de felicidad, prosperidad y calidez, tampoco significará nada para ti. Será como algo que oíste que le pasó a un hombre de un cuento.

—El sentido de toda mi vida es conseguir que vuelva el rey —confesé.

Y él me dijo:

—Si le llevas el oro, el rey querrá más, porque los reyes siempre quieren más. Es lo que hacen. Y cada vez que vuelvas, significará menos. El arcoíris no significa nada. Matar a un hombre no significa nada.

Entonces se hizo el silencio en la oscuridad. No oía pájaros, sólo el viento que ululaba y soplaba entre las cumbres como una madre buscando a su bebé.

Le dije:

—Los dos hemos matado hombres. ¿Alguna vez has asesinado a una mujer, Calum MacInnes?

—No. No he matado ni mujeres ni niñas.

Deslicé las manos por mi cuchillo en la oscuridad, buscando la madera y la plata de la empuñadura, el acero de la hoja. Estaba allí, en mis manos. No tenía ninguna intención de decírselo, sólo de atacarlo cuando hubiéramos salido de las montañas, apuñalarlo una vez, profundamente, pero en ese momento sentí como si me arrancaran las palabras, tanto si quería como si no.

—Dicen que hubo una chica —le dije—. Y un árbol de espino.

Silencio. El silbido del viento.

—¿Quién te lo dijo? —preguntó. Y luego añadió—: Es igual. Yo no mataría a una mujer. Ningún hombre honrado mataría a una mujer...

Yo sabía que si decía una sola palabra más, él guardaría silencio y jamás volvería a hablar del tema. Así que no dije nada. Sólo esperé.

Calum MacInnes empezó a hablar, eligiendo sus palabras con cautela como si estuviera recordando una historia que hubiera oído de niño y ya casi hubiera olvidado.

—Me dijeron que las vacas de las tierras bajas eran gordas y bonitas, y que un hombre podía ganarse el honor y la gloria si se aventuraba hacia el sur y regresaba con esas preciosas reses rojas. Así que me dirigí al sur, y no encontré ninguna vaca lo bastante buena hasta que, en una ladera de las tierras bajas, vi las mejores y más gordas vacas rojas que jamás haya visto hombre alguno. Y empecé a llevármelas por el camino por donde había llegado.

»Ella me persiguió con un bastón. Me dijo que las vacas eran de su padre, y que yo era un canalla y un granuja y toda clase de insultos. Pero era guapa, incluso a pesar de estar enfadada, y si no hubiera tenido ya una esposa joven, quizá la hubiera tratado mejor. Pero cogí un cuchillo, se lo puse en el cuello y le pedí que se callara. Y lo hizo.

»No quería matarla, yo nunca mataría a una mujer, puedes creerme; así que la até, por el pelo, a un árbol de espino, y le quité el cuchillo que llevaba en el cinturón para que perdiera más tiempo mientras intentaba soltarse, y clavé la hoja del cuchillo en la tierra. La até de la melena larga al árbol de espino, me marché con su ganado y ya no volví a pensar en ella.

»Pasó un año entero hasta que volví por aquel camino. Ese día no buscaba vacas, pero subí por la misma ladera. Era un lugar solitario, y si no hubiera estado buscándolo a propósito quizá no lo habría visto. Quizá nadie fuera a buscarla.

—Oí decir que la buscaron —le dije—. Aunque había quien creía que se la habían llevado los salteadores, y otros decían que se había escapado con un hojalatero, o que había huido a la ciudad. Pero la buscaron igualmente.

—Sí. Vi lo que vi. Quizá tendrías que haber estado donde yo estaba para ver lo que yo vi. Tal vez lo que hice estuvo mal.

—¿Tal vez?

Me contestó:

—Yo he cogido oro de la cueva de las nieblas. Ya no sé si existe el bien o el mal. Le pedí a un niño que hiciera llegar un mensaje a una posada y que les dijera dónde estaba la chica y dónde podían encontrarla.

Cerré los ojos, pero no vi el mundo más oscuro.

—El mal existe —le aseguré.

Lo vi en mi mente: su esqueleto desprovisto de ropas, desprovisto de carne, tan desnudo y blanco como se puede estar, colgado como una muñeca contra el árbol de espino, atado a una rama por el pelo rojo dorado.

—Al alba —dijo Calum MacInnes como si hubiéramos estado hablando de provisiones o del tiempo—, dejarás aquí el cuchillo, pues así lo exige la tradición, y entrarás en la cueva, y sacarás todo el oro que puedas cargar. Y te lo llevarás hasta tierra firme. No hay ni una sola alma en estas tierras que vaya a querer robártelo sabiendo lo que es o de dónde lo has sacado. Luego se lo envías al rey que habita sobre las aguas y él lo utilizará para pagar a sus hombres, los alimentará y les comprará armas. Pero algún día volverá. Ven a decirme que el mal existe cuando llegue ese día, hombrecillo.

Cuando salió el sol, entré en la cueva. El interior de la gruta era húmedo. Oía el ruido del agua resbalando por una pared y sentí la caricia de la brisa en el rostro, lo cual me pareció muy extraño, pues no soplaba viento dentro de la montaña.

Yo me imaginaba que la cueva estaría llena de oro. Creía que habría montones de lingotes de oro apilados como troncos, y que entre ellos habría bolsas llenas de monedas de oro. Habría cadenas de oro y anillos de oro, y platos de oro en pilas tan altas como las vajillas de porcelana de la casa de un hombre rico.

Había imaginado riquezas, pero allí no había nada parecido. Sólo sombras. Sólo roca.

Sin embargo, había algo dentro de la cueva. Algo que aguardaba.

Yo tengo secretos, pero hay un secreto que anida debajo de todos mis otros secretos, y ni siquiera lo saben mis hijos, aunque creo que mi mujer lo sospecha, y es éste: mi madre era una mujer mortal, la hija de un molinero, pero mi padre vino a buscarla desde el oeste y al oeste regresó, cuando se hubo divertido con ella. No siento gran cosa por mi padre: estoy seguro de que no piensa en ella, y dudo que jamás supiera de mi existencia. Pero me legó un cuerpo pequeño, rápido y fuerte; y puede que me parezca a él en otros aspectos, no lo sé. Yo soy feo y mi padre era guapo, o eso me dijo mi madre en una ocasión, aunque creo que quizá él la engañara.

Me pregunté qué habría visto en esa cueva si mi padre hubiera sido un posadero de las tierras bajas.

«Estarías viendo oro», dijo un susurro que no era un susurro, procedente de las

profundidades del corazón de la montaña. Era una voz solitaria, distraída y aburrida.

—Vería oro —repetí en voz alta—. ¿Y sería real o sería una ilusión?

Al susurro le hizo gracia.

«Estás pensando como un hombre mortal, convencido de que las cosas son de un modo u otro. Lo que ellos verían y tocarían sería oro. Sería oro lo que se llevarían, sentirían su peso durante el camino, y oro lo que intercambiarían con otros mortales a cambio de las cosas que necesitaran. ¿Qué más da si está ahí o no mientras puedan verlo, tocarlo, robarlo y matar por él? Ellos necesitan oro, y yo les doy oro».

—¿Y qué te quedas a cambio del oro que les das?

«Poca cosa, pues tengo pocas necesidades y soy vieja; demasiado vieja para irme al oeste con mis hermanas. Cato su placer y su alegría. Me alimento, un poco, me alimento de lo que no necesitan y de lo que no valoran. Un poco de corazón, un lametón y un mordisco de sus buenas conciencias, una pizca de alma. Y a cambio, una parte de mí sale de esta cueva con ellos, y puede ver el mundo a través de sus ojos, ve lo que ellos ven hasta que sus vidas acaban y yo recupero lo que me pertenece».

—¿Te mostrarás ante mí?

Yo veía mejor en la oscuridad que cualquiera nacido de un hombre y una mujer. Vi algo que se movía en las sombras, y luego las sombras se solidificaron y se desplazaron, revelando objetos amorfos en los límites de mi percepción, justo donde ésta se encuentra con la imaginación. Estaba afligido y dije lo más acertado que se puede decir en tales momentos:

—Aparécete ante mí adoptando una forma que no pueda lastimarme ni ofenderme.

«¿Es eso lo que deseas?».

El goteo del agua a lo lejos.

—Sí —respondí.

Salió de entre las sombras y me miró con las cuencas de los ojos vacías, me sonrió con unos dientes de marfil erosionados por el viento. Era sólo un esqueleto, salvo por el pelo, y su melena era roja y dorada y estaba envuelta en las ramas de un árbol de espino.

—Esta imagen hiere mi sensibilidad.

«La he sacado de tu mente», dijo un susurro que rodeaba al esqueleto. Su mandíbula no se movía. «Elegí algo que amabas. Ésta era tu hija, Flora, así era la última vez que la viste».

Cerré los ojos, pero la figura no desapareció.

Me dijo: «El salteador te espera en la salida de la cueva. Está aguardando a que salgás, desarmado y cargado de oro. Te matará y te quitará el oro».

—Pero no saldré cargado de oro, ¿verdad?

Pensé en Calum MacInnes, en su pelo de color gris lobo, en sus ojos grises, en el filo de su cuchillo. Era más corpulento que yo, pero todos los hombres son más

corpulentos que yo. Tal vez yo fuera más fuerte y más rápido, pero él también era rápido y fuerte.

«Él mató a mi hija», pensé, y luego me pregunté si el pensamiento sería mío o si habría salido de entre las sombras para colarse en mi mente. Pregunté en voz alta:

—¿Hay alguna otra forma de salir de esta cueva?

«Debes salir por donde has entrado, por la entrada de mi casa».

Me quedé allí sin moverme, pero en mi cabeza era como un animal apresado en una trampa: buscaba y saltaba de una idea a otra, pero no hallaba nada a lo que agarrarme, ni consuelo ni solución alguna.

Dije:

—Estoy desarmado. Él me dijo que no podía entrar con armas en este sitio. Me explicó que no era la costumbre.

«Es la costumbre ahora, no se puede entrar con armas en mi morada. Pero no fue siempre así. Sígueme», dijo el esqueleto de mi hija.

Lo seguí porque podía verlo incluso a pesar de estar todo tan oscuro que no podía ver nada más.

Y entre las sombras me dijo: «Está debajo de tu mano».

Me puse en cuclillas y lo palpé. La empuñadura parecía de hueso, quizá fuera un cuerno. Toqué la hoja con cautela en la oscuridad, y descubrí que lo que tenía en la mano se parecía más a un punzón que a un cuchillo. Era delgado y tenía la punta afilada. Sería mejor que nada.

—¿Tiene precio?

«Todo tiene un precio».

—Pues lo pagaré. Y te pediré otra cosa. Dices que puedes ver el mundo a través de sus ojos.

No había ojos en aquel cráneo vacío, pero asintió.

—Pues avísame cuando esté dormido.

No dijo nada. Se fundió con la oscuridad y yo me sentí solo en aquel lugar.

Pasó el tiempo. Seguí el sonido del agua que goteaba, encontré un charco y bebí. Puse en remojo el resto de la avena y me la comí, fui masticándola hasta que se me disolvió en la boca. Me dormí, me desperté y volví a dormirme, y soñé con mi mujer, Morag, que me esperaba mientras las estaciones cambiaban, me esperaba igual que había esperado a nuestra hija, me esperaba para siempre.

Entonces algo me tocó la mano, me pareció que era un dedo: no era huesudo y duro. Era suave y parecía humano, pero estaba demasiado frío.

«Está durmiendo».

Salí de la cueva cuando la luz era azul, justo antes del alba. Él estaba dormido ante la cueva, tendido en la entrada como un gato, y supe que un solo roce bastaría para despertarlo. Sostuve el arma frente a mí, una empuñadura de hueso y una cuchilla en forma de aguja de plata ennegrecida; alargué el brazo y cogí lo que buscaba sin despertarlo.

Luego me acerqué un paso más y él quiso agarrarme el tobillo y abrió los ojos.

—¿Dónde está el oro? —preguntó Calum MacInnes.

—No tengo oro.

En la ladera de la montaña soplaba un viento frío. Yo me había retirado y me había puesto fuera de su alcance al ver que él estiraba la mano hacia mí. Se quedó en el suelo y se apoyó en un codo.

Entonces me preguntó:

—¿Dónde está mi cuchillo?

—Te lo he quitado —le confesé—. Mientras dormías.

Me miró soñoliento.

—¿Y por qué has hecho eso? Si hubiera querido matarte, lo habría hecho por el camino. Podría haberte matado una docena de veces.

—Pero cuando veníamos no tenía oro, ¿verdad?

No contestó.

Le dije:

—Si crees que podías haber hecho que sacara el oro de la cueva, y no sacarlo tú mismo habría salvado tu alma miserable, eres un necio.

Ya no parecía soñoliento.

—¿Me has llamado necio?

Tenía ganas de pelea. Es bueno hacer enfadar a las personas que tienen ganas de pelea.

—No —le dije—, no eres necio. He conocido muchos necios y muchos idiotas, y son felices en su necedad, incluso a pesar de tener la cabeza llena de serrín. Tú eres demasiado inteligente para ser necio. Tú sólo buscas sufrimiento, provocas sufrimiento y contagias tu sufrimiento a todo lo que tocas.

Entonces se levantó, blandiendo una piedra como si fuera un hacha, y se abalanzó sobre mí. Yo soy bajo y no pudo golpearme como lo habría hecho si hubiera sido un hombre de su tamaño. Se agachó para golpearme. Fue un error.

Me aferré a la empuñadura de hueso con fuerza y lo apuñalé hacia arriba, lo atacé raudo con la punta del punzón, como una serpiente. Sabía muy bien dónde estaba apuntando y sabía lo que sucedería.

Él soltó la roca y se agarró el hombro derecho.

—Mi brazo —dijo—. No siento el brazo.

Entonces maldijo y contaminó el aire con blasfemias y amenazas. La luz del alba que brillaba en la cumbre de la montaña confería a todo lo que nos rodeaba una apariencia preciosa y azul. Bajo aquella luz, incluso la sangre que había empezado a empaparle la ropa era púrpura. Dio un paso atrás y se colocó entre la cueva y yo. Me sentí desprotegido y noté el sol creciente a mi espalda.

—¿Por qué no tienes oro? —me preguntó.

Le colgaba el brazo flácido a un lado.

—En esta cueva no hay oro para personas como yo —le dije.

Entonces se abalanzó hacia delante, corrió hacia mí y me golpeó. Mi punzón salió disparado de mi mano. Me agarré a su pierna con los brazos y me aferré a él mientras nos precipitábamos juntos ladera abajo.

Su cabeza estaba por encima de mí y vi el triunfo en su rostro, luego vi el cielo, después lo que estaba sobre mí era el suelo del valle y yo me elevaba hacia él, y luego estaba debajo de mí y yo me precipitaba hacia mi muerte.

Una patada y un golpe, y ahora girábamos una y otra vez por la ladera de la montaña, y el mundo era un tiovivo vertiginoso de rocas, dolor y cielo, y yo sabía que era hombre muerto, pero seguía aferrándome a la pierna de Calum MacInnes.

Vi un águila dorada volando, pero no sabía si estaba por encima o por debajo de mí. El pájaro estaba allí, en el cielo del alba, en los fragmentos destruidos del tiempo y la percepción, allí, en el dolor. No tenía miedo, no había tiempo ni espacio para el miedo, no había espacio en mi mente, ni en mi corazón. Me desplomaba por el cielo agarrado con fuerza a la pierna de un hombre que pretendía matarme; chocábamos contra las rocas, nos hacíamos arañazos, nos golpeábamos y entonces...

... nos paramos.

Nos detuvimos tan de golpe que me sorprendí y estuve a punto de soltarme de Calum MacInnes e ir derecho a la muerte que me aguardaba abajo. La ladera de la montaña se había desprendido en ese punto, hacía ya mucho tiempo, como segada, y había dejado una hoja de roca lisa, tan pareja y uniforme como el cristal. Pero eso quedaba más abajo. Donde estábamos nosotros había una cornisa, y en esa cornisa había un milagro: atrofiado y enroscado, por encima de la línea de los árboles, donde ningún árbol tiene derecho a crecer, había un árbol de espino blanco retorcido, no mucho más alto que un arbusto, aunque era viejo. Sus raíces crecían en la ladera de la montaña, y había sido ese árbol de espino blanco quien nos había agarrado con sus brazos grises.

Solté la pierna, me bajé del cuerpo de Calum MacInnes hasta pisar la ladera de la montaña. Me quedé en la cornisa estrecha y miré la caída escarpada. No había ninguna forma de bajar de allí. Era imposible.

Miré hacia arriba. Pensé que quizá fuera factible llegar a lo alto de la montaña escalando muy despacio y con un poco de suerte. Siempre que no lloviera. Y si el viento no soplaba con demasiado apetito. ¿Y qué otra opción tenía? La única alternativa era la muerte.

Una voz:

—¿Vas a dejarme morir aquí, enano?

No respondí. No tenía nada que decir.

Él tenía los ojos abiertos. Me dijo:

—No puedo mover el brazo derecho porque me has apuñalado. Creo que me he roto una pierna en la caída. No puedo escalar contigo.

Le dije:

—Tal vez lo consiga, y tal vez no.

—Lo conseguirás. Te he visto escalar. Después de rescatarme, cuando cruzamos la cascada. Trepaste por aquellas rocas como una ardilla subiendo por un árbol.

Yo no tenía tanta confianza en mi habilidad para escalar.

Me dijo:

—Júramelo por lo que más quieres. Júralo por tu rey, que te aguarda sobre el mar como lleva haciendo desde que expulsamos a su gente de esta tierra. Júralo por lo que más queréis las criaturas como tú: por las sombras, las plumas de las águilas y el silencio. Júrame que volverás a buscarme.

—¿Sabes lo que soy? —le pregunté.

—Yo no sé nada —confesó—. Lo único que sé es que quiero vivir.

Reflexioné.

—Juro por todas esas cosas —le dije—. Por las sombras, las plumas de águila y el silencio. Juro por las colinas verdes y las rocas. Volveré.

—Te habría matado —dijo el hombre atrapado en el espino, y lo dijo con humor, como si fuera el mejor chiste que un hombre le hubiera contado a otro—. Tenía planeado matarte y llevarme el oro como si fuera mío.

—Lo sé.

El pelo le enmarcaba la cara como un halo de color gris lobo. Se había hecho un araño al caer y tenía sangre roja en la mejilla.

—Podrías volver con cuerdas —dijo—. Mi cuerda sigue allí arriba, en la entrada de la cueva. Pero necesitarás más.

—Sí —dije—. Volveré con cuerdas.

Miré la roca que teníamos encima y la examiné lo mejor que pude. A veces, para un escalador, unos ojos despiertos significan la diferencia entre la vida y la muerte. Visualicé los puntos donde debía parar a medida que ascendiera, mi ruta de ascenso por la cara de la montaña. Me parecía ver el saliente de la entrada de la cueva desde donde nos habíamos caído mientras nos peleábamos. Me dirigiría allí. Sí.

Me soplé las manos para secar el sudor antes de empezar a escalar.

—Volveré a buscarte —anuncié—. Con cuerdas. Lo he jurado.

—¿Cuándo? —me preguntó, y cerró los ojos.

—Dentro de un año —le dije—. Volveré dentro de un año.

Empecé a subir. Los gritos del hombre me siguieron mientras trepaba, gateaba, me agazapaba y me impulsaba hacia arriba por la cara de la montaña, y el sonido se mezclaba con los graznidos de las grandes aves rapaces; y me siguieron cuando me marché de la Isla de la Niebla sin llevar conmigo nada que compensara mis dolores y mi tiempo, y lo oí gritar, en el fondo de mi mente, cuando me quede dormido, o justo antes de despertar, hasta el día de mi muerte.

No llovió, y el viento sopló con fuerza y me desequilibró, pero no consiguió tirarme. Trepé y lo hice con seguridad.

Cuando llegué al saliente, la entrada de la cueva pareció una sombra más oscura al sol del mediodía. Me volví, di la espalda a la montaña y a las sombras que



empezaban a formarse en las grietas y las fisuras y en lo más profundo de mi cráneo, e inicié el lento viaje de regreso para abandonar la Isla de la Niebla. Había cien carreteras y mil caminos que me llevarían de vuelta a mi hogar en las tierras bajas, donde estaría esperándome mi mujer.

## Mi última casera

¿Mi última casera? No tenía nada que ver con usted, nada en absoluto. Sus habitaciones

estaban húmedas. Los desayunos eran repugnantes: huevos aceitosos, salchichas correosas, una plasta naranja de alubias estofadas.

Su cara parecía un estofado. No era amable.

Usted parece una persona amable. Espero que su mundo sea amable.

Y con eso me refiero a que he oído decir que no vemos el mundo como es, sino tal como somos nosotros. Un santo ve un mundo de santos, un asesino sólo ve homicidas y víctimas. Yo veo a los muertos.

Mi casera me dijo que no tenía intención de pasear por la playa porque estaba llena de armas: piedras enormes que caben en la palma de la mano, proyectiles arrojados en potencia. Llevaba muy poco dinero en el monedero diminuto,

me dijo, pero le quitarían los billetes, impregnados con la grasa de sus dedos, y dejarían el monedero debajo de una piedra.

Y el agua, decía: sumerge a cualquiera,

gélida agua salada, gris y marrón. Pesada como el pecado, lista para arrastrarte: los niños desaparecían con facilidad, en el mar, cuando estaban de más o habían descubierto

algo extraño que pudieran explicar

a cualquiera dispuesto a escuchar. Había

gente en el West Pier la noche que se quemó, me dijo.

Las cortinas eran de un encaje polvoriento, y ocultaban todas las ventanas con vistas mugrientas a la ciudad. Vistas al mar: eso era irrisorio. La mañana que me vio apartar

sus cortinas para ver si estaba lloviendo como es debido, me dio un golpecito en los nudillos.

—Señor Maroney —dijo—. En esta casa,

no miramos el mar desde las ventanas. Trae

mala suerte. —Afirmó—: La gente viene a la playa a olvidar sus problemas.

Es lo que hacemos. Es lo que hacemos los ingleses. Descuartizas a tu novia porque está embarazada y te preocupa lo que pueda decir tu mujer

si lo descubre. O envenenas al banquero con el que te acuestas,

por el seguro, te casas con una docena de hombres en una docena de pueblecitos costeros.

Margate. Torquay. Dios los ama, pero ¿por qué tienen que estar tan inmóviles?

Cuando le pregunté quién, quién estaba tan quieto, me dijo

que no era de mi incumbencia, y que recordara salir de la casa entre el mediodía y las cuatro, porque venía la asistenta, y yo la molestaría, siempre entrometido.

Había estado tres semanas en ese hostel, mientras buscaba algo estable. Pagaba en metálico. Los demás huéspedes eran solteros que estaban de vacaciones, y les daba igual si aquello era el cielo o el infierno. Nos comíamos juntos nuestros huevos aceitosos. Los veía pasear cuando hacía buen día, o apiñarse bajo los toldos si llovía. A mi casera sólo le importaba que se marcharan de la casa hasta la hora del té. Un dentista jubilado de Edgbaston, que había venido buscando una semana de soledad y lloviznas junto al mar, me saludaba con la cabeza durante el desayuno, o cuando nos cruzábamos en el paseo marítimo. El servicio estaba en la otra punta del pasillo. Yo estaba despierto por la noche. Lo vi con la bata puesta. Lo vi llamar a la puerta. Vi cómo se abría. Él entró. Y no hay nada más que contar. Me encontré a mi casera durante el desayuno, radiante y alegre. Dijo que el dentista se había marchado pronto debido a una muerte en la familia. Y decía la verdad.

Aquella noche la lluvia repicaba en las ventanas. Pasó una semana y llegó la hora: le dije a mi casera que había encontrado una casa y que me marchaba, y pagué el alquiler. Esa noche me dio un vaso de whisky, y luego otro, y me dijo que yo siempre había sido su preferido, y que ella era una mujer con necesidades, un fruto maduro, y sonrió, y fue el whisky lo que me hizo asentir, y pensar que quizá su rostro y su figura no fueran tan amargos. Y por eso llamé a su puerta aquella noche. Ella la abrió: recuerdo su piel blanca. Su camisón blanco. No puedo olvidarlo. —Señor Maroney —susurró. Yo alargué la mano hacia ella y ése fue el fin. El canal estaba frío y salado, y ella me llenó los bolsillos de piedras para sumergirme. Y cuando me encuentren, si me encuentran, podrían confundirme con cualquiera, los cangrejos se habrán comido mi carne y el mar erosionará mis huesos.

Creo que me gustará mi nueva casa, aquí en el paseo marítimo. Y vosotros me habéis acogido muy bien. Me habéis hecho sentir aceptado.

¿Cuántos somos? Nos veo, pero no puedo contar. Estamos apiñados en la playa y miramos fijamente la luz de la habitación más alta de su casa. Vemos cómo se mueven las cortinas, vemos una cara pálida

mirando con furia a través de la mugre. Parece asustada, como si un día desafortunado pudiéramos cruzar las piedras de la playa para llegar hasta ella y reprocharle su falta de hospitalidad, recriminarle sus terribles desayunos, sus amargas vacaciones y nuestros destinos.

Estamos tan inmóviles.

¿Por qué tenemos que estar tan inmóviles?

## Una historia de aventuras

En mi familia solemos utilizar la palabra «aventura» para referirnos a cualquier catástrofe menor a la que hayamos sobrevivido o incluso a cualquier alteración de la rutina. Excepto mi madre, para quien todavía se aplica a cualquier cosa que haya hecho esa misma mañana. Mi madre calificaría de superaventura meterse en la zona equivocada del aparcamiento del supermercado y, mientras busca el coche, entablar una conversación con alguien cuya hermana resulta que conoció en los años setenta.

Ahora se está haciendo mayor. Ya no sale de casa como antes. Todo cambió cuando murió mi padre.

La última vez que fui a visitarla estuvimos poniendo orden en algunas de sus cosas. Me dio una funda de piel negra que en otro tiempo había protegido el objetivo de alguna cámara, ahora llena de gemelos deslustrados, y me animó a quedarme con todos los jerséis y chaquetas de punto de mi padre que quisiera, como recuerdo. Yo quería a mi padre, pero no me imaginaba poniéndome uno de sus jerséis. Siempre fue mucho más corpulento que yo. Ninguna de sus prendas me iría bien.

Y entonces dije:

—¿Qué es eso?

—Ah —respondió mi madre—, eso es algo que tu padre trajo de Alemania cuando estuvo en el ejército.

Estaba esculpido en una piedra roja moteada y era del tamaño de mi pulgar. Era una persona, un héroe o quizá un dios, con una expresión de dolor en un rostro cincelado con aspereza.

—No parece muy alemán —dije.

—No lo era, cariño. Creo que es de... Bueno, hoy en día se llama Kazajistán. No sé cómo se llamaba por aquel entonces.

—¿Y qué hacía papá en Kazajistán cuando estaba en el ejército?

Eso debió de ser alrededor de 1950. Mi padre dirigió el club de los oficiales en Alemania mientras duró su servicio militar y, en las batallitas del ejército que contaba en la sobremesa, nunca explicó que hiciera algo más que coger un camión sin permiso o ir a buscar unas cuantas botellas de whisky de origen sospechoso.

—Oh. —Puso cara de haber hablado demasiado. Y entonces dijo—: Nada, cariño. A él no le gustaba hablar de eso.

Me guardé la estatuilla con los gemelos y el montoncito de fotografías onduladas en blanco y negro que había decidido llevarme a casa para escanear.

Dormí en la habitación de invitados del final del pasillo, en una cama estrecha.

A la mañana siguiente, entré en la habitación que había sido el despacho de mi padre para verla por última vez. Luego crucé el pasillo hasta el comedor, donde mi madre ya había servido el desayuno.

—¿Qué ha pasado con la estatuilla de piedra?

—La he guardado.

Mi madre apretaba los labios.

—¿Por qué?

—Bueno, tu padre siempre dijo que no debería habérsela quedado.

—¿Por qué no?

Me sirvió el té con la misma tetera de porcelana con la que lo había hecho toda la vida.

—Porque estaban buscándola. Al final, el barco de esas personas voló por los aires. En el valle. Por culpa de esas cosas con alas que se metieron en las hélices.

—¿Cosas con alas?

Mi madre reflexionó un momento.

—Pterodáctilos, cariño. Con pe. Eso es lo que decía tu padre que eran. Por supuesto, también decía que los tripulantes de la aeronave se merecían todo lo que les ocurriera, después de lo que les habían hecho a los aztecas en 1942.

—Mamá, los aztecas desaparecieron hace muchos años. Mucho antes de 1942.

—Claro, cariño. Los de América sí. Pero los del valle no. Esa gente, los de la aeronave, bueno, tu padre decía que no eran personas exactamente. Pero parecían personas, incluso a pesar de proceder de un lugar con un nombre tan gracioso. ¿De dónde era? —Reflexionó un momento. Entonces dijo—: Deberías tomarte el té, cariño.

—Sí. No. Espera. ¿Y qué eran esas personas? Y los pterodáctilos se extinguieron hace cincuenta millones de años.

—Si tú lo dices, cariño... En realidad, tu padre nunca hablaba de eso. —Hizo una pausa y luego prosiguió—: Había una chica. Esto ocurrió por lo menos cinco años antes de que tu padre y yo empezáramos a salir. Por aquel entonces él era muy guapo. Bueno, a mí siempre me pareció guapo. La conoció en Alemania. Ella se escondía de las personas que buscaban la estatua. Era su reina o su princesa o su hechicera o algo así. La secuestraron y, como él estaba con ella, se lo llevaron también a él. No eran extraterrestres de verdad. Se parecían más a esas personas que se convierten en lobos en la televisión...

—¿Hombres lobo?

—Supongo que sí, cariño. —Parecía dudosa—. La estatua era un oráculo y, si te pertenecía, o incluso si sólo lo tenías en tu poder, significaba que eras el dirigente de ese pueblo. —Removió el té—. ¿Qué fue lo que dijo tu padre? Al valle se accedía por un camino minúsculo, y después de lo de la chica alemana, bueno, es evidente que no era alemana, pero volaron el camino con una... una máquina de rayos, para acabar con la salida al mundo exterior. Así que tu padre tuvo que buscarse otra forma de volver a casa. Lo habría tenido muy difícil, pero el hombre que escapó con él, Barry Anscome, estaba en inteligencia militar, y...

—Un momento. ¿Barry Anscome? Solía venir a pasar el fin de semana cuando yo era niño. Me daba cincuenta peniques cada vez que venía. Hacía trucos malos con las monedas. Roncaba. Tenía un bigote ridículo.

—Sí, cariño, Barry. Cuando se retiró se marchó a Sudamérica. A Ecuador, me parece. Así es como se conocieron. Cuando tu padre estaba en el ejército.

Mi padre me dijo una vez que a mi madre nunca le había caído bien Barry Anscome, que era el amigo de mi padre.

—¿Y?

Me sirvió otra taza de té.

—Fue hace mucho tiempo, cariño. Tu padre me explicó toda la historia una vez. Pero no me la contó enseguida. Me la explicó cuando ya nos habíamos casado. Me dijo que debía saberlo. Estábamos de luna de miel. Fuimos a un pueblecito de pescadores en España. Hoy en día es una ciudad grande y muy turística, pero por aquel entonces nadie había oído hablar de ese sitio. ¿Cómo se llamaba? Ah, sí. Torremolinos.

—¿Puedo volver a ver la estatuilla?

—No, cariño.

—¿No la habías guardado?

—La he tirado —dijo mi madre con frialdad. Y entonces, como si quisiera evitar que me pusiera a rebuscar en la basura, añadió—: El camión de la basura ha pasado esta mañana.

Los dos nos quedamos en silencio.

Ella tomó un sorbo de té.

—No te vas a creer con quién me encontré la semana pasada. Con tu profesora de cuando eras pequeño. La señora Brooks. Nos encontramos en Safeways. Fuimos a tomar un café a la librería porque yo esperaba convencerla para que se uniera al comité de carnaval del pueblo. Pero estaba cerrado. Tuvimos que ir al Olde Tea Shoppe. Fue toda una aventura.

# Naranja

(respuestas en tercera persona  
a un cuestionario de investigación por escrito)

## **CONFIDENCIAL**

1. Jemima Glorfindel Petula Ramsey.
2. Diecisiete el 9 de junio.
3. Los últimos cinco años. Antes de eso vivíamos en Glasgow (Escocia). Antes de eso en Cardiff (Gales).
4. No lo sé. Creo que ahora está metido en la edición de revistas. Ya no habla con nosotros. El divorcio fue bastante horrible y mamá acabó pagándole mucho dinero. Me parece un poco mal. Pero quizá valió la pena con tal de deshacerse de él.
5. Inventora y emprendedora. Inventó la Magdalena Rellena®, y fundó la cadena de la Magdalena Rellena. De niña me gustaban, pero cualquiera acabaría cansándose de comer magdalenas rellenas en cada comida, en especial porque mamá nos utilizaba de conejillos de indias. La peor de todas era la Magdalena Rellena de Pavo de Navidad. Pero hace cinco años vendió su parte de la cadena de Magdalenas Rellenas para empezar a trabajar en Las Burbujas de Colores de Mi Mamá (que todavía no es ®).
6. Dos. Mi hermana, Nerys, que sólo tenía quince años, y mi hermano, Pryderi, de doce.
7. Varias veces al día.
8. No.
9. Por internet. Probablemente en eBay.
10. Lleva comprando colores y tintes de todo el mundo desde que decidió que el mundo estaba pidiendo a gritos las burbujas fosforescentes de colores brillantes. De esas que se hacen soplando a través de un preparado para hacer burbujas.
11. En realidad no es un laboratorio. O sea, ella lo llama así, pero sólo es el garaje. Lo que pasa es que tomó parte del dinero de las Magdalenas Rellenas® y lo reinvertió, por eso hay fregaderos, bañeras y mecheros Bunsen y esas cosas, y baldosas en las



paredes y el suelo para que sea más fácil de limpiar.

12. No lo sé. Nerys siempre había sido bastante normal. Cuando cumplió los trece años empezó a leer esas revistas y a colgar en la pared fotografías de esas mujeres tan raras que van por la vida de muñecas Barbie, como Britney Spears y tal. Pido perdón a los posibles fans de Britney Spears que estén leyendo esto ;) pero es que no lo pillo. El rollo del color naranja no empezó hasta el año pasado.

13. Tintes artificiales en crema. Cuando se lo ponía, no te podías acercar a ella hasta varias horas después. Y nunca dejaba pasar el tiempo suficiente para que se secase después de embadurnarse toda la piel con eso, y se quedaba pegado en las sábanas, en la puerta de la nevera y en la ducha, iba dejando manchas naranjas por todas partes. Sus amigas también lo llevaban, pero ellas nunca se lo ponían como ella. O sea, ella se untaba una gran cantidad de crema, sin preocuparse siquiera de conseguir un color de piel que pareciera humano, y pensaba que le quedaba genial. Fue a darse rayos uva una vez, pero creo que no le gustó porque nunca volvió.

14. La chica mandarina. Oompa-Loompa. Panocha. Mango-Jambo. La Trinaranjus.

15. No muy bien. Pero no parecía importarle, la verdad. Me refiero a que estamos hablando de una chica que dijo que no le veía el sentido a las ciencias o las matemáticas, porque ella pensaba hacerse bailarina exótica en cuanto acabara el colegio. Le dije que nadie pagaría por verla en pelotas, y ella me preguntó que cómo lo sabía, y yo le contesté que había visto los vídeos que había grabado con el QuickTime bailando desnuda y que seguían en la cámara, y ella gritó y me pidió que se los devolviera, y yo le dije que los había borrado. Pero, sinceramente, no creo que hubiera llegado a convertirse en la próxima Bettie Page o como se llame. Para empezar, ni siquiera tiene curvas.

16. Rubeola, paperas, y creo que Pryderi pasó la varicela cuando estuvo en Melbourne con los abuelos.

17. En un tarro pequeño. Supongo que se parecía un poco a un tarro de mermelada.

18. No creo. En cualquier caso, nada que pareciera una etiqueta de advertencia. Pero había un remitente. Vino del extranjero, y el remitente estaba escrito con una caligrafía extranjera.

19. Debe comprender que mamá llevaba cinco años comprando colores y tintes de todo el mundo. El problema de las burbujas fosforescentes no es que alguien haga burbujas de colores brillantes, es que exploten y vayan dejando manchas de tinte por todas partes. Mamá dice que sería como pedir a gritos una querrela. Así que no.

20. Para empezar, Nerys y mamá se pelearon a gritos porque mamá había vuelto de comprar y lo único que había traído de la lista que le había escrito Nerys era el champú. Mamá dijo que no había encontrado la crema bronceadora en el supermercado, pero yo creo que, sencillamente, se olvidó. Así que Nerys se marchó muy enfadada, dio un portazo, se metió en su habitación y puso la música muy alta, probablemente fuera Britney Spears. Yo estaba en la parte trasera dando de comer a los gatos, a la chinchilla y a una cobaya llamada *Roland* que parece un cojín peludo, y me lo perdí todo.

21. En la mesa de la cocina.

22. Cuando por la mañana encontré el tarro de mermelada vacío en el jardín trasero. Estaba al pie de la ventana de Nerys. No hacía falta ser Sherlock Holmes para deducirlo.

23. La verdad es que no le di importancia. Pensé que sólo se gritarían un poco más, ¿sabe? Y que mamá lo solucionaría enseguida.

24. Sí, fue una tontería. Pero tampoco era una tontería muy excepcional. Que es tanto como decir que fue normal para el nivel de estupidez de Nerys.

25. Que ella brillaba.

26. Una especie de naranja palpitante.

27. Cuando empezó a decirnos que sería adorada como un dios, como la adoraban al principio de los tiempos.

28. Pryderi dijo que mi hermana estaba flotando unos treinta centímetros por encima del suelo. Pero yo no llegué a verlo. Pensé que él sólo seguía la corriente de su nueva rareza.

29. Ya no respondía al nombre de Nerys. Se refería a sí misma como Mi Inmanencia, o el Vehículo. («Es hora de alimentar al Vehículo»).

30. Chocolate negro. Y era raro, porque antes en casa yo era la única a la que le gustaba. Pero Pryderi tuvo que salir a comprarle un montón de tabletas.

31. No. Mamá y yo pensábamos que eran cosas de Nerys. Sólo que esa vez estaba siendo un poco más imaginativa de lo normal.

32. Esa misma noche, cuando empezó a oscurecer. Se podían ver las palpitaciones naranjas por debajo de la puerta. Como una luciérnaga o algo así. O un espectáculo

de luces. Lo más raro de todo es que lo veía incluso con los ojos cerrados.

33. A la mañana siguiente. Todos nosotros.

34. Llegados a ese punto, ya era bastante evidente. Ya ni siquiera parecía Nerys. Estaba como borrosa. Como la imagen que queda impresa en la retina. Pensé en ello y es... Vale. Imagine que estuviera mirando fijamente algo muy brillante de color azul. Luego cerraría los ojos y ¿sabe esa imagen entre naranja y amarillenta que vería en los ojos? Ése es el aspecto que tenía.

35. Tampoco funcionaban.

36. Dejó salir a Pryderi para que le trajera más chocolate. Mamá y yo ya no podíamos salir de casa.

37. Yo pasaba la mayor parte del tiempo sentada en el jardín trasero, leyendo algún libro. La verdad es que no podía hacer mucho más. Empecé a llevar gafas de sol, y mamá también, porque la luz naranja nos hacía daño a la vista. Pero, aparte de eso, nada.

38. Sólo cuando intentábamos salir o llamar a alguien. Aunque había comida en casa. Y Magdalenas Rellenas® en el congelador.

39. «¡Si hace un año no le hubieras dejado ponerse esa estúpida crema bronceadora, ahora no estaríamos metidos en este lío!». Pero fue injusto y luego me disculpé.

40. Cuando Pryderi volvió con las tabletas de chocolate. Dijo que le había explicado a un policía de tráfico que su hermana se había convertido en un resplandor naranja gigantesco y que estaba controlando nuestras mentes. Dijo que el hombre había sido muy grosero con él.

41. No tengo novio. Lo tenía, pero rompimos después de que él fuera a un concierto de los Rolling Stones con una malvada ex amiga rubia de bote cuyo nombre no menciono. Y además, ¿los Rolling Stones? ¿Esos hombrecillos con pinta de cabras que se dedican a trotar por el escenario fingiendo ser el alma del rock'n'roll? Por favor. O sea, no.

42. Me gustaría bastante ser veterinaria. Pero entonces pienso que tendría que sacrificar animales, y no sé. Quiero viajar un poco antes de empezar a tomar decisiones.

43. La manguera del jardín. La abrimos a tope mientras ella estaba distraída comiéndose el chocolate, y la rociamos.

44. En realidad, sólo un vapor naranja. Mamá dijo que, si conseguíamos llegar al laboratorio, tenía disolventes y cosas así, pero en ese momento Su Inmanencia estaba siseando como una loca (literalmente) y nos dejó como clavadas al suelo. No puedo explicarlo. O sea, no estaba atascada, pero no podía marcharme ni mover las piernas. Estaba justo donde ella me había dejado.

45. Como medio metro sobre la alfombra. Bajaba un poco para pasar por las puertas sin golpear la cabeza. Y después del incidente de la manguera, ya no volvió a su habitación, se quedó flotando enfadada en el comedor; tenía el color de una zanahoria luminosa.

46. La completa dominación del mundo.

47. Lo escribí en un papel y se lo di a Pryderi.

48. Él tuvo que volver a traerlo. No creo que Su Inmanencia comprendiera el valor del dinero.

49. No lo sé. La idea fue más de mamá que mía. Creo que tenía la esperanza de que el disolvente eliminara la pintura naranja. Y llegados a ese punto, había que arriesgarse. Las cosas ya no podían empeorar.

50. Ni siquiera le molestó, no fue como lo de la manguera. Estoy bastante segura de que le gustó. Me pareció ver cómo untaba el chocolate en él antes de comérselo, aunque tenía que entornar los ojos para poder ver algo. Era todo una especie de resplandor naranja.

51. Que íbamos a morir. Mamá le dijo a Pryderi que si el gran Oompa-Loompa lo dejaba volver a salir a comprar chocolate, era mejor que no volviera. Y yo estaba empezando a preocuparme bastante por los animales: llevaba dos días sin dar de comer a la chinchilla y a la cobaya *Roland* porque no me dejaba salir al jardín trasero. No podía ir a ningún sitio. Excepto al lavabo, y aun así tenía que pedir permiso.

52. Supongo que fue porque pensaron que la casa se estaba incendiando. Toda esa luz naranja. Me refiero a que es un error comprensible.

53. Nos alegramos de que no nos lo hubiera hecho a nosotras. Mamá dijo que eso demostraba que Nerys seguía allí, porque si hubiera tenido poder para convertirnos en esa sustancia viscosa a la que redujo a los bomberos, lo habría hecho. Yo dije que quizá al principio no tuviera el poder suficiente para convertirnos en esa cosa, y que luego ya le daba igual.

54. Ya ni siquiera se veía a una persona. Era una luz naranja brillante que palpitaba y,

a veces, te hablaba directamente a la cabeza.

55. Cuando aterrizó la nave espacial.

56. No lo sé. O sea, era más grande que todo el bloque, pero no aplastó nada. Fue como si se materializara a nuestro alrededor de forma que toda la casa quedó dentro. Y el resto de la calle también.

57. No. Pero ¿qué otra cosa podía ser?

58. Una especie de azul pálido. Ellos tampoco palpitaban. Ellos parpadeaban.

59. Más de seis y menos de veinte. No es tan sencillo decir si se trata de la misma luz azul inteligente con la que usted estaba hablando hace cinco minutos.

60. Tres cosas. Primero: la promesa de que Nerys no sufriría ningún daño. Segundo: que si algún día eran capaces de devolverla a su estado anterior, nos lo comunicarían y nos la devolverían. Tercero: una receta para hacer burbujas fosforescentes. (Sólo supongo que le estaban leyendo la mente a mamá, porque ella no dijo nada. Aunque es posible que se lo dijera Su Inmanencia. Era evidente que ella tenía acceso a los recuerdos del Vehículo). Y también le dieron a Pryderi una cosa que parecía un monopatín de cristal.

61. Una especie de sonido líquido. Entonces todo se volvió transparente. Yo estaba llorando y mamá también. Y Pryderi dijo «qué chachi», y yo empecé a reírme al mismo tiempo que lloraba, y entonces volvíamos a estar en casa.

62. Salimos al jardín trasero y miramos hacia arriba. Había algo azul y naranja que parpadeaba en lo alto, y que se hacía cada vez más y más pequeño, y lo miramos hasta que dejamos de verlo.

63. Porque no quise.

64. Alimenté a los animales que quedaban. *Roland* estaba histérico. Los gatos sólo parecían alegrarse de que alguien volviera a darles de comer. No sé cómo se escapó la chinchilla.

65. A veces. O sea, debe tener en cuenta que era la persona más molesta del planeta, incluso antes de todo eso de Su Inmanencia. Pero sí, si debo ser sincera, supongo que sí.

66. Me siento fuera por la noche, miro el cielo y me pregunto qué estará haciendo.

67. Quiere que le devuelvan su monopatín de cristal. Dice que es suyo y que el

Gobierno no tiene ningún derecho a quedárselo. (Porque son del Gobierno, ¿no?). Aunque mamá no parece tener ningún problema en compartir la patente de la receta de las Burbujas de Colores con el Gobierno. El hombre dijo que podría ser la base de una nueva rama de nosequé molecular. A mí nadie me dio nada, así que no tengo por qué preocuparme.

68. Una vez, en el jardín trasero, mientras miraba el cielo por la noche. En realidad, creo que sólo era una estrella anaranjada. Podría haber sido Marte, sé que lo llaman el planeta rojo. Aunque de vez en cuando pienso que quizá haya vuelto a ser ella misma y esté bailando, allí arriba, dondequiera que esté, y que todos los extraterrestres estarán encantados con su baile exótico porque no conocen otra cosa, y piensan que es una nueva forma de arte, y no les importa que no tenga curvas.

69. No lo sé. Quizá sentada en el jardín trasero hablando con los gatos. O haciendo esas estúpidas burbujas de colores.

70. Hasta el día de mi muerte.

Doy fe de que los hechos relatados se corresponden con la realidad.

Jemima Glorfindel Petula Ramsey

# Un calendario de cuentos

## *Cuento de enero*

¡Zas!

—¿Siempre es así?

El chico parecía desorientado. Estaba mirando por toda la habitación, como distraído. Si no tenía cuidado acabarían por matarlo.

Doce le dio una palmadita en el brazo.

—No. No siempre. Si hay algún problema, vendrá de ahí arriba.

Señaló la puerta de un desván que estaba en el techo, justo sobre sus cabezas. La puerta estaba entreabierta y la oscuridad aguardaba tras ella como un ojo.

El chico asintió. Luego preguntó:

—¿Cuánto tiempo nos queda?

—¿Juntos? Puede que otros diez minutos.

—Hay algo que no dejo de preguntarles en la Base, y nunca me contestan. Me dicen que ya lo veré por mí mismo. ¿Quiénes son?

Doce no contestó. Algo había mutado, muy sutilmente, en la oscuridad del desván que tenían encima. Se llevó el dedo a los labios, luego levantó el arma e indicó al chico que hiciera lo mismo.

Salieron rodando por la trampilla del desván: eran grises como el cemento, verdes como el moho, tenían los dientes afilados y eran rápidos, muy rápidos. El chico todavía se estaba peleando con el gatillo cuando Doce empezó a disparar y los liquidó, a los cinco, antes de que el chico pudiera disparar ni una sola vez.

Miró a su izquierda. El chico estaba temblando.

—Ya los has visto —dijo.

—Supongo que lo que quería decir era: ¿qué son?

—Qué o quién. Es lo mismo. Son el enemigo. Se cuelan por las rendijas del tiempo. Y ahora, en el traspaso, van a empezar a salir en tropel.

Bajaron juntos por la escalera. Estaban en una casita de las afueras. En la cocina había un hombre y una mujer sentados a una mesa en la que había una botella de champán. No parecieron advertir a los dos hombres uniformados que cruzaban la habitación. La mujer estaba sirviendo el champán.

El chico llevaba el uniforme bien planchado, de color azul marino, y parecía nuevo. Llevaba el reloj anual lleno de arena blanca colgado del cinturón. El uniforme de Doce estaba desgastado y era de un gris azulado descolorido, salpicado de parches que ocultaban las zonas donde lo habían cortado, rasgado o quemado. Llegaron a la puerta de la cocina y...

¡Zas!

En lugar de estar en la cocina estaban fuera, en un bosque, en algún sitio frío.

—¡Al suelo! —gritó Doce.

El objeto afilado pasó volando por encima de sus cabezas y se estrelló en un árbol que tenían detrás.

El chico dijo:

—Pensaba que habías dicho que no era siempre así.

Doce se encogió de hombros.

—¿De dónde salen?

—Del tiempo —dijo Doce—. Se esconden detrás de los segundos e intentan colarse.

En el bosque, cerca de ellos, se oyó un ¡whumpf!, y un abeto alto empezó a arder envuelto en llamas parpadeantes de color cobre verdoso.

—¿Dónde están?

—Vuelven a estar encima de nosotros. Suelen estar encima o debajo de ti.

Descendieron como las chispas de una bengala: bonitas, blancas y tal vez un poco peligrosas.

El chico estaba cogiéndole el tranquillo. En esa ocasión dispararon a la vez.

—¿Te informaron? —preguntó Doce.

A medida que iban aterrizando, las chispas parecían menos bonitas y mucho más peligrosas.

—La verdad es que no. Se limitaron a decirme que sólo sería un año.

Doce recargaba el arma a toda velocidad. Tenía canas y cicatrices. El chico apenas parecía tener la edad suficiente para empuñar un arma.

—¿Te dijeron que un año sería toda una vida?

El chico negó con la cabeza. Doce se acordó de cuando era un chico igual que él, con el uniforme limpio e impoluto. ¿Alguna vez habría sido tan joven? ¿Tan inocente?

Se enfrentó a cinco de los demonios envueltos en chispas. El chico se encargó de los tres que quedaban.

—Entonces es un año de lucha —dijo el chico.

—Segundo a segundo —respondió Doce.

¡Zas!

Las olas rompían en la playa. Allí hacía calor, un enero en el hemisferio sur. Aunque todavía era de noche. Sobre sus cabezas colgaban los fuegos artificiales, inmóviles. Doce comprobó su reloj anual: sólo quedaban un par de granos. Ya casi había terminado.

Inspeccionó la playa, las olas, las rocas.

—No lo veo —dijo.

—Yo sí —terció el chico.

Emergió del mar justo cuando la señalaba: una criatura enorme, inconcebible, una masa de inmensidad maligna llena de tentáculos y pinzas que rugía mientras se elevaba.



Doce se descolgó el lanzacohetes de la espalda y se lo apoyó en el hombro. Disparó y observó cómo las llamas se extendían por el cuerpo de la criatura.

—Nunca había visto uno tan grande —dijo—. Quizá reserven lo mejor para el final.

—Oye —dijo el chico—, que yo acabo de empezar.

Entonces fue a por ellos: agitaba y chasqueaba sus pinzas de cangrejo, daba latigazos con los tentáculos, y abría y cerraba las fauces en vano. Subieron corriendo por la duna.

El chico era más rápido que Doce. Era joven, pero a veces eso es una ventaja. A Doce le dolía la cadera y tropezó. Su último grano de arena estaba cayendo por el reloj anual cuando algo —imaginó que sería un tentáculo— se le enroscó en la pierna, y él se cayó.

Miró hacia arriba.

El chico estaba plantado sobre la duna con los pies clavados en el suelo como te enseñan a hacer en el campo de instrucción, y sostenía un lanzacohetes de un diseño que Doce desconocía, supuso que sería posterior a su época. Empezó a despedirse mentalmente mientras la criatura lo arrastraba hacia la playa y la arena le arañaba la cara, y entonces oyó una explosión sorda y el tentáculo se desprendió de su pierna y la criatura salió disparada hacia atrás, hasta sumergirse en el mar.

Doce descendía surcando el cielo justo cuando cayó el último grano de arena, y Medianoche lo cogió.

Cuando Doce abrió los ojos estaba donde van los años viejos. Catorce lo ayudó a bajar de la tarima.

—¿Cómo ha ido? —le preguntó 1914.

Llevaba una falda blanca larga hasta el suelo y unos guantes largos también de color blanco.

—Cada año que pasa son más peligrosos —dijo 2012—. Los segundos y lo que se esconde detrás de ellos. Pero me gusta el chico nuevo. Creo que le irá bien.

### *Cuento de febrero*

Cielos grises de febrero, arenas blancas neblinosas, rocas negras, y el mar también parecía oscuro, como una fotografía en blanco y negro; la chica del impermeable amarillo era lo único que le daba un poco de color al mundo.

Hace veinte años, la anciana paseaba por la playa con cualquier clima, se inclinaba y contemplaba la arena, se agachaba con dificultad de vez en cuando para levantar una roca y mirar debajo. Cuando dejó de bajar a la playa, una mujer de mediana edad —supuse que sería su hija— vino y empezó a recorrer la playa con menos entusiasmo que su madre. Ahora aquella mujer había dejado de venir, y en su lugar estaba esa chica.

Se acercó a mí. Yo era la única persona, aparte de ella, que estaba en la playa con

esa niebla. No parezco mucho mayor que ella.

—¿Qué estás buscando? —le grité.

Ella esbozó una mueca.

—¿Qué te hace pensar que estoy buscando algo?

—Bajas cada día. Antes de ti venía la señora, y antes de ella venía una señora muy mayor, con un paraguas.

—Era mi abuela —dijo la chica del impermeable amarillo.

—¿Qué perdió?

—Un colgante.

—Debe de ser muy valioso.

—La verdad es que no. Tiene valor sentimental.

—Algún valor más tendrá, si tu familia lleva buscándolo tantos años.

—Sí. —Vaciló. Y luego añadió—: Mi abuela decía que el colgante le permitiría volver a casa. Decía que sólo había venido a echar un vistazo. Tenía curiosidad. Y entonces le preocupó llevar el colgante encima y lo escondió debajo de una roca para poder encontrarlo cuando regresara. Y luego, cuando volvió, no supo qué roca era, ya no se acordaba. Eso fue hace cincuenta años.

—¿Dónde estaba su casa?

—Nunca nos lo dijo.

La forma de hablar de la chica me indujo a formular la pregunta que me asustaba:

—¿Tu abuela sigue viva?

—Sí. Más o menos. Pero ya no nos habla. Se pasa el día mirando fijamente el mar. Tiene que ser terrible ser tan vieja.

Yo negué con la cabeza. No lo es. Entonces me metí la mano en el bolsillo del abrigo y se lo mostré.

—¿Se parecía a éste? Lo encontré en esta playa hace un año. Debajo de una roca.

Ni la arena ni la sal del agua habían estropeado el colgante.

La chica parecía asombrada; entonces me abrazó y me dio las gracias, cogió el colgante y cruzó corriendo la playa neblinosa en dirección al pueblecito.

Observé cómo se marchaba: una mancha dorada en un mundo en blanco y negro con el colgante de su abuela en la mano. Era idéntico al que yo llevaba colgado del cuello.

Me pregunté por su abuela, mi hermana pequeña, si alguna vez regresaría a casa; si, en caso de volver, me perdonaría por la broma que le había gastado. Quizá decidiera quedarse en la Tierra y enviar a la chica a casa en su lugar. Eso podría ser divertido.

Cuando mi sobrina nieta se marchó y me quedé sola, empecé a nadar a contracorriente y dejé que el colgante me llevara a casa, me interné en la inmensidad que se extiende sobre nosotras, donde vagamos con las solitarias ballenas del cielo, y donde los cielos y los mares son uno.

## Cuento de marzo

«... lo único que sabemos es que no la ejecutaron».  
*Historia general de los robos y asesinatos de los piratas  
más famosos*, CHARLES JOHNSON

Hacía demasiado calor en la casa grande y ambas salieron al porche. Se estaba formando una tormenta de primavera a lo lejos, por el oeste. Ya se veían los primeros destellos de algún relámpago, y a su alrededor soplaban rachas de aire gélido impredecibles que las refrescaban. Madre e hija se sentaron con recato en la mecedora del porche y empezaron a hablar de cuando volviera el marido de la mujer, que se había embarcado con un cargamento de tabaco rumbo a la lejana Inglaterra.

Mary, que tenía trece años y era hermosa y asustadiza, dijo:

—Tengo que decirlo. Me alegro de que hayan ahorcado a todos los piratas y papá vaya a volver con nosotras sano y salvo.

Su madre esbozó una sonrisa dulce que no se marchitó mientras decía:

—No me gusta hablar de piratas, Mary.

Se vestía de chico a pesar de ser una chica para encubrir el escándalo de su padre. No se puso un vestido de mujer hasta que estuvo en el barco con su padre y con su madre —la sirvienta a la que llamaría esposa en el Nuevo Mundo—, y partieron de Cork en dirección a las Carolinas.

Se enamoró por primera vez en ese viaje, envuelta en esas ropas desconocidas, torpe con esas faldas extrañas. Tenía once años y no fue ningún marinero quien le robó el corazón, sino el barco. Anne se sentaba en la proa y contemplaba el Atlántico gris retumbando a sus pies, oía los graznidos de las gaviotas y sentía que Irlanda se alejaba por momentos y se llevaba consigo todas las viejas mentiras.

Cuando desembarcaron se separó de su amado con pesar, y mientras su padre prosperaba en la nueva tierra, ella soñaba con el chirrido y el aleteo de las velas.

Su padre era un buen hombre. Se había alegrado de verla regresar, y no había mencionado el tiempo que había pasado fuera: el joven con el que se había casado, el hecho de que se la llevara a Providence. Ella había regresado con su familia al cabo de tres años, con un bebé agarrado al pecho. Dijo que su marido había muerto y, pese a la abundancia de historias y rumores, ni siquiera a los más chismosos se les ocurrió sugerir que Annie Riley era la chica pirata Anne Bonny, la primera pareja de Red Rackham.

—Si hubieras luchado como un hombre, no habrías muerto como un perro.

Ésas fueron las últimas palabras que Anne Bonny le dijo al hombre que le había hecho el bebé; o, al menos, eso se contaba.

La señora Riley contempló el juego de los relámpagos y oyó el primer rugido de los truenos en la lejanía. Estaban empezando a salirle canas y tenía la piel tan blanca como cualquiera de las mujeres respetables de la zona.

—Suenan como un cañonazo —dijo Mary.

Anne le había puesto el nombre por su madre, y por la mejor amiga que tuvo durante los años que pasó lejos de la casa grande.

—¿Por qué dices esas cosas? —le preguntó su madre con remilgo—. En esta casa no hablamos de cañonazos.

Entonces empezó a caer la primera lluvia de marzo y la señora Riley sorprendió a su hija levantándose de la mecedora del porche y asomando el cuerpo bajo la lluvia para que le salpicara la cara como el rocío del mar. Fue un acto bastante inusual para una mujer tan respetable.

Mientras la lluvia le salpicaba la cara, se imaginó allí, capitaneando su propio barco, los cañones disparando a su alrededor, el hedor a pólvora flotando en la brisa salitrosa. La cubierta de su barco estaría pintada de rojo para ocultar la sangre de la batalla. El viento hincharía sus velas con un chasquido tan intenso como el rugido de un cañón mientras se preparaban para abordar el barco mercante y llevarse todo lo que quisieran, joyas o monedas; y los besos ardientes con su primera pareja cuando pasara la locura...

—¿Mamá? —dijo Mary—. De verdad, parece que estés pensando en un gran secreto. Tienes una sonrisa muy rara en la cara.

—Qué tonta, querida —le respondió su madre. Y añadió—: Estaba pensando en tu padre.

Dijo la verdad, y los vientos de marzo las rodearon de locura.

### *Cuento de abril*

Te das cuenta de que has estado presionando demasiado a los patos cuando dejan de confiar en ti, y mi padre llevaba desde el verano anterior tomándoles el pelo en todo momento.

Iba hasta el estanque.

—Hola, patos —saludaba a los patos.

Cuando llegó enero, se alejaban nadando de él. Un macho particularmente furioso —lo llamábamos *Donald*, pero sólo a sus espaldas, porque los patos son muy susceptibles para esas cosas— se quedaba por allí y regañaba a mi padre:

—No nos interesa —le decía—. No queremos comprar nada de lo que vendes: ni seguros de vida, ni enciclopedias, ni revestimiento de aluminio, ni cerillas de seguridad, y, especialmente, nada de protecciones contra la humedad.

—¡Doble o nada! —graznó un ánade real muy indignado—. Seguro que nos dejarías probar suerte lanzando una moneda. Aunque tendría una cara en cada lado.

Los patos, que tuvieron la oportunidad de examinar la moneda de veinticinco centavos cuando mi padre la tiró al agua, graznaron al unísono y se deslizaron, con elegancia y enfado, hasta el otro extremo del estanque.

Mi padre se lo tomó como un asunto personal.

—Esos patos —dijo—. Siempre estaban allí. Como una vaca a la que pudieras ordeñar. Eran unos crédulos, de los mejores. De esos a los que puedes recurrir una y otra vez. Y yo lo eché todo a perder.

—Tienes que conseguir que vuelvan a confiar en ti —le dije—. O, lo que es mejor todavía, podrías empezar a ser honrado. Pasar página. Ahora tienes un empleo de verdad.

Trabajaba en la pensión del pueblo, al otro lado del estanque.

Mi padre no pasó página. Ni siquiera se lo planteó. Robó pan recién hecho de la cocina de la pensión, se llevó las botellas de vino que habían quedado a medias y se fue al estanque a ganarse la confianza de los patos.

Los estuvo distraendo durante todo marzo, les dio de comer, les contó chistes, hizo todo lo que pudo para ablandarlos. No fue hasta que llegó abril, cuando el mundo se llenó de charcos y los árboles eran nuevos y verdes, y el planeta se había sacudido de encima el invierno, cuando sacó una baraja de cartas.

—¿Qué tal una partida amistosa? —preguntó mi padre—. Sin dinero.

Los patos se miraron entre sí con nerviosismo.

—No sé... —murmuraron algunos de ellos con recelo.

Entonces, un ánade real anciano que no me sonaba de nada extendió un ala con gentileza.

—Después de tanto pan recién hecho y de todo el buen vino que nos has traído, sería una grosería que rechazáramos tu oferta. ¿Qué tal una partida de gin rummy? ¿O mejor a las familias?

—¿Qué tal si jugamos al póquer? —preguntó mi padre con su cara de póquer, y los patos aceptaron.

Mi padre estaba muy contento. Ni siquiera tuvo que sugerir que empezaran a apostar dinero para que el juego fuera más interesante, el pato anciano lo hizo por él.

Durante aquellos años yo había aprendido algunas cosas sobre la técnica de repartir las cartas desde la parte inferior del mazo: había visto a mi padre sentado en nuestra habitación por la noche, practicando una y otra vez, pero aquel pato viejo podría haberle enseñado un par de cosas a mi padre. El pato repartía las cartas de la parte inferior del mazo. Repartía las del medio. Sabía dónde estaban todas las cartas de la baraja, y le bastaba con agitar el ala con rapidez para colocarlas justo donde quería.

Los patos desplumaron a mi padre: la cartera, el reloj, los zapatos, la caja de rapé y la ropa que llevaba. Si los patos hubieran aceptado que mi padre apostara un niño, estoy seguro de que también me habría perdido a mí, y puede que me perdiera en más de un sentido.

Regresó a la posada en calzoncillos y calcetines. Los patos dijeron que no les gustaban los calcetines. Cosas de patos.

—Por lo menos has conservado los calcetines —le dije.

Ese abril mi padre aprendió a no confiar en los patos.

### *Cuento de mayo*

En mayo recibí una tarjeta de felicitación anónima para el día de la madre. Me sorprendió mucho. Estoy segura de que si hubiera tenido hijos me habría dado cuenta, ¿no?

En junio me encontré un aviso que decía: «El servicio habitual se restablecerá lo antes posible». Estaba pegado al espejo del baño junto a varias monedas pequeñas y deslustradas de denominación y origen desconocidos.

En julio recibí tres postales, a intervalos de una semana, todas con matasellos de Ciudad Esmeralda de Oz, en las que decía que quien las enviaba se lo estaba pasando muy bien, y me pedían que le recordara a Doreen que cambiara las cerraduras de la puerta trasera y me asegurara de que había anulado el pedido de leche. No conozco a ninguna Doreen.

En agosto alguien dejó una caja de bombones en el escalón de la entrada. Tenía una etiqueta en la que decía que era la prueba de un caso importante, y que no podía comerme los bombones bajo ninguna circunstancia antes de que los examinaran en busca de huellas dactilares. Como el calor del mes de agosto había derretido los bombones hasta convertirlos en una plasta blanducha, tiré toda la caja.

En septiembre recibí un paquete que contenía un ejemplar del primer número de *Action Comics*, una primera edición de las obras de Shakespeare y una edición privada de una novela de Jane Austen que no conocía, titulada *Ingenio y aridez*. No me interesan ni los cómics, ni Shakespeare, ni Jane Austen, así que dejé los libros en la habitación del fondo. Me di cuenta de que habían desaparecido una semana después, cuando fui a buscarlos porque necesitaba algo para leer en el baño.

En octubre encontré un aviso que decía: «El servicio habitual se restablecerá lo antes posible. De verdad»; estaba pegado a un lateral de la pecera de las carpas doradas. Parecía que se habían llevado dos de las carpas doradas y las habían reemplazado por sustitutos idénticos.

En noviembre recibí una nota de rescate donde me explicaban con precisión qué debía hacer si quería volver a ver a mi tío Theobald con vida. No tengo ningún tío llamado Theobald, pero me puse un clavel rosa en el ojal y me pasé el mes entero comiendo ensalada de todos modos.

En diciembre recibí una felicitación de Navidad con el matasellos POLO NORTE en la que me informaban de que ese año, debido a un error burocrático, mi nombre no figuraba ni en la lista de los Traviesos ni en la de los Buenos. Estaba firmada por alguien cuyo nombre empezaba por S. Podría haber sido Santa, pero parecía más bien

Steve.

Al levantarme una mañana de enero, descubrí que alguien había pintado con pintura escarlata la frase «PÓNGASE LA MÁSCARA DE OXÍGENO ANTES DE AYUDAR A LOS DEMÁS» en el techo de mi cocina minúscula. Parte de la pintura había goteado en el suelo.

En febrero se me acercó un hombre en la parada de autobús y me mostró una estatuilla negra de un halcón que llevaba en la bolsa de la compra. Me pidió que lo ayudara a protegerla del Hombre Gordo, y entonces vio a alguien a mis espaldas y salió corriendo.

En marzo recibí tres correos basura: el primero me informaba de que podría haber ganado un millón de dólares, el segundo decía que podrían haberme elegido para la Académie Française y en el último ponía que podría haber sido nombrada dirigente del Sacro Imperio Romano.

En abril me encontré una nota en la mesita de noche en la que se disculpaban por los problemas del servicio, y me aseguraban que, en lo sucesivo, todos los fallos del universo se habían resuelto para siempre. LE PEDIMOS DISCULPAS POR LOS MOLESTIAS, concluía.

En mayo recibí otra felicitación para el día de la madre. Pero en esa ocasión no era anónima. Estaba firmada, pero no entendí el nombre. Empezaba por la letra S, pero casi seguro que no era Steve.

### *Cuento de junio*

Mis padres discrepan. Se dedican a eso. No sólo discrepan. Discuten. Sobre cualquier cosa. Aún no estoy segura de entender que en algún momento dejaran de discutir el tiempo suficiente como para casarse, por no hablar de tenernos a mí y a mi hermana.

Mi madre cree en la redistribución de la riqueza y considera que el problema del comunismo es que no es lo bastante radical. Mi padre tiene una fotografía enmarcada de la reina en su lado de la cama y vota al partido más conservador que haya. Mi madre quería llamarme Susan. Mi padre quería ponerme Henrietta, como su tía. Ninguno de los dos cedió ni un ápice. Soy la única Susietta de mi colegio y, probablemente, del mundo. Mi hermana se llama Alismima, por motivos parecidos.

Nunca se ponen de acuerdo en nada, ni siquiera en la temperatura. Mi padre siempre tiene demasiado calor, y mi madre, demasiado frío. Cada vez que el otro sale de la habitación encienden y apagan los radiadores, y abren y cierran las ventanas. Mi hermana y yo nos pasamos todo el año acatarradas, y creemos que es muy probable que ése sea el motivo.

Ni siquiera se ponían de acuerdo acerca del mes en que nos iríamos de vacaciones. Papá decía que definitivamente en agosto, y mamá opinaba que sin duda alguna en julio. Y eso significaba que tendríamos que acabar haciendo las vacaciones

en junio, lo cual no le iría bien a nadie.

Luego no se decidían con el destino. Papá estaba empeñado en hacer *trekking* con ponis en Islandia, mientras que mamá sólo estaba dispuesta a aceptar una caravana de camellos por el Sáhara, y ambos nos miraron como si fuéramos un poco tontas cuando sugerimos que nos gustaría mucho sentarnos en una playa del sur de Francia o en cualquier otra parte. Dejaron de discutir el tiempo suficiente para decirnos que eso no ocurriría, y que tampoco iríamos a Disneylandia, y a continuación volvieron a discutir entre ellos.

Pusieron fin al debate sobre el destino de nuestras vacaciones de junio dando muchos portazos y gritándose muchas cosas como «¡pues muy bien!» desde el otro lado de la puerta.

Cuando llegaron las inconvenientes vacaciones, mi hermana y yo sólo estábamos seguras de una cosa: no íbamos a ir a ninguna parte. Cogimos un montón de libros de la biblioteca, tantos como pudimos entre las dos, y nos preparamos para oír muchas peleas durante los diez días siguientes.

Entonces llegaron los hombres en furgonetas y trajeron cosas a casa y empezaron a colocarlas.

Mamá hizo instalar una sauna en el sótano. Esparcieron un montón de arena por el suelo. Colgaron una lámpara solar en el techo. Ella extendió una toalla en la arena bajo la lámpara solar y se tumbó encima. Tenía fotografías de dunas de arena y camellos pegadas a las paredes del sótano, pero acabaron despegándose por culpa del calor extremo.

Papá hizo que los hombres instalaran el refrigerador en el garaje (el refrigerador más grande que encontré, era tan grande que podías meterte dentro). Ocupaba tanto espacio en el garaje que tuvo que empezar a aparcar el coche en el camino. Se levantaba por la mañana, se abrigaba con un jersey de lana islandesa, cogía un libro, un termo lleno de chocolate caliente y bocadillos de pepino y Marmite, se metía allí por la mañana con una enorme sonrisa en la cara y no salía hasta la hora de cenar.

Me pregunto si habrá alguien más que tenga una familia tan rara como la mía. Mis padres nunca se ponen de acuerdo en nada.

—¿Sabías que mamá se pone el abrigo y se cuele en el garaje por las tardes? — me dijo mi hermana de repente, mientras estábamos sentadas en el jardín leyendo nuestros libros de la biblioteca.

Yo no lo sabía, pero esa mañana había visto a papá con el bañador y un albornoz bajando al sótano para estar con mamá, con una enorme sonrisa boba en la cara.

No entiendo a los padres. Sinceramente, no creo que nadie los comprenda.

### *Cuento de julio*

El día que mi mujer me dejó porque dijo que necesitaba estar sola y tener tiempo para pensar, el 1 de julio, cuando caía un sol de justicia en el lago del centro del pueblo,



cuando el maíz de los campos que rodeaban mi casa llegaba a la altura de la rodilla, cuando algunos niños demasiado entusiastas tiraban los primeros cohetes y petardos, los justos para asustarnos y salpicar el cielo del verano, yo construí un iglú de libros en mi jardín trasero.

Utilicé libros de bolsillo para levantarlo porque me asustaba el peso de los libros con tapas duras y las enciclopedias al caer si no lo construía con la solidez necesaria.

Y sin embargo, aguantó. Tenía tres metros y medio de altura y un túnel, por donde entraba gateando, para protegerlo de los amargos fríos polares.

Me llevaba más libros al iglú que había construido con libros, y leía dentro. Me sorprendía lo caliente y cómodo que se estaba. A medida que los iba leyendo, los dejaba por ahí, me hice un suelo con ellos, y luego cogí más libros y me senté en ellos, hasta eliminar de mi mundo los últimos retales de la hierba verde de julio.

Al día siguiente vinieron mis amigos. Se metieron en mi iglú gateando. Me dijeron que aquello era una locura. Les expliqué que lo único que se interponía entre el frío del invierno y yo era la colección de libros de bolsillo que mi padre había reunido en los años cincuenta, muchos de ellos con títulos subidos de tono, cubiertas morbosas e historias decepcionantemente aburridas.

Mis amigos se marcharon.

Yo me senté en mi iglú e imaginé la noche polar que habría en el exterior mientras me preguntaba si la aurora boreal se estaría extendiendo por el cielo. Miré fuera, pero sólo vi una noche salpicada de estrellas diminutas.

Dormí en mi iglú hecho de libros. Empezaba a tener hambre. Hice un agujero en el suelo, bajé el sedal y esperé a que picara algo. Lo saqué: era un pescado hecho de libros, antiguas historias de detectives de Penguin con las cubiertas verdes. Me lo comí crudo porque tenía miedo de encender una hoguera en el iglú.

Cuando salí me di cuenta de que alguien había forrado todo el mundo con libros: libros de cubiertas pálidas, en las que se distinguían todas las tonalidades de blanco, azul y violeta. Me di un paseo por los témpanos de hielo hechos con libros.

Vi alguien que se parecía a mi mujer allí fuera, en el hielo. Estaba construyendo un glaciar con autobiografías.

—Pensaba que me habías dejado —le dije—. Pensaba que me habías dejado solo.

No me contestó, y me di cuenta de que sólo era una sombra de una sombra.

Era julio, y en esa época el sol nunca se pone en el Ártico, pero estaba empezando a cansarme y tomé el camino de vuelta hacia el iglú.

Vi las sombras de los osos antes de ver a los osos: eran enormes y blancos, estaban hechos con páginas de libros salvajes: poesía antigua y moderna deambulando por los témpanos de hielo en forma de oso, llena de palabras capaces de herir con su belleza. Podía ver el papel y las palabras que serpenteaban por ellos, y temí que los osos me vieran.

Regresé al iglú arrastrándome para evitar a los osos. Debí de quedarme dormido en la oscuridad. Y luego salí gateando, me tumbé boca arriba en el hielo y contemplé

los colores inesperados de la aurora boreal iridiscente, y oí crujir y chasquear el hielo a lo lejos cuando un iceberg de cuentos de hadas se desprendió de un glaciar hecho de libros sobre mitología.

No sé cuándo me di cuenta de que había otra persona tumbada en el suelo, a mi lado. La oía respirar.

—Son muy bonitos, ¿verdad? —me dijo.

—Es la aurora boreal —le expliqué.

—Son los fuegos artificiales del Cuatro de Julio del pueblo, cariño —contestó mi mujer.

Me cogió de la mano y vimos juntos los fuegos artificiales.

Cuando los últimos fuegos artificiales se desvanecieron en una nube de estrellas doradas, me dijo:

—He vuelto a casa.

No le contesté. Pero le estreché la mano con fuerza, abandoné mi iglú hecho de libros y regresé con ella a la casa en la que vivíamos, disfrutando, como un gato, del calor de julio.

Oí los truenos a lo lejos y, por la noche, mientras dormíamos, empezó a llover, lo cual derribó mi iglú de libros y se llevó las palabras del mundo.

### *Cuento de agosto*

Aquel agosto los incendios forestales empezaron pronto. Todas las tormentas que tendrían que haber humedecido el mundo se desplazaron hacia el sur y se llevaron la lluvia consigo. Cada día veíamos pasar los helicópteros por encima de nosotros, preparados para soltar sobre las llamas sus cargamentos de agua del lago.

Peter, que es australiano y propietario de la casa en la que vivo a cambio de cocinar para él y ocuparme de todo lo demás, dijo:

—En Australia, los eucaliptos utilizan el fuego para sobrevivir. Algunas semillas de eucalipto no germinan a menos que antes un incendio forestal haya eliminado todos los matorrales. Necesitan el calor intenso.

—Qué concepto más extraño —dije—. Algo que nace de las llamas.

—No es raro —dijo Peter—. Es muy normal. Probablemente fuera más habitual cuando la Tierra era más caliente.

—Cuesta imaginar un mundo más cálido que éste.

Resopló.

—Esto no es nada —dijo, y luego me habló del calor extremo que había experimentado en Australia cuando era más joven.

La mañana siguiente las noticias de la televisión dijeron que se aconsejaba que las personas de nuestra zona evacuaran sus casas: estábamos en una zona de alto riesgo de incendio.

—¡Menuda tontería! —exclamó Peter, enfadado—. A nosotros no nos afectará.

La casa está sobre una elevación del terreno y nos rodea el arroyo.

Cuando el nivel del agua estaba alto, el arroyo podía tener entre un metro veinte y un metro cincuenta de profundidad. En ese momento tendría como mucho sesenta centímetros de agua.

A última hora de la tarde, el aire olía mucho a humo, y tanto por la televisión como por la radio nos decían que nos marcháramos de inmediato, si podíamos. Nosotros nos sonreímos y seguimos bebiendo cerveza, y nos felicitamos mutuamente por saber comprender una situación difícil, por no ceder al pánico, por no huir.

—Somos presuntuosos, la humanidad —dije—. Todos nosotros. La gente. Vemos cómo se queman las hojas de los árboles un día caluroso de agosto y seguimos sin creer que vaya a cambiar nada. Nuestros imperios seguirán siempre en pie.

—Nada dura para siempre —dijo Peter.

Se sirvió otra cerveza y me habló de un amigo que tenía en Australia que había evitado que un incendio acabara con la granja de su familia vertiendo cerveza sobre los incendios pequeños que se iban declarando.

El fuego descendió por el valle hacia nosotros como si fuera el fin del mundo, y entonces nos dimos cuenta de la poca protección que nos proporcionaría el arroyo. Hasta el aire quemaba.

Nos marchamos, por fin; tuvimos que esforzarnos mucho, tosíamos al respirar el humo asfixiante, corrimos colina abajo hasta que llegamos al arroyo, nos tumbamos en su interior y sólo asomamos las cabezas por encima del agua.

Desde el infierno los vimos nacer de las llamas y elevarse y volar. Me parecía que eran pájaros que picoteaban las ruinas en llamas de la casa de la colina. Vi cómo uno de ellos levantaba la cabeza y graznaba en actitud triunfante. Pude oírlo por encima del chisporroteo de las hojas en llamas, por encima del rugido del fuego. Oí el canto del fénix y comprendí que nada dura para siempre.

Cien pájaros de fuego ascendieron a los cielos mientras el agua del arroyo empezaba a hervir.

### *Cuento de septiembre*

Mi madre tenía un anillo con forma de cabeza de león. Lo utilizaba para hacer pequeños hechizos: encontrar sitio para aparcar, lograr que la cola que había elegido en el supermercado se moviera un poco más rápido, conseguir que la pareja que se peleaba en la mesa de al lado dejara de discutir y volviera a enamorarse, esa clase de cosas. Me lo dejó a mí cuando murió.

La primera vez que lo perdí, estaba en una cafetería. Creo que había estado jugueteando con él un tanto nerviosa: me lo quitaba del dedo, volvía a ponérmelo. No me di cuenta de que ya no lo llevaba hasta que llegué a casa.

Volví a la cafetería, pero no había ni rastro del anillo.

Me lo devolvió un taxista varios días después; lo había encontrado en la acera de

la cafetería. Me dijo que mi madre se le había aparecido en un sueño y le había dado mi dirección y la receta de su tarta de queso.

La segunda vez que perdí el anillo, estaba asomada a un puente y lanzaba piñas al río para pasar el rato. No creía que me viniera grande, pero el anillo salió volando junto a una piña. Contemplé el arco que dibujó al caer. Aterrizó en el barro oscuro y húmedo de la orilla del río y desapareció tras un sonoro ¡glup!

Una semana después le compré un salmón a un hombre que conocí en el pub: lo cogí de un congelador que llevaba en la parte trasera de su vieja furgoneta verde. Era para una cena de cumpleaños. Cuando abrí el salmón, el anillo de león de mi madre salió rodando de dentro.

La tercera vez que lo perdí, estaba leyendo y tomando el sol en el jardín trasero. Era agosto. El anillo estaba a mi lado en la toalla, junto a mis gafas de sol y la crema de protección solar, cuando un pájaro enorme (creo que era una urraca o una grajilla, pero tal vez me equivoque; sin duda, era alguna especie de córvido) descendió volando, y se marchó con el anillo de mi madre en el pico.

Me lo devolvió la noche siguiente un espantapájaros que se movía con torpeza. Me dio un buen susto cuando lo vi allí plantado, inmóvil bajo la luz de la puerta trasera, y después, en cuanto hube cogido el anillo de su mano enguantada rellena de paja, regresó tambaleándose a la oscuridad.

—Hay cosas que no deben conservarse —me dije.

A la mañana siguiente metí el anillo en la guantera de mi viejo coche. Conduje el vehículo hasta un desguace y observé, complacida, cómo las máquinas reducían el coche hasta convertirlo en un cubo de metal del tamaño de un televisor viejo, y luego lo metían en un contenedor para enviarlo a Rumania, donde lo procesarían para convertirlo en cosas útiles.

A principios de septiembre vacié la cuenta del banco. Me mudé a Brasil, donde con un nombre falso conseguí trabajo como diseñadora de páginas web.

De momento no ha habido ni rastro del anillo de mi madre. Pero a veces me despierto de un sueño profundo con el corazón acelerado, empapada en sudor, preguntándome cómo me lo devolverá la próxima vez.

### *Cuento de octubre*

—Qué gusto —dije, y estiré el cuello para librarme de los últimos calambres.

No me sentía sólo bien, en realidad me sentía de maravilla. Llevaba demasiado tiempo embutido dentro de aquella lámpara. Te da por pensar que nadie volverá a frotarla.

—Eres un genio —dijo la joven que tenía el trapo en la mano.

—Exacto. Eres una chica lista, nena. ¿Qué me ha delatado?

—Que hayas aparecido en una nube de humo —contestó—. Y tienes aspecto de genio. Llevas turbante y unos zapatos puntiagudos.

Me crucé de brazos y le guiñé el ojo. Ahora llevaba unos vaqueros azules, deportivas grises y un jersey gris desgastado: el uniforme masculino propio de este tiempo y este lugar. Me llevé una mano a la frente y le hice una reverencia muy pronunciada.

—Soy el genio de la lámpara —le anuncié—. Regocíjate, oh, afortunada. Tengo poder para concederte tres deseos. Y no intentes eso de «deseo más deseos», no picaré y perderás uno. Bien. Adelante.

Volví a cruzarme de brazos.

—No —dijo—. O sea, gracias y tal, pero no hace falta. Estoy bien.

—Cariño —dije—. Monina. Dulzura. Quizá no me hayas entendido. Soy un genio. ¿Y los tres deseos? Estamos hablando de cualquier cosa que se te ocurra. ¿Alguna vez has soñado con volar? Yo puedo darte alas. ¿Quieres ser millonaria, más rica que Creso? ¿Quieres poder? Sólo tienes que decirlo. Tres deseos. Cualquier cosa que quieras.

—Ya te lo he dicho —repitió—. Gracias. Estoy bien. ¿Te apetece tomar algo? Debes de estar sediento después de haber pasado tanto tiempo en esa lámpara. ¿Vino? ¿Agua? ¿Té?

—Emm... —En realidad, ahora que lo mencionaba, sí que estaba sediento—. ¿Tienes té de menta?

Me preparó un té de menta en una tetera que era casi una gemela de la lámpara en la que yo había pasado la mayor parte de los últimos mil años.

—Gracias por el té.

—De nada.

—Pero no lo entiendo. Todas las personas que he conocido se ponen a pedir cosas enseguida. Una casa lujosa. Un harén de mujeres preciosas, aunque tú no querrás eso, claro.

—Quizá sí —contestó—. No puedes hacer suposiciones sobre la gente. Ah, y no me llames monina, ni dulzura, ni nada de eso. Me llamo Hazel.

—¡Ah! —La entendí—. ¿Quieres, pues, una mujer guapa? Te pido disculpas. Pero tienes que formular un deseo.

Me crucé de brazos.

—No —dijo—. Estoy bien. Nada de deseos. ¿Cómo está el té?

Le dije que era el mejor té de menta que había probado.

Ella me preguntó cuándo había empezado a sentir el impulso de hacer realidad los deseos de la gente, y si sentía una necesidad desesperada por complacer a los demás. Me preguntó por mi madre, y yo le dije que a mí no podía juzgarme como a un mortal, porque yo era un genio, poderoso y sabio, mágico y misterioso.

Me preguntó si me gustaba el hummus, y cuando le dije que sí, tostó un pan de pita y lo rebanó para que lo untara en la crema de garbanzos.

Mojé las tiras de pan en el hummus, y me lo comí muy a gusto. Aquello me dio una idea.

—Sólo tienes que desearlo —le dije, esperanzado—, y podría hacer que te sirvieran una comida propia de un sultán. Cada plato sería mejor que el anterior, y te lo servirían todo en bandejas de oro. Y después podrías quedártelas.

—Estoy bien —dijo sonriendo—. ¿Te apetece salir a dar un paseo?

Paseamos juntos por la ciudad. Me sentó bien estirar las piernas después de tantos años en la lámpara. Acabamos en un parque público y nos sentamos en un banco junto al lago. Era un día cálido, pero hacía viento y, cada vez que soplabá, las hojas del otoño caían en cascada.

Le hablé a Hazel de mi juventud como genio, de cómo solíamos escuchar a los ángeles a escondidas y de cómo ellos nos lanzaban cometas si nos pillaban espiando. Le conté las terribles guerras entre genios y le expliqué que el rey Salomón nos había recluido en objetos pequeños: botellas, lámparas, tarros de arcilla, cosas por el estilo.

Ella me habló de sus padres, que murieron en el mismo accidente de avión, y que le habían dejado la casa. Me habló de su trabajo como ilustradora de libros infantiles, un trabajo al que acabó dedicándose, por casualidad, cuando se dio cuenta de que nunca sería una buena ilustradora médica, y de la ilusión que le hacía recibir un libro nuevo para ilustrar. Me explicó que una tarde a la semana enseñaba a dibujar retratos al natural en un centro público de estudios superiores.

No encontré ninguna carencia importante en su vida, ningún vacío que pudiera llenar con algún deseo, salvo uno.

—Tu vida está bien —le dije—, pero no tienes nadie con quien compartirla. Formula un deseo y yo te traeré al hombre perfecto. O a la mujer. Un actor. Alguien... rico.

—No hace falta. Estoy bien —dijo.

Volvimos paseando a su casa y pasamos junto a un montón de viviendas decoradas para las fiestas de Halloween.

—Esto no tiene sentido —le dije—. La gente siempre quiere cosas.

—Yo no. Tengo todo lo que necesito.

—¿Y entonces qué hago?

Ella se lo pensó un momento. Luego señaló el patio delantero de la casa.

—¿Puedes recoger las hojas?

—¿Es lo que deseas?

—No. Sólo es algo que podrías hacer mientras yo preparo la cena.

Amontané las hojas junto al seto para que el viento no las desperdigara. Después de cenar fregué los platos. Pasé la noche en la habitación de invitados de Hazel.

No se podía decir que no quisiera mi ayuda. Me dejaba colaborar. Le hacía recados, iba a recoger sus materiales de dibujo y hacía la compra. Los días que ella pasaba mucho tiempo dibujando, permitía que le masajeara el cuello y los hombros. Tengo unas buenas manos muy firmes.

Pocos días antes de Acción de Gracias, abandoné la habitación de invitados y me trasladé al otro lado del pasillo, a la habitación principal, y a la cama de Hazel.

Esta mañana he contemplado su cara mientras dormía. Me he quedado mirando las distintas formas que adoptan sus labios cuando duerme. La luz del sol se ha arrastrado por el suelo de la habitación hasta tocarle la cara, y entonces ella ha abierto los ojos, me ha mirado y ha sonreído.

—¿Sabes qué es lo que nunca te he preguntado? —ha dicho—. ¿Qué hay de ti? ¿Qué pedirías tú si te preguntara cuáles son tus tres deseos?

Lo he pensado un momento. La he rodeado con el brazo y ella ha apoyado su cabeza en mi hombro.

—Nada —le he dicho—. Estoy bien.

### *Cuento de noviembre*

El brasero era pequeño y cuadrado, y estaba hecho de un metal viejo oscurecido por el fuego, podría haber sido cobre o latón. A Eloise le llamó la atención cuando lo vio en el mercadillo porque tenía grabados unos animales que podrían haber sido dragones y serpientes marinas. A uno de ellos le faltaba la cabeza.

Sólo costaba un dólar y Eloise lo compró, junto con un sombrero rojo con una pluma a un lado. Empezó a arrepentirse de haber comprado el sombrero incluso antes de llegar a casa, y pensó que quizá se lo regalara a alguien. Pero cuando llegó a casa se encontró la carta del hospital y dejó el brasero en el jardín trasero y el sombrero en el armario que había en la entrada, y no volvió a pensar en ellos.

Pasaron los meses y también sus ganas de salir de casa. Cada día se sentía más débil y cada día le robaba más energía que el anterior. Trasladó la cama a la habitación de la planta baja, porque le dolía todo al caminar, porque estaba demasiado cansada para subir las escaleras, porque era más sencillo.

Llegó noviembre y con él la certeza de que jamás vería la Navidad.

Hay cosas que no puedes abandonar, cosas que no puedes dejar para que las encuentren tus seres queridos cuando te hayas marchado. Cosas que debes quemar.

Se llevó al jardín una carpeta de cartón negro llena de papeles, cartas y fotografías viejas. Llenó el brasero de ramas secas y esas bolsas de papel marrón del supermercado, y les prendió fuego con un mechero para barbacoas. Esperó a que ardieran para abrir la carpeta.

Empezó con las cartas, en particular con las que no quería que viera nadie. Cuando estaba en la universidad, hubo un profesor y una relación, si se podía llamar así, que se volvió muy oscura y se estropeó muy deprisa. Guardaba todas sus cartas unidas con un clip y fue dejándolas caer en las llamas de una en una. Había una fotografía de los dos juntos y la soltó en el brasero al final de todo, y contempló cómo se enroscaba y ennegrecía.

Cuando alargó el brazo para coger el siguiente recuerdo de la carpeta, se dio cuenta de que no se acordaba del nombre del profesor, ni de lo que enseñaba, ni del motivo por el que la relación le había hecho tanto daño y la había dejado al borde del

suicidio durante el año siguiente.

A continuación había una fotografía de su perra, *Lassie*, tumbada boca arriba junto al roble del patio. *Lassie* ya llevaba muerta siete años, pero el árbol seguía allí, el frío de noviembre lo había deshojado. Tiró la fotografía en el brasero. Había querido a esa perra.

Miró el árbol, recordando...

No había ningún árbol en el patio.

Ni siquiera había un tocón; sólo el césped deslucido de noviembre, lleno de hojas caídas de los árboles vecinos.

Eloise lo vio y no le preocupó pensar que se había vuelto loca. Se levantó con el cuerpo rígido y entró en casa. Su reflejo en el espejo la sorprendió, como le ocurría últimamente. Tenía el pelo muy fino y escaso, y el rostro demacrado.

Cogió los papeles que había en la mesita de noche de su cama improvisada: encima de la pila había una carta de su oncólogo, y bajo ella una docena de hojas llenas de números y palabras. Había más papeles debajo, todos con el logo del hospital en la primera página. Los cogió todos y, por si acaso, cogió también las facturas del hospital. El seguro cubría la mayor parte, pero no todo.

Al salir, se detuvo un momento en la cocina a tomar aliento.

El brasero la aguardaba y arrojó su información médica a las llamas. Contempló cómo los papeles se ponían marrones, después negros, y al final se convertían en ceniza que se llevaba el viento de noviembre.

Cuando se hubo quemado el último informe médico, Eloise se levantó y entró en casa. El espejo del pasillo le mostró una Eloise que le resultaba familiar y desconocida al mismo tiempo: tenía una espesa melena castaña y sonreía desde el otro lado del espejo como si amara la vida y dejara a su paso una estela de consuelo.

Eloise fue al armario del pasillo. Había un sombrero rojo en la estantería que apenas recordaba, pero se lo puso, pensando preocupada que el color rojo haría que su rostro se viera apagado y amarillento. Se miró al espejo. Le quedaba bien. Se ladeó el sombrero con picardía.

Fuera, los últimos trazos del humo que emanaba del brasero negro decorado con serpientes se perdían en el gélido aire de noviembre.

### *Cuento de diciembre*

Pasar el verano en la calle es duro, pero en verano puedes dormir en un parque sin morirte de frío. El invierno es diferente. El invierno puede ser letal. Y aunque no lo sea, el frío te toma por su amigo vagabundo especial y se cuelga en todos los aspectos de tu vida.

Donna había aprendido de los veteranos. El truco, le explicaron, era dormir donde pudiera durante el día —la línea Circle está bien, compra un billete y viaja todo el día mientras dormitas en el vagón, y también sirven esas cafeterías baratas donde no les



importa que una chica de dieciocho años pague quince céntimos por una taza de té, y luego se quede dormida en una esquina una hora, o tres, siempre que tenga un aspecto más o menos respetable—, y no dejar de moverse durante la noche, cuando caen las temperaturas y los sitios calientes cierran, echan el cerrojo y apagan las luces.

Eran las nueve de la noche y Donna estaba paseando. Se quedaba en las zonas bien iluminadas y no la avergonzaba pedir dinero. Ya no. La gente siempre podía negárselo, y era lo que hacía la mayoría.

La mujer de la esquina no le resultaba familiar. Si le hubiera sonado de algo, Donna no se habría acercado. Era su peor pesadilla, que alguien de Biddenden la viera así: la vergüenza y el temor de que se lo dijeran a su madre (que nunca hablaba mucho, que sólo dijo «¡por fin!» cuando se enteró de que la abuela había muerto), y entonces su madre se lo contaría a su padre, y él quizá fuera a buscarla e intentara llevarla a casa. Y eso la destrozaría. No quería volver a verlo nunca más.

La mujer de la esquina se había parado, desconcertada, y estaba mirando a su alrededor como si se hubiera perdido. A veces las personas perdidas le daban algo cuando les indicaba el camino para llegar a donde querían ir.

Donna se acercó y le preguntó:

—¿Tienes algo suelto?

La mujer la miró. Y entonces la expresión de su cara cambió y se pareció a... En ese momento Donna entendió el cliché, comprendió por qué la gente dice «parecía que hubiera visto un fantasma». Y así era. La mujer dijo:

—¿Eres tú?

—¿Yo? —dijo Donna.

Si hubiera reconocido a la mujer quizá se habría marchado, tal vez incluso habría salido corriendo, pero no la conocía. La mujer se parecía un poco a la madre de Donna, pero era más agradable y cariñosa, y más gordita que su madre, que era escuálida. Resultaba difícil ver el aspecto que tenía en realidad, porque llevaba gruesas ropas negras de invierno y un sombrero de lana gordo, pero el pelo que asomaba por debajo del gorro era tan naranja como el de Donna.

—Donna —dijo la mujer.

Donna habría salido corriendo, pero no lo hizo, se quedó donde estaba porque aquello era demasiado absurdo, inverosímil y ridículo.

—Oh, Dios —dijo la mujer—. Donna. Eres tú, ¿verdad? Me acuerdo.

Entonces se quedó callada. Parecía que estuviera conteniendo las lágrimas.

Donna miró a la mujer mientras una idea inverosímil y ridícula le venía a la cabeza, y preguntó:

—¿Eres quien creo que eres?

La mujer asintió.

—Soy tú —dijo—. O lo seré. Algún día. He venido por aquí recordando cómo eran las cosas cuando yo... cuando tú... —Volvió a guardar silencio—. Escucha. Esto no será siempre así. Ni siquiera durará mucho. Tú no hagas ninguna estupidez.

Y no hagas nada irremediable. Te prometo que todo saldrá bien. Como los vídeos de YouTube, ¿sabes? *It Gets Better*.

—¿De qué tubo me hablas? —preguntó Donna.

—Oh, qué maravilla —dijo la mujer.

Y rodeó a Donna con los brazos, la estrechó y la abrazó con fuerza.

—¿Me llevas a tu casa? —preguntó Donna.

—No puedo —contestó la mujer—. Tu casa todavía no está aquí. Aún no has conocido a las personas que te van a ayudar a dejar las calles, o a conseguir un trabajo. No has conocido a la persona que se convertirá en tu pareja. Y juntos construiréis un hogar seguro, tanto para vosotros como para vuestros hijos. Un hogar cálido.

Donna notó que empezaba a enfadarse.

—¿Por qué me estás contando todo esto? —le preguntó.

—Para que sepas que las cosas mejorarán. Para darte esperanza.

Donna dio un paso atrás.

—Yo no quiero esperanza —le dijo—. Quiero ir a un sitio cálido. Quiero una casa. Y la quiero ahora. No dentro de veinte años.

Una expresión dolida apareció en el rostro plácido.

—Es antes de vein...

—¡Me da igual! No es esta noche. No tengo adónde ir. Y tengo frío. ¿Tienes suelto?

La mujer asintió.

—Toma —le dijo.

Abrió el monedero y sacó un billete de veinte libras. Donna lo cogió, pero no se parecía a ninguno que hubiera visto antes. Volvió a mirar a la mujer para preguntarle algo, pero había desaparecido, y cuando Donna volvió a mirarse la mano, el dinero también se había esfumado.

Permaneció allí temblando. El dinero había desaparecido, si es que alguna vez había estado allí. Pero se quedó con una cosa: sabía que algún día todo saldría bien. Al final. Y sabía que no debía hacer ninguna estupidez. No debía comprar un último billete de metro para poder saltar a las vías cuando viera aproximarse el tren y ya estuviera demasiado cerca como para detenerse.

El viento del invierno era amargo: le mordía y le calaba hasta los huesos, pero, aun así, vio algo que volaba contra la puerta de una tienda, y alargó el brazo para cogerlo: era un billete de cinco libras. Tal vez el día siguiente fuera más fácil. Ya no tenía que hacer ninguna de las cosas que se había imaginado haciendo.

Diciembre podía ser letal cuando vivías en las calles. Pero no ese año. Ni esa noche.

## El caso de la muerte y la miel

Lo que le había ocurrido al anciano fantasma blanco —ese bárbaro con su mochila enorme echada al hombro— fue un misterio que duró muchos años en aquel lugar. Algunos creían que lo habían asesinado y, luego, escarbaron en el suelo de la pequeña choza que el viejo Gao tenía en la ladera en busca del tesoro, pero sólo encontraron ceniza y bandejas de hojalata ennegrecidas por el fuego.

Debe comprender que esto ocurrió antes de que el viejo Gao desapareciera, y antes de que su hijo regresara de Lijiang para hacerse cargo de las colmenas de la colina.

Ése es el problema, escribió Holmes en 1899: *Ennui*. Y la falta de interés. O más bien, el hecho de que todo se vuelva tan fácil. Cuando el desafío es la emoción de resolver crímenes, la posibilidad de no poder solucionarlos otorga a esos crímenes algo que retiene tu atención. Pero cuando todos los crímenes tienen solución y, además, se resuelven con tanta facilidad, ya no tiene sentido aclararlos.

Mire, a ese hombre lo han asesinado. Vamos, que alguien lo habrá hecho. Lo asesinaron por una, o más, entre un puñado reducido de razones posibles: molestó a alguien, o tenía algo que otra persona deseaba, o hizo enfadar a alguien. ¿Qué clase de desafío es éste?

Leía en los periódicos el informe de un crimen que tenía desconcertada a la policía, y me daba cuenta de que lo había resuelto, a grandes rasgos y sin entrar en detalles, antes de acabar el artículo. El crimen es demasiado soluble. Se disuelve. ¿Por qué voy a llamar a la policía para darles las respuestas a sus misterios? Les cedo esos desafíos a ellos una y otra vez porque no representan ningún reto para mí.

Yo sólo estoy vivo cuando percibo un desafío.

Las abejas de las colinas neblinosas, unas colinas tan altas que a veces las llamaban montañas, zumbaban en la ladera mientras se desplazaban de una flor primaveral a otra bajo el pálido sol del verano. El viejo Gao las oía sin entusiasmo. Su primo, que vivía en un pueblo al otro lado del valle, tenía muchas docenas de colmenas, todas llenas de miel, incluso a esas tempranas alturas del año; y la miel era tan blanca como la nieve. El viejo Gao no creía que la miel blanca tuviera mejor sabor que la miel amarilla o de color marrón claro que producían sus abejas, aunque las suyas fabricaban muy poca, y su primo podía vender su miel blanca por el doble de lo que el viejo Gao conseguía a cambio de la mejor miel que obtenía.

En la parte de la colina donde vivía su primo, las abejas eran obreras esforzadas y trabajadoras de color tostado, que llevaban grandes cantidades de

polen y néctar a las colmenas. Las del viejo Gao eran negras y ariscas, brillantes como balas, y producían la miel que necesitaban para pasar el invierno y sólo un poco más: la suficiente para que el viejo Gao la vendiera de puerta en puerta a sus aldeanos vecinos, a quienes entregaba un pedazo de panal pequeño con cada tarro. Cobraba más por la parte del panal en la que la abeja reina depositaba las larvas, esos bocados dulces cargados de proteínas, siempre que dispusiera de esa parte, cosa que casi nunca sucedía porque las abejas eran rabiosas y hurañas y todo lo que hacían lo hacían con el menor ahínco posible, incluso fabricar más abejas, y el viejo Gao era consciente de que las larvas que vendía en cada pedazo de panal eran abejas que ya no fabricarían miel para que él pudiera venderla más adelante.

El viejo Gao era tan huraño y arisco como sus abejas. Había tenido esposa, pero murió al dar a luz. El hijo que la mató vivió una semana, y luego también falleció. Nadie enterraría al viejo Gao, nadie limpiaría su tumba cuando llegaran los festivales ni la visitaría para ponerle ofrendas. Nadie lo recordaría cuando muriera, pasaría tan inadvertido y sería tan ordinario como sus abejas.

El anciano blanco desconocido subió a las montañas a finales de aquella primavera, tan pronto como las carreteras fueron transitables, y apareció con una enorme mochila marrón al hombro. El viejo Gao había oído hablar de él antes de encontrárselo.

—Hay un bárbaro que ha venido a ver abejas —dijo su primo.

El viejo Gao no contestó. Había ido a ver a su primo para comprarle un trozo de panal de baja calidad, roto, deformado y condenado a pudrirse pronto. Se lo compraba barato para alimentar a sus abejas, y si vendía una parte en su pueblo, nadie se daba cuenta. Los dos hombres estaban tomando té en la choza que el primo del viejo Gao tenía en la ladera. A finales de la primavera, cuando empezaban a caer los primeros hilos de miel, y hasta que comenzaban las primeras heladas, el primo de Gao abandonaba su casa en el pueblo y se trasladaba a la choza de la ladera para vivir y dormir junto a sus colmenas, por temor a los ladrones. Su mujer y sus hijos se encargaban de bajar al pueblo los panales y los tarros de miel, blanca como la nieve, para venderlos.

El viejo Gao no tenía miedo de los ladrones. Las brillantes abejas negras que habitaban sus panales no tendrían piedad de nadie que se atreviera a molestarlas. Él dormía en el pueblo, salvo en la época de recoger la miel.

—Te lo mandaré —dijo el primo de Gao—. Responde a sus preguntas, enséñale tus abejas y te pagará.

—¿Habla nuestro idioma?

—Su dialecto es atroz. Dijo que lo aprendió de los marineros y que casi todos eran cantoneses. Pero aprende deprisa, aunque es viejo.

El viejo Gao gruñó, no le interesaban los marineros. Ya había pasado casi toda la mañana, y todavía tardaría cuatro horas en cruzar el valle bajo el sol hasta

llegar a su pueblo. Se acabó el té. El viejo Gao nunca había podido comprar un té tan bueno como el que tomaba su primo.

Llegó a sus colmenas cuando aún era de día y metió la mayor parte de la miel defectuosa en las colmenas más débiles. Tenía once en total. Su primo tenía más de cien. El viejo Gao recibió dos picotazos mientras hacía aquello: en el reverso de la mano y en la nuca. Le habían picado más de mil veces en toda su vida. No habría sabido decir cuántas. Apenas advertía las picaduras de otras abejas, pero las de sus abejas negras siempre dolían, incluso aunque ya no se le hinchara la piel ni le escociera.

Al día siguiente un chico fue a la casa que el viejo Gao tenía en el pueblo para decirle que alguien —y ese alguien era un extranjero gigante— estaba buscándolo. El viejo Gao se limitó a gruñir. Cruzó el pueblo acompañado del niño, pero el chico se adelantó, y enseguida lo perdió de vista.

El viejo Gao se encontró al desconocido sentado y tomando té en el porche de la casa de la viuda Zhang. El viejo Gao había conocido a la madre de la viuda Zhang hacía cincuenta años. Había sido amiga de su esposa. Ahora ya hacía muchos años que estaba muerta. No creía que ninguna de las personas que habían conocido a su mujer siguiera con vida. La viuda Zhang le sirvió un poco de té al viejo Gao y le presentó al bárbaro anciano, que había dejado su mochila y estaba sentado junto a la mesita.

Mientras se tomaban el té, el bárbaro dijo:

—Me gustaría ver tus abejas.

La muerte de Mycroft supuso el final del Imperio, y nadie lo sabía salvo nosotros dos. Estaba tumbado en aquella habitación blanca, cubierto sólo por una fina sábana blanca, como si ya estuviera convirtiéndose en el clásico fantasma que imagina todo el mundo, y sólo necesitara un par de agujeros en la sábana para completar el disfraz.

Yo creía que estaría demacrado por la enfermedad, pero parecía más corpulento que nunca, y tenía los dedos tan hinchados que parecían salchichas.

Le dije:

—Buenas tardes, Mycroft. El doctor Hopkins me ha informado de que te quedan dos semanas de vida y me ha advertido de que no podía decírtelo bajo ninguna circunstancia.

—Ese hombre es un zoquete —dijo Mycroft, resollando con dificultad entre palabra y palabra—. No llegaré al viernes.

—Puede que hasta el sábado —tercié.

—Siempre has sido un optimista. No, jueves por la noche, y luego quedaré reducido a un ejercicio de geometría práctica para Hopkins y los directores de la funeraria Snigsby y Malterson, que serán quienes deban enfrentarse al desafío, dada la estrechez de las puertas y los pasillos, de sacar mi cadáver de esta habitación y del

edificio.

—Ya me había preguntado cómo lo harían —confesé—. Sobre todo por las escaleras, pero quitarán el marco de la ventana y te bajarán hasta la calle como si fueras un piano de cola.

Mycroft resopló. Y entonces dijo:

—Tengo cincuenta y cuatro años, Sherlock. Tengo a todo el Gobierno británico metido en la cabeza. Y no me refiero a toda esa tontería de las votaciones y la campaña electoral, sino al negocio. No hay nadie más que sepa qué tienen que ver los movimientos de las tropas en Afganistán con las desoladas costas del norte de Gales, no hay nadie más que entienda todo el concepto. ¿Te imaginas el desastre que organizarán esa pandilla y sus descendientes con la independencia de la India?

Yo nunca había pensado en eso.

—¿Se independizará?

—Es inevitable. Dentro de treinta años, como mucho. Hace poco que he escrito varios informes sobre el asunto. Y también sobre otros temas. Hay informes sobre la revolución rusa, que estallará en la década por la que yo apostaría, y acerca del problema alemán y... bueno, sobre muchas otras cosas. Tampoco espero que nadie los lea o los comprenda. —Otro resuello. Los pulmones de mi hermano traqueteaban como las ventanas de una casa vacía—. ¿Sabes?, si yo viviera, el Imperio británico podría seguir proporcionando paz y avances al mundo otros mil años más.

Antes, en especial de niño, cuando oía a Mycroft hacer una afirmación tan exagerada como ésta, siempre decía algo para molestarlo. Pero no pensaba replicarle en su lecho de muerte. Además, estaba seguro de que no se refería al Imperio actual, una construcción imperfecta y falible llena de personas imperfectas y falibles, sino a un Imperio británico que sólo existía en su cabeza, una gloriosa fuerza de la civilización y la prosperidad universal.

Yo no creo en los imperios, y tampoco creía entonces. Pero creía en Mycroft.

Mycroft Holmes. Cincuenta y cuatro años. Había visto el nuevo siglo, pero la reina todavía lo sobreviviría varios meses. Ella era más de treinta años mayor que él y dura como una roca en todos los sentidos. Me pregunté si se podría evitar ese final tan desafortunado.

Mycroft dijo:

—Está claro que tienes razón, Sherlock. Si me hubiera obligado a hacer deporte. Si me hubiera alimentado de alpiste y coles en lugar de chuletones. Si hubiera asistido a clases de baile, me hubiera buscado una esposa y un perrito, y me hubiera comportado de una forma completamente opuesta a mi naturaleza, habría vivido una docena de años más. Pero ¿qué son doce años en el esquema global de las cosas? Una nimiedad. Y, tarde o temprano, habría llegado a la tercera edad. No. Yo opino que se tardarían doscientos años en formar un funcionariado eficaz, por no hablar del servicio secreto...

No dije nada.

En aquella habitación blanca no había ningún elemento decorativo colgado en la pared. Ninguna de las distinciones de Mycroft. Ni ilustraciones, ni fotografías ni pinturas. Comparé la austeridad de sus aposentos con las estancias abarrotadas que yo tenía en Baker Street y me pregunté —y no por primera vez— cómo sería Mycroft. En apariencia no necesitaba nada, porque lo tenía todo dentro: todo lo que había visto, todas sus experiencias, cada una de las palabras que había leído. Podía cerrar los ojos y pasear por la National Gallery, o explorar la sala de lectura del British Museum —o, más probablemente, comparar informes de inteligencia de las colonias con el precio de la lana en Wigan y las estadísticas de desempleo en Hove, y luego, sólo con ese dato, ordenar que ascendieran a alguien o la muerte discreta de un traidor.

Mycroft resolló con fuerza y luego dijo:

—Es un crimen, Sherlock.

—¿Disculpa?

—Un crimen. Es un crimen, hermano, tan cruel y monstruoso como cualquiera de las masacres de folletín que has investigado. Un crimen contra el mundo, contra la naturaleza, contra el orden.

—Debo confesar, mi querido compañero, que no te sigo del todo. ¿Qué es un crimen?

—Mi muerte —afirmó Mycroft—, en particular. Y la muerte en general. —Me miró a los ojos—. Hablo en serio —aseguró—. Dime, ¿no es un crimen digno de investigación, Sherlock, viejo compañero? Un crimen que captará tu atención durante más tiempo del que tardarás en demostrar que al pobre tipo que dirigía la banda de instrumentos de viento de Hyde Park lo asesinó el tercer corneta con un preparado de estricnina.

—Arsénico —lo corregí casi automáticamente.

—Creo que averiguarás —resolló Mycroft— que el arsénico, a pesar de estar presente, en realidad se había desprendido en láminas de la pintura verde del quiosco de música y se había colado en su cena. Los síntomas del envenenamiento con arsénico son una pista falsa. No, lo que acabó con el pobre tipo fue la estricnina.

Mycroft ya no me dijo nada más, ni aquel día ni nunca. Expiró el jueves siguiente, a última hora de la tarde, y el viernes, los respetables Snigsby y Malterson quitaron el marco de la ventana de aquella habitación blanca y bajaron los restos de mi hermano hasta la calle, como si se tratara de un piano de cola.

A su funeral asistimos yo, mi amigo Watson, nuestra prima Harriet y, de acuerdo con el deseo expreso de mi hermano, no acudió nadie más. El funcionariado, el Ministerio de Asuntos Exteriores, incluso el Club Diógenes, todas esas instituciones y sus representantes se ausentaron. En vida, Mycroft había sido un hombre solitario; debía ser igual de solitario en la muerte. También lo éramos nosotros tres, y el cura, que no había conocido a mi hermano y no tenía ni idea de que era al omnisciente brazo del Gobierno británico en persona a quien estaba enterrando.

Cuatro hombres bien fornidos agarraron las cuerdas con fuerza y bajaron los restos de mi hermano hasta su lugar de reposo eterno, y debo decir que hicieron todo lo posible por no quejarse del peso. Le di media corona de propina a cada uno.

Mycroft murió a los cincuenta y cuatro años y, mientras lo bajaban hasta su tumba, en mi imaginación todavía podía oír su resuello gris y entrecortado que parecía decir: «Es un crimen que vale la pena investigar».

El acento del forastero no era demasiado malo, aunque tenía un vocabulario limitado, pero parecía hablar empleando el dialecto local, o algo que se le parecía mucho. Aprendía deprisa. El viejo Gao carraspeó y escupió en el polvo de la calle. No dijo nada. No quería llevarse a ese forastero colina arriba; no quería molestar a sus abejas. Según la experiencia del viejo Gao, cuanto menos molestaba a sus abejas, mejor lo hacían. ¿Qué pasaría si le picaban al bárbaro?

El forastero tenía el pelo plateado y escaso; su nariz, la primera nariz bárbara que veía el viejo Gao, era enorme y tan curva que al anciano chino le recordó el pico de un águila; tenía la piel tan bronceada como el viejo Gao, y estaba muy arrugado. El viejo apicultor no estaba seguro de poder interpretar tan bien el rostro de un bárbaro como el de una persona, pero pensó que el hombre parecía muy serio y, quizá, infeliz.

—¿Por qué?

—Me dedico a estudiar abejas. Tu hermano me ha dicho que tienes unas abejas negras enormes. Unas abejas extraordinarias.

El viejo Gao se encogió de hombros. No corrigió al hombre acerca del parentesco que lo unía a su primo.

El forastero le preguntó al viejo Gao si había comido, y cuando Gao dijo que no, el forastero pidió a la viuda Zhang que les sirviera sopa, arroz y cualquier cosa buena que tuviera en la cocina, que resultó ser un estofado de setas negras de árbol y verduras y unos minúsculos pescaditos de río transparentes, poco mayores que los renacuajos. Los dos hombres comieron en silencio. Cuando terminaron de comer, el forastero dijo:

—Para mí sería un honor que me enseñaras tus abejas.

El viejo Gao no le contestó, pero el forastero pagó a la viuda Zhang y se echó la mochila al hombro. Luego aguardó y, cuando el viejo Gao empezó a caminar, el forastero lo siguió. Llevaba la mochila como si no pesara nada. Gao pensó que era fuerte para ser un anciano, y se preguntó si todos los bárbaros serían igual de fuertes.

—¿De dónde eres?

—De Inglaterra —respondió el forastero.

El viejo Gao recordó que su padre le había hablado de una guerra con los ingleses por el comercio y el opio, pero eso había sido hacía mucho tiempo.

Subieron por la colina que quizá fuera una montaña. Era empinada, y la ladera



era demasiado rocosa para dividirla en campos de cultivo. El viejo Gao puso a prueba la velocidad del paso del forastero caminando más rápido de lo habitual, y el forastero le siguió el ritmo con la mochila a la espalda.

Sin embargo, el forastero se detuvo varias veces. Se paró a examinar las flores, las diminutas flores blancas que crecían por todo el valle para marcar el inicio de la primavera, pero que, en aquella parte de la colina, no aparecían hasta el final de la estación. Había una abeja en una de las flores, y el forastero se arrodilló para observarla. Luego se metió la mano en el bolsillo, sacó una lupa enorme, y observó a la abeja a través del instrumento mientras tomaba notas con una caligrafía incomprensible en una libreta de bolsillo.

El viejo Gao nunca había visto una lupa, y se inclinó para contemplar la abeja, tan negra, fuerte y distinta de las demás abejas del valle.

—¿Es una de las tuyas?

—Sí —dijo el viejo Gao—. O al menos lo parece.

—En ese caso deberíamos dejar que encuentre ella sola el camino de vuelta a casa —dijo el forastero, y guardó la lupa sin molestar a la abeja.

*The Croft*  
*East Dene, Sussex*

11 de agosto de 1922

*Querido Watson:*

*Me he tomado muy en serio nuestra discusión de esta tarde, lo he reflexionado con detenimiento, y estoy dispuesto a cambiar de opinión.*

*Accedo a que publique su informe acerca de los incidentes ocurridos en 1903, específicamente sobre el último caso antes de que me retirara, con la siguiente condición.*

*Además de los cambios habituales que hará para ocultar a las personas y los lugares reales, le sugeriría que cambiara toda la situación que nos encontramos (me refiero al jardín del profesor Presbury; no volveré a mencionarlo aquí) por glándulas de mono, o algo parecido extraído de los análisis de un simio o lémur, enviado por un forastero misterioso. Tal vez la esencia de mono pudiera hacer que el profesor Presbury se moviera como un simio —¿cree que podría ser alguna clase de hombre trepador?—, o quizá pudiera concederle la capacidad de trepar por los edificios y por los árboles. Tal vez pudiera salirle cola, pero eso sería demasiado imaginativo incluso para usted, Watson, aunque no más que las ampliaciones barrocas que ha incorporado a los aburridos acontecimientos de mi vida y trabajo que ha relatado en sus historias.*

*Además, he escrito el discurso siguiente, que pronunciaré yo mismo una vez concluida su narración. Por favor, asegúrese de incluir algo parecido a esto, donde critico el deseo de vivir demasiado tiempo y las absurdas necesidades que*

*empujan a personas absurdas a hacer cosas absurdas para prolongar sus vidas absurdas.*

*Existe un peligro muy real para la humanidad. Si el hombre pudiera vivir para siempre, si la juventud estuviera al alcance de cualquiera, los materialistas, hedonistas y terrenales alargarían sus vidas inútiles. Los espirituales no evitarían la llamada de una entidad superior. Sería la supervivencia de los imperfectos. ¿En qué clase de cloaca se convertiría nuestro pobre mundo?*

*Supongo que con algo parecido me quedaría tranquilo.*

*Por favor, déjeme leer el artículo acabado antes de enviarlo a imprenta.*

*Sigo siendo, viejo amigo, su más obediente servidor.*

*Sherlock Holmes*

Llegaron donde estaban las abejas del viejo Gao a última hora de la tarde. Las colmenas eran cajas de madera gris apiladas detrás de una estructura tan simple que apenas se la podía llamar choza. Cuatro postes, un techo y un entoldado confeccionado con telas impermeables que servían para impedir la entrada de la peor parte de las lluvias primaverales y las tormentas de verano. Había un pequeño brasero de carbón que utilizaba para calentarse —cubriéndose con una manta y colocándose debajo— y para cocinar; había un camastro de madera en el centro de la estructura que hacía las veces de cama y una antigua almohada de cerámica para cuando el viejo Gao dormía en la ladera de la montaña con las abejas, particularmente en otoño, cuando cosechaba la mayor parte de la miel. Recogía muy poca en comparación con la producción de las colmenas de su primo, pero la suficiente para que, de vez en cuando, pudiera pasar dos o tres días esperando a que el panal que había aplastado y removido hasta convertirlo en una masa escurriera por el trapo y vaciara todo su contenido en los cubos y recipientes que había subido a la ladera. Derretía el resto, la cera pegajosa y los trozos de polen, suciedad y los residuos de las abejas, en una cacerola, para extraer la cera, y les devolvía el agua dulce a las abejas. Luego se llevaba la miel y los bloques de cera colina abajo para venderlos en el pueblo.

Le mostró las once colmenas al forastero bárbaro, y observó con impasividad cómo el forastero se cubría con un velo y abría una colmena para examinar a través de su lupa primero las abejas, luego las celdas de larvas y, finalmente, la reina. No mostraba miedo ni incomodidad: los movimientos del forastero eran suaves y lentos en todo lo que hacía, y no recibió ni un solo picotazo, ni tampoco aplastó o lastimó ni una sola abeja. Aquello impresionó al viejo Gao. Él había dado por hecho que los bárbaros eran criaturas inescrutables, enigmáticas y misteriosas, pero ese hombre parecía encantado de haber encontrado a Gao y a sus abejas. Le brillaban los ojos.

El viejo Gao encendió el brasero para hervir un poco de agua. Sin embargo,

mucho antes de que el carbón se hubiera calentado, el forastero sacó un artilugio de cristal y metal de su mochila. Había llenado la mitad superior del artilugio con el agua del arroyo, encendió una llama, y el agua empezó a humear y burbujear enseguida. Luego el forastero sacó dos tazas de hojalata de su mochila y algunas hojas de té verde envueltas en papel, metió las hojas en las tazas, y les añadió agua.

Era el mejor té que había probado el viejo Gao: mucho mejor que el té de su primo. Se lo tomaron sentados con las piernas cruzadas en el suelo.

—Me gustaría quedarme a pasar el verano en esta casa —dijo el forastero.

—¿Aquí? Esto ni siquiera es una casa —respondió el viejo Gao—. Quédese abajo, en el pueblo. La viuda Zhang tiene una habitación.

—Me quedaré aquí —afirmó el forastero—. Y también me gustaría alquilar una de tus colmenas.

El viejo Gao llevaba años sin reírse. En el pueblo había quien lo hubiera tenido por imposible.

Y, sin embargo, en ese momento se rió: pareció que alguien le arrancara del cuerpo una carcajada de sorpresa y diversión.

—Hablo en serio —dijo el forastero. Dejó cuatro monedas de plata en el suelo entre ellos. El viejo Gao no había visto de dónde las sacaba: eran tres pesos mexicanos de plata, una moneda que se había popularizado en China algunos años atrás, y un enorme yuan de plata. El viejo Gao tendría que pasar todo un año vendiendo miel para reunir esa suma—. A cambio de este dinero —prosiguió el forastero—, me gustaría que alguien me trajera comida: debería bastar con que viniera cada tres días.

El viejo Gao guardó silencio. Se acabó el té y se levantó. Cruzó la tela impermeable y salió al claro de la ladera. Se acercó a las once colmenas: cada una consistía en dos cajas de larvas con una, dos, tres o, en uno de los casos, incluso cuatro cajas encima. Guió al forastero hasta la colmena que tenía las cuatro cajas encima, cada una de ellas llena de varias hileras de panales.

—Esta colmena es tuya —le dijo.

Eran extractos de plantas. Eso era evidente. Funcionaban, a su manera, durante una cantidad de tiempo limitada, pero también eran extremadamente venenosos. Y, sin embargo, observar al pobre profesor Presbury durante los últimos días de su vida —su piel, sus ojos, sus andares— me convenció de que el hombre no estaba del todo equivocado.

Cogí su estuche de semillas, vainas, raíces y extractos secos y reflexioné. Medité. Deliberé. Cavilé. Era un problema intelectual, y podía solucionarse —tal como siempre había tratado de enseñarme mi viejo tutor de matemáticas— utilizando el intelecto.

Eran extractos de plantas y eran letales.

Los métodos que empleé para que dejaran de serlo los convirtieron en sustancias más bien ineficaces.

No era un problema que pudiera resolverse en el tiempo de fumarse tres pipas. Sospecho que más bien requería unas trescientas pipas dar con una idea inicial —una noción, tal vez— de cómo encontrar un modo de procesar las plantas que las convirtiera en sustancias comestibles para el ser humano.

No era una línea de investigación que se pudiera llevar a cabo cómodamente en Baker Street. Así pues, en otoño de 1903, me mudé a Sussex y me pasé todo el invierno leyendo cada libro, panfleto y monografía publicada, o eso espero, sobre el cuidado y la conservación de las abejas.

Y así fue como en abril de 1904, armado sólo de mi conocimiento teórico, recibí la primera remesa de abejas que me envió un granjero local.

A veces me pregunto si Watson sospecharía algo. Aunque también es cierto que la espectacular torpeza de Watson nunca deja de sorprenderme, y, en ocasiones, me he aprovechado de ella. Aun así, él sabía cómo me ponía cuando no tenía un trabajo en el que ocupar mis pensamientos, cuando no tenía ningún caso que resolver. Él conocía mi lasitud y el mal humor que me aquejaba cuando no tenía ningún caso en el que ocupar el tiempo.

¿Cómo podía, pues, creer que me había retirado de verdad? Él conocía mis métodos.

Y, ciertamente, Watson estaba allí cuando recibí las primeras abejas. Se apostó a cierta distancia de seguridad y observó cómo yo vertía las abejas del paquete dentro de la colmena vacía que aguardaba sus nuevos huéspedes, como si fuera una masa de melaza lenta que zumbaba con suavidad.

Él advirtió mi excitación y no advirtió nada.

Y los años pasaron, y vimos caer el Imperio, vimos un Gobierno incapaz de gobernar, vimos cómo enviaban a esos pobres chicos heroicos a morir en las trincheras de Flandes, y todas esas cosas confirmaron mis opiniones. No estaba haciendo lo correcto. Estaba haciendo lo único que se podía hacer.

A medida que mi rostro se volvía cada vez más desconocido y se me hinchaban y me dolían los nudillos (aunque no tanto como deberían, cosa que atribuía a las muchas picaduras de abeja que había recibido durante mis primeros años de apicultor en prácticas), y mientras Watson, mi querido, valiente y obtuso Watson, se apagaba con el paso del tiempo, palidecía y se encogía, la piel se le volvía gris, su bigote se vestía del mismo color gris que su piel, mi afán por concluir aquella investigación no disminuyó. Si acaso, aumentó.

Y así, puse a prueba mi hipótesis inicial en South Downs, en un colmenar que diseñé yo mismo modelando cada colmena a imagen y semejanza de las de Langstroth. Creo que cometí todos los errores que podría cometer o ha cometido cualquier apicultor novato y, además, debido a mis investigaciones, un montón de

equivocaciones más que ningún apicultor ha cometido jamás o, espero, vaya a cometer. Watson habría titulado muchas de esas equivocaciones «El caso de la colmena envenenada», aunque «El misterio del instituto de mujeres paralizadas» habría llamado más la atención sobre mis investigaciones, en el caso de que alguien tuviera el interés suficiente como para indagar en ellas. (Por eso regañé a la señora Telford sólo por coger un tarro de miel de estas estanterías sin consultarme, y me aseguré de que, en el futuro, recibía varios tarros para cocinar procedentes de las colmenas normales, y de que, una vez recogida, la miel procedente de las colmenas experimentales se guardaba bajo llave. No creo que nadie hiciera nunca ningún comentario al respecto).

Experimenté con abejas holandesas, alemanas e italianas, con abejas de Carniola y caucásicas. Lamenté perder nuestras abejas británicas a causa de una plaga, e incluso las que sobrevivieron desaparecieron debido a los mestizajes, a pesar de que encontré y trabajé con una pequeña colmena que había comprado y criado a partir de unas celdas de larvas y una realera, procedentes de una vieja abadía de St. Albans, y que adquirí porque me dio la impresión de que pertenecían a la raza británica original.

Estuve experimentando durante buena parte de dos décadas, antes de concluir que las abejas que yo buscaba, en caso de existir, no las encontraría en Inglaterra, y no sobrevivirían a la distancia que deberían recorrer para viajar hasta mí. Necesitaba inspeccionar las abejas de la India. Quizá tuviera que viajar todavía más lejos.

Tengo conocimientos superficiales de otros idiomas.

Tenía mis semillas de flores y mis extractos y tinturas en sirope. No necesitaba nada más.

Lo empaqueté todo, hice las gestiones necesarias para que alguien viniera a limpiar y airear la casita de los Downs una vez a la semana, y le pedí al señor Wilkins —a quien me temo que he adoptado la costumbre de referirme como joven Villikins, para su evidente desagrado— que se ocupara de las colmenas y recogiera y vendiera la miel sobrante en el mercado de Eastbourne, y que preparara a las abejas para el invierno.

Les dije que no sabía cuándo volvería.

Soy un anciano. Quizá no esperaran que regresara.

Y de ser así, en un sentido estricto hubieran tenido razón.

Muy a su pesar, el viejo Gao estaba impresionado. Había pasado la vida entre abejas. Y, sin embargo, le resultaba extraordinario ver cómo el forastero sacudía a sus insectos de las cajas mediante un hábil movimiento rápido de muñeca, y lo hacía con tal nitidez y agilidad que las abejas negras parecían más sorprendidas que furiosas y se limitaban a salir volando o a meterse de nuevo en la colmena. Luego el forastero apilaba las cajas llenas de panales sobre una de las colmenas más débiles, de forma que el viejo Gao seguía disponiendo de la miel que

producía la colmena que le alquilaba aquel hombre.

Y así fue como el viejo Gao se ganó un inquilino.

El viejo apicultor le dio unas cuantas monedas a la nieta de la viuda Zhang para que tres veces por semana le llevara comida al desconocido: sobre todo arroz y verduras, y una cazuela de barro llena de sopa hirviendo, o que por lo menos estaba hirviendo cuando la chica salía de casa en dirección a la colina.

Cada diez días, el viejo Gao subía también a la colina. Al principio iba a controlar las colmenas, pero pronto descubrió que, con los cuidados del forastero, las once colmenas producían más que nunca. Y además, ahora había una duodécima, procedente de un enjambre de abejas negras que el forastero se había encontrado paseando por la colina.

La siguiente vez que subió a la choza, el viejo Gao llevó madera, y él y el forastero pasaron varias tardes trabajando juntos sin mediar palabra, haciendo más cajas para las colmenas, construyendo marcos para las cajas.

Una tarde, el forastero le explicó al viejo Gao que los marcos que estaban construyendo los había inventado un norteamericano hacía sólo setenta años. Al viejo Gao le pareció una tontería. Él hacía los marcos como los había hecho su padre y como los hacían en todo el valle, y de la misma forma, estaba convencido, que los había hecho su abuelo y el abuelo de su abuelo, pero no dijo nada.

Disfrutaba de la compañía del forastero. Fabricaban colmenas juntos, y el viejo Gao deseaba que el forastero fuera más joven. Así se quedaría más tiempo, y él tendría alguien a quien dejarle sus colmenas cuando muriera. Pero eran dos ancianos que hacían cajas juntos, con el pelo fino y blanco y los rostros viejos, y ninguno de los dos vería otra docena de inviernos.

El viejo Gao advirtió que el forastero había plantado un jardín pequeño y pulcro junto a la colmena que había hecho suya, y que había apartado del resto de las colmenas. Lo había cubierto con una red. También le había hecho una «puerta trasera» a la colmena, para que las únicas abejas que pudieran acceder a las plantas procedieran de la colmena que había alquilado. El viejo Gao observó asimismo que, debajo de la red, había varias bandejas llenas de lo que parecía ser una solución azucarada de alguna clase, una de color rojo brillante, una verde, una de un azul sorprendente y una amarilla. Las señaló, pero el forastero se limitó a asentir y sonreír.

Pero las abejas lamían los siropes. Se apiñaban y se amontonaban en los laterales de los platos de hojalata y sacaban la lengua, comían hasta hartarse y luego volvían a la colmena.

El forastero había hecho dibujos de las abejas del viejo Gao. Le mostró los dibujos, intentó explicarle las diferencias que había entre sus abejas y otras productoras de miel, le habló de abejas antiguas conservadas en piedra durante millones de años, pero en esos temas el chino del forastero flaqueaba y, a decir

verdad, el viejo Gao no estaba interesado en lo que le contaba. Eran sus abejas, hasta que muriera, y después pertenecerían a la ladera. Había llevado otras abejas allí, pero habían enfermado y habían muerto, o las habían asesinado las negras, que les quitaban la miel y dejaban que se murieran de hambre.

La última vez que lo visitó fue a finales del verano. El viejo Gao bajó la colina. Nunca volvió a ver al forastero.

Ya está.

Funciona. Y siento una extraña mezcla de triunfo y decepción, como de derrota, o de lejanas nubes de tormenta que me torturan los sentidos.

Me resulta extraño mirarme las manos y no verlas tal como las conozco, sino como las que recuerdo de mi juventud: ahora tengo los nudillos deshinchados y el vello de los reversos ya no es blanco como la nieve, sino negro.

Era un enigma que había vencido a muchos hombres, un problema sin solución aparente. El primer emperador de China murió y estuvo a punto de destruir su imperio buscando la respuesta, hace tres mil años, y a mí sólo me ha llevado ¿cuánto, veinte años?

No sé si hice lo correcto o no (aunque cualquier «jubilación» sin una ocupación como ésta habría sido, literalmente, enloquecedora). Acepté el encargo de Mycroft. Investigué el problema. E, inevitablemente, llegué a una solución.

¿La compartiré con el mundo? No.

Y, sin embargo, todavía me queda medio tarro de miel de color marrón oscuro en la mochila; medio tarro de miel que vale más que las naciones. (Estaba tentado de escribir que vale más que todo el té de China, quizá debido a mi situación actual, pero temo que incluso Watson lo considere un cliché).

Y hablando de Watson...

Todavía queda una cosa por hacer. La única meta que me queda, y es muy pequeña. Iré hasta Shanghái y allí embarcaré hasta Southampton, que está a medio mundo de distancia.

Una vez allí, buscaré a Watson, si es que todavía vive, y yo creo que sí. Ya sé que es irracional y, sin embargo, estoy convencido de que, si Watson se hubiera ido al otro mundo, yo lo sabría.

Tendré que comprar maquillaje y disfrazarme de anciano para no asustarlo, y luego invitaré a mi viejo amigo a tomar un té.

Me parece que esa tarde tomaremos tostadas con mantequilla y miel.

Se contaban historias sobre un bárbaro que había pasado por el pueblo de camino al este, pero las personas que se lo explicaban al viejo Gao no creían que pudiera tratarse del mismo hombre que estuvo viviendo en la chabola del apicultor. Ése era joven y orgulloso, y tenía el pelo negro. No era el anciano que había recorrido

aquellos lares en primavera, aunque alguien le dijo a Gao que la mochila que llevaba era similar.

El viejo Gao subió a la ladera para investigar, aunque sospechaba lo que encontraría antes de llegar.

El forastero ya no estaba, y su mochila tampoco.

Aunque había quemado muchas cosas. Eso era evidente. Había quemado papeles —el viejo Gao reconoció la esquina de un dibujo que el forastero había hecho de una de sus abejas—, pero el resto de los papeles se habían convertido en ceniza, o estaban tan negros que eran irreconocibles, incluso aunque el viejo Gao hubiera sabido leer la escritura bárbara. Los papeles no eran lo único que se había quemado: las partes de la colmena que había alquilado el forastero eran ceniza retorcida; había tiras de hojalata enroscada y ennegrecida que pudieron haber contenido siropes de colores brillantes.

El forastero le había explicado una vez que añadía colores a los siropes para poder diferenciarlos, pero el viejo Gao nunca le había preguntado para qué servían.

Examinó la choza como si fuera un detective, en busca de alguna pista acerca de la naturaleza o el paradero del forastero. Le había dejado cuatro monedas de plata encima de la almohada de cerámica —dos yuanes y dos pesos de plata—, y Gao se las guardó.

Detrás de la chabola encontró una montaña de masa ya procesada, con las últimas abejas del día arrastrándose todavía por encima, aprovechando el escaso dulzor que quedaba en la superficie de la cera todavía pegajosa.

El viejo Gao meditó largo y tendido antes de recoger la masa, envolverla en un paño y meterla en una cazuela que había llenado de agua. Calentó el agua en el brasero, pero no la dejó hervir. La cera no tardó en subir flotando a la superficie, dejando las abejas muertas, la suciedad, el polen y el propóleos dentro del trapo.

Lo dejó enfriar.

Luego salió de la chabola y se quedó mirando la luna. Estaba casi llena.

Se preguntó cuántos aldeanos sabrían que su hijo había muerto siendo un bebé. Se acordaba de su mujer, pero su rostro era un recuerdo lejano y no tenía ni retratos ni fotografías de ella. Pensó que no había nada en la faz de la Tierra que se le diera mejor que cuidar de aquellas abejas negras con forma de bala en aquella parte de esa colina tan alta. Ningún otro hombre conocía mejor que él el temperamento que tenían.

El agua se había enfriado. Extrajo el bloque de cera solidificada del agua y lo dejó sobre las maderas de la cama para que acabara de enfriarse. Luego sacó de la cacerola el trapo lleno de suciedad e impurezas. Y entonces, y porque él también era, a su manera, un detective —y cuando uno descarta lo imposible, lo que queda, por improbable que parezca, debe ser la verdad—, se bebió el agua dulce de la cacerola. A fin de cuentas, queda mucha miel en la masa, incluso después de



que la mayor parte se haya escurrido a través del trapo y se haya depurado. El agua sabía a miel, pero no era como ninguna miel que Gao hubiera probado en su vida. Sabía a humo, a metal, a flores extrañas y a perfumes desconocidos. Gao pensó que sabía un poco a sexo.

Se la bebió toda y luego se quedó dormido con la cabeza apoyada en la almohada de cerámica.

Pensó que cuando se despertara decidiría qué hacer con su primo, que esperaba heredar las doce colmenas de la colina cuando el viejo Gao desapareciera.

Tal vez el joven que regresara en los próximos días fuera un hijo ilegítimo. O quizá un hijo. El joven Gao. ¿Quién se acordaría? No importaba.

Se marcharía a la ciudad y luego volvería, y conservaría las abejas negras de la ladera de la montaña tanto tiempo como le permitieran los días y las circunstancias.

## El hombre que olvidó a Ray Bradbury

Estoy olvidando cosas y eso me asusta.

Pierdo las palabras, aunque no pierdo los conceptos. Espero no estar perdiendo los conceptos. Si estoy perdiendo los conceptos, no soy consciente de ello. ¿Cómo voy a saber si pierdo los conceptos?

Y es gracioso, porque siempre tuve buena memoria. Todo estaba ahí. A veces tenía tan buena memoria que incluso pensaba que podía recordar cosas que todavía no sabía. Recordar hacia delante...

No creo que haya una palabra para eso, ¿no? Recordar cosas que todavía no han sucedido. No tengo esa sensación que me asalta cuando me pongo a buscar en mi cabeza una palabra que no está allí, como si alguien hubiera venido a llevársela por la noche.

Cuando era joven, vivía en una casa enorme que compartía con otros chicos. Por aquel entonces era estudiante. Cada uno tenía sus propias estanterías en la cocina, marcadas claramente con su nombre, y teníamos asignados distintos estantes en el frigorífico, donde cada uno ponía sus huevos, el queso, el yogurt y la leche. Yo siempre era muy quisquilloso en ese sentido y sólo utilizaba mis provisiones. Pero había otros que no eran tan... ya está. No encuentro la palabra. La que significa «proclive a obedecer las reglas». Los demás habitantes de la casa eran... no eran así. Abría el frigorífico, pero mis huevos habían desaparecido.

Estoy pensando en un cielo lleno de naves espaciales, tantas que parecen una plaga de langostas, plateadas sobre el malva luminoso de la noche.

Por aquel entonces, también desaparecían cosas de mi habitación. Botas. Recuerdo que desaparecieron mis botas. O quizá debería decir que «las desaparecieron», porque nunca llegué a sorprenderlas en el momento en que se marchaban ellas solitas. Las botas no desaparecen sin más. Alguien «las desapareció». Igual que mi diccionario enciclopédico. La misma casa, la misma época. Fui a la pequeña estantería que tenía junto a la cama (todo estaba junto a mi cama: era mi habitación, pero no era mucho mayor que un armario con una cama dentro). Me acerqué a la estantería y el diccionario había desaparecido, sólo quedaba un agujero en forma de diccionario en el estante, y ese hueco indicaba el espacio justo en el que ya no estaba mi diccionario.

Todas las palabras y el libro que las contenía habían desaparecido. Durante el mes siguiente también se llevaron mi radio, un bote de espuma de afeitar, una libreta y una caja de lápices. Y mi yogur. Y durante un apagón descubrí que también me habían quitado las velas.

Ahora estoy pensando en un niño con unas deportivas nuevas, que cree que podrá correr siempre. No, eso no me sirve. Una ciudad seca en la que llovía siempre. Una carretera que cruza el desierto, en la que las buenas personas ven un espejismo. Un dinosaurio que es productor cinematográfico. El espejismo era la cúpula del placer de

Kublai Kan. No...

A veces, cuando las palabras se marchan, puedo encontrarlas si me acerco con sigilo a ellas desde otra dirección. Pongamos que estoy buscando una palabra, por ejemplo mientras hablo sobre los habitantes del planeta Marte, y me doy cuenta de que la palabra para definirlos ha desaparecido. Entonces puedo darme cuenta también de que la palabra desaparecida forma parte de una frase o de un título. *Crónicas* \_\_\_\_\_. *Mi* \_\_\_\_\_ *favorito*. Si eso no me la devuelve, rodeo la idea. Pienso en hombrecillos verdes, o tal vez altos, morenos, tranquilos: eran oscuros y tenían los ojos dorados... y, de repente, la palabra «marcianos» me está esperando, como un amigo o una amante al final de un largo día.

Me marché de esa casa cuando me desapareció la radio. Esa lenta desaparición de cosas que consideraba mías, una por una, cosa por cosa, objeto por objeto, palabra por palabra, se me hacía demasiado agotadora.

Cuando tenía doce años, un anciano me contó una historia que nunca he olvidado.

Un hombre pobre estaba en el bosque al caer la noche y no tenía ningún libro de oraciones para leer sus rezos nocturnos. Así que dijo:

—Dios, tú que lo sabes todo, no tengo libro de oraciones y no conozco los rezos de memoria. Pero tú conoces todas las plegarias. Tú eres Dios. Así que haré lo siguiente: voy a recitar el alfabeto y dejaré que tú formes las palabras.

Me han desaparecido cosas de la mente y eso me asusta.

¡Ícaro! No es que haya olvidado todos los nombres. Recuerdo a Ícaro. Voló demasiado cerca del sol. De todos modos, en los cuentos eso vale la pena. Siempre compensa intentarlo, aunque fracases, aunque caigas como un meteorito para siempre. Es mejor haber brillado en la oscuridad, haber inspirado a otros, haber vivido, que haberse sentado en la oscuridad, maldiciendo a las personas que te cogieron prestadas las velas y no te las devolvieron.

Aunque he perdido personas.

Cuando ocurre es extraño. En realidad, no las he perdido. No es como cuando uno pierde a sus padres, ni siquiera de niño, cuando crees que estás cogiendo la mano de tu madre en una multitud y entonces miras hacia arriba, y no es tu madre... o después. Cuando tienes que encontrar las palabras para describirlos en un funeral o un memorial, o cuando estás esparciendo cenizas en un jardín de flores o en el mar.

A veces imagino que me gustaría que esparcieran mis cenizas por una biblioteca. Pero entonces los libreros tendrían que entrar pronto a la mañana siguiente para recogerlas antes de que llegara la gente.

Me gustaría que esparcieran mis cenizas en una biblioteca o, quizá, en una feria. Una feria de 1930, donde uno se subía a eso negro... al...

He perdido la palabra. ¿Carrusel? ¿Montaña rusa? Esa atracción a la que te subes y vuelves a ser joven. La noria. Sí. Viene otro carnaval demoníaco a la ciudad. «Por la picazón de mis dedos...».

Shakespeare.

Me acuerdo de Shakespeare, y recuerdo su nombre, y quién era y qué escribió. Está a salvo por ahora. Quizá haya gente que olvide a Shakespeare. Tendrán que referirse a «ese hombre que escribió aquello de “ser o no ser”», no me refiero a la película, protagonizada por Jack Benny, cuyo verdadero nombre era Benjamin Kubelsky, que creció en Waukegan, Illinois, a una hora de Chicago más o menos. Algún tiempo después, un escritor norteamericano inmortalizó Waukegan, Illinois, como «la ciudad verde», y después se marchó a vivir a Los Ángeles. Me refiero a ese hombre en el que estoy pensando, claro. Cuando cierro los ojos puedo verlo en mi cabeza.

Solía mirar sus fotografías en las contracubiertas de sus libros. Parecía tranquilo, parecía inteligente y parecía amable.

Escribió una historia sobre Poe para evitar que la gente se olvidara de él, sobre un futuro en el que queman los libros y los olvidan, y en la historia estamos en Marte, aunque también podríamos estar en Waukegan o en Los Ángeles, como los críticos, como esas personas que prohíben y olvidan los libros, como esos que se llevan las palabras, todas las palabras, diccionarios y radios llenas de palabras, como esas personas asesinadas en sus casas, una a una, por el orangután, por el pozo y el péndulo, por el amor de Dios, Montessor...

Poe. Conozco a Poe. Y a Montessor. Y a Benjamin Kubelsky y a su mujer, Sadie Marks, que no tenía ninguna relación con los Hermanos Marx y cuyo nombre artístico era Mary Livingstone. Tengo todos esos nombres en la cabeza.

Yo tenía doce años.

Había leído los libros, había visto la película, y en el momento exacto en el que empieza a arder el papel fue cuando supe que debería recordar esto. Porque la gente debería recordar los libros si otras personas los quemaban o los olvidaban. Se los confiaremos a la memoria. Nos convertiremos en ellos. Nos convertimos en escritores. Nos convertimos en sus libros.

Lo siento. Me he perdido. Como si fuera paseando por un camino sin salida, y ahora estoy solo, perdido en el bosque, y estoy aquí y ya no sé dónde está el «aquí».

Tú tienes que aprenderte una obra de Shakespeare: pensaré que eres *Tito Andrónico*. O tú, quienquiera que seas, podrías aprenderte una novela de Agatha Christie: serás *Asesinato en el Orient Express*. Otra persona puede aprenderse los poemas de John Wilmot, conde de Rochester, y tú, el que está leyendo esto, puedes aprenderte un libro de Dickens, y cuando quiera saber lo que le pasó a Barnaby Rudge acudiré a ti. Y tú podrás explicármelo.

Y la gente que quemaría las palabras, las personas que cogerían libros de las estanterías, los bomberos y los ignorantes, los que tienen miedo de los cuentos y de las palabras y de los sueños y de Halloween, y la gente que lleva historias tatuadas, y ¡chicos! ¡Podéis cultivar setas en el sótano!, y mientras tus palabras que son personas que son días que son mi vida, mientras tus palabras sobrevivan, habrás vivido y habrás importado y habrás cambiado el mundo y no recuerdo tu nombre.

Me aprendí tus libros. Me los grabé a fuego en la cabeza. Por si acaso los bomberos venían a la ciudad.

Pero tu identidad ha desaparecido. Estoy esperando a que regrese. Igual que esperé mi diccionario o mi radio o mis botas, y con tan pobres resultados.

Lo único que me queda en la cabeza es un vacío donde antes estabas tú.

Y tampoco estoy muy seguro de eso.

Estaba hablando con un amigo. Y le pregunté:

—¿Te suenan estas historias?

Le dije todas las palabras que sabía, ésas sobre los monstruos que van a la casa del niño humano, las del vendedor de pararrayos y el demoníaco carnaval que lo seguía, y los marcianos y sus ciudades de cristal destruidas y sus canales perfectos. Le dije todas las palabras, y él me dijo que no las había oído. Que no existían.

Y eso me preocupa.

Me preocupa que yo las estuviera manteniendo con vida. Como la gente de la nieve del final de la historia, caminando hacia atrás y hacia delante, recordando, repitiendo las palabras de las historias, haciéndolas realidad.

Creo que es culpa de Dios.

Es decir, nadie puede esperar que se acuerde de todo, Dios no puede hacer eso. Es un tipo ocupado. Así que quizá a veces delegue ciertas cosas, a veces dice: «¡Tú! Quiero que recuerdes las fechas de la guerra de los Cien Años. Y tú, tú acuérdate del okapi. Tú recordarás a Jack Benny, que en realidad era Benjamin Kubelsky de Waukegan, Illinois». Y entonces, cuando olvidas las cosas que Dios te ha encargado recordar, ¡bam! Adiós al okapi. Sólo queda un agujero con forma de okapi en el mundo, que está a medio camino entre un antílope y una jirafa. Adiós a Jack Benny. Adiós a Waukegan. Sólo queda un agujero en tu mente donde antes había una persona o un concepto.

No sé.

No sé dónde buscar. ¿He perdido un escritor de la misma forma que en aquella ocasión perdí el diccionario? O peor aún: ¿Dios me encomendó esta pequeña tarea y ahora le he fallado, y como yo lo he olvidado, él ha desaparecido de las estanterías, de los libros de consulta y ahora sólo existe en nuestros sueños...?

Mis sueños. No conozco tus sueños. Tal vez tú no sueñes con un altiplano sudafricano que sólo es papel pintado, pero se come a dos niños. Tal vez tú no sepas que Marte es el cielo, ese lugar adonde van nuestros queridos difuntos a esperarnos y luego nos devoran por la noche. Tú no sueñas con un hombre al que arrestan por haber cometido el crimen de ser un peatón.

Yo sueño esas cosas.

Si él existía, entonces lo he perdido. He perdido su nombre. He perdido los títulos de sus libros, primero uno y luego otro y luego otro. He perdido las historias.

Y me da miedo pensar que me estoy volviendo loco, porque no puede ser que sólo esté envejeciendo.

Si he fracasado en esta tarea, oh, Dios, entonces déjame hacer esto y así quizá le devuelvas al mundo las historias.

Porque tal vez lo recuerden si esto funciona. Todos lo recordarán. Su nombre volverá a ser sinónimo de pequeños pueblos norteamericanos en Halloween, cuando las hojas corretean por las aceras como pajarillos asustados, o de Marte, o de amor. Y olvidarán mi nombre.

Estoy dispuesto a pagar ese precio si el espacio vacío en la estantería de mi mente puede volver a llenarse, antes de que me marche.

Querido Dios, escucha mi plegaria:

A... B... C... D... E... F... G...

## *Jerusalén*

En mi lucha mental no cejaré  
ni mi espada en mi mano ha de dormir,  
mientras Jerusalén no hayamos construido  
en el verde y grato suelo de Inglaterra.

WILLIAM BLAKE

Morrison pensó que Jerusalén era como una piscina profunda cubierta por una capa de tiempo demasiado espesa. Se lo había tragado a él, se los había tragado a los dos, y podía sentir la presión del tiempo empujándolo hacia arriba y hacia fuera. Como si al bucear se hubiera sumergido demasiado.

Se alegraba de haberse librado ya.

Al día siguiente volvería otra vez al trabajo. El trabajo era bueno. Podría concentrarse en algo. Encendió la radio y luego, a media canción, la apagó.

—A mí me gustaba —dijo Delores.

Estaba limpiando la nevera para luego llenarla con comida fresca.

Él dijo:

—Lo siento.

No podía pensar con claridad con la música puesta. Necesitaba silencio.

Morrison cerró los ojos y, por un momento, volvía a estar en Jerusalén: sentía el calor del desierto en el rostro, contemplaba la ciudad vieja y comprendía, por primera vez, lo pequeña que era. Que dos mil años atrás, la verdadera Jerusalén era más pequeña que un pueblo de Inglaterra.

Su guía, una mujer delgada y curtida de unos cincuenta años, señalaba: «Ahí está la montaña del sermón. Ahí es donde arrestaron a Jesús. Lo encarcelaron ahí. Lo juzgaron ante Pilato ahí, en el fondo del Templo. Y lo crucificaron en esa colina». Señaló con indiferencia hacia abajo y luego hacia arriba de nuevo. Estaba, como mucho, a unas cuantas horas de camino.

Delores tomaba fotografías. Ella y la guía habían congeniado enseguida. Morrison nunca había querido visitar Jerusalén, él quería ir de vacaciones a Grecia, pero Delores había insistido. Le había dicho que Jerusalén era bíblico. Que formaba parte de la historia.

Pasearon por la parte vieja de la ciudad; iniciaron el recorrido en el barrio judío. Escalones de piedra. Tiendas cerradas. Recuerdos baratos. Un hombre pasó junto a ellos con un enorme sombrero de piel negra y un abrigo grueso. Morrison hizo una mueca.

—Debe de estar achicharrándose.

—Es lo que llevaban en Rusia —dijo la guía—. Se lo ponen aquí. Los sombreros

de piel son para los días festivos. Algunos llevan sombreros incluso mayores que ése.

Delores le colocó una taza de té delante.

—¿En qué piensas? —le preguntó.

—Me estoy acordando de las vacaciones.

—No le des más vueltas —le dijo—. Es mejor olvidarlo. ¿Por qué no le das un buen paseo al perro?

Él se bebió el té. El perro lo miró con expectación cuando se agachó a ponerle la correa, parecía que estuviera a punto de decir algo.

—Vamos, chico —dijo Morrison.

Torció a la izquierda y bajó la avenida en dirección al parque de Hampstead Heath. Era verde. Jerusalén era dorada: una ciudad de arena y roca. Fueron paseando desde el barrio judío hasta el barrio musulmán, y pasaron junto a tiendas animadas repletas de cosas dulces para comer, de frutas o de ropas alegres.

—Y entonces desaparecen las sábanas —le dijo la guía a Delores—. El síndrome de Jerusalén.

—No lo había oído nunca —contestó. Y entonces le preguntó a Morrison—: ¿Tú lo habías oído?

—Estaba a muchos kilómetros de aquí —dijo Morrison—. ¿Qué significa eso? Esa puerta con todos esos dibujos.

—Da la bienvenida a los que vuelven de peregrinaje de La Meca.

—¿Lo ves? —dijo Delores—. Para nosotros, era ir a Jerusalén. Otra persona irá a otra parte. Hay peregrinos hasta en Tierra Santa.

—Nadie viene a Londres —contestó Morrison—. No para eso.

Delores no le hizo caso.

—Entonces desaparecen —le dijo a la guía—. La mujer vuelve de compras o del museo, y las sábanas ya no están.

—Exacto —respondió la guía—. Se acerca a la recepción y le dice al recepcionista que no sabe dónde está su marido.

Delores le rodeó el brazo a Morrison con la mano como para asegurarse de que estaba allí.

—¿Y dónde está?

—Tiene el síndrome de Jerusalén. Está en una esquina de la calle vestido con una toga. Ahí están las sábanas. Está predicando, normalmente sobre ser bueno, obedecer a Dios. Amarse los unos a los otros.

—Ven a Jerusalén y vuélvete loco —dijo Morrison—. No es un gran eslogan publicitario.

La guía lo miró con seriedad.

—Claro que sí —dijo, con lo que a Morrison le pareció que podría ser orgullo—. Es la única enfermedad específica del lugar. Y es la única enfermedad mental que se cura con facilidad. ¿Sabes cuál es la cura?

—¿Quitarle las sábanas?



La guía vaciló. Luego sonrió.

—Casi. Hay que llevarse a la persona de Jerusalén. Mejoran de inmediato.

—Buenas tardes —dijo el hombre al que se encontró al final de la calle. Llevaban once años saludándose y todavía no sabía cómo se llamaba—. Estás más moreno. Hemos estado de vacaciones, ¿no?

—En Jerusalén —dijo Morrison.

—Vaya. A mí allí que no me busquen. Te hacen saltar por los aires o te secuestran en cuanto te ven.

—A nosotros no nos pasó —terció Morrison.

—Aun así. Más seguros en casa. ¿Eh?

Morrison titubeó y luego dijo de carrerilla:

—Cruzamos un albergue juvenil y nos metimos bajo tierra, emm... —Olvidó la palabra—. Era un sitio donde guardaban el agua. De los tiempos de Herodes. Almacenaban el agua de lluvia bajo tierra para que no se evaporara. Hace cien años, alguien cruzó todo Jerusalén por ese pasaje subterráneo.

La palabra perdida flotaba en los confines de su conciencia como un agujero en un diccionario. Tres sílabas, empieza por C y significa depósito subterráneo donde se recoge y conserva el agua.

—Nos vemos —dijo su vecino.

—Claro —respondió Morrison.

Las suaves ondulaciones verdes del parque Heath se extendían a lo lejos, salpicadas de robles y hayas, castaños y álamos. Imaginó un mundo en el que Londres estuviera dividida, donde Londres fuera una ciudad víctima de las cruzadas, perdida y ganada y perdida de nuevo, una y otra vez.

Pensó que quizá no fuera locura. Acaso las grietas son más profundas allí, o tal vez el cielo es tan fino que se puede oír a Dios hablando con sus profetas. Pero ya nadie se para a escuchar.

—Cisterna —dijo en voz alta.

El paisaje verde del Heath se tornó seco y dorado, y el calor le quemaba la piel como la puerta abierta de un horno. Era como si nunca se hubiera marchado.

—Me duelen los pies —estaba diciendo Delores. Y añadió—: Voy a volver al hotel.

La guía parecía preocupada.

—Sólo quiero poner los pies en alto un rato —explicó Delores—. Todo esto es demasiado para asimilarlo tan deprisa.

Estaban pasando junto a la tienda de la prisión de Cristo. Vendían recuerdos y alfombras.

—Pondré los pies en remojo. Vosotros seguid sin mí. Recogedme después de comer.

Morrison se habría puesto a discutir, pero habían contratado a la guía para todo el día. La mujer tenía la piel oscura y curtida. Tenía una sonrisa extraordinariamente

blanca, cuando sonreía. Lo llevó a una cafetería.

—Dime —dijo Morrison—. ¿Tienes mucho trabajo?

—Ya no hay muchos turistas —contestó ella—. La gente dejó de venir cuando empezó la intifada.

—Delores. Mi mujer. Ella siempre ha querido venir aquí. Quería ver los lugares sagrados.

—Aquí viene mucha gente así. No importa qué religión practiques. Cristiano, musulmán o judío. Sigue siendo la Ciudad Santa. Yo llevo toda la vida aquí.

—Supongo que tendrás muchas ganas de que se resuelva todo esto —dijo—. Hmm. La situación con los palestinos. La política.

Ella se encogió de hombros.

—A Jerusalén no le importa —dijo—. La gente viene. La gente cree. Y luego se matan entre ellos para demostrar que Dios los ama.

—¿Y cómo lo arreglarías tú? —le preguntó.

Ella esbozó su sonrisa más blanca.

—A veces —dijo—, pienso que lo mejor sería que bombardearan la ciudad. Que la redujeran a un desierto radioactivo. ¿Quién la querría entonces? Pero luego pienso que vendrían aquí y recogerían el polvo radioactivo que pudiera contener átomos de la Cúpula de la Roca, o del Templo, o de la pared en la que se apoyó Jesucristo de camino a la cruz. La gente se pelearía por decidir a quién pertenece un desierto envenenado, si ese desierto fuera Jerusalén.

—¿No te gusta vivir aquí?

—Deberías alegrarte de que donde tú vives no haya ningún Jerusalén. Nadie quiere dividir Londres. Nadie va de peregrinaje a la ciudad santa de Liverpool. Ningún profeta pasó por Birmingham. Tu país es demasiado joven. Sigue siendo verde.

—Inglaterra no es joven.

—Aquí siguen peleándose por decisiones que se tomaron hace dos mil años. Llevan más de tres mil años peleándose por decidir a quién pertenece esta ciudad, desde cuando el rey David la conquistó tras una batalla contra los jebuseos.

Se estaba ahogando en el Tiempo, notaba cómo lo aplastaba, la misma presión que convierte un bosque milenario en una masa de petróleo.

Ella dijo:

—¿Tenéis hijos?

La pregunta cogió a Morrison por sorpresa.

—Queríamos tenerlos. Pero no llegaron.

—¿Tu mujer ha venido en busca de un milagro? Le pasa a mucha gente.

—Ella tiene... fe —respondió—. Yo nunca la he tenido. Pero no, no lo creo. —Le dio un sorbo al café—. Y, dime, ¿estás casada?

—Perdí a mi marido.

—¿Fue una bomba?

—¿Qué?

—¿Cómo perdiste a tu marido?

—Una turista norteamericana. De Seattle.

—Ah.

Se acabaron el café.

—¿Vamos a ver qué tal están los pies de tu mujer?

Cuando subían la calle estrecha en dirección al hotel, Morrison dijo:

—Me siento muy solo. Tengo un trabajo que no me gusta y luego vuelvo a casa junto a una esposa que me quiere, pero a la que no le gusto mucho, y a veces tengo la sensación de que no puedo moverme y que lo único que quiero es que desaparezca todo el mundo.

Ella asintió.

—Sí, pero no vives en Jerusalén.

La guía esperó en el vestíbulo del hotel mientras Morrison subía a la habitación. Por algún motivo no le sorprendió descubrir que Delores no estaba en la habitación, ni tampoco en el baño minúsculo, y que las sábanas que habían cubierto la cama aquella mañana ya no estaban.

Su perro podría haber seguido paseando eternamente por el Heath, pero Morrison se estaba cansando y empezaba a chispear. Regresó por un mundo verde. Un mundo verde y agradable, pensó, sabiendo que no era del todo cierto. Su cabeza era como un armario archivador que se había caído por las escaleras, y toda la información que había dentro estaba mezclada y desordenada.

Alcanzaron a su mujer en la vía Dolorosa. Sí que vestía una sábana, pero parecía decidida, no loca. Estaba relajada, se la veía tan tranquila que daba miedo.

—Todo es amor —le iba diciendo a la gente—. Todo es Jerusalén. Dios es amor. Jerusalén es amor.

Un turista le tomó una fotografía, pero los habitantes de la ciudad no le prestaban atención. Morrison le posó la mano en el brazo.

—Venga, cariño —le dijo—. Vámonos a casa.

Ella lo atravesó con la mirada. Él se preguntó qué estaría viendo. Su mujer le dijo:

—Ya estamos en casa. En este sitio las paredes del mundo son finas. Aquí podemos oír su llamada a través de las paredes. Escucha. Puedes oírlo. ¡Escucha!

Delores no se resistió ni tampoco protestó cuando la llevaron de regreso al hotel. Ella no parecía un profeta. Parecía una mujer de treinta y muchos cubierta sólo con una sábana. Morrison sospechaba que su guía se estaba divirtiendo, pero cuando la miró a los ojos en ellos sólo vio preocupación.

Fueron en coche desde Jerusalén a Tel Aviv y, cuando estaban en la playa que había frente al hotel, después de haber dormido durante casi veinticuatro horas, Delores regresó; sólo estaba un poco confundida y tenía un recuerdo muy difuso del día anterior. Él intentó explicarle lo que había visto, lo que ella había dicho, pero dejó de hacerlo cuando vio que estaba disgustándola. Fingieron que aquello no había

ocurrido, no volvieron a mencionarlo.

A veces se preguntaba qué habría ocurrido dentro de la cabeza de su mujer aquel día, cómo habría sido eso de oír la voz de Dios a través de las piedras doradas, pero la verdad era que no quería saberlo. Era mejor así.

«Es una enfermedad específica del lugar. Tienes que llevarte a la persona afectada de Jerusalén», pensó mientras se preguntaba, como se había preguntado cientos de veces aquellas últimas semanas, si allí estarían lo bastante lejos.

Se alegraba de que volvieran a estar en Inglaterra, estaba contento de que estuvieran en casa, donde no había Tiempo suficiente para aplastarte, para sofocarte, para convertirte en polvo.

Morrison subió por la avenida bajo la llovizna y pasó junto a los árboles de la acera, junto a los pulcros jardines delanteros y las flores de verano y el verde perfecto del césped, y sintió frío.

Supo que ella se había marchado antes de volver la esquina, antes de ver la puerta abierta dando bandazos, empujada por el viento.

Iba a seguirla. Y —pensó, casi con alegría— iba a encontrarla.

Esa vez escucharía.

## Clic-Clac, el sonajero

—¿Me contarás un cuento antes de ponerme a dormir?

—¿De verdad necesitas que te ponga yo a dormir? —le pregunté al niño.

Se lo pensó un momento. Y entonces adoptó un gesto muy serio y dijo:

—Sí, creo que sí. Es porque he acabado los deberes y ya es hora de que me vaya a la cama, y tengo un poco de miedo. No mucho. Sólo un poco. Pero es una casa muy grande y muchas veces las luces no funcionan y está un poco oscuro.

Alargué la mano y le revolví el pelo.

—Tienes razón —dije—. Es una casa muy grande y vieja. —El niño asintió.

Estábamos en la cocina, donde había luz y se estaba calentito. Dejé la revista sobre la mesa de la cocina.

—¿Qué clase de cuento quieres que te cuente?

—Bueno —dijo, cavilando—. Creo que mejor que sea de los que no dan demasiado miedo, porque entonces, cuando me meta en la cama, estaré todo el rato pensando en monstruos. Pero si no da un poco de miedo, no me interesará. Y tú inventas historias de miedo, ¿verdad? Sé que ella dice que te dedicas a eso.

—Es una exagerada. Es cierto que escribo cuentos. Pero todavía no me han publicado nada. Y escribo cuentos de muchos tipos.

—Pero ¿escribes historias de miedo?

—Sí.

El niño me miró desde las sombras que rodeaban la puerta, donde aguardaba.

—¿Conoces alguna historia sobre Clic-Clac, el sonajero?

—Creo que no.

—Son las mejores.

—¿Te las cuentan en el colegio?

El niño se encogió de hombros.

—A veces.

—¿Cómo son las historias de Clic-Clac, el sonajero?

Era un niño inteligente y no le impresionó la ignorancia del novio de su hermana. Se le notaba en la cara.

—Las conoce todo el mundo.

—Yo no —dije, esforzándome por no sonreír.

Me miró como si estuviera intentando decidir si estaba tomándole el pelo. Dijo:

—Creo que quizá deberías llevarme a mi habitación, y entonces puedes contarme un cuento antes de que me vaya a dormir, pero quizá no debería ser una historia de miedo porque ya estaré en mi habitación y allí también está un poco oscuro.

Le pregunté:

—¿Debería dejarle una nota a tu hermana diciéndole dónde estamos?

—Si quieres. Pero la oirás llegar. La puerta principal hace mucho ruido al cerrarse.

Abandonamos la cocina cálida y acogedora y salimos al pasillo de aquella casa tan grande, que estaba frío, oscuro y barrido por la corriente. Accioné el interruptor, pero el pasillo siguió a oscuras.

—La bombilla está fundida —dijo el niño—. Siempre pasa lo mismo.

Nuestros ojos se acostumbraron a las sombras. Casi había luna llena y por las altas ventanas de la escalera se colaban los rayos blanquiazules que iluminaban el pasillo.

—No pasa nada —dije.

—Ya —contestó el niño con sobriedad—. Me alegro mucho de que estés aquí.

Ahora no parecía tan precoz. Me cogió de la mano y se agarró a mis dedos con comodidad y confianza, como si me conociera de toda la vida. Me sentí responsable y adulto. No sabía si lo que sentía por su hermana, que era mi novia, era amor, todavía no, pero me gustaba que el niño me tratara como si fuera de la familia. Me sentía como su hermano mayor y era más alto que él, y si en aquella casa había algo inquietante no lo habría admitido ni por todo el oro del mundo.

Los escalones cruzieron bajo la alfombra desgastada.

—Los Clic-Clac son los mejores monstruos del mundo —dijo el niño.

—¿Salen por la televisión?

—Creo que no. No creo que nadie sepa de dónde vienen. Suelen venir de la oscuridad.

—Buen sitio para un monstruo.

—Sí.

Recorrimos el pasillo del piso superior a oscuras, desplazándonos de un claro de luz de luna al siguiente. La verdad es que la casa era realmente grande. Me habría gustado tener una linterna.

—Vienen de la oscuridad —dijo el niño cogido de mi mano—. Creo que es probable que estén hechos de oscuridad. Y aparecen cuando no estás prestando atención. Entonces es cuando entran. Y entonces se te llevan a sus... no son nidos. ¿Cómo es esa palabra que es como nido pero es otra cosa?

—¿Casa?

—No. No es una casa.

—¿Madriguera?

Guardó silencio. Y entonces dijo:

—Sí, creo que es eso. Madriguera.

Me apretó la mano. Nos detuvimos.

—Vale. Así que cogen a las personas distraídas y se las llevan a sus madrigueras. ¿Y qué hacen entonces tus monstruos? ¿Te chupan toda la sangre, como los vampiros?

Él resopló.

—Los vampiros no te chupan toda la sangre. Sólo beben un poco. Lo justo para seguir con vida y, bueno, ya sabes, para poder volar y eso. Los Clic-Clac dan mucho

más miedo que los vampiros.

—A mí no me asustan los vampiros —le dije.

—A mí tampoco. A mí tampoco me dan miedo los vampiros. ¿Quieres saber lo que hacen los Clic-Clac? Se te beben —dijo el niño.

—¿Como una Coca-Cola?

—La Coca-Cola es mala para la salud —dijo el niño—. Si metes un diente dentro de una Coca-Cola, a la mañana siguiente se habrá disuelto. Así de mala es la Coca-Cola, y por eso tienes que lavarte los dientes cada noche.

Yo había oído la historia de la Coca-Cola cuando era niño, y de adulto me habían dicho que no era verdad, pero estaba convencido de que una mentira que promovía la higiene dental era una buena mentira, y lo dejé pasar.

—Los Clic-Clac se te beben —dijo el niño—. Primero te muerden, y entonces tú te deshaces por dentro, toda la carne y el cerebro y todo tu cuerpo, excepto los huesos y la piel, se convierten en una masa húmeda y pastosa, y entonces el Clic-Clac la succiona por los agujeros donde antes tenías los ojos.

—Eso es asqueroso —le dije—. ¿Te lo has inventado tú?

Habíamos llegado al último tramo de escaleras de aquella casa tan grande.

—No.

—No me puedo creer que los niños os inventéis estas cosas.

—No me has preguntado por el sonajero —me dijo.

—Es verdad. ¿Qué es el sonajero?

—Bueno —dijo con sensatez y seriedad, con una voz diminuta que resonaba en la penumbra—, cuando ya te ha reducido a huesos y piel, te cuelga de un gancho y tu esqueleto repica agitado por el viento.

—¿Y cómo son esos Clic-Clac?

Nada más hacer la pregunta me dieron ganas de retirarla y no haberla formulado. Pensé: «Son como arañas gigantes. Como la que había en la ducha esta mañana». Me dan miedo las arañas.

Me sentí aliviado cuando el niño dijo:

—Son como menos te lo esperas. Como algo a lo que no prestas atención.

Estábamos subiendo unos escalones de madera. Me agarré a la barandilla de mi izquierda y le cogí la mano con la derecha mientras él avanzaba a mi lado. Allí arriba olía a polvo y madera vieja. La luz de la luna era tenue, pero el niño caminaba con seguridad.

—¿Ya sabes qué historia vas a contarme cuando me vaya a dormir? —preguntó—. Ya te he dicho que no tiene por qué ser de miedo.

—La verdad es que no.

—Podrías hablarme de esta tarde. ¿Qué has hecho?

—No sé si eso te parecerá una buena historia. Mi novia acaba de trasladarse a una casa nueva en las afueras de la ciudad. La heredó de una tía o de algún pariente. Es una casa muy grande y muy vieja. Hoy pasaré mi primera noche con ella, por eso

llevo esperando una hora o así a que vuelva con sus compañeras de piso y traiga el vino y la comida italiana.

—¿Lo ves? —dijo el niño.

Ahí estaba de nuevo esa diversión precoz; pero todos los niños se ponen insoportables a ratos, cuando creen que saben algo que tú ignoras. Supongo que es bueno para ellos.

—Sabes todo eso. Pero no piensas. Te limitas a dejar que tu cerebro llene los agujeros.

Abrió la puerta del desván. Estaba completamente oscuro, pero la puerta abierta movió el aire y oí algo que se agitaba mecido por la brisa, como una bolsa delgada llena de huesos secos. Clic. Clac. Clic. Clac. Algo así.

Me habría apartado si hubiera podido; pero unos dedos pequeños y firmes tiraron de mí hacia delante y me hicieron entrar, implacables, en la oscuridad.



## Un conjuro contra la curiosidad

Hay mercadillos repartidos por toda Florida, y éste no era el peor. En su día había sido un hangar de aviones, pero el aeropuerto local llevaba ya más de veinte años cerrado. Había allí cien vendedores apostados tras sus mesas metálicas, la mayoría ofreciendo falsificaciones: gafas, relojes, bolsos o cinturones. Había una familia africana que vendía figuras de animales talladas en madera y, detrás de ellos, una mujer chillona y desaliñada llamada (jamás olvidaré el nombre) Charity Parrot, que vendía libros de bolsillo sin cubiertas y revistas *pulp* antiguas con el papel amarillo y arrugado, y, junto a ella, en la esquina, una mujer mexicana cuyo nombre nunca llegué a saber, que vendía carteles de películas y fotogramas ondulados por el tiempo.

A veces le compraba libros a Charity Parrot.

Al poco tiempo, la mujer de los carteles de películas se marchó y en su lugar apareció un hombrecillo con gafas de sol que extendió un mantel gris sobre la mesa metálica y lo llenó de figuritas. Me paré a examinarlas —era un conjunto de criaturas curiosas hechas con hueso gris, piedra y madera oscura—, y luego lo observé a él. Me pregunté si habría tenido algún accidente espantoso, de esos que sólo puede reparar la cirugía plástica: le pasaba algo en la cara, la tenía torcida, deformada. Estaba demasiado pálido. Su pelo era excesivamente negro y parecía una peluca, hecha tal vez con pelo de perro. Las gafas eran tan oscuras que le ocultaban los ojos por completo. No parecía fuera de lugar en absoluto en un mercadillo de Florida: todas las mesas eran atendidas por personas extrañas, y los que iban a comprar también eran raros.

No le compré nada.

La siguiente vez que estuve allí, Charity Parrot también se había marchado, y su lugar lo había ocupado una familia india que vendía cachimbas y toda clase de parafernalia para fumar, pero el hombrecillo de las gafas oscuras seguía en su rincón, al fondo del mercadillo, con su mantel gris. Sobre la tela había más figuritas de criaturas.

—No conozco ninguno de estos animales —le dije.

—No.

—¿Las haces tú?

Él negó con la cabeza. En un mercadillo no puedes preguntarle a nadie de dónde saca las cosas que vende. Hay pocas cosas que sean tabú en un mercadillo, pero ésta sí lo es: las fuentes son confidenciales.

—¿Vendes mucho?

—Lo suficiente para poder comer —dijo—. Dormir bajo techo. —Y entonces añadió—: Valen más de lo que pido por ellas.

Cogí una que me recordaba un poco el aspecto que tendría un ciervo si los ciervos fueran carnívoros, y le pregunté:

—¿Qué es esto?

Miró hacia abajo.

—Creo que es un gigante de barro primitivo. Es difícil de decir. —Y luego añadió—. Era de mi padre.

Entonces se oyó una campanilla que indicaba que el mercadillo estaba a punto de cerrar.

—¿Quieres comer algo? —le pregunté.

Me miró con recelo.

—Invito yo —le dije—. Sin compromiso. Hay un Denny's al otro lado de la carretera. O podemos ir al bar.

Se lo pensó un momento.

—Denny's está bien —dijo—. Nos vemos allí.

Lo esperé en Denny's. Media hora después ya daba por hecho que no vendría, pero me sorprendió y apareció al cabo de cincuenta minutos con una bolsa de piel marrón atada a la muñeca con un cordel largo. Imaginé que debía de contener dinero, porque colgaba como vacía, y no podía haber guardado allí todo su género. Al cabo de un rato se estaba comiendo un plato lleno de tortitas y, al final, mientras se tomaba el café, empezó a hablar.

El sol comenzó a desaparecer poco después del mediodía. Primero se vio un parpadeo, y luego una oscuridad repentina empezó a extenderse por un lado del sol y se desplazó por su superficie carmesí hasta que se volvió negro, como un trozo de carbón fuera del fuego, y la noche regresó al mundo.

Balthasar el Lento se apresuró colina abajo y dejó sus redes en los árboles; no le había dado tiempo a inspeccionarlas ni a vaciarlas. No dijo ni una sola palabra para no quedarse sin aliento, y se movió tan rápido como le permitía su extraordinaria corpulencia hasta que llegó a los pies de la colina y a la puerta de su choza, de una sola habitación.

—¡Venga, patán! ¡Ha llegado la hora! —gritó.

A continuación, se arrodilló y encendió un candil de aceite de pescado, que chisporroteaba, apestaba y ardía con una llama naranja intermitente.

Se abrió la puerta de la choza y salió el hijo de Balthasar. El hijo era un poco más alto que su padre y mucho más delgado, y era imberbe. Le habían puesto el nombre de su abuelo, y en vida de su abuelo se lo conocía como Farfal el Joven; ahora lo llamaban Farfal el Desafortunado, incluso en su presencia. Si se llevaba una gallina ponedora a su casa, el animal dejaba de poner huevos; si blandía un hacha contra un árbol, ésta se mellaba en un punto que causaba las mayores inconveniencias y las menores ventajas; si encontraba un tesoro medio enterrado dentro de una caja cerrada al borde de un camino, la llave de la caja se rompía en cuanto la hacía girar, dejando sólo un leve eco flotando en el aire, como si fuera un coro en la lejanía, y la caja se convertía en arena. Las jóvenes a las que demostraba su afecto se enamoraban de

otros hombres, se transformaban en grúes o las secuestraba algún deodand. Así era su vida.

—El sol se ha ocultado —dijo Balthasar el Lento a su hijo.

Farfal contestó:

—Entonces ya está. Esto es el fin.

Hacía más frío ahora que el sol se había ocultado.

Balthasar sólo dijo:

—Pronto lo será. Sólo nos quedan algunos minutos. Menos mal que me había preparado para este día.

Levantó el candil de aceite de pescado y entró en la choza.

Farfal siguió a su padre al interior de la minúscula morada, que consistía en una habitación amplia; en el fondo de la casa había una puerta cerrada. Balthasar se dirigió a esa puerta. Dejó el candil ante ella, cogió una llave que llevaba colgada al cuello y abrió la cerradura.

Farfal se quedó boquiabierto.

Sólo dijo:

—Los colores. —Y añadió—. No me atrevo a cruzarlos.

—Idiota —le dijo su padre—. Cruza y camina con cuidado.

Y entonces, como Farfal no hacía ademán de caminar, su padre lo obligó de un empujón a cruzar la puerta y la cerró.

Farfal se quedó allí y parpadeó, cegado por aquella luz sorprendente.

—Como verás —le dijo su padre mientras descansaba las manos en la enorme tripa y observaba la estancia en la que se encontraban—, temporalmente esta sala no existe en el mundo que conoces. Existe más de un millón de años antes de nuestro tiempo, en tiempos del Imperio remorano, un período marcado por la excelente música de laúd, una cocina exquisita y también por la belleza y la sumisión de sus esclavos.

Farfal se frotó los ojos y luego miró el marco de madera que colgaba suspendido en el centro de la estancia, un marco por el que acababan de salir como si fuera una puerta.

—Ahora empiezo a entender por qué siempre estabas tan ocupado —comentó—. Porque me parece que te he visto cruzar esta puerta para entrar en esta habitación muchas veces, y nunca me cuestioné nada, me limitaba a esperar a que volvieras.

Entonces Balthasar el Lento empezó a quitarse la ropa de arpillera negra hasta que se quedó desnudo, un hombre gordo con una larga barba blanca, cabello cano y corto, y luego comenzó a vestirse con batas de seda de colores vivos.

—¡El sol! —exclamó Farfal, mirando por el ventanuco de la habitación—. ¡Míralo! ¡Tiene el mismo color rojo anaranjado de un buen fuego! ¿Notas el calor que da? —Y a continuación añadió—: Padre, ¿por qué nunca se me había ocurrido preguntarte por qué pasabas tanto tiempo en la segunda habitación de nuestra choza de una sola estancia? ¿Ni siquiera hacer un comentario sobre la existencia de tal

habitación, aunque fuera hablando solo?

Balthasar se abrochó el último botón y ocultó su notable barriga con una bata de seda cubierta de bordados de monstruos elegantes.

—Eso debió de ser, en parte, por el conjuro contra la curiosidad de Empusa —admitió. Se sacó una pequeña caja negra que llevaba colgada al cuello, con ventanas y rejas, como si fuera una habitación minúscula, con el espacio justo para dar cabida a un escarabajo—. Esto, cuando se prepara y se conjura como es debido, nos protege de las miradas ajenas. Ni tú fuiste capaz de preguntarte por mis ausencias, ni la gente de este tiempo y este lugar se asombran de mí, ni de ninguna de las cosas que yo haya podido hacer que se consideren contrarias a las tradiciones y costumbres del decimoctavo y último gran Imperio remorano.

—Increíble —dijo Farfal.

—Lo que importa no es que el sol haya desaparecido, sino que en cuestión de horas, o de semanas a lo sumo, toda la vida de la Tierra morirá, y aquí y en este tiempo soy Balthasar el Astuto, mercader de las naves flotantes, vendedor de antigüedades, objetos mágicos y maravillas, y aquí, hijo mío, es donde te quedarás tú. Y para todos aquellos que se pregunten por tu procedencia, serás pura y simplemente mi sirviente.

—¿Tu sirviente? —dijo Farfal el Desafortunado—. ¿Y por qué no puedo ser tu hijo?

—Por varios motivos —declaró su padre—, todos demasiado triviales y secundarios como para discutirlos ahora. —Colgó la caja negra de un clavo que había en la esquina de la habitación. A Farfal le pareció ver una pierna o una cabeza, como si perteneciera a alguna criatura parecida a un escarabajo, que lo saludaba desde el interior de la caja, pero no se entretuvo a examinarla—. Y también porque en este tiempo tengo más hijos que he engendrado con mis concubinas, y tal vez no les alegre saber que tienen otro hermano. Aunque, dada la disparidad de las fechas de vuestros nacimientos, pasará más de un millón de años antes de que puedas heredar riqueza alguna.

—¿Eres rico? —preguntó Farfal, mirando con renovado interés la habitación en la que se encontraban.

Había pasado su vida en una choza de una sola habitación en los confines del tiempo, a los pies de una colina pequeña, sobreviviendo con la comida que su padre capturaba del aire con sus redes. Por regla general sólo eran aves marinas o lagartos voladores, aunque, de vez en cuando, también se quedaban otras cosas atrapadas en las redes: criaturas que afirmaban ser ángeles, o enormes cosas vanidosas con aspecto de cucaracha con altas coronas de metal, o sustancias gelatinosas enormes de color bronce. Las liberaban de la red y luego, o volvían a soltarlas en el aire, o se las comían, o se las cambiaban por otras cosas a las pocas personas que pasaban por allí.

Su padre sonrió y se acarició la impresionante barba blanca como si estuviera acariciando un animal.

—Ya lo creo —dijo—. En estos tiempos hay mucha demanda de guijarros y rocas pequeñas procedentes de los confines de la Tierra; hay hechizos, brujerías e instrumentos mágicos para los que son casi imprescindibles. Y yo comercio con esas cosas.

Farfal el Desafortunado asintió.

—Y si no quiero ser un sirviente y sólo quiero volver al mundo del que hemos venido a través del marco, ¿entonces, qué?

Balthasar el Lento se limitó a decir:

—Tengo poca paciencia para estas cosas. El sol se ha apagado. Dentro de unas horas, tal vez minutos, el mundo habrá llegado a su fin. Quizá también haya acabado el universo. No pienses más en eso. Lo que haré será conseguir un hechizo para encierros en el mercado de naves flotantes y lo colocaré en el marco. Y mientras yo voy a hacer eso, tú puedes ordenar y sacar brillo a todos los objetos que hay en este armario, con cuidado de no tocar la flauta verde (porque te proporcionará música, pero sustituirá la alegría de tu alma por un anhelo insaciable); y tampoco puedes mojar el bogadil de ónice. —Le dio a su hijo unas palmaditas afectuosas en la mano: ahora era una criatura gloriosa y resplandeciente envuelta en sus sedas de colorines—. Te he salvado la vida, chico —le dijo—. Gracias a mí has viajado a través del tiempo y ahora gozas de una vida nueva. ¿Qué importancia tiene que en esta vida seas sirviente en lugar de hijo? La vida es vida, y es infinitamente mejor que la alternativa, o eso creemos, porque nadie regresa para discutirlo. Ése es mi lema.

Y después de decir eso, rebuscó por detrás del marco, sacó un trapo gris y se lo tendió a Farfal.

—Toma. ¡A trabajar! Si te esmeras, te demostraré que los suntuosos banquetes de la antigüedad eran mucho mejores que las comidas a base de ave marina ahumada y raíz de ossaker en escabeche. No muevas el marco bajo ninguna circunstancia ni respondiendo a ninguna provocación. Su posición está calibrada con exactitud. Si lo mueves, podría dar acceso a cualquier lugar.

Tapó el marco con un trozo de tela para disimularlo y darle una apariencia menos importante de la que tenía un marco de madera enorme suspendido, sin ningún apoyo, en medio de la habitación.

Balthasar el Lento salió de allí por una puerta que Farfal no había visto. Oyó cómo se cerraban los pestillos. Farfal cogió el trapo y empezó a quitar el polvo y a pulir con desgana.

Algunas horas después vio una luz que procedía del marco y brillaba con tanta intensidad que traspasaba la tela que lo cubría, pero se desvaneció enseguida.

Balthasar el Astuto le presentó a Farfal a su familia como si el hijo fuera un sirviente. Farfal observó a los cuatro hijos de su padre y a sus siete concubinas (aunque no se le permitía hablar con ellos), le presentaron al Huscarle de la casa, que tenía las llaves, y a los criados, que corrían de un lado para otro obedeciendo las órdenes del Huscarle, y por debajo de los cuales no había nadie más en la casa, a

excepción de Farfal.

Los criados despreciaban a Farfal y su piel pálida, porque él era el único, aparte de su señor, a quien se le permitía entrar en el Sanctum Sanctorum, la habitación de las maravillas del señor Balthasar, un espacio donde, hasta el momento, el señor Balthasar siempre había entrado solo.

Y así fueron pasando los días, y las semanas, y Farfal dejó de asombrarse al ver el brillante sol rojo anaranjado, tan enorme y extraordinario, o los colores que teñían el cielo durante el día (entre los que predominaban el salmón y el malva), o los barcos que llegaban al mercado de naves flotantes procedentes de mundos lejanos, cargados de maravillas.

Farfal era infeliz, incluso a pesar de vivir rodeado de objetos preciosos, incluso en una edad olvidada, incluso en un mundo lleno de milagros. Y así se lo dijo a Balthasar la siguiente vez que el comerciante entró por la puerta del santuario.

—Esto es injusto.

—¿Qué es injusto?

—Que yo me dedique a limpiar y pulir maravillas y objetos preciosos mientras tú y tus otros hijos asistís a festines, fiestas y banquetes, y conocéis gente y demás, y disfrutáis de vivir aquí, en los albores del tiempo.

Balthasar le contestó:

—El hijo pequeño no siempre puede disfrutar de los mismos privilegios que sus hermanos mayores, y todos son mayores que tú.

—El pelirrojo sólo tiene quince años, el moreno tiene catorce, los gemelos no tienen más de doce, mientras que yo soy un hombre de diecisiete años...

—Te sacan más de un millón de años —dijo su padre—. No pienso seguir escuchando tonterías.

Farfal el Desafortunado se mordió el labio para reprimir su protesta.

Justo en ese momento se oyó un gran alboroto en el patio, como si se hubiera abierto una puerta enorme y se colaran por ella los gritos de los animales y los pájaros. Farfal corrió hasta el ventanuco y miró fuera.

—Hay unos hombres —dijo—. Desde aquí veo cómo se refleja la luz en sus armas.

Su padre no pareció sorprenderse.

—Pues claro —dijo—. Verás, tengo un trabajo para ti, Farfal. Debido a un optimismo erróneo por mi parte, casi no nos quedan piedras de esas con las que gano mis riquezas, y tengo que sufrir la humillación de saberme endeudado. Por eso tú y yo hemos de volver a casa y coger todo lo que podamos. Será más seguro si vamos los dos. Y el tiempo apremia.

—Te ayudaré —dijo Farfal—, si te comprometes a tratarme mejor.

Se oyó un grito procedente del patio.

—¿Balthasar? ¡Granuja! ¡Estafador! ¡Mentiroso! ¿Dónde están mis treinta piedras?

La voz era grave y penetrante.

—Te trataré mucho mejor —le prometió su padre—. Te lo juro.

Se acercó al marco y retiró la tela. No se veía ninguna luz, dentro del marco de madera no había nada salvo una oscuridad profunda y amorfa.

—Quizá el mundo haya desaparecido por completo —dijo Farfal—, y ahora ya no quede nada de nada.

—Allí sólo han pasado unos cuantos segundos desde que cruzamos —le explicó su padre—. Así es la naturaleza del tiempo. Fluye más rápido cuando es joven y el cauce es más estrecho; al final de todas las cosas, el tiempo se ha extendido y ralentizado, como un vertido de aceite sobre un estanque en calma.

Luego retiró a la criatura perezosa con la que había hechizado el marco para sellarlo, y empujó el interior de la estructura, que se abrió despacio. Se coló una ráfaga de viento helado por el marco y Farfal se estremeció.

—Nos llevas directos a la muerte, padre —dijo.

—Todos moriremos —respondió su padre—. Y, sin embargo, aquí estás, un millón de años antes de tu nacimiento, y todavía con vida. La verdad es que todos estamos hechos de milagros. Escucha, hijo, aquí tienes una bolsa que, como descubrirás muy pronto, ha sido hechizada con la infiltración de la capacidad extraordinaria de Swann, y sostendrá todo lo que metas en ella sin importar el peso, la masa o el volumen. Cuando lleguemos allí, debes coger todas las piedras que puedas y meterlas en la bolsa. Yo subiré a la colina y miraré si hay algún tesoro atrapado en las redes, o alguna cosa que se pueda considerar un tesoro en este tiempo y este lugar.

—¿Voy yo primero? —preguntó Farfal asiendo la bolsa con fuerza.

—Claro.

—Hace mucho frío.

Por toda respuesta, su padre lo empujó por la espalda con un dedo firme. Farfal reptó bajo el marco entre protestas y su padre lo siguió.

—Esto no me gusta nada —dijo Farfal.

Salieron de la choza en el fin del tiempo y Farfal se agachó para coger piedras. Metió la primera en la bolsa, donde desprendió un brillo verde. Cogió otra. El cielo estaba oscuro, pero parecía que algo se hubiera apropiado del firmamento, algo amorfo.

Hubo un resplandor no muy distinto a un rayo, y gracias al reflejo pudo ver a su padre recogiendo las redes de los árboles en lo alto de la colina.

Un chisporroteo. Las redes ardieron y desaparecieron. Balthasar corrió colina abajo con torpeza y sin aliento. Señaló el cielo.

—¡Es la Nada! —dijo—. ¡La Nada se ha tragado la cumbre de la colina! ¡La Nada se ha adueñado de todo!

Entonces empezó a soplar un viento poderoso y Farfal vio cómo su padre chisporroteaba, se elevaba en el aire y luego se desvanecía. Se alejó de la Nada: era la oscuridad del interior de la oscuridad y se veían relámpagos minúsculos centelleando

en sus confines; entonces se dio la vuelta y corrió, entró en la choza y se dirigió hacia la puerta de la segunda habitación. Pero no la cruzó. Permaneció en la entrada y se volvió hacia la Tierra Moribunda. Farfal el Desafortunado observó cómo la Nada se llevaba las paredes exteriores, las colinas y los cielos, y contempló, sin un parpadeo, cómo la Nada se tragaba el sol frío; observó hasta que lo único que quedó fue una informalidad oscura que tiraba de él, como si estuviera impaciente por acabar con todo.

Fue entonces cuando Farfal entró en la habitación interior de la choza, y salió al santuario de su padre de hacía un millón de años.

Se oyó un golpe en la puerta de fuera.

—¿Balthasar? —Era la voz que habían oído en el patio—. Te concedí el día que me pediste, desgraciado. Ahora dame mis treinta piedras. Si no me entregas mis piedras, cumpliré mi palabra: me llevaré a tus hijos a otro mundo, a trabajar a las Minas Bdelium de Telb, y las mujeres trabajarán como músicas en el palacio del placer de Luthius Limn, donde tendrán el honor de interpretar dulces melodías mientras yo, Luthius Limn, bailo, canto y hago el amor atlética y apasionadamente con mis catamitos. No pienso escatimar aliento para describir el destino que tendría reservado para tus sirvientes. Tu hechizo para esconderte es inútil porque, como ves, he encontrado esta habitación con relativa facilidad. Ahora dame mis treinta piedras antes de que abra la puerta y derrita tu cuerpo obeso hasta convertirlo en un montón de grasa y tire tus huesos a los perros y los deodands.

Farfal tembló de miedo. «Tiempo —pensó—. Necesito tiempo».

Adoptó un tono de voz lo más grave que pudo y dijo:

—Un momento, Luthius Limn. Estoy en medio de una compleja operación mágica para purgar tus piedras de las energías negativas. Si me molestas mientras lo hago, las consecuencias serán catastróficas.

Farfal miró a su alrededor. La única ventana que había era demasiado pequeña para salir por ella, y Luthius Limn estaba al otro lado de la única puerta de la habitación.

—Sí que soy desafortunado —suspiró.

Entonces cogió la bolsa que le había dado su padre y metió dentro todas las baratijas, los retazos y bagatelas que encontró, con cuidado de no tocar la flauta verde. Los objetos desaparecieron en el interior de la bolsa, que seguía sin pesar y no parecía más llena que antes.

Se quedó mirando el marco suspendido en el centro de la habitación. Era la única salida y conducía a la Nada, al fin de todo.

—¡Ya basta! —tronó la voz al otro lado de la puerta—. Se me ha acabado la paciencia, Balthasar. Mis cocineros freirán tus órganos internos esta noche.

Se oyó un fuerte estallido, como si algo hubiera chocado contra la puerta, como si estuvieran aporreándola con algo duro y pesado.

Luego se oyó un grito y después el silencio.

La voz de Luthius Limn:



—¿Está muerto?

Otra voz —Farfal pensó que parecía la de uno de sus hermanastros— dijo:

—Me parece que algún hechizo protege y vigila la puerta.

—En ese caso, atravesaremos la pared —estalló Luthius Limn con decisión.

Farfal era desafortunado, pero no tonto. Bajó la caja negra lacada del clavo donde la había colgado su padre. Oyó algo que correteaba y se movía en su interior.

—Mi padre me dijo que no moviera el marco —susurró para sí.

Entonces apoyó el hombro contra la madera y empujó con fuerza hasta que consiguió mover aquel marco tan pesado poco más de un centímetro. La oscuridad que se veía a través del marco empezó a cambiar, y el espacio se llenó de una luz de color gris perla.

Se colgó la caja del cuello.

—Así bastará —dijo Farfal el Desafortunado, y, mientras algo golpeaba la pared de la habitación, cogió una tira de tela, se ató a la muñeca izquierda la bolsa de piel que contenía todos los tesoros de Balthasar el Astuto, y cruzó el marco.

Al otro lado había luz, tan brillante que tuvo que cerrar los ojos para cruzar.

Farfal empezó a caer.

Agitó los brazos en el aire mientras apretaba los ojos con fuerza ante aquella luz cegadora, y sintió el latigazo del viento al pasar.

Algo detuvo la caída y lo engulló: agua, salobre, cálida, y Farfal intentó estabilizarse, tan sorprendido que no podía ni respirar. Emergió, sacando la cabeza del agua, y respiró hondo. Luego nadó hasta que pudo agarrarse a alguna clase de planta, y se impulsó con pies y manos hasta salir gateando del agua verde y caminar por aquella tierra esponjosa y seca, en la que iba dejando un reguero de agua.

—La luz —dijo aquel hombre en Denny's—. La luz era cegadora. Y el sol todavía no había salido. Pero conseguí esto —se tocó la montura de las gafas—, y no me expongo a la luz del sol para que no se me queme la piel.

—¿Y ahora qué? —le pregunté.

—Vendo las figuritas —dijo—. Y busco otro marco.

—¿Quieres regresar a tu tiempo?

Él negó con la cabeza.

—Está muerto —dijo—. Y todo lo que yo conocía, y todos mis semejantes. Está todo muerto. No pienso regresar a la oscuridad del fin del tiempo.

—¿Y entonces qué?

Se rascó el cuello. Por la abertura de su camisa pude ver una pequeña caja negra que le colgaba del cuello, no mayor que un relicario, y dentro había algo que se movía. Pensé que era un escarabajo. Pero hay escarabajos grandes en Florida. No son raros.

—Quiero regresar al principio —dijo—. Donde empezó todo. Quiero estar allí, en

la luz del despertar del universo, el origen de todo. Si voy a quedarme ciego, que sea por eso. Quiero estar allí cuando nazcan los soles. Esta luz antigua no es lo bastante brillante para mí.

Entonces cogió la servilleta y metió la mano en la bolsa de piel. Con mucho cuidado para tocarla sólo a través de la tela, sacó un instrumento parecido a una flauta, de unos treinta centímetros de largo, hecho de jade verde o algo similar, y lo dejó encima de la mesa delante de mí.

—Por la comida —dijo—. Es mi forma de agradecértelo.

A continuación, se levantó y se marchó, y yo me quedé allí sentado mirando fijamente la flauta durante mucho tiempo. Al final alargué la mano y percibí su frialdad con la yema de los dedos, y luego, con mucha suavidad, y sin atreverme a soplar por el agujero ni intentar tocar música del fin del tiempo, me llevé la boquilla a los labios.

## «Y llora, como Alejandro»

El hombrecillo entró a toda prisa en el Fountain y pidió un whisky doble.

—Porque me lo merezco —anunció a todo el pub.

Parecía exhausto, estaba sudado y despeinado, como si no hubiera dormido en varios días. Llevaba una corbata, pero el nudo se le había aflojado tanto que estaba casi deshecho. Tenía el pelo gris, pero es posible que, en su día, fuera pelirrojo.

—Seguro que sí —dijo Brian.

—¡Ya lo creo! —contestó el hombre. Le dio un sorbo al whisky como para averiguar si le gustaba o no, y luego, satisfecho, se bebió de golpe la mitad del vaso. Se quedó completamente quieto un momento, como una estatua—. Escucha —dijo—. ¿Oyes eso?

—¿El qué? —preguntó.

—Una especie de ruido de fondo que acaba convirtiéndose en cualquier canción que te apetezca escuchar cuando te concentras mucho.

Escuché.

—No —dije.

—Exacto —dijo el hombre, extraordinariamente ufano—. ¿No es maravilloso? Ayer todos los clientes del Fountain se quejaban del Wispamuzak. El profesor Mackintosh se lamentaba de tener metida en la cabeza *Bohemian Rhapsody* de Queen y de que esa canción lo perseguía por todo Londres. Hoy ha desaparecido, como si nunca hubiera existido. Ninguno de vosotros puede recordar siquiera que haya existido. Y todo es gracias a mí.

—¿Que yo qué? —preguntó el profesor Mackintosh—. ¿Qué dice de la reina? —Y añadió—: ¿Lo conozco de algo?

—Sí que nos conocimos —contestó el hombrecillo—. Pero me temo que la gente siempre me olvida. Es por culpa de mi trabajo.

Cogió la cartera, sacó una tarjeta de visita y me la ofreció:

### OBEDIAH POLKINGHORN

decía, y debajo, en letras pequeñas:

#### DESINVENTOR

—Si no le importa que se lo pregunte —le dije—, ¿qué es un desinventor?

—Es una persona que desinventa cosas —respondió. Levantó el vaso, que estaba casi vacío—. Ah. Disculpa, Sally, necesito otro whisky doble.

Los demás clientes que había en el pub aquella tarde parecían haber decidido que el hombre estaba loco y que no les interesaba. Habían retomado sus conversaciones. Sin embargo, yo me quedé cautivado.

—Y dígame —dije, resignándome a mi naturaleza conversadora—. ¿Hace mucho tiempo que es usted desinventor?

—Desde que era bastante joven —me explicó—. Empecé a desinventar cuando tenía dieciocho años. ¿Alguna vez se ha preguntado por qué no tenemos mochilas-cohete?

En realidad sí que me lo había preguntado.

—Cuando era un niño vi que hablaban sobre esas mochilas en el programa sobre ciencia y tecnología de la BBC, *Tomorrow's World* —dijo Michael, el propietario—. Un hombre voló con una. Luego aterrizó. Raymond Burr parecía convencido de que todos tendríamos una de esas muy pronto.

—Ah, pero no las tenemos —terció Obediah Polkinghorn—, porque yo las desinventé hará unos veinte años. Tuve que hacerlo. Estaban volviendo loco a todo el mundo. O sea, parecían muy atractivas y baratas, pero en cuanto captaron la atención de miles de adolescentes aburridos que empezaron a ponérselas, a volar por todas partes, a salir por las ventanas de sus habitaciones, a estamparse contra los coches voladores...

—Espere —dijo Sally—. Los coches voladores no existen.

—Ciertamente —dijo el hombrecillo—, pero sólo porque yo los desinventé. Te asombraría saber los atascos que provocaban. Cuando uno levantaba la cabeza, sólo veía los culos de esos malditos coches voladores hasta donde alcanzaba la vista. Había días que ni se veía el cielo. La gente tiraba basura por la ventana del coche... Eran fáciles de manejar, y funcionaban con energía gravitosolar, claro está, pero no me di cuenta de que había que eliminarlos hasta que oí en Radio Cuatro a una mujer hablando sobre ellos que se lamentaba diciendo: «¿Por qué, oh, por qué no nos quedamos con los coches terrestres?». Y tenía su parte de razón. Había que hacer algo. Y los desinventé. Hice una lista de inventos sin los que el mundo estaría mejor y los fui desinventando uno por uno.

Llegados a aquel punto, el hombre tenía cada vez más audiencia. Me alegré de disponer de un buen sitio.

—También supuso mucho trabajo —prosiguió—. Verás, es casi imposible no inventar el coche volador una vez inventados los Lumenbubble. Así que también tuve que desinventarlos. Y añoro el Lumenbubble individual: una fuente de luz portátil incorpórea, que flotaba medio metro por encima de tu cabeza y funcionaba siempre que querías. Era un invento maravilloso. Pero lo deshecho, deshecho está, y no se puede hacer una tortilla sin romper algunos huevos.

—¿No esperará que nos creamos nada de todo esto? —dijo alguien, creo que fue Jocelyn.

—Claro —dijo Brian—. O sea, ahora nos dirá que usted desinventó la nave espacial.

—Pues es que lo hice —dijo Obediah Polkinghorn. Parecía extremadamente ufano—. Dos veces. Tuve que hacerlo. Verás, en cuanto salimos al espacio y partimos

hacia otros planetas y más allá, nos topamos con cosas que estimularon muchos otros inventos. El Transportador Instantáneo de Polaroid. Ése fue el peor. Y el Traductor Telepático de Mockett. Ése también fue el peor. Pero mientras no se trate de algo peor que un cohete a la luna, puedo mantenerlo todo bajo control.

—¿Y cómo desinventa las cosas, exactamente? —le pregunté.

—Es complicado —admitió él—. Todo tiene que ver con descoser hilos de probabilidad en el tejido de la creación, que es un poco como desencontrar una aguja en un pajar. Pero suelen ser largos y están enredados, como los espaguetis. O sea, que es como tener que desencontrar un espagueti en un pajar.

—Parece un trabajo duro —dijo Michael, y yo le hice una seña para que me sirviera otra media pinta de sidra.

—Es complejo —dijo el hombrecillo—. Sí. Pero me enorgullezco de hacerlo bien. Me levanto cada día y, aunque haya tenido que deshacer algo que podría haber sido maravilloso, pienso: Obediah Polkinghorn, el mundo es un lugar más feliz gracias a algo que tú has desinventado.

Fijó la mirada en el whisky que le quedaba e hizo girar el líquido en el interior del vaso.

—El problema es —prosiguió— que ahora que ya no existe el Wispamuzak, se ha acabado. He terminado. Ya lo he desinventado todo. Ya no quedan horizontes por desconquistar, ya no hay montañas por desescalar.

—¿La energía nuclear? —sugirió «Tweet» Peston.

—Es anterior a mi época —explicó Obediah—. No puedo desinventar cosas que se inventaran antes de que yo naciera. Si no, podría desinventar algo que condujera a mi nacimiento y... ¿adónde nos llevaría eso? —Nadie sugirió nada—. Metidos hasta las cejas en mochilas-cohete y coches voladores, ahí nos llevaría —nos dijo—. Por no mencionar el Emolumento Marciano de Morrison. —Por un momento pareció bastante triste—. Oh. Eso era repugnante. Y una cura para el cáncer. Pero, sinceramente, teniendo en cuenta lo que supuso para los océanos, me quedo con el cáncer.

»No. He desinventado todo lo que tenía en mi lista. Debo volver a casa —dijo Obediah Polkinghorn con valentía—, y llorar, como Alejandro, porque ya no me quedan más mundos que desconquistar. ¿Qué queda por desinventar?

Se hizo el silencio en el Fountain.

En medio del silencio sonó el iPhone de Brian. Su tono de llamada era la canción *Cheese and Onions* de los Rutles.

—¿Sí? —dijo. Y luego—: Ahora te llamo.

Es lamentable que la presencia de un teléfono pueda afectar tanto a la gente que lo rodea. A veces pienso que es porque nos acordamos de cuando en los bares podíamos fumar, y sacamos todos juntos el teléfono de la misma forma que, en su día, sacábamos nuestros paquetes de cigarrillos. Pero probablemente se deba a que nos aburrirnos con facilidad.

Sea cual fuere el motivo, la cuestión es que todo el mundo sacó el teléfono.

Crown Baker nos hizo una fotografía a todos juntos y la subió a Twitter. Jocelyn se puso a leer sus mensajes de texto. «Tweet» Peston tuiteó que estaba en el Fountain y que había conocido a su primer desinventor. El profesor Mackintosh buscó los resultados de los partidos, nos los comunicó, y luego le escribió un correo electrónico a su hermano, que vivía en Inverness, para quejarse de ellos. Aparecieron los teléfonos y la conversación se terminó.

—¿Qué es eso? —preguntó Obediah Polkinghorn.

—Es el iPhone 5 —dijo Ray Arnold levantando el suyo—. Crown está utilizando un Nexus X. Ése utiliza el sistema Android. Teléfonos. Internet. Cámara. Música. Pero son las aplicaciones. O sea, ¿sabía que hay más de mil aplicaciones con sonidos de pedos sólo en el iPhone? ¿Quiere oír la aplicación no oficial de pedos de los Simpson?

—No —respondió Obediah—. En absoluto. Claro que no. —Dejó su copa sin terminar. Se anudó bien la corbata. Se puso el abrigo—. No va a ser fácil —dijo como para sí mismo—. Pero, por el bien de todos...

Y entonces guardó silencio. Y sonrió.

—Ha sido un placer hablar con todos vosotros —anunció a nadie en particular mientras salía del Fountain.

# Las nada en punto

## I

Los Señores del Tiempo construyeron una cárcel. La erigieron en un tiempo y en un lugar que son igual de inimaginables para cualquier entidad que nunca haya salido del sistema solar en el que fue engendrada, o que sólo haya experimentado el viaje hacia el futuro de segundo en segundo, y eso yendo hacia delante. Se construyó sólo para los Kin. Era inexpugnable: consistía en un complejo de habitaciones pequeñas y bien amuebladas (porque los Señores del Tiempo no eran monstruos; podían ser compasivos cuando les convenía) y se encontraba fuera de la fase temporal del resto del universo.

En dicho lugar sólo existían esas habitaciones: el abismo entre los microsegundos no se podía cruzar. Como consecuencia de ello, esas habitaciones se convirtieron en un universo en sí mismas, un espacio que se nutría de la luz, el calor y la gravedad del resto de la creación, y siempre estaba una fracción de momento más lejos.

El Kin deambulaba por sus habitaciones, era paciente e inmortal, y siempre estaba a la espera.

Esperaba una pregunta. Podía esperar hasta el fin del tiempo. (Pero incluso entonces, cuando el tiempo acabara, los Kin nunca lo percibirían, pues vivían encarcelados en ese micromomento ajeno al tiempo).

Los Señores del Tiempo mantenían la prisión con motores enormes que construyeron en los corazones de los agujeros negros y que eran inalcanzables. Nadie podía llegar a esos motores, salvo los propios Señores del Tiempo. Todos aquellos motores estaban contruidos a prueba de fallos. Nada podía salir mal.

Mientras existieran los Señores del Tiempo, los Kin seguirían en su cárcel y el resto del Universo estaría a salvo. Así eran las cosas, y así seguirían siendo siempre.

Y si algo salía mal, los Señores del Tiempo lo sabrían. Incluso si, por algún motivo inconcebible, cualquiera de los motores fallara, las señales de emergencia sonarían en Gallifrey mucho antes de que la cárcel de los Kin regresara a nuestro tiempo y a nuestro universo. Los Señores del Tiempo habían pensado en todo.

Lo habían calculado todo excepto la posibilidad de que un día ya no existieran Señores del Tiempo, ni tampoco Gallifrey. Ya no quedaban Señores del Tiempo en el universo, excepto uno.

Por eso, cuando la cárcel tembló y se derrumbó, como en un terremoto, y precipitó al Kin, y cuando el Kin levantó la vista desde su cárcel y vio la luz de las galaxias y los soles sobre ella, sin intermediarios y sin filtros, y supo que había regresado al universo, entonces supo que sólo sería una cuestión de tiempo que le

formularan de nuevo la pregunta.

Y como los Kin eran cuidadosos, se llevaron reservas del universo en el que se encontraban. No pensaban en vengarse: ésa no era su naturaleza. Querían lo que habían deseado siempre. Y además...

Seguía existiendo un Señor del Tiempo en el universo.

El Kin tenía que hacer algo al respecto.

## II

El miércoles, Polly Browning, una niña de once años, asomó la cabeza en el despacho de su padre.

—Papá, hay un hombre en la puerta con una careta de conejo que dice que quiere comprar la casa.

—No digas tonterías, Polly.

El señor Browning estaba sentado en la esquina de la habitación a la que le gustaba llamar despacho, y que el agente inmobiliario calificó, con optimismo, de tercera habitación, aunque en ella apenas cabía un armario archivador y una mesa para jugar a las cartas, sobre la que descansaba un ordenador Amstrad nuevo. El señor Browning estaba introduciendo en el ordenador los números de una montaña de recibos; lo hacía con cautela y esbozando muecas. Cada media hora guardaba el trabajo que había hecho hasta el momento, y el ordenador chirriaba durante algunos minutos mientras lo almacenaba todo en un disquete.

—No son tonterías. Dice que te dará setecientos cincuenta mil libras por la casa.

—Eso sí que es una tontería. La casa se vende por ciento cincuenta mil.

«Y tendremos suerte si conseguimos sacar esa cantidad, tal como está el mercado», pensó, pero no lo dijo. Era el verano de 1984, y el señor Browning estaba desesperado por encontrar un comprador para la pequeña casa del final de Claversham Row.

Polly asintió meditabunda.

—Creo que deberías ir a hablar con él.

El señor Browning se encogió de hombros. Tenía que guardar el trabajo que había hecho hasta el momento. Mientras el ordenador emitía su ruidosa protesta, el señor Browning bajó las escaleras. Polly, que tenía pensado subir a su habitación a escribir su diario, decidió sentarse en la escalera para averiguar qué pasaría a continuación.

En el jardín de delante había un hombre alto con una careta de conejo. No era una máscara particularmente convincente. Le tapaba toda la cara y le sobresalían dos orejas largas por encima de la cabeza. Llevaba un maletín de piel marrón que al señor Browning le recordó a los maletines que en su infancia llevaban los médicos.

—Verá —empezó a decir el señor Browning, pero el hombre de la careta de conejo se llevó un dedo enguantado a sus labios de conejo pintados, y el señor



Browning guardó silencio.

—Pregúnteme qué hora es —dijo una voz tranquila que procedía de detrás del hocico inmóvil de la máscara de conejo.

El señor Browning dijo:

—Tengo entendido que está usted interesado en la casa.

El cartel de SE VENDE de la entrada estaba sucio y veteado por la lluvia.

—Es posible. Puede llamarme señor Conejo. Pregúnteme qué hora es.

El señor Browning sabía que debía llamar a la policía. Debía hacer algo para que ese hombre se marchara. ¿Qué clase de loco se paseaba por ahí con una careta de conejo?

—¿Por qué lleva una máscara de conejo?

—Ésa no es la pregunta correcta. Pero llevo una careta de conejo porque represento a una persona famosa y muy importante que valora su intimidad. Pregúnteme qué hora es.

El señor Browning suspiró.

—¿Qué hora es, señor Conejo? —preguntó.

El hombre de la máscara de conejo se irguió. Su lenguaje corporal transmitía alegría y regocijo.

—Es la hora de que se convierta usted en el hombre más rico de Claversham Row —dijo—. Voy a comprarle su casa, al contado, por más de diez veces su valor, porque en este momento es perfecta para mí.

Abrió el maletín de piel marrón y sacó varios fajos de billetes, todos de quinientas libras —«cuéntelo, adelante, cuéntelo»—, divididos en billetes de cincuenta libras nuevos, y dos bolsas de plástico del supermercado, donde metió los fajos.

El señor Browning examinó el dinero. Parecía de verdad.

—Yo... —Vaciló. ¿Qué debía hacer?—. Necesitaré algunos días. Para ingresarlo. Asegurarme de que no son falsos. Y tendremos que redactar un contrato, claro.

—El contrato ya está redactado —dijo el hombre de la máscara de conejo—. Firme aquí. Si el banco dice que tiene sospechas sobre el dinero, puede quedárselo, y también la casa. Volveré el sábado para tomar posesión de la casa. Podrá sacarlo todo para entonces, ¿verdad?

—No lo sé —contestó el señor Browning. Y luego añadió—. Estoy seguro de que sí. O sea, claro, por supuesto.

—Volveré el sábado —dijo el hombre de la máscara de conejo.

—Qué forma tan rara de hacer negocios —dijo el señor Browning.

Estaba en la puerta de su casa con dos bolsas de plástico que contenían setecientos cincuenta mil libras.

—Sí —admitió el hombre de la careta de conejo—. Así es. Nos vemos el sábado.

Se marchó. Para el señor Browning su partida supuso un alivio. Lo había asaltado la convicción irracional de que, si le hubiera quitado la máscara, no habría visto nada debajo.

Polly subió a contarle a su diario todo lo que había visto y oído.

El jueves llamó a la puerta un joven alto con una chaqueta de tweed y pajarita. No había nadie en casa y no contestó nadie, así que, después de rodear la casa, se marchó.

El sábado, el señor Browning estaba en su cocina vacía. Había ingresado todo el dinero sin problemas, lo que le había permitido liquidar todas sus deudas. Habían metido los muebles que pensaban quedarse en un camión de mudanzas y se los habían enviado al tío del señor Browning, que tenía un garaje enorme sin utilizar.

—¿Y si todo es una broma? —preguntó la señora Browning.

—No sé qué podría tener de gracioso darle a alguien setecientas cincuenta mil libras —dijo el señor Browning—. El banco dice que el dinero es legal. No se ha denunciado ningún robo. Sólo se trata de una persona rica y excéntrica que ha querido comprar nuestra casa por mucho más de lo que vale.

Habían reservado dos habitaciones en un hotel de la zona, aunque fue más difícil encontrarlas de lo que el señor Browning había supuesto. También tuvo que convencer a la señora Browning, que era enfermera, de que ahora podían permitirse alojarse en un hotel.

—¿Qué pasa si no vuelve? —preguntó Polly.

Estaba sentada en la escalera leyendo un libro.

El señor Browning dijo:

—No seas tonta.

—No llames tonta a tu hija —dijo la señora Browning—. Lleva parte de razón. No tienes ningún nombre, ni un teléfono ni nada.

Eso era injusto. Tenía un contrato, y el nombre del comprador estaba bien claro: N. M. de Plume. También figuraba una dirección de un despacho de abogados de Londres, y el señor Browning los había telefoneado y le habían dicho que sí, que todo era perfectamente legal.

—Es un excéntrico —dijo el señor Browning—. Un millonario excéntrico.

—Apuesto a que es él mismo quien se esconde detrás de esa máscara de conejo —opinó Polly—. El millonario excéntrico.

Sonó el timbre. El señor Browning fue a la puerta, seguido de su mujer y su hija; ambas esperaban conocer al nuevo propietario de su casa.

—Hola —dijo la mujer con la máscara de gato.

No era una careta muy realista. Polly podía verle los ojos brillando por detrás.

—¿Es usted la nueva propietaria? —preguntó el señor Browning.

—O eso, o soy la representante del propietario.

—¿Dónde está... su amigo? El de la máscara de conejo.

A pesar de la máscara, la joven (¿era joven?, en cualquier caso, su voz sonaba joven) parecía eficiente y casi grosera.

—¿Ya han sacado todas sus cosas? Me temo que todo lo que se dejen pasará a ser propiedad del nuevo dueño.

—Nos hemos llevado todo lo importante.

—Bien.

Polly dijo:

—¿Podré venir a jugar en el jardín? En el hotel no hay jardín.

Había un columpio en el roble del jardín trasero, y a Polly le encantaba sentarse allí a leer.

—No seas tonta, cariño —dijo el señor Browning—. Compraremos una casa nueva y allí tendrás un jardín con columpios. Te pondré columpios nuevos.

La señora con la careta de gato se agachó.

—Soy la señora Gato. Pregúntame qué hora es, Polly.

Polly asintió.

—¿Qué hora es, señora Gato?

—Es hora de que tú y tu familia os marchéis de este sitio y no volváis a mirar atrás —dijo la señora Gato, pero lo dijo con amabilidad.

Polly le dijo adiós a la mujer con la careta de gato cuando llegó al final del camino del jardín.

### III

Estaban en la sala de control de la TARDIS, de vuelta a casa.

—Sigo sin entenderlo —decía Amy—. ¿Por qué se enfadaron tanto contigo los habitantes del pueblo esqueleto? Pensaba que querían liberarse del gobierno del Rey Sapo.

—No se enfadaron conmigo por eso —dijo el joven con la chaqueta de tweed y la pajarita. Se pasó la mano por el pelo—. Creo que en realidad estaban bastante contentos de ser libres. —Recorrió con las manos el panel de control de la TARDIS para accionar alguna palanca y dar unos golpecitos en los diales—. Sólo estaban un poco enfadados conmigo porque me llevé su chisme contorsionista.

—¿Chisme contorsionista?

—Está en... —Gesticuló con imprecisión agitando unos brazos que parecían compuestos, básicamente, de codos y articulaciones—. Está encima de ese objeto mesoide de ahí. Se lo confisque.

Amy parecía furiosa. No estaba enfadada, pero a veces le gustaba transmitir la impresión de que lo estaba sólo para demostrarle quién mandaba.

—¿Por qué nunca llamas a las cosas por su nombre? ¿Ese objeto mesoide de ahí? Se llama «mesa».

La chica se acercó a la mesa. El chisme contorsionista era brillante y elegante: era del tamaño y la forma habitual de una pulsera, pero se retorció de tal modo que costaba seguir sus movimientos con la vista.

—¿Ah, sí? Qué bien. —Parecía contento—. Lo recordaré.

Amy cogió el chisme contorsionista. Estaba frío y pesaba mucho más de lo que parecía.

—¿Por qué lo confiscaste? ¿Y por qué dices «confiscar»? Eso es lo que hacen los profesores cuando llevas algo que no debes al colegio. Mi amiga Mels tiene el récord de objetos confiscados de mi escuela. Una noche nos pidió a mí y a Rory que montáramos un poco de follón mientras ella forzaba el armario de material de los profesores, que era donde estaban todas sus cosas. Tuvo que subir al tejado y colarse por la ventana del lavabo de profesores...

Pero el Doctor no estaba interesado en las proezas de los amigos del colegio de Amy. Nunca lo había estado. Dijo:

—Confiscado. Por su propia seguridad. Tecnología que no deberían tener. Probablemente robado. Capaz de generar un bucle en el tiempo. Podría haber provocado un desastre. —Tiró de una palanca—. Y ya estamos aquí. Todo cambia.

Se oyó un chirrido rítmico, como si los motores del universo protestaran, una ráfaga de aire desplazado, y una enorme cabina de policía se materializó en el jardín trasero de la casa de Amy Pond. Era el principio de la segunda década del siglo XXI.

El Doctor abrió la puerta de la TARDIS. Y entonces dijo:

—Qué raro.

Se quedó en la puerta sin hacer ningún ademán de salir. Amy se acercó a él. El Doctor extendió un brazo para evitar que ella saliera de la TARDIS. Hacía un día perfectamente soleado, apenas había nubes.

—¿Qué ocurre?

—Todo —dijo—. ¿No lo notas?

Amy miró su jardín. Las plantas estaban demasiado altas y se veía descuidado, pero por lo que ella recordaba siempre había sido así.

—No —contestó Amy. Y entonces añadió—: Está tranquilo. No hay coches. Ni pájaros. Nada.

—No hay ondas de radio —dijo el Doctor—. Ni siquiera Radio Cuatro.

—¿Puedes oír las ondas de radio?

—Claro que no. Nadie puede oír las ondas de radio —dijo él, aunque no sonaba muy convincente.

Y entonces fue cuando la voz dijo:

«ATENCIÓN, VISITANTES. ESTÁN ENTRANDO EN TERRITORIO KIN. ESTE MUNDO ES PROPIEDAD KIN. ESTÁN ENTRANDO ILEGALMENTE».

Era una voz extraña, como un susurro, y Amy sospechaba que la oía, principalmente, en su cabeza.

—Esto es la Tierra —dijo Amy—. No te pertenece. —Y luego añadió—: ¿Qué

has hecho con la gente?

«SE LA COMPRAMOS. MURIERON DE FORMA NATURAL POCO DESPUÉS. FUE UNA PENA».

—¡No te creo! —gritó Amy.

«NO SE VIOLÓ NINGUNA LEY GALÁCTICA. EL PLANETA SE COMPRÓ DE FORMA LEGAL Y LEGÍTIMA. LA PROCLAMACIÓN DE LAS SOMBRAS LLEVÓ A CABO UNA INVESTIGACIÓN QUE LEGÍTIMA POR COMPLETO NUESTRA PROPIEDAD».

—¡No es vuestra! ¿Dónde está Rory?

—¿Amy? ¿Con quién hablas? —preguntó el Doctor.

—Con la voz. La que oigo en mi cabeza. ¿No la oyes?

«¿CON QUIÉN HABLAS?», quiso saber la Voz.

Amy cerró la puerta de la TARDIS.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó el Doctor.

—Por la extraña voz susurrante que oigo en mi cabeza. Dice que compraron el planeta. Y a la Proclamación de las Sombras le pareció bien. Me ha dicho que todas las personas murieron por causas naturales. Tú no lo has oído. La voz no sabía que estabas aquí. Elemento sorpresa. He cerrado la puerta.

Amy Pond podía ser sorprendentemente eficiente cuando estaba bajo presión. En ese momento estaba bajo presión, pero nadie lo habría dicho si no hubiera sido por el chisme contorsionista. Lo tenía en las manos y estaba doblándolo y retorciéndolo con formas que desafiaban la imaginación y parecían separarse en dimensiones peculiares.

—¿Han dicho quiénes eran?

Ella reflexionó un momento.

—«Están entrando en territorio Kin. Este mundo es propiedad Kin».

Él dijo:

—Podría ser cualquiera. Los Kin. Es decir... es como proclamar que eres «la gente». Básicamente es lo que significan los nombres de todas las razas. Excepto *Dalek*. Eso significa «máquinas de exterminio cargadas de odio con armaduras metálicas» en idioma Skaro. —Y luego corrió al panel de control—. Algo parecido. No puede ocurrir en una noche. La gente no desaparece sin más. Y estamos en el año 2010. Y eso significa...

—Eso significa que le han hecho algo a Rory.

—Significa que le han hecho algo a todo el mundo. —Presionó varias teclas de una máquina de escribir antigua, y aparecieron unos dibujos en la pantalla que colgaba sobre la consola de la TARDIS—. Yo no podía oírlos... ellos no podían oírme a mí. Tú podías oírnos a los dos. ¡Ajá! ¡Verano de 1984! Ése es el punto divergente...

Empezó a girar, dar vueltas y presionar palancas, botones, interruptores, y algo pequeño que hizo ¡ding!

—¿Dónde está Rory? Quiero verlo, ahora mismo —ordenó Amy mientras la TARDIS se alejaba por el espacio y el tiempo dando bandazos. El Doctor conocía muy

poco a su prometido, Rory Williams, se habían visto sólo una vez. Amy no creía que el Doctor comprendiera lo que ella veía en Rory. Había días que ni siquiera ella estaba del todo segura de lo que veía en Rory. Pero estaba convencida de una cosa: nadie la separaría de su prometido.

—Buena pregunta. ¿Dónde está Rory? Y también, ¿dónde están los siete mil millones de personas restantes? —preguntó.

—Quiero a mi Rory.

—Bueno, estará dondequiera que esté el resto de la gente. Y tú deberías haber estado con ellos. Si tuviera que aventurarme, yo diría que ninguno de vosotros ha nacido.

Amy se miró y pasó revista a sus pies, sus piernas, sus codos, sus manos (el chisme contorsionista brillaba en su muñeca como una de las pesadillas de Escher; lo dejó en el panel de control). Levantó la mano y se la pasó por el pelo castaño.

—Si no he nacido, ¿qué estoy haciendo aquí?

—Eres un nexo temporal independiente, establecido cronosinclásticamente como un... inverso que...

Vio la expresión de la chica y se calló.

—Lo que estás queriendo decirme es que sólo son cosas del tiempo, ¿verdad?

—Sí —contestó muy serio—. Supongo que sí. Vale. Ya hemos llegado.

Se puso bien la pajarita con dedos precisos, ladeándola con actitud atrevida.

—Pero, Doctor, la raza humana no desapareció en 1984.

—Cronología nueva, es una paradoja.

—¿Y tú eres el paradoctor?

—Sólo el Doctor. —Volvió a ponerse la pajarita recta y se enderezó un poco—. Hay algo en todo esto que me resulta familiar.

—¿El qué?

—No lo sé. Hmmm. Kin. Kin. Kin. No dejo de pensar en máscaras. ¿Quién lleva máscaras?

—¿Los ladrones de bancos?

—No.

—¿Las personas muy feas?

—No.

—¿Halloween? La gente se pone caretas en Halloween.

—¡Sí! ¡Exacto!

—Entonces, ¿es importante?

—En absoluto. Pero es verdad. Claro. Una gran divergencia en el flujo del tiempo. Y es imposible hacerse con el control de un planeta de nivel 5 de un modo que satisfaga a la Proclamación de las Sombras a menos...

—¿A menos que qué?

El Doctor dejó de moverse. Se mordió el labio inferior. Y entonces dijo:

—Oh. No puede ser.

—¿El qué?

—No podrían. O sea, eso sería completamente...

Amy se revolvió el pelo y se esforzó por controlarse. Gritarle al Doctor nunca funcionaba, excepto cuando funcionaba.

—¿Completamente qué?

—Completamente imposible. Nadie puede apropiarse de un planeta de nivel 5. A menos que lo haga de forma legítima. —Algo giró en el panel de control de la TARDIS y se oyó otro ¡ding!—. Ya estamos aquí. Es el nexo. ¡Vamos! Vamos a explorar 1984.

—Estás disfrutando de esto —dijo Amy—. Una voz misteriosa me ha arrebatado todo mi mundo. Toda la gente ha desaparecido. Rory se ha desvanecido. Y tú estás disfrutando.

—No es verdad —dijo el Doctor, esforzándose mucho para que no se notara lo mucho que disfrutaba.

La familia Browning se quedó en el hotel mientras el señor Browning buscaba una casa nueva. El hotel estaba completamente lleno. Según descubrieron los Browning hablando con otros huéspedes del hotel durante el desayuno, se daba la coincidencia de que los demás huéspedes también habían vendido sus casas y sus pisos. Ninguno de ellos parecía dar muchas explicaciones sobre la persona que había comprado su residencia anterior.

—Es ridículo —dijo el padre diez días después—. No hay ni una sola casa en venta en toda la ciudad. Ni en los alrededores. Está todo vendido.

—Tiene que haber algo —insistió la señora Browning.

—En esta parte del país, no —respondió el señor Browning.

—¿Qué dice la agente inmobiliaria?

—No coge el teléfono —dijo el padre.

—Pues vamos a hablar con ella —sugirió la madre—. ¿Vienes con nosotros, Polly?

Polly negó con la cabeza.

—Estoy leyendo mi libro —contestó.

El señor y la señora Browning se fueron a la ciudad y se encontraron a la agente inmobiliaria en la puerta de la oficina. Estaba colocando un cartel en el que se leía: «Traspasado». No había propiedades a la venta en el escaparate, sólo se veía un montón de casas y pisos con el cartel de VENDIDO.

—¿Cierran la oficina? —le preguntó el señor Browning.

—Alguien me ha hecho una oferta que no podía rechazar —explicó la agente inmobiliaria.

Llevaba una bolsa de la compra de plástico que parecía muy pesada. Los Browning ya imaginaban lo que había dentro.

—¿Fue alguien que llevaba una máscara de conejo? —preguntó la señora

Browning.

Cuando regresaron al hotel, la directora estaba esperándolos en el vestíbulo para decirles que no seguirían viviendo en el hotel por mucho tiempo.

—Son los nuevos propietarios —explicó—. Van a cerrar el hotel para hacer reformas.

—¿Nuevos propietarios?

—Acaban de comprarlo. Me han dicho que han pagado mucho dinero por él.

Por algún motivo, aquello no sorprendió en absoluto a los Browning. No se asombraron hasta que subieron a su habitación y vieron que Polly había desaparecido.

#### IV

—Mil novecientos ochenta y cuatro —reflexionó Amy Pond—. Pensaba que sería más... no sé. Histórico. No parece que haya pasado tanto tiempo. Pero mis padres todavía no se han conocido.

Vaciló, como si estuviera a punto de decir algo sobre sus padres, pero se desconcentró. Cruzaron la calle.

—¿Cómo son? —preguntó el Doctor—. Tus padres.

Amy se encogió de hombros.

—Son normales —dijo sin pensar—. Una madre y un padre.

—Parece lo más probable —respondió el Doctor, demasiado deprisa—. Necesito que abras bien los ojos.

—¿Qué estamos buscando?

Era un pueblecito inglés, y para Amy tenía todo el aspecto de ser un pueblecito inglés. Era igual que el pueblo del que ella había salido, salvo porque en el suyo había cafeterías y tiendas de teléfonos móviles.

—Es fácil. Buscamos algo que no debería estar aquí. O algo que sí debería estar pero no está.

—¿Como qué?

—No estoy seguro —admitió el Doctor. Se frotó la barbilla—. Quizá gazpacho.

—¿Qué es gazpacho?

—Una sopa fría. Pero tiene que ser fría. Si buscáramos en todo 1984 y no consiguiéramos encontrar gazpacho, eso sería lo que estaríamos buscando.

—¿Siempre eres así?

—¿Así cómo?

—Un loco. Con una máquina del tiempo.

—Qué va. Tardé mucho en conseguir la máquina del tiempo.

Se adentraron en el centro del pueblo buscando algo inusual, y no encontraron nada, ni siquiera gazpacho.



Polly se detuvo en la puerta del jardín de Claversham Row y miró la casa en la que habían vivido desde que se mudaron allí cuando ella tenía siete años. Se acercó a la puerta, llamó al timbre y esperó; se sintió aliviada de que nadie contestara. Miró la calle y rodeó la casa a toda prisa, pasó junto a los cubos de basura y llegó al jardín de detrás.

La puerta que daba al jardincito trasero tenía un pestillo que no cerraba bien. Polly pensó que era muy improbable que los nuevos dueños lo hubieran arreglado. Si lo habían hecho, tendría que volver cuando estuvieran en casa y preguntar, y eso sería raro y embarazoso.

Ése era el problema de esconder cosas. A veces, cuando uno tiene prisa, se las olvida. Incluso aunque sean importantes. Y no había nada más importante que su diario.

Polly lo tenía desde que llegaron al pueblo. Había sido su mejor amigo: había confiado en él, le había hablado de las chicas que se habían metido con ella, de sus amigas, del primer chico que le había gustado. A veces, era su mejor amigo: recurría a él cuando estaba en apuros, o confusa y dolida. Era donde vertía sus pensamientos.

Y estaba oculto bajo un tablón suelto del suelo, debajo del armario enorme de su habitación.

Polly dio un golpe con la mano abierta cerca del marco, y la puerta se tambaleó y luego se abrió.

La niña entró en la casa. Le sorprendió advertir que no habían sustituido ninguno de los muebles que se había llevado su familia. Todavía olía a su casa. Estaba en silencio: no había nadie. Bien. Corrió escaleras arriba pensando, preocupada, que podría seguir dentro cuando regresaran el señor Conejo o la señora Gato.

Subió las escaleras. Algo le rozó la cara en el rellano; la tocó con suavidad, como si fuera un hilo o una telaraña. Miró hacia arriba. Era raro. El techo parecía de peluche: hilos con aspecto de pelo, o pelos con aspecto de hilo, pendían de lo alto. Entonces vaciló, pensó en huir, pero desde donde estaba veía la puerta de su habitación. El póster de Duran Duran seguía allí. ¿Por qué no lo habían quitado?

Abrió la puerta de su dormitorio intentando no mirar el techo peludo.

La habitación estaba distinta. No había muebles y el lugar que antes ocupaba su cama estaba lleno de papeles. Miró al suelo: fotografías de periódicos, ampliadas a tamaño real. Les habían recortado los ojos. Reconoció a Ronald Reagan, a Margaret Thatcher, al papa Juan Pablo II, a la Reina...

Tal vez pensarán dar una fiesta. Las máscaras no parecían muy convincentes.

Se acercó al armario empotrado que había al fondo de la habitación. Su diario de la revista *Smash Hits* estaba allí, a oscuras, bajo el tablón del suelo. Abrió la puerta del armario.

—Hola, Polly —dijo el hombre del armario.

Llevaba una máscara, igual que los demás. Una careta de animal: era una especie

de enorme perro gris.

—Hola —lo saludó Polly. No sabía qué más decir—. Yo... yo me dejé el diario.

—Lo sé. Estaba leyéndolo. —Levantó el diario. No era el mismo hombre que el que llevaba la careta de conejo, ni la mujer con la máscara de gato, pero todo lo que había sentido Polly al verlos, toda esa «injusticia», aumentó de repente—. ¿Quieres que te lo devuelva?

—Sí, por favor —le contestó Polly al hombre de la careta de perro.

Se sintió dolida y profanada: ese hombre había leído su diario. Pero quería recuperarlo.

—¿Sabes qué tienes que hacer para recuperarlo?

La niña negó con la cabeza.

—Pregúntame qué hora es.

Abrió la boca. La tenía seca. Se humedeció los labios y murmuró:

—¿Qué hora es?

—Y mi nombre —le dijo—. Di mi nombre. Soy el señor Lobo.

—¿Qué hora es, señor Lobo? —preguntó Polly.

Le vino a la cabeza la imagen de algún juego en un patio de colegio.

El señor Lobo sonrió (pero ¿cómo puede sonreír una careta?) y abrió tanto la boca que le enseñó varias hileras de dientes muy afilados.

—Hora de cenar —le dijo.

Polly se puso a gritar cuando él se abalanzó sobre ella, pero no pudo gritar durante mucho tiempo.

## V

La TARDIS estaba posada sobre una pequeña zona de hierba en medio del pueblo —demasiado pequeña para ser un parque, demasiado irregular para ser una plaza—, y el Doctor estaba sentado fuera, en una tumbona, repasando sus recuerdos.

El Doctor tenía muy buena memoria. El problema era que tenía demasiada. Había vivido once vidas (o más: había una vida en la que trataba de no pensar nunca), y tenía un modo distinto de recordar las cosas en cada vida.

Lo peor de ser tan viejo (y ya hacía mucho tiempo que había dejado de intentar llevar la cuenta de alguna forma que pudiera importarle a alguien más que a él) era que, a veces, las cosas no le venían a la cabeza cuando se suponía que debían hacerlo.

«Máscaras». Las máscaras tenían algo que ver. Y los Kin. Eso también.

Y el Tiempo.

Todo era una cuestión de tiempo. Sí, eso era...

Una historia antigua. Anterior a su tiempo, de eso estaba seguro. Era algo que había oído de niño. Intentó recordar las historias que le habían contado en Gallifrey cuando era sólo un niño, antes de que se lo llevaran a la Academia de los Señores del

Tiempo y su vida cambiara para siempre.

Amy estaba volviendo de un recorrido por el pueblo.

—¡Maximelos y los tres Ogros! —le gritó.

—¿Qué pasa con ellos?

—Uno era demasiado despiadado, otro era demasiado estúpido y el otro era perfecto.

—¿Y qué importancia tiene eso?

Él se tiró del pelo con aire distraído.

—Hmmm, es probable que no tenga ninguna importancia. Sólo estoy intentando recordar una historia de mi infancia.

—¿Por qué?

—No tengo ni idea. No lo recuerdo.

—Eres muy frustrante —dijo Amy Pond.

—Sí —admitió el Doctor con alegría—. Es probable.

Había colgado un cartel en la parte delantera de la TARDIS. Decía:

¿ALGÚN MISTERIO EXTRAÑO? ¡LLAME A LA PUERTA! NINGÚN PROBLEMA ES  
DEMASIADO INSIGNIFICANTE.

—Si no viene a nosotros, yo daré con él. No, olvida eso. Al revés. Y he redecorado el interior de la cabina para no asustar a la gente. ¿Qué has encontrado?

—Dos cosas —dijo ella—. La primera ha sido el príncipe Carlos. Lo he visto en el quiosco.

—¿Estás segura de que era él?

Amy reflexionó.

—Bueno, parecía el príncipe Carlos. Aunque mucho más joven. Y el quiosquero le ha preguntado si ya había elegido un nombre para el próximo bebé real. Yo le he sugerido Rory.

—El príncipe Carlos en el quiosco. Vale. ¿Qué más?

—No hay ninguna casa a la venta. He recorrido todas las calles del pueblo. No hay ni un solo cartel de SE VENDE. Hay gente acampada en tiendas en las afueras del pueblo. Mucha gente se marcha en busca de un sitio donde vivir, porque aquí no hay nada. Y eso es raro.

—Sí.

Ya casi lo tenía. Amy abrió la puerta de la TARDIS. Miró dentro.

—Doctor... es del mismo tamaño por dentro.

Él esbozó una sonrisa radiante y le enseñó a conciencia su despacho nuevo, visita guiada que consistió en quedarse en la entrada y agitar el brazo derecho. La mayor parte del espacio estaba ocupado por un escritorio, sobre el que había un teléfono pasado de moda y una máquina de escribir. Detrás había una pared. Amy intentó

atravesar la pared con las manos (le costó hacerlo con los ojos abiertos, y le resultó más fácil cuando los cerró), entonces traspasó la pared con la cabeza. Vio la sala de control de la TARDIS, toda de cobre y cristal. Dio un paso hacia atrás y volvió al diminuto despacho.

—¿Es un holograma?

—Más o menos.

Oyeron un golpe vacilante en la puerta de la TARDIS. El Doctor la abrió.

—Disculpe. El cartel de la puerta.

El hombre parecía agobiado. Tenía poco pelo. Echó un vistazo a la habitación minúscula, ocupada, en su mayor parte, por un escritorio, y no hizo ademán de entrar.

—¡Sí! ¡Hola! ¡Pase! —lo invitó el Doctor—. ¡No existen los problemas insignificantes!

—Mmm. Me llamo Reg Browning. Es mi hija, Polly. Se suponía que debía estar esperándonos en la habitación del hotel. Pero no está allí.

—Yo soy el Doctor. Ésta es Amy. ¿Ha hablado con la policía?

—¿Ustedes no son de la policía? Creía que a lo mejor lo eran.

—¿Por qué? —preguntó Amy.

—Esto es una cabina de policía. Ni siquiera sabía que volvían a utilizarlas.

—Para algunos de nosotros nunca desaparecieron —dijo el joven alto de la pajarita—. ¿Qué le ha dicho la policía?

—Han dicho que la buscarían. Pero la verdad es que parecían un poco preocupados. El sargento de la recepción ha comentado que el contrato de alquiler de la comisaría había expirado de forma inesperada y que estaban buscando otro sitio al que trasladarse. El sargento de la recepción ha dicho que todo el asunto del contrato de alquiler los había pillado por sorpresa.

—¿Cómo es Polly? —preguntó Amy—. ¿Podría estar con alguna amiga?

—Ya he hablado con sus amigas. Nadie la ha visto. Ahora estamos viviendo en el hotel Rose, en la calle Wednesbury.

—¿Están de visita?

El señor Browning les habló del hombre con la máscara de conejo que había aparecido en su puerta la semana anterior para comprarles la casa por mucho más de lo que valía, y había pagado en metálico. Les contó lo de la mujer con la careta de gato que había tomado posesión de la vivienda...

—Está bien. Eso lo explica todo —dijo el Doctor, como si fuera cierto.

—¿Ah, sí? —dijo el señor Browning—. ¿Sabe dónde está Polly?

El Doctor negó con la cabeza.

—Señor Browning. Reg. ¿Hay alguna posibilidad de que haya vuelto a su casa?

El hombre se encogió de hombros.

—Podría ser. ¿Cree usted...?

Pero el joven alto y la pelirroja escocesa pasaron de largo por su lado, cerraron de un portazo su cabina de policía y salieron corriendo por el prado.

## VI

Amy seguía el paso del Doctor y lo interrogaba casi sin aliento.

—¿Crees que está en la casa?

—Me temo que sí. Sí. Creo que ya sé lo que ocurre. Amy, no dejes que nadie te convenza para que le pregunte la hora. Y si lo hace, no le contestes. Es más seguro.

—¿Hablas en serio?

—Me temo que sí. Y estate atenta a las máscaras.

—Vale. Entonces, ¿nos enfrentamos a extraterrestres peligrosos? ¿Llevan caretas y preguntan qué hora es?

—Eso parece. Sí. Pero mi gente se ocupó de ellos hace mucho tiempo. Parece casi inconcebible que...

Dejaron de correr al llegar a Claversham Row.

—Y si se trata de quien creo que se trata, de lo que creo, de quienes, de lo que... Deberíamos actuar con sensatez y hacer lo correcto.

—¿Y qué es?

—Huir —dijo el Doctor mientras llamaba al timbre.

Se hizo un momento de silencio, luego se abrió la puerta y se encontraron ante una niña. No podía tener más de once años y llevaba dos coletas.

—Hola —dijo—. Me llamo Polly Browning. ¿Cómo os llamáis vosotros?

—¡Polly! —exclamó Amy—. Tus padres están muy preocupados por ti.

—Sólo he venido a recuperar mi diario —explicó la niña—. Estaba debajo de un tablón suelto de mi antigua habitación.

—¡Tus padres llevan todo el día buscándote! —insistió Amy.

Se preguntó por qué el Doctor no decía nada.

La pequeña —Polly— miró su reloj de pulsera.

—Eso es muy raro. Según mi reloj, sólo llevo aquí cinco minutos. He llegado a las diez.

Amy sabía que ya era muy tarde. Le dijo:

—¿Qué hora es ya?

Polly levantó la vista, encantada. Esa vez Amy pensó que había algo extraño en la cara de la niña. Algo inexpresivo. Algo parecido a una careta...

—Es hora de que entréis en mi casa —dijo la niña.

Amy parpadeó. Le pareció que, sin haberse movido, ella y el Doctor estaban ahora en el vestíbulo. La niña los miraba de pie en la escalera. Su cara estaba a la misma altura que las suyas.

—¿Qué sois? —preguntó Amy.

—Somos los Kin —respondió la niña, que no era una niña.

Su voz era más profunda, más oscura y más gutural.

A Amy le dio la impresión de que era una criatura agazapada, algo enorme que llevaba una máscara de papel con la cara de una niña garabateada con torpeza. Amy no comprendía cómo podía haberse dejado engañar hasta el punto de creer que era una cara auténtica.

—He oído hablar de vosotros —dijo el Doctor—. Mi gente pensaba que erais...

—Una abominación —dijo la criatura agazapada con la careta de papel—. Y una violación de todas las leyes del tiempo. Ellos nos escindieron del resto de la creación. Pero yo escapé, y por eso escapamos todos. Y estamos preparados para volver a comenzar. Ya hemos empezado a comprar este mundo...

—Estáis circulando dinero a través del tiempo —dijo el Doctor—. Estáis comprando este mundo con ese dinero; habéis empezado por esta casa, habéis seguido por el pueblo...

—Doctor, ¿qué ocurre? —preguntó Amy—. ¿Puedes explicar algo de todo esto?

—Puedo explicarlo todo —afirmó el Doctor—. En parte desearía no poder hacerlo. Han venido a apropiarse de la Tierra. Van a convertirse en la población del planeta.

—Oh, no, Doctor —dijo la enorme criatura agazapada con la máscara de papel—. No lo comprende. Ése no es el motivo por el que nos apropiamos del planeta. Nos apropiaremos del mundo y dejaremos que la humanidad se extinga sólo para tenerlo a usted aquí y ahora.

El Doctor cogió a Amy de la mano y gritó:

—¡Corre!

Se volvió hacia la puerta principal...

... y se encontró en lo alto de las escaleras. Gritó:

—¡Amy!

Pero no hubo respuesta. Algo le rozó la cara, algo parecido a piel. La apartó de un manotazo.

Había una puerta abierta y caminó hacia ella.

—Hola —dijo la persona que había en la habitación, con una voz femenina y jadeante—. Me alegro de que haya podido venir, Doctor.

Era Margaret Thatcher, la primera ministra de Gran Bretaña.

—¿Sabe quiénes somos, querido? —preguntó—. Sería una lástima que no lo supiera.

—Los Kin —respondió el Doctor—. Una población que consiste en una sola criatura, pero que es capaz de moverse por el tiempo con tanta facilidad y de un modo tan instintivo como un humano cruzaría una carretera. Sólo existía uno de vosotros. Pero podéis repoblar un lugar moviándoos hacia delante y hacia atrás en el tiempo hasta que haya cientos de vosotros, luego miles y millones, todos interactuando con vosotros mismos en distintos momentos de vuestra propia línea temporal. Y ese funcionamiento seguiría hasta que la estructura local de tiempo se desplomara como si fuera madera podrida. Necesitáis otras entidades, por lo menos al principio, para

que os pregunten la hora, y crear así la superposición cuántica que os permite enraizar en una ubicación del espacio-tiempo.

—Muy bien —dijo la señora Thatcher—. ¿Sabe lo que dijeron los Señores del Tiempo cuando engulleron nuestro mundo? Dijeron que como cada uno de nosotros era el Kin en un momento del tiempo diferente, matarnos a todos era cometer un acto de genocidio contra toda nuestra especie. No puede matarme, porque matarme es como matarnos a todos.

—¿Sabes que soy el último Señor del Tiempo?

—Pues claro, querido.

—Veamos. Entonces cogéis el dinero de la casa de la moneda donde se imprime, compráis cosas con él y lo devolvéis poco después. Lo recicláis a través del tiempo.

Y las máscaras... Supongo que aumentan el nivel de convicción. Las personas siempre se mostrarán mucho más dispuestas a vender cosas si creen que el líder de su país se lo está pidiendo en persona... y, con el tiempo, os lo habréis vendido todo a vosotros mismos. ¿Vais a matar a los humanos?

—No hay ninguna necesidad, querido. Incluso les construiremos reservas: Groenlandia, Siberia, Antártida... Pero morirán de todos modos. Varios miles de millones de personas viviendo en lugares que a duras penas pueden acoger unos cuantos miles de habitantes. Bueno, querido... no será bonito.

La señora Thatcher se movió. El Doctor se concentró para verla tal como era. Cerró los ojos. Al abrirlos vio una figura corpulenta que llevaba una máscara rudimentaria en blanco y negro con una fotografía de Margaret Thatcher.

El Doctor alargó la mano y le quitó la careta al Kin.

Él podía ver belleza allí donde los humanos no alcanzaban a verla. Él amaba a todas las criaturas. Pero costaba mucho apreciar la cara del Kin.

—Tú... te das asco a ti mismo —dijo el Doctor—. Caray. Por eso llevas caretas. No te gusta tu cara, ¿verdad?

El Kin no contestó. Su cara, si es que eso era una cara, se revolvía y se retorció.

—¿Dónde está Amy? —preguntó el Doctor.

—Ya no era necesaria —dijo otra voz similar a sus espaldas. Un hombre delgado con careta de conejo—. La hemos dejado marchar. Sólo lo necesitábamos a usted, Doctor. La cárcel en la que nos metieron los Señores del Tiempo era una tortura, porque estábamos atrapados y habíamos quedado reducidos a un solo miembro. Usted también es el único de su especie. Y se quedará en esta casa para siempre.

El Doctor fue pasando de una habitación a otra y examinó sus alrededores con cautela. Las paredes de la casa eran suaves y estaban cubiertas por una fina capa de piel. Y se movían, despacio, de dentro hacia fuera, como si estuviera...

—Respirando. Es una habitación viva. Literalmente.

Dijo:

—Devuélveme a Amy. Márchate de aquí. Te buscaré un sitio al que ir. Pero no puedes seguir dando saltos por el tiempo una y otra vez. Eso lo desordena todo.

—Y cuando eso ocurre, empezamos de nuevo en otro lugar —dijo la mujer con la máscara de gato desde la escalera—. Te encarcelaremos hasta que tu vida llegue a su fin. Envejecerás aquí, te regenerarás aquí, morirás aquí, una y otra vez. Nuestra cárcel no desaparecerá hasta que el último Señor del Tiempo deje de existir.

—¿De veras crees que puedes retenerme con tanta facilidad? —preguntó el Doctor.

Siempre era bueno dar la sensación de que uno tenía la sartén por el mango, por mucho que le preocupara pensar que iba a quedarse atrapado allí para siempre.

—¡Rápido! ¡Doctor! ¡Aquí abajo!

Era la voz de Amy. Bajó los escalones de tres en tres en dirección al lugar del que procedía su voz: la puerta principal.

—¡Doctor!

—Estoy aquí.

Tiró de la puerta. Estaba cerrada. Sacó su destornillador sónico y forzó la cerradura.

Se oyó un ruido metálico y la puerta se abrió de golpe: la repentina luz del sol era cegadora. El Doctor se alegró de ver a su amiga junto a una conocida cabina de policía de color azul. No sabía a cuál de las dos abrazar primero.

—¿Por qué no has entrado? —le preguntó a Amy mientras abría la puerta de la TARDIS.

—No encuentro la llave. Debió de caérseme cuando me perseguían. ¿Adónde vamos ahora?

—A algún sitio seguro. Bueno, más seguro. —Cerró la puerta—. ¿Alguna sugerencia?

Amy se detuvo a los pies de la escalera de la sala de control y miró a su alrededor, observó aquel brillante mundo de cobre, la columna de cristal que emergía de los controles de la TARDIS, las puertas.

—Es alucinante, ¿verdad? —dijo el Doctor—. Nunca me canso de mirar a esta anciana.

—Sí, esta anciana —repitió Amy—. Creo que deberíamos ir a los albores del tiempo, Doctor. Cuanto más al principio, mejor. Allí no podrán encontrarnos, y podremos pensar en qué hacer a continuación.

Estaba mirando la consola por encima del hombro del Doctor, observaba cómo movía las manos, como si estuviera decidida a no olvidar nada de lo que hacía. La TARDIS ya no estaba en 1984.

—¿Los albores del tiempo? Muy astuta, Amy Pond. Es un lugar al que nunca hemos ido. En realidad, no deberíamos ser capaces de ir hasta allí. Menos mal que tengo esto.

Le enseñó el chisme contorsionista y luego lo conectó a la consola de la TARDIS utilizando pinzas de cocodrilo y algo que parecía un trozo de cordel.

—Ya está —dijo con orgullo—. Mira eso.



—Sí —dijo Amy—. Hemos escapado de la trampa del Kin.

Los motores de la TARDIS empezaron a rugir y toda la habitación se puso a vibrar y a agitarse.

—¿Qué es ese ruido?

—La TARDIS no está diseñada para ir a donde nos dirigimos. Un sitio al que no me atrevería a ir sin el impulso y la burbuja de tiempo que nos proporciona el chisme contorsionista. El ruido se debe a que el motor se está quejando. Es como subir por una pendiente empinada con un coche viejo. Puede que tardemos algunos minutos más en llegar. Pero te encantará cuando llegemos: los albores del tiempo. Excelente idea.

—Estoy segura de que me encantará —dijo Amy con una sonrisa—. Ha debido de ser maravilloso escapar de la cárcel del Kin, Doctor.

—Eso es lo gracioso —contestó el Doctor—. Me preguntas cómo me ha sentido escapar de la prisión del Kin. Esa casa. Y sí que he escapado, forzando la cerradura de la puerta con el destornillador sónico, que ha sido muy útil. Pero ¿y si la trampa no era la casa? ¿Y si los Kin no querían torturar y matar a un Señor del Tiempo? ¿Y si querían algo más importante? ¿Y si querían la TARDIS?

—¿Para qué querrían la TARDIS? —preguntó Amy.

El Doctor miró a Amy. La miró con los ojos claros, libres de odio o de ilusión.

—Los Kin no pueden viajar muy lejos a través del tiempo. No les resulta fácil. Y hacer lo que hacen es un proceso lento y les cuesta mucho esfuerzo. Tendrían que viajar hacia atrás y hacia delante en el tiempo quince millones de veces sólo para poblar Londres.

»¿Y si los Kin dispusieran de todo el Tiempo y el Espacio para viajar a su antojo? ¿Y si regresaran al origen del universo y comenzaran allí su existencia? Entonces el Kin sería capaz de poblarlo todo. No habría ni un solo ser inteligente en todo el continuo espacio-tiempo que no fuera un Kin. Una única entidad llenaría todo el universo y no dejaría espacio para nada más. ¿Te lo imaginas?

Amy se humedeció los labios.

—Sí —dijo—. Me lo imagino.

—Lo único que tendrías que hacer sería meterte en la TARDIS y tener un Señor del Tiempo al mando, y el universo sería tu patio de juegos.

—Oh, sí —reconoció Amy, y en ese momento tenía una gran sonrisa en la cara—. Ya lo creo.

—Casi hemos llegado —dijo el Doctor—. Los albores del tiempo. Por favor. Por favor, dime que Amy está a salvo esté donde esté.

—¿Por qué iba a decirte eso? —preguntó el Kin con la máscara de Amy Pond—. No es cierto.

Amy oía al Doctor corriendo escaleras abajo. Oyó una voz que le resultó extrañamente familiar llamándolo, y entonces oyó un ruido que le llenó el pecho de desesperación: el decreciente *vworp vworp* de la TARDIS al marcharse.

En ese momento se abrió la puerta y salió al vestíbulo de la planta baja.

—Se ha marchado sin ti —dijo una voz grave—. ¿Qué se siente cuando te abandonan?

—El Doctor no abandona a sus amigos —le contestó Amy a la cosa que acechaba entre las sombras.

—Claro que sí. Es evidente que acaba de hacerlo. Puedes esperar todo lo que quieras, nunca volverá —dijo la criatura mientras salía de entre las sombras para detenerse a media luz.

Era enorme. Tenía una forma humanoide, pero también un poco animal («lupina», pensó Amy Pond, dando un paso atrás para alejarse de aquella cosa). Llevaba una máscara, una careta de madera poco convincente que parecía representar un perro rabioso, o tal vez un lobo.

—Se ha llevado a alguien a dar una vuelta en la TARDIS, convencido de que ese alguien eres tú. Dentro de unos momentos la realidad se va a reescribir. Los Señores del Tiempo redujeron a los Kin a una entidad solitaria escindida del resto de la creación. Me parece muy apropiado que sea un Señor del Tiempo quien nos devuelva nuestro lugar legítimo en el orden de las cosas: todas las demás criaturas estarán a mi servicio, o serán yo o me servirán de alimento. Pregúntame qué hora es, Amy Pond.

—¿Por qué?

De repente había más, veía otras figuras entre las sombras. Había una mujer con cara de gato en la escalera. Una niña pequeña en la esquina. El hombre con cabeza de conejo que estaba a su lado dijo:

—Porque será una forma limpia de morir. Una forma fácil de marcharse. De todos modos, dentro de unos momentos no habrás existido nunca.

—Pregúntamelo —le ordenó la criatura con máscara de lobo que estaba frente a ella—. Di: «¿Qué hora es, señor Lobo?».

Amy Pond respondió alargando la mano y quitándole la máscara de la cara a aquella cosa enorme, y entonces vio al Kin.

Los ojos humanos no estaban hechos para mirar a los Kin. El caos que se arrastraba, retorció y revolvía en la cara de los Kin daba miedo; utilizaban las máscaras tanto para su propia protección como para la de los demás.

Amy Pond se quedó mirando la cara del Kin. Y le dijo:

—Mátame si es lo que deseas, pero no me creo que el Doctor me haya abandonado. Y no pienso preguntarte qué hora es.

—Es una lástima —dijo el Kin a través de una cara que era una pesadilla.

Y se acercó a ella.

Los motores de la TARDIS rugieron una vez con fuerza, y luego se quedaron en silencio.

—Ya estamos aquí —dijo el Kin.

Su máscara de Amy Pond ya no era más que un garabato de la cara de una chica.

—Estamos en el origen de todo —dijo el Doctor—, porque aquí es donde querías estar. Pero puedo hacer esto de otra forma. Podría encontrar una solución para ti. Para todos vosotros.

—Abre la puerta —rugió el Kin.

El Doctor abrió la puerta. Los vientos que se arremolinaban alrededor de la TARDIS lo empujaron hacia atrás.

El Kin se detuvo en la puerta de la TARDIS.

—Está muy oscuro.

—Estamos en el origen de todo. Antes de la luz.

—Ahora saldré al vacío —dijo el Kin—. Y tú me preguntarás «qué hora es», y yo me diré a mí mismo, te diré a ti y a toda la creación: «Es hora de que los Kin dirijan, ocupen, invadan. Es hora de que el universo se convierta sólo en mí, me pertenezca y dé cabida a todo lo que yo conserve para poder devorarlo. Es hora del primer y último reino de los Kin, un mundo sin fin, a través de todos los tiempos».

—Yo no lo haría —dijo el Doctor—. Si estuviera en tu lugar. Todavía puedes cambiar de opinión.

El Kin dejó caer la máscara de Amy Pond al suelo de la TARDIS.

Saltó de la puerta de la cabina, se precipitó al vacío.

—Doctor —gritó. Su cara era una masa de gusanos que se retorcían—. Pregúnteme qué hora es.

—Puedo hacer algo mejor que eso —contestó el Doctor—. Puedo decirte yo a ti qué hora es exactamente. No es ninguna hora. Son las nada en punto. Es un microsegundo antes del Big Bang. No estamos en los albores del tiempo. Estamos en un lugar anterior al tiempo.

»La verdad es que los Señores del Tiempo no somos partidarios del genocidio. A mí tampoco me atrae mucho la idea. Es el potencial lo que uno mata. ¿Y si un día existiera un Dalek bueno? ¿Y si...? —Hizo una pausa—. El espacio es grande. El tiempo es más grande todavía. Yo te habría ayudado a encontrar un sitio donde tu gente pudiera vivir. Pero había una niña llamada Polly y se dejó su diario en casa. Y la mataste. Ése fue tu error.

—Ni siquiera la conocías —dijo el Kin desde el vacío.

—Era una niña —replicó el Doctor—. Puro potencial, como cualquier niño en cualquier lugar. Sé todo lo que necesito saber. —El chisme contorsionista estaba empezando a humear y a echar chispas pegado a la consola de la TARDIS—. Estás, literalmente, fuera del tiempo. Porque el tiempo no empieza hasta el Big Bang. Y si cualquier parte de una criatura que habita en el tiempo se aparta del tiempo... Bueno,

te estás borrando del mapa.

El Kin lo comprendía. Entendía que, en ese momento, todo el tiempo y el espacio era una partícula minúscula, más pequeña que un átomo, y que mientras no pasara un microsegundo y la partícula explotara, nada ocurriría. Nada podía ocurrir. Y el Kin estaba en el lado equivocado del microsegundo.

Al estar escindido del tiempo, todas las demás partes del Kin estaban dejando de existir. La entidad que representaba estaba empezando a sentir la invasión de la inexistencia.

Al principio —antes del principio— existía el mundo. Y el mundo era...

—¡Doctor!

Pero la puerta se había cerrado y la TARDIS se desvaneció implacablemente. El Kin se quedó solo en el vacío anterior a la creación.

Solo, para siempre, en ese momento, aguardando a que empezara el tiempo.

## VIII

El joven con la chaqueta de tweed rodeó la casa de Claversham Row. Llamó a la puerta, pero nadie contestó. Regresó a la cabina azul y manipuló un mando diminuto: siempre era más sencillo viajar mil años que viajar veinticuatro horas.

Lo intentó de nuevo.

Podía sentir cómo se enredaban y se desenredaban los hilos del tiempo. El tiempo es complejo: a fin de cuentas, no todo lo que ha ocurrido ha ocurrido realmente. Sólo los Señores del Tiempo lo comprenden y aun así no saben describirlo.

La casa de Claversham Row tenía un cartel mugriento de SE VENDE en el jardín.

Llamó a la puerta.

—Hola —dijo—. Tú debes de ser Polly. Estoy buscando a Amy Pond.

La niña llevaba coletas. Miró al Doctor con recelo.

—¿Cómo sabes mi nombre? —le preguntó.

—Soy muy listo —le contestó el Doctor con seriedad.

Polly se encogió de hombros. Volvió a meterse en la casa y el Doctor la siguió. Se sintió aliviado al advertir que no había piel en las paredes.

Amy estaba en la cocina tomando té con la señora Browning. De fondo sonaba Radio Cuatro. La señora Browning le estaba hablando a Amy sobre su empleo de enfermera y las horas que tenía que trabajar, y Amy estaba diciendo que su prometido era enfermero, y que ya sabía de qué iba el tema.

Levantó la cabeza con brusquedad cuando entró el Doctor; le lanzó una mirada que decía «tienes muchas cosas que explicarme».

—Suponía que estarías aquí —dijo el Doctor—. Sólo tenía que seguir buscando.

Se marcharon de la casa de Claversham Row. La cabina de policía estaba aparcada al final de la calle, bajo unos castaños.

—Un momento —dijo Amy—. Esa criatura estaba a punto de comerme. Y de repente me he encontrado sentada en la cocina, hablando con la señora Browning y escuchando a los *Archers*. ¿Cómo lo has hecho?

—Soy muy listo —dijo el Doctor.

Era una buena frase, y estaba decidido a utilizarla tantas veces como le fuera posible.

—Vámonos a casa —dijo Amy—. ¿Crees que esta vez Rory estará allí?

—Todas las personas del mundo estarán allí —dijo el Doctor—. Incluso Rory.

Se metieron en la TARDIS. Ya había limpiado los restos calcinados del chisme contorsionista de la consola. La cabina telefónica nunca podría volver a ese momento anterior al tiempo, pero, visto en conjunto, eso debía de ser algo positivo.

Tenía toda la intención de llevar a Amy directamente a casa, aunque quería dar un pequeño rodeo por Andalucía, durante la época medieval, donde, en una pequeña posada de camino a Sevilla, en cierta ocasión le habían servido el mejor gazpacho que había comido en su vida.

El Doctor estaba casi seguro de que podría volver a encontrarla...

—Nos iremos directamente a casa —dijo—. Después de comer. Y mientras comemos te explicaré la historia de Maximelos y los tres Ogros.

## Diamantes y perlas: un cuento de hadas

Había una vez, en la Antigüedad, cuando los árboles caminaban y las estrellas bailaban, una chica cuya madre murió, y apareció una madre nueva con su hija y se casó con su padre. Poco después, el padre siguió a su primera esposa a la tumba y dejó sola a su hija.

A la nueva madre no le gustaba la chica y la trataba mal, favoreciendo siempre a su propia hija, que era perezosa y grosera. Un día, la madrastra le dio a la chica, que sólo tenía dieciocho años, veinte dólares para que le comprara drogas.

—No te pares por el camino —le dijo.

Y la chica cogió el billete de veinte dólares y se metió una manzana en el bolso, porque el camino era largo; salió de la casa y bajó hasta el final de la calle, donde empezaba la parte peligrosa de la ciudad.

Vio un perro atado a una farola, jadeando y agobiado debido al calor, y la chica dijo:

—Pobrecito.

Y le dio agua.

El ascensor no funcionaba. El ascensor nunca funcionaba. A mitad de las escaleras vio una prostituta con la cara hinchada que se quedó mirándola con los ojos amarillos.

—Toma —dijo la chica.

Y le dio la manzana a la prostituta.

Subió al piso del camello y llamó a la puerta tres veces. El camello abrió la puerta y se quedó mirándola sin decir nada. Ella le mostró el billete de veinte dólares.

Y entonces la chica dijo:

—Mira cómo está esto. —Se metió dentro—. ¿Es que nunca limpias? ¿Dónde tienes las cosas de la limpieza?

El camello se encogió de hombros. Luego señaló un armario. La chica lo abrió y encontró una escoba y un trapo. Llenó de agua el fregadero del baño y empezó a limpiarle la casa.

Cuando las habitaciones estuvieron limpias, la chica dijo:

—Dame lo de mi madre.

Él entró en el dormitorio y regresó con una bolsa de plástico. La chica se la metió en el bolsillo y bajó por la escalera.

—Señorita —dijo la prostituta—. La manzana estaba muy buena. Pero me duele todo. ¿Tienes algo?

La chica le contestó:

—Es para mi madre.

—Por favor.

—Pobrecita.

La chica vaciló, y luego le dio el paquete.

—Estoy segura de que mi madrastra lo comprenderá —dijo.

Salió del edificio. Cuando pasó de nuevo junto al animal, el perro le dijo:

—Brillas como un diamante, chica.

Llegó a casa. Su madre estaba esperando en el salón.

—¿Dónde está? —le preguntó.

—Lo siento —dijo la chica.

Le brotaron diamantes entre los labios y al caer repicaron en el suelo.

Su madrastra le pegó.

—¡Ay! —dijo la chica, dando un alarido de dolor rojo rubí, y de la boca le cayó un rubí.

Su madrastra se puso de rodillas y recogió las joyas.

—Qué bonitas —dijo—. ¿Las has robado?

La chica negó con la cabeza, tenía miedo de hablar.

—¿Tienes más?

La chica negó con la cabeza, cerrando la boca con fuerza.

La madrastra agarró el tierno brazo de la joven con el dedo índice y el pulgar y lo pellizcó con todas sus fuerzas; apretó hasta que vio brillar las lágrimas en los ojos de la chica, pero la joven no dijo nada. Así que la madrastra encerró a la chica en su dormitorio sin ventanas para que no pudiera escapar.

La mujer se llevó los diamantes y el rubí hasta la esquina, a la casa de empeños Al's Pawn and Gun, donde Al le dio quinientos dólares sin hacer preguntas.

Entonces mandó a su otra hija a comprarle drogas.

La chica era egoísta. Vio al perro jadeando al sol y, después de asegurarse de que estaba encadenado y no podría perseguirla, le dio una patada. Vio a la prostituta en la escalera y pasó de largo. Llegó al apartamento del camello y llamó a la puerta. Él la miró y ella le entregó el billete de veinte dólares sin decir palabra. De vuelta, la prostituta de la escalera le dijo:

—Por favor...

Pero ella ni siquiera aflojó el paso.

—¡Putá! —le gritó la prostituta.

—Serpiente —dijo el perro cuando pasaba por la acera.

Una vez en casa, la chica sacó las drogas y luego abrió la boca para decirle «toma» a su madre.

De la boca le salió una rana pequeña de colores muy vivos. Saltó de su brazo hasta la pared, donde se quedó mirándolas sin parpadear.

—Oh, Dios mío —dijo la chica—. Qué asco.

Cinco coloridas ranas arborícolas más y una serpiente pequeña a rayas rojas, negras y amarillas.

—Negro sobre rojo —añadió la chica—. ¿Es venenosa?

Tres ranas más, un sapo de caña, una pequeña serpiente ciega de color blanco y una cría de iguana. Se alejó de los animales.

Su madre, que no tenía miedo de las serpientes ni de nada, le dio una patada a la serpiente a rayas, y el animal la mordió en la pierna. La mujer gritó y se agitó, y su hija también empezó a chillar, dio un fuerte y sonoro grito que salió de sus labios en forma de pitón adulta y saludable.

La chica, la primera chica, que se llamaba Amanda, oyó los gritos y luego el silencio, pero no podía hacer nada para averiguar qué estaba sucediendo.

Llamó a la puerta. Nadie le abrió. Nadie dijo nada. Los únicos sonidos que oía eran crujidos, como si algo enorme y sin piernas se arrastrara por la alfombra.

Cuando Amanda comenzó a inquietarse, ansiosa por hablar, empezó a decir:

—Esposa de la calma, todavía inviolada —comenzó a recitar—. Hija adoptiva del tiempo y del silencio...

La chica hablaba, pero las palabras estaban asfixiándola.

—La belleza es verdad, y la verdad, belleza; no hace falta saber más que esto en la tierra.

Un último zafiro repicó en el suelo de madera del baño de Amanda.

El silencio era absoluto.



## El retorno del delgado duque blanco

Él era el monarca de todo lo que veía, incluso cuando salía de noche al balcón de palacio mientras oía los informes y levantaba la vista al cielo para contemplar las estrellas agrupadas en racimos y espirales gélidas. Él gobernaba los mundos. Había intentado hacerlo sabiamente durante mucho tiempo, y bien, y ser un buen rey; pero gobernar es difícil y la sabiduría puede ser dolorosa. Se había dado cuenta de que, cuando uno gobierna, es imposible hacer sólo el bien, porque no se puede construir nada sin derribar algo, y ni siquiera él podía preocuparse por cada vida, cada sueño y cada pueblo de cada mundo.

Poco a poco, momento a momento, una pequeña muerte tras otra, dejó de importarle.

Él no moriría, porque sólo moría la gente inferior, y él no era inferior a nadie.

Pasó el tiempo. Un día, en las mazmorras profundas, un hombre con sangre en la cara miró al duque y le dijo que se había convertido en un monstruo. Un segundo después, el hombre dejó de existir; quedó reducido a una nota al pie de un libro de historia.

Durante los días siguientes, el duque pensó mucho en esa conversación, y al final asintió.

—El traidor tenía razón —dijo—. Me he convertido en un monstruo. Vaya. Me pregunto si algunos de nosotros estamos predestinados a convertirnos en monstruos.

Hubo una época, hacía mucho tiempo, en que tuvo amantes, pero eso fue en los albores del ducado. Ahora, en el crepúsculo del mundo, cuando disponía de todos los placeres (pero no podemos valorar lo que conseguimos sin esfuerzo), y cuando ya no tenía que pensar en el asunto de la sucesión (porque la mera idea de que otro hombre pudiera suceder al duque rozaba la blasfemia), ya no había más amantes, ni tampoco desafíos. El duque vivía con la sensación de estar dormido a pesar de tener los ojos abiertos y de seguir hablando, pero no había nada que lo despertara.

El día siguiente a la jornada en que al duque le dio por pensar que se había convertido en un monstruo era el día de las Flores Extrañas, fiesta que la gente celebraba llevando al palacio ducal flores procedentes de todos los mundos y de todos los niveles. Era un día en que todos los habitantes del palacio ducal —que ocupaba un continente— solían estar felices y olvidaban sus preocupaciones y oscuridades; pero el duque no estaba contento.

—¿Cómo podemos hacerlo feliz? —le preguntó el escarabajo informador que tenía sobre el hombro, posado allí para transmitir los caprichos y deseos de su señor a centenares de mundos—. Sólo tiene que pedirlo, excelencia, y se erigirán y destruirán imperios para hacerlo sonreír. Se formarán estrellas nuevas para entretenerlo.

—Tal vez necesite un corazón —dijo el duque.

—Pediré que arranquen, desgarren, despedacen, tallen, corten y extraigan de cualquier otra forma, centenares de corazones de los pechos de diez mil especímenes

perfectos de la humanidad —anunció el escarabajo informador—. ¿Cómo quiere que se los preparen? ¿A quién debo avisar? ¿Cocineros, taxidermistas, cirujanos o escultores?

—Necesito que algo me importe —dijo el duque—. Necesito valorar la vida. Necesito despertar.

El escarabajo estriduló y chirrió sobre su hombro; el animal podía acceder al conocimiento de diez mil mundos, pero no podía aconsejar a su señor cuando estaba de ese humor, así que no dijo nada. Transmitió su preocupación a sus predecesores, los escarabajos y coleópteros que ahora descansaban en cajas decoradas de centenares de mundos, y los coleópteros se consultaron entre ellos con pesar, porque, en la inmensidad del tiempo, aquello también había ocurrido antes, y ya sabían lo que debían hacer para enfrentarse a la situación.

Pusieron en marcha una subrutina del amanecer de los mundos olvidada hacía ya mucho tiempo. El duque estaba protagonizando el último ritual del día de las Flores Extrañas, pero su rostro enjuto permanecía inexpresivo, sólo era un hombre que veía su mundo tal como era sin valorarlo en absoluto, cuando una pequeña criatura con alas salió volando de la flor donde había estado escondiéndose.

—Excelencia —susurró—. Mi señora lo necesita. Por favor. Usted es su única esperanza.

—¿Tu señora? —preguntó el duque.

—Esta criatura viene de muy lejos —le sopló el escarabajo que tenía sobre el hombro—. De uno de los lugares que no reconocen el mandato ducal, de las tierras que se extienden más allá de la vida y la muerte, entre el ser y el no ser. Debe de haberse escondido dentro de una orquídea importada de los confines del mundo. Sus palabras son una trampa o una burla. Haré que lo destruyan.

—No —dijo el duque—. Déjalo.

Hizo algo que hacía muchos años que no se le ocurría, y acarició al escarabajo con uno de sus delgados dedos blancos. Sus ojos verdes se volvieron negros, y el animalito estriduló hasta quedarse en silencio absoluto.

El duque cogió a la minúscula criatura y regresó a sus aposentos mientras el bicho le hablaba de su sabia y noble reina, y de los gigantes que la tenían prisionera, cada uno era más bello que el anterior, y más enorme, peligroso y monstruoso.

Y mientras hablaba, el duque recordó al muchacho de las estrellas que había venido al Mundo a hacer fortuna (pues en aquellos tiempos había fortunas por doquier, aguardando a que alguien las descubriera); y al recordarlo se dio cuenta de que su juventud no estaba tan lejos como pensaba. Su escarabajo informador aguardaba inmóvil sobre su hombro.

—¿Por qué te ha enviado a hablar conmigo? —le preguntó a la criaturita.

Pero, como ya había cumplido su propósito, no volvió a hablar, y al poco rato se desvaneció, de un modo tan instantáneo y tan permanente como una estrella que se hubiera extinguido por orden del duque.

Entró en sus aposentos privados y dejó al escarabajo informador desactivado en la caja que tenía detrás de la cama. Una vez en su despacho, pidió a sus criados que le llevaran un gran estuche negro. Lo abrió él mismo y, con sólo tocarlo, activó a su consejero mayor. La criatura se sacudió, luego trepó reptando hasta sus hombros, donde adoptó forma de víbora, y su cola de serpiente se bifurcó a ambos lados del conector neuronal que tenía en la nuca.

El duque le explicó a la serpiente lo que pensaba hacer.

—Eso no es muy sensato —dijo el consejero mayor, que encarnaba la inteligencia y el consejo de todos los consejeros ducales que se recordaban, una vez examinados los precedentes.

—Busco aventura, no sensatez —respondió el duque.

Se le empezó a formar una sonrisa en la comisura de los labios: era la primera sonrisa que sus criados habían visto en mucho más tiempo del que podían recordar.

—En ese caso, y si no puedo disuadirlo, llévese un corcel de combate —le recomendó el consejero.

Era un buen consejo. El duque desactivó a su consejero mayor y mandó a un criado a buscar el clave del establo de los corceles de combate. Hacía mil años que nadie tocaba aquel clave: tenía las cuerdas llenas de polvo.

Hubo un tiempo en que había seis corceles de combate, uno para cada uno de los Señores y las Damas de la Noche. Eran brillantes, preciosos, imparables, y cuando el duque se vio obligado, con pesar, a dar por terminada la carrera de los Soberanos de la Noche, se negó a destruir sus corceles de combate y los dejó en un lugar donde no pudieran suponer ninguna amenaza para los mundos.

El duque se acercó al clave y tocó un arpegio. La puerta se abrió y del establo salió, contoneándose con elegancia felina, un corcel de batalla negro como la tinta, negro azabache, negro como el carbón. Levantó la cabeza y observó el mundo con los ojos llenos de orgullo.

—¿Adónde vamos? —preguntó el corcel de combate—. ¿Contra qué luchamos?

—Vamos más allá —dijo el duque—. Y en cuanto a contra quién deberemos luchar... Bueno, eso está por ver.

—Yo puedo llevarte a cualquier sitio —le aseguró el corcel de combate—. Y mataré a quienes intenten hacerte daño.

El duque se subió a lomos del corcel y notó cómo el metal frío cedía entre sus muslos como si fuera carne viva, y lo urgió a avanzar.

Un salto después ya estaba cruzando el flujo del subespacio: juntos recorrían la locura que dividía los mundos. Entonces el duque se rió, allí, donde no podía oírlo nadie, mientras recorrían juntos el subespacio, viajando para siempre en el subtiempo (que no se calcula en relación con los segundos de la vida de una persona).

—Esto parece una especie de trampa —dijo el corcel de combate, mientras el espacio que se extendía bajo las galaxias se evaporaba a su alrededor.

—Sí —admitió el duque—. Estoy seguro de que es así.

—He oído hablar de esa reina —dijo el corcel de combate—, o de algo parecido a ella. Vive entre la vida y la muerte, y lleva a la perdición a guerreros, héroes, poetas y soñadores.

—Eso parece cierto —dijo el duque.

—Y cuando regresemos al espacio real, yo esperaría una emboscada —dijo el corcel de combate.

—Eso parece más que probable —dijo el duque cuando llegaron a su destino, y brotaron del subespacio para regresar a la existencia.

Los guardianes del palacio eran tan bellos y feroces como le había advertido el mensajero, y estaban esperándolo.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntaron mientras se preparaban para el asalto—. ¿No sabes que los forasteros tienen prohibida la entrada? Quédate con nosotros. Deja que nosotros te amemos. Te devoraremos con nuestro amor.

—He venido a rescatar a vuestra reina —les dijo.

—¿Rescatar a la reina? —preguntaron entre risas—. Pedirá que le lleven tu cabeza en una bandeja antes de mirarte siquiera. Muchos han sido los que han venido a rescatarla a lo largo de los años. Sus cabezas adornan su palacio, dispuestas sobre bandejas de oro. La tuya sólo será la más reciente.

Había hombres que parecían ángeles caídos y mujeres que parecían demonios ascendidos. Había personas tan bellas que podrían haber sido todo lo que el duque había deseado en su vida, si hubieran sido humanos, y se pegaban a él, piel contra caparazón y carne contra armadura, para poder sentir su frío, y que él pudiera sentir su calor.

—Quédate con nosotros. Deja que te amemos —le susurraban, y le acercaban sus garras y dientes afilados.

—No creo que vuestro amor me convenga —dijo el duque.

Una de las mujeres, una rubia con los ojos de un azul peculiarmente traslúcido, le recordó a alguien que había olvidado hacía ya mucho tiempo, a una amante que había muerto hacía muchos años. Recordó su nombre, y la habría llamado en voz alta para ver si se volvía, para ver si lo reconocía, pero el corcel de combate la arañó con sus zarpas afiladas y los pálidos ojos azules se cerraron para siempre.

El corcel de combate se movía rápido, como una pantera, y uno tras otro derribaba a los guardianes, que se retorcían y yacían inmóviles.

El duque llegó ante el palacio de la reina. Desmontó de su corcel de combate y pisó tierra firme.

—A partir de aquí seguiré solo —dijo—. Aguarda y algún día regresaré.

—No creo que vayas a volver nunca —le contestó el corcel de combate—. Esperaré hasta que se acabe el tiempo, si es necesario. Pero aun así temo por ti.

El duque besó el acero negro de la testuz del corcel y se despidió de él. Se marchó a rescatar a la reina. Recordó a un monstruo que había gobernado los mundos y que nunca moría, y sonrió, porque él ya no era ese hombre. Por primera vez desde su

primera juventud, tenía algo que perder, y ese descubrimiento lo rejuveneció. Mientras cruzaba el palacio vacío se le aceleró el corazón y se rió a carcajadas.

Ella estaba esperándolo donde mueren las flores. La reina era tal como la había imaginado. Llevaba una falda sencilla de color blanco, tenía los pómulos altos y muy oscuros, su pelo era largo y de un color oscuro tan intenso como el ala de un cuervo.

—He venido a salvaros —le dijo.

—Has venido a salvarte a ti mismo —lo corrigió ella.

Su voz era casi un susurro, como la brisa que mecía las flores muertas.

Él inclinó la cabeza, aunque ella era tan alta como él.

—Tres preguntas —susurró la reina—. Si las contestas correctamente, todo lo que deseas será tuyo. Si te equivocas, tu cabeza descansará para siempre sobre una bandeja de oro.

La piel de la reina era del mismo color marrón que los pétalos de las rosas muertas. Sus ojos eran del oscuro tono dorado del ámbar.

—Formula tus tres preguntas —le dijo él con una seguridad que no sentía.

La reina alargó un dedo y le acarició la mejilla suavemente con la yema. El duque ya no recordaba la última vez que alguien lo había tocado sin su permiso.

—¿Qué es más grande que el universo? —le preguntó.

—El subespacio y el subtiempo —respondió el duque—. Porque ambos incluyen el universo, y también todo aquello que no forma parte del universo. Pero sospecho que buscas una respuesta más poética y menos exacta. Entonces elegiré la mente, porque puede albergar un universo, pero también imaginar cosas que nunca han existido ni existen.

La reina no dijo nada.

—¿Es correcto? ¿Es incorrecto? —preguntó el duque.

Por un momento deseó oír el susurro serpentino de su consejero mayor, descargando, a través de su conector neuronal, la sabiduría de todos sus consejeros acumulada a lo largo de los años, o incluso el chirrido de su escarabajo informador.

—La segunda pregunta —dijo la reina—: ¿Qué es más grande que un rey?

—Un duque, evidentemente —respondió el duque—. Pues todos los reyes, papas, cancilleres, emperatrices y demás sirven a mi único y solo deseo. Pero supongo que vuelves a buscar una respuesta menos exacta y más imaginativa. Y, en ese caso, de nuevo la mente es mayor que un rey. O que un duque. Porque, aunque yo no soy inferior a nadie, hay quien puede imaginar un mundo en el que haya algo superior a mí y, a su vez, algo superior a lo anterior, etcétera. ¡No! ¡Espera! Ya tengo la respuesta. Es del Árbol de la Vida: Kéter, la corona, el concepto de monarquía, es mayor que cualquier rey.

La reina miró al duque con sus ojos ambarinos y dijo:

—La última pregunta para ti: ¿Qué es lo que nunca se puede retirar?

—Mi palabra —dijo el duque—. Aunque, ahora que lo pienso, una vez que he dado mi palabra, a veces las circunstancias cambian de formas desafortunadas o

inesperadas. De vez en cuando, si es necesario, tengo que modificar mi palabra en función de las distintas realidades. Diría que es la muerte, pero la verdad es que cuando necesito a alguien del que he prescindido en el pasado, sólo tengo que reincorporarlo...

La reina pareció impacientarse.

—Un beso —dijo el duque.

Ella asintió.

—Hay esperanza para ti —dijo la reina—. Tú crees que eres mi única esperanza, pero la verdad es que yo soy la tuya. Todas tus respuestas son incorrectas. Pero la última no está tan mal como las demás.

El duque supuso que podría perder la cabeza por aquella mujer, y la perspectiva no le desagradó tanto como habría imaginado.

Una ráfaga de viento sopló por el jardín de flores muertas y al duque le acudieron fantasmas perfumados a la cabeza.

—¿Te gustaría conocer la respuesta? —preguntó ella.

—Respuestas —dijo él—. Claro.

—Sólo hay una respuesta, y es ésta: el corazón —dijo la reina—. El corazón es más grande que el universo, porque alberga piedad para todas las cosas del universo, y el universo no puede sentir compasión. El corazón es más grande que un rey, porque un corazón puede conocer a un rey tal como es y amarlo de todas formas. Y cuando entregas tu corazón, ya no puedes recuperarlo.

—Yo he dicho un beso —le recordó el duque.

—No estaba tan mal como las demás respuestas —le dijo ella.

El viento sopló más alto y con más ferocidad y, por un instante, el aire se llenó de pétalos muertos. Entonces el viento cesó tan repentinamente como se había levantado, y los pétalos muertos cayeron al suelo.

—He fracasado en la primera tarea que me has encomendado. Sin embargo, no creo que mi cabeza quede bien en una bandeja de oro —dijo el duque—. O en ninguna clase de bandeja. Encomiéndame otra tarea, pues, una búsqueda, algo que pueda conseguir para demostrar que soy digno. Deja que te rescate.

—Nunca es a mí a quien hay que rescatar —dijo la reina—. Tus consejeros, coleópteros y programas están hartos de ti. Te han enviado aquí, igual que enviaron a tus predecesores, hace ya mucho tiempo, porque es mejor que desaparezcas por voluntad propia que tener que matarte mientras duermes. Y menos peligroso. —Le cogió la mano—. Ven —le dijo.

Se alejaron del jardín de flores muertas, pasaron junto a las fuentes de luz, que rociaban el vacío con sus luces, y cruzaron también la ciudadela de la canción, donde un coro de voces perfectas aguardaba en cada esquina y suspiraba, coreaba, murmuraba y resonaba, aunque allí no había nadie para cantar.

Más allá de la ciudadela sólo había niebla.

—Bueno —le dijo ella—. Hemos llegado al fin de todas las cosas, donde no

existe más que lo que creamos nosotros mismos, por voluntad o por desesperación. Aquí puedo hablar con libertad. Ahora sólo estamos nosotros. —Lo miró a los ojos—. No tienes por qué morir. Puedes quedarte conmigo. Te sentirás feliz de haber encontrado, por fin, la felicidad, un corazón y el valor de la existencia. Y yo te amaré.

El duque la miró con un arrebato de ira desconcertante.

—Yo pedí interesarme. Pedí algo por lo que preocuparme. Pedí un corazón.

—Y ellos te han dado todo lo que has pedido. Pero no puedes ser su monarca y tener todas esas cosas. Y por eso no puedes regresar.

—Yo... yo les pedí que provocaran esto —dijo el duque.

Ya no parecía enfadado. Las nieblas que flotaban al borde de aquel lugar eran pálidas, y cuando el duque las miraba fijamente durante demasiado rato o con demasiada intensidad, le dolían los ojos.

El suelo empezó a temblar, como si se extendiera bajo las pisadas de un gigante.

—¿Hay algo aquí que sea real? —preguntó el duque—. ¿Hay algo permanente?

—Todo es real —respondió la reina—. Ya viene el gigante. Y te matará, a menos que lo derrotes.

—¿Cuántas veces has pasado por esto? —quiso saber el duque—. ¿Cuántas cabezas han acabado en bandejas de oro?

—Ninguna cabeza ha acabado nunca en una bandeja de oro —le confesó—. No estoy programada para matarlos. Ellos luchan por mí, me consiguen y se quedan conmigo hasta que cierran los ojos por última vez. Son felices quedándose aquí, o yo los hago felices. Pero tú... tú necesitas ser desgraciado, ¿verdad?

Él vaciló. Luego asintió.

Ella lo abrazó y lo besó, despacio y con delicadeza. Y el beso, una vez entregado, ya no se podía recuperar.

—Entonces, ¿ahora lucharé contra el gigante y te salvaré?

—Es lo que sucede.

Él la miró. Se miró a sí mismo, a su armadura labrada, a sus armas.

—No soy un cobarde. Nunca he rehuído una pelea. No puedo regresar, pero, si me quedo aquí contigo, no seré feliz. Así que esperaré aquí y dejaré que el gigante me mate.

Ella pareció alarmarse.

—Quédate conmigo. Quédate.

El duque miró hacia atrás y contempló el vacío blanco.

—¿Qué hay ahí? —preguntó—. ¿Qué hay más allá de la niebla?

—¿Huirías? —quiso saber ella—. ¿Me dejarías?

—Caminaría —le dijo—. Y no huiría. Pero caminaría hacia delante. Yo quería un corazón. ¿Qué hay al otro lado de esa niebla?

Ella negó con la cabeza.

—Más allá de esa niebla está el Maljut: el reino. Pero no existe a menos que tú lo hagas realidad. Aparece cuando tú lo creas. Si te atreves a adentrarte en la niebla,

construirás un mundo o dejarás de existir para siempre. Y puedes hacerlo. No sé lo que pasará, pero sé una cosa: si me dejas, ya no podrás regresar.

Él seguía oyendo un latido, pero ya no estaba seguro de que fueran los pies del gigante. Más bien parecía como el latido, latido, latido de su corazón.

Se volvió hacia la niebla antes de que pudiera cambiar de opinión, y se adentró en la nada; la notaba fría y pegajosa contra su piel. Tras cada paso que daba se sentía mermar. Sus conectores neuronales murieron y ya no le proporcionaban información nueva, hasta que desaparecieron también su nombre y su estatus.

No sabía si estaba buscando un lugar o construyendo uno nuevo. Pero recordaba su piel morena y sus ojos ambarinos. Recordaba las estrellas y decidió que allá adonde iba habría estrellas. Tenía que haber estrellas.

Siguió avanzando. Sospechaba que en algún momento había llevado armadura, pero notaba la niebla húmeda en la cara y en el cuello, y se estremeció bajo su abrigo fino en el frío aire nocturno.

Tropezó, sus pies impactaron contra el bordillo.

Se levantó y entornó los ojos para ver las lámparas borrosas de la calle a través de la niebla. Un coche pasó cerca —demasiado cerca—, pasó de largo y se desvaneció, las luces rojas traseras teñían la niebla de carmesí.

«Mi antigua mansión», pensó con cariño, y a ese pensamiento lo siguió un instante de pura perplejidad ante la idea de que Beckenham pudiera ser su antigua nada. Acababa de mudarse allí. Era un lugar para utilizarlo de base. Un sitio para escapar. ¿Seguro que ése era el objetivo?

Pero la idea de un hombre escapando (pensó que quizá fuera un lord o un duque, y le gustó cómo se sentía) planeaba y flotaba en su mente, como el principio de una canción.

—Prefiero escribir una canción cualquiera que gobernar el mundo —dijo en voz alta, saboreando las palabras.

Apoyó el estuche de la guitarra contra la pared, metió la mano en el bolsillo de su abrigo de lona, encontró un lápiz minúsculo y una libreta diminuta, y las anotó. Esperaba encontrar pronto una buena palabra de cuatro sílabas para sustituir ese «cualquiera».

Luego se abrió paso hacia el interior del bar. La cálida atmósfera, impregnada del olor a cerveza, lo abrazó al entrar. Ese vocerío y el retumbar grave típico de las conversaciones de bar. Alguien lo llamó por su nombre y él los saludó con la mano pálida, señaló su reloj de pulsera y luego las escaleras. El humo de los cigarrillos le confería al aire un tenue brillo azul. Soltó una tos profunda y deseó tener un cigarrillo.

Subió la escalera cubierta por una alfombra roja desgastada, agarrando el estuche de su guitarra como si fuera un arma, y sea lo que fuere lo que tuviera en la cabeza antes de doblar la esquina de High Street, se evaporaba a cada nuevo paso que daba. Se detuvo en el pasillo oscuro antes de abrir la puerta que daba a la habitación del



piso de encima del bar. Gracias al zumbido de la cháchara y al tintineo de los vasos sabía que ya habría un puñado de gente esperando y trabajando. Alguien afinaba una guitarra.

«¿Monstruo? —pensó el joven—. Es una palabra de dos sílabas».

Le dio la vuelta al mundo en su cabeza varias veces antes de decidir que podía encontrar algo mejor, algo más grande, algo más adecuado para el mundo que pretendía conquistar y, con sólo un remordimiento momentáneo, lo soltó para siempre y entró.

## Terminaciones femeninas

Amor mío:

Comencemos esta carta, este preludio del encuentro, con formalidad, como si se tratara de una declaración, a la antigua: te quiero. Tú no me conoces (aunque me has visto, me has sonreído y me has dado monedas). Yo te conozco (aunque no tan bien como me gustaría. Quiero estar a tu lado cuando abras los ojos por la mañana y me veas y sonrías. ¿No sería como estar en el paraíso?). Por eso me declaro ahora, con bolígrafo y papel. Volveré a decirlo: te quiero.

Escribo esta carta en inglés, tu idioma, una lengua que yo también hablo. Mi inglés es bueno. Hace algunos años estuve en Inglaterra y en Escocia. Pasé un verano entero plantado en Covent Garden, salvo por el mes que duró el festival de Edimburgo, que estuve en Edimburgo. Entre las personas que pusieron dinero en mi caja cuando estuve en Edimburgo estaban el señor Kevin Spacey, el actor, y el señor Jerry Springer, la estrella de la televisión estadounidense, que se encontraba en Edimburgo para ver un musical sobre su vida.

Llevo mucho tiempo aplazando la decisión de escribir esta carta, aunque quería hacerlo, aunque la haya redactado miles de veces mentalmente. ¿Debería escribir sobre ti? ¿Sobre mí?

Tú primero.

Me encanta tu pelo, largo y rojo. La primera vez que te vi pensé que eras una bailarina, y sigo pensando que tienes cuerpo de bailarina. Las piernas, la postura, con la cabeza alta y echada hacia atrás. Fue tu sonrisa lo que me llevó a pensar que eras extranjera antes de oírte hablar. En mi país sonreímos a estallidos, como cuando sale el sol e ilumina los campos y luego se esconde detrás de una nube demasiado pronto. Aquí las sonrisas son muy valiosas y poco habituales. Pero tú sonreías todo el tiempo, como si te encantara todo lo que veías. Me dedicaste una sonrisa la primera vez que me viste, incluso con más ganas que antes. Tú sonreíste y yo me perdí, como un niño pequeño en un bosque enorme que ya no puede encontrar el camino de vuelta a casa.

De joven aprendí que los ojos revelan demasiadas cosas. Muchas de las personas que se dedican a lo mismo que yo se ponen gafas oscuras, o incluso (y de éstos me río con amargura, como si fueran principiantes) utilizan máscaras para taparse toda la cara. ¿Qué ventaja puede tener una máscara? Mi solución es utilizar lentillas esclerales; las compré en una página web norteamericana por poco menos de quinientos euros, y me tapan todo el ojo. Evidentemente, son de color gris oscuro y parecen de piedra. Me han hecho ganar mucho más de quinientos euros, las he amortizado varias veces. Tal vez creas que, por mi profesión, debo de ser pobre, pero te equivocarías. En realidad, estoy seguro de que te sorprendería saber lo mucho que he ahorrado. Mis necesidades han sido pequeñas y mis ganancias siempre han sido cuantiosas.

Excepto cuando llueve.

A veces incluso cuando lo hace. Los demás, como quizá ya hayas observado, amor mío, se retiran cuando llueve, sacan los paraguas y se marchan. Yo me quedo en mi sitio. Siempre. Sólo espero, sin moverme. Le da más realismo a la actuación.

Y es una función, tanto como cuando actuaba en el teatro, cuando hacía de ayudante de un mago, o incluso cuando era bailarín. (Por eso estoy tan familiarizado con el cuerpo de los bailarines). Siempre he considerado que el público está formado por individuos. Me he dado cuenta de que comparto esta forma de pensar con todos los actores y bailarines, a excepción de los cortos de miras para los que el público es un borrón. Yo veo bien, incluso con las lentillas puestas.

—¿Habéis visto al hombre del bigote de la tercera fila? —nos decíamos—. Se está comiendo con los ojos a Minou.

Y Minou contestaba:

—Ah, sí. Pero la mujer del pasillo, la que parece la canciller alemana, se está esforzando para no quedarse dormida.

Si una sola persona se queda dormida puedes perder a todo el público, así que el resto de la noche actuábamos para una mujer de mediana edad que sólo quería sucumbir al sueño.

La segunda vez que te pusiste a mi lado, estabas tan cerca que pude oler tu champú. Olía a flores y fruta. Yo imagino que América es un continente lleno de mujeres que huelen a flores y fruta. Estabas hablando con un joven de la universidad. Te quejabas de las dificultades de nuestro idioma para un americano.

—Entiendo lo que le confiere género a un hombre o a una mujer —estabas diciendo—. Pero ¿qué es lo que hace que una silla sea masculina o que una paloma sea femenina? ¿Por qué una estatua tiene que tener una terminación femenina?

Entonces el joven se rió y me señaló. Pero la verdad es que si pasas caminando por la plaza no puedes saber nada sobre mí. Mis ropas parecen de mármol viejo, con humedades, desgastado y cubierto de liquen. Mi piel podría ser granito. Hasta que me muevo, soy de piedra y bronce viejo, y no me muevo si no quiero. Sólo me quedo allí plantado.

Hay quien espera en la plaza durante demasiado tiempo, incluso aunque llueva, para ver qué hago. No saber los incomoda, sólo son felices una vez que se han asegurado de que soy natural, y no algo artificial. Es la incertidumbre lo que atrapa a la gente, como un ratón en una trampa de pegamento.

Tal vez esté escribiendo demasiado sobre mí mismo. Sé que esto es una carta de presentación y una carta de amor al mismo tiempo. Debería escribir sobre ti. Tu sonrisa. Tus ojos tan verdes. (Tú no sabes el verdadero color de mis ojos. Te lo diré. Son marrones). Te gusta la música clásica, pero también llevas ABBA y Kid Loco en tu iPod nano. No te perfumas. La mayor parte de tu ropa interior es vieja y cómoda, aunque tienes un conjunto de sujetador y bragas rojo que te pones en ocasiones especiales.

La gente me observa en la plaza, pero lo único que atrae su mirada es el

movimiento. He perfeccionado un movimiento tan minúsculo que el transeúnte apenas puede decir si es algo que ha visto o no. ¿Sí? La gente no suele ver lo que no se mueve. Los ojos lo ven pero no lo ven, lo descartan. Yo tengo forma humana, pero no soy humano. Así que para conseguir que me vean, para lograr que me miren, para evitar que sus ojos se deslicen por mi figura sin prestarme ninguna atención, me veo obligado a hacer diminutos movimientos, para atraer sus miradas. Es entonces, y sólo entonces, cuando me ven. Pero no siempre saben qué han visto.

Pienso en ti como en un código que debo descifrar, o como en un puzle que debo resolver. O un rompecabezas que debo ensamblar. Paso por tu vida y me quedo inmóvil al límite de la mía. Mis gestos —estatuescos, precisos— suelen malinterpretarse. Te deseo. De eso no me cabe ninguna duda.

Tienes una hermana pequeña. Tiene una cuenta en MySpace y un perfil de Facebook. A veces hablamos a través de Messenger. La gente suele dar por hecho que una estatua medieval sólo existe en el siglo xv. Eso no es cierto: yo tengo una habitación, tengo un portátil. Mi ordenador tiene contraseña. Me gusta tomar medidas de seguridad. Tu contraseña es tu nombre de pila. Eso no es seguro. Cualquiera podría leer tus correos, mirar tus fotografías, reconstruir tus intereses utilizando el historial de las páginas que visitas. Si alguien estuviera interesado en ti y se preocupara lo suficiente, podría pasar un sinnúmero de horas construyendo un complejo esquema de tu vida, relacionando las personas de las fotografías con los nombres de los correos, por ejemplo. No sería difícil reconstruir una vida desde un ordenador, o a partir de los mensajes de un teléfono móvil. Sería como resolver un crucigrama.

Recuerdo cuando por fin admití que te habías aficionado a mirarme a mí, y sólo a mí, cuando cruzabas la plaza. Te parabas. Me contemplabas. Una vez viste cómo me movía para un niño y le dijiste a una mujer que estaba contigo, lo bastante alto como para que te oyera, que podría ser una estatua real. Es el mejor cumplido que se me puede hacer. Tengo muchos estilos distintos de movimiento: puedo moverme como el mecanismo de un reloj, mediante una serie de tirones y sacudidas, puedo moverme como un robot o un autómatas. Puedo moverme como una estatua que cobra vida después de haber sido de piedra durante cientos de años.

Te he oído hablar muchas veces acerca de la belleza de esta pequeña ciudad. Cómo explicabas que, para ti, ver el vitral de la iglesia vieja desde dentro era como estar atrapada dentro de un caleidoscopio de joyas. Era como estar en el corazón del sol. También estás preocupada por la enfermedad de tu madre.

Mientras estudiabas en la universidad trabajaste de cocinera, y tienes las yemas de los dedos cubiertas de cicatrices de los miles de cortes diminutos que te hiciste con el cuchillo.

Te quiero, y ese amor es lo que me induce a saberlo todo sobre ti. Cuanto más sé, más cerca estoy de ti. Debías venir a mi país con un joven, pero él te rompió el corazón, y tú viniste de todos modos para fastidiarlo y no perdiste la sonrisa. Cierro los ojos y te veo sonriendo. Cierro los ojos y te veo cruzando la plaza a zancadas

entre el aleteo de las palomas. Las mujeres de este país no caminan a zancadas. Se mueven con timidez, a menos que sean bailarinas. Y cuando duermes te aletean las pestañas. La forma en que tu mejilla toca la almohada. Tu forma de soñar.

Yo sueño con dragones. Cuando era un niño pequeño, en casa me dijeron que había un dragón debajo de la ciudad vieja. Yo me imaginaba el dragón enroscándose como una espiral de humo negro debajo de los edificios, colándose por las grietas de los sótanos, insustancial y, sin embargo, siempre presente. Así es como pienso en el dragón y como pienso ahora en el pasado. Un dragón negro hecho de humo. Cuando actúo, el dragón me ha devorado y me he convertido en parte del pasado. Realmente tengo setecientos años. Los reyes vienen y van. Los ejércitos llegan y otros los absorben o regresan a sus casas, dejando sólo edificios derruidos, viudas y niños bastardos a sus espaldas, pero las estatuas permanecen, y el dragón de humo, y el pasado.

Digo esto, pero la estatua que yo emulo no es de esta ciudad. Está frente a una iglesia del sur de Italia, donde creen que representa a la hermana de Juan Bautista, o a un noble de la zona que fundó la iglesia para celebrar que no había muerto de la peste, o al ángel de la muerte.

Imaginaba que eras completamente pura, mi amor, tan pura como yo; sin embargo, un día descubrí tus bragas de encaje rojo en el fondo de tu cesto de la ropa sucia y, después de examinarlas con detenimiento, pude confirmar, sin ninguna duda, que habías sido impúdica la noche anterior. Sólo tú sabes con quién, porque no hablaste sobre el episodio en las cartas que mandabas a casa, ni aludías a ello en tu diario personal *on-line*.

Una vez me miró una niña pequeña, se volvió hacia su madre y le dijo:

—¿Por qué está tan apenada?

(Lo traduzco al inglés para ti, evidentemente. La niña se refería a mí como estatua y por eso empleaba la terminación femenina).

—¿Por qué crees que está apenada?

—¿Por qué otro motivo querría una persona convertirse en estatua?

Su madre sonrió.

—Tal vez sufra de mal de amores —dijo.

Yo no sufría de mal de amores. Estaba listo para esperar el momento perfecto, lo cual es muy distinto.

Hay tiempo. Siempre hay tiempo. Es la ventaja de ser una estatua. Bueno, debería decir que es una de las ventajas.

Has pasado por mi lado y me has mirado y has sonreído, y has pasado por mi lado y otras veces apenas has reparado en que fuera más que un objeto. La verdad es que es increíble el poco interés que pones, tú y los demás humanos, en algo que está completamente inmóvil. Te has despertado por la noche, te has levantado, has ido al lavabo, has orinado, has vuelto a la cama, te has dormido de nuevo, apaciblemente. No advertirías algo que está completamente quieto, ¿verdad? ¿Notarías que hay algo

entre las sombras?

Si pudiera habría fabricado el papel de esta carta con mi propio cuerpo. Había pensado en mezclar mi sangre o mi saliva con la tinta, pero no. Hay cosas que son una exageración y, sin embargo, los grandes amores requieren grandes gestos, ¿verdad? Yo no estoy acostumbrado a los grandes gestos. Se me dan mejor los gestos diminutos. Una vez hice gritar a un niño pequeño sólo con sonreírle cuando se había convencido de que yo estaba hecho de mármol. Son los gestos más pequeños los que nunca se olvidan.

Te quiero, te deseo, te necesito. Te pertenezco de la misma forma que tú me perteneces a mí. Ya está. He declarado el amor que siento por ti.

Espero que lo descubras muy pronto. Y entonces nunca volveremos a separarnos. Dentro de un momento llegará la hora de que dejes la carta y te des la vuelta. Estoy contigo, incluso ahora, en estos apartamentos viejos con las paredes cubiertas de alfombras iraníes.

Has pasado de largo por mi lado demasiadas veces.

Se acabó.

Estoy aquí contigo. Ahora estoy aquí.

Cuando dejes esta carta. Cuando te des la vuelta y recorras esta vieja habitación con la mirada, y tus ojos la contemplen con alivio o con alegría o incluso con terror...

Entonces me moveré. Me moveré sólo un poco. Y, por fin, me verás.

## Ceñirse a las formalidades

Como ya sabes, no me invitaron al bautizo. Supéralo, me dirás.  
Pero son las pequeñas formalidades las que hacen que el mundo siga girando.  
Mis doce hermanas recibieron una invitación cada una, grabada, y entregada.  
Por un sirviente. Pensé que quizá mi sirviente se hubiera perdido.

Aquí me llegan pocas invitaciones. La gente ya no deja tarjetas de visita.  
E incluso cuando lo hacían yo les decía que no estaba en casa,  
Porque deploro la falta de modales de las nuevas generaciones.  
Comen con la boca abierta. Interrumpen.

Los modales lo son todo, y las formalidades. Cuando perdemos estas cosas  
Lo perdemos todo. Sin ellas, es como si estuviéramos muertos.  
Cosas aburridas e inútiles. Los jóvenes deberían aprender un oficio, deberían  
convertirse en carpinteros o tejedoras,  
Deberían saber cuál es su lugar en el mundo y aferrarse a él. Dejarse ver, pero sin  
hacer ruido. Ser silenciosos.

Mi hermana pequeña siempre llega tarde, e interrumpe. Yo soy muy estricta con la  
puntualidad.  
Le dije que llegar tarde no le aportaría nada bueno. Se lo dije,  
Cuando todavía nos hablábamos, cuando todavía me escuchaba. Ella se rió.  
Se podría argumentar que yo no debería haberme presentado sin invitación.

Pero la gente debe aprender lecciones. Sin ellas, ninguno de ellos aprenderá nunca.  
Las personas son sueños, son torpes y miran fijamente. Se pinchan los dedos.  
Sangran y roncan y babea. La educación es silenciosa como una tumba.  
Inmóviles, rosas sin espinas. O lirios blancos. La gente tiene que aprender.

Inevitablemente, mi hermana apareció tarde. La puntualidad es la educación de los  
príncipes,  
Eso, e invitar a todas las abuelas potenciales a un bautizo.  
Dijeron que pensaban que yo estaba muerta. Quizá lo esté. Ya no me acuerdo.  
Aun así, era necesario ceñirse a las formalidades.

Yo me habría encargado de darle un futuro ordenado y correcto. Dieciocho es  
suficiente. Más que suficiente.  
Después la vida se complica mucho. Los amoríos son caóticos.  
Los bautizos son chillones y ruidosos, y rencorosos,  
Tan malos como las bodas. Las invitaciones se extravían. Ya hablaremos sobre

prioridades y regalos.

Me habrían invitado al funeral.



## La joven durmiente y el huso

Era el reino más próximo al de la soberana, a vuelo de pájaro, pero ni tan siquiera los pájaros lo sobrevolaban. Las altas montañas trazaban entre ambos reinos una frontera que disuadía por igual a pájaros y a personas, que consideraban imposible cruzarlas.

Ambiciosos mercaderes de ambos territorios habían contratado a exploradores para que buscaran un paso a través de las montañas que, de existir, haría inmensamente rico al hombre o la mujer que lo controlara. Las sedas de Dorimar podrían llegar a Kanselaire en cuestión de semanas, o meses, en lugar de años. Mas no había tal paso y, en consecuencia, a pesar de que existía una frontera común, nadie transitaba de un reino a otro.

Ni siquiera los enanos, robustos e infatigables —seres de carne y hueso, pero también de magia—, podían escalar aquellas montañas.

Pero eso tampoco suponía un problema para ellos. No necesitaban escalarlas. Las atravesaban por debajo.

Tres enanos, moviéndose con tal agilidad que parecían uno solo, avanzaban por los oscuros túneles excavados bajo las montañas.

—¡Deprisa! ¡Deprisa! —los urgía el que iba en último lugar—. Hemos de comprarle la mejor seda de Dorimar. Si no nos damos prisa, podrían venderla y no nos quedaría más remedio que conformarnos con la segunda mejor.

—¡Ya! ¡Ya lo sabemos! —replicó el que iba en primer lugar—. Y compraremos también un baúl para guardarla, así no se llenará de polvo y llegará impoluta.

El enano que iba en medio no decía nada. Agarraba con fuerza su gema, para asegurarse de que no cayera al suelo y se perdiera, y ponía en ello toda su atención. La gema era un rubí en bruto, tal como lo habían extraído de la roca, del tamaño de un huevo de gallina. Una vez tallado y pulido valdría un imperio, de modo que les resultaría fácil intercambiarlo por la más exquisita seda de Dorimar.

A los enanos no se les habría ocurrido regalar a la joven reina algo que ellos mismos habían extraído de la tierra. Habría resultado demasiado fácil, demasiado vulgar. Según ellos, lo que hace de un regalo algo mágico es la distancia.

La reina se despertó temprano aquella mañana.

—Sólo una semana —dijo en voz alta—. Dentro de una semana seré una mujer casada.

Sonaba increíble y, al mismo tiempo, definitivo. Se preguntaba cómo se sentiría siendo una mujer casada. Si la vida consistía en elegir, aquello supondría el final de la suya. Al cabo de siete días ya no le quedaría elección. Gobernaría a su pueblo. Tendría hijos. Quizá muriera al dar a luz, quizá muriera muy anciana, o en el campo

de batalla. Sin embargo, en el camino que llevara a su muerte, cada paso que diera sería ineludible.

Oía a los carpinteros trabajar en los prados que se extendían más allá del castillo; construían una grada para que sus súbditos pudieran asistir al enlace. Cada martillazo sonaba como el monótono latido de un corazón enorme.

Los tres enanos fueron saliendo por un hoyo en la ribera del río, y treparon hasta el prado: uno, dos y tres. Se subieron a un peñasco de granito, estiraron los brazos, las piernas, saltaron y se estiraron de nuevo. Luego, salieron corriendo en dirección norte, hacia el conjunto de casas bajas que formaban la aldea de Giff; en concreto, hacia la posada.

El posadero era su amigo y, como de costumbre, le llevaban una redoma de vino de Kanselaire —de intenso color rojo, dulce y con cuerpo, no como los desvaídos y agraces vinos de aquella región—. A cambio, él les daría de comer, los orientaría y les brindaría consejo.

El posadero, que tenía un pecho grande como sus barriles, y una barba espesa y anaranjada como la cola de un zorro, estaba en la cantina. La mañana apenas comenzaba, y a esas horas, en otras ocasiones, los enanos habían encontrado la posada vacía, pero ahora habría allí unas treinta personas, y ninguna de ellas parecía muy dichosa.

Los enanos, que esperaban una entrada furtiva y discreta, se vieron convertidos en el centro de todas las miradas.

—Maese Foxen —dijo el enano más alto, dirigiéndose al posadero.

—Muchachos —replicó éste, convencido de que los enanos eran niños pese a que tenían cuatro o quizá cinco veces su edad—. Sé que vosotros conocéis los túneles que hay bajo las montañas. Tenemos que salir de aquí.

—¿Qué sucede? —preguntó el enano más pequeño.

—¡Sueño! —dijo el borrachín que estaba junto a la ventana.

—¡Una plaga! —dijo una mujer ataviada con gran elegancia.

—¡Una maldición! —exclamó un calderero, cuyas ollas entrechocaban mientras él hablaba—. ¡Una maldición se cierne sobre todos nosotros!

—Vamos camino de la capital —dijo el enano más alto, que abultaba como un niño—. ¿Se ha declarado una epidemia?

—No es una epidemia —dijo el borrachín, con una larga barba gris en la que el vino y la cerveza habían dejado manchas amarillas—. Ya os lo he dicho: sueño.

—¿Una epidemia de sueño? ¿Cómo puede ser eso? —preguntó el enano más pequeño, que no llevaba barba.

—¡Una bruja! —dijo el borrachín.

—Un hada malvada —lo corrigió un hombre de cara regordeta.

—Según me contaron, se trata de una hechicera —terció la muchacha que servía

las mesas.

—Sea lo que fuere —dijo el borrachín—, el caso es que no la invitaron al bautizo.

—Sandeces —intervino el calderero—. La maldición de la princesa no tiene nada que ver con que no invitaran a esa mujer al bautizo. Era una de aquellas brujas que desterraron del bosque hace mil años, y una de las más malvadas. En cuanto nació la niña, la maldijo para que, al cumplir los dieciocho, se pinchara con un huso y se quedara dormida para siempre.

El hombre de cara regordeta se enjugó la frente. Estaba sudando, aunque no hacía calor.

—Según me contaron, estaba destinada a morir, pero otra hada, un hada bondadosa, le conmutó la sentencia de muerte por un sueño eterno. Un sueño mágico —añadió.

—El caso es —dijo el borrachín— que se pinchó el dedo con algo. Y se quedó dormida. Y los demás habitantes del castillo: el señor y la señora, el carnicero, el panadero, la lechera, la doncella... todos se quedaron dormidos en el mismo instante que la princesa. Ninguno de ellos ha envejecido un solo día desde que sus ojos se cerraron.

—Y había rosas —dijo la camarera—. Rosas que crecían en torno al castillo. Y el bosque se hizo más frondoso, hasta volverse intransitable. Esto fue hará, ¿cuánto?, ¿cien años?

—Sesenta. Puede que ochenta —dijo una mujer que no había hablado hasta ese momento—. Lo sé porque mi tía Letitia, que recordaba haberlo vivido de niña, no tenía más de setenta cuando murió de unas fiebres, y a finales del verano se cumplirán cinco años de su muerte.

—... Y muchos hombres valientes —continuó la camarera—, y también mujeres, según se cuenta, han intentado cruzar el bosque de Acaire para llegar al castillo, despertar a la princesa y, de ese modo, despertar también a los demás, pero todos y cada uno de esos héroes perdieron la vida en ese bosque, asesinados por los bandidos, o ensartados en los espinos de los rosales que rodean el castillo...

—¿Despertarla? ¿Cómo? —preguntó el enano mediano, sin soltar su piedra, siempre pendiente de lo esencial.

—De la manera habitual —respondió la camarera, ruborizándose—. Al menos, según los cuentos.

—Entiendo —dijo el enano más alto—. O sea, arrojándole a la cara un cubo de agua fría y gritando: «¡Despertaos!, ¡despertaos!».

—Con un beso —replicó el borrachín—. Pero nunca nadie ha logrado acercarse lo suficiente. Llevan sesenta años o más intentándolo. Comentan que la bruja...

—El hada —dijo el de la cara regordeta.

—La hechicera —lo corrigió la camarera.

—Sea lo que fuere —dijo el borrachín—, el caso es que sigue allí. Eso dicen. Si consigues acercarte, si logras abrirte paso entre las rosas, ella estará esperándote. Es

tan vieja como las montañas, perversa como una serpiente, toda maldad, magia y muerte.

El enano más pequeño inclinó la cabeza hacia un lado.

—Así pues, hay una mujer dormida en el castillo y tal vez a su lado también una bruja, o un hada. ¿Y por qué habláis además de una plaga?

—Comenzó a propagarse el año pasado —dijo el hombre de la cara regordeta—. Empezó en el norte, más allá de la capital. Las primeras noticias me llegaron por boca de algunos viajeros que venían de Stede, cerca del bosque de Acaire.

—En los pueblos, la gente se quedaba dormida —explicó la camarera.

—¿Y qué? Mucha gente duerme —comentó el enano más alto.

Los enanos apenas duermen: dos veces al año, como mucho, y varias semanas seguidas, pero, en su ya larga vida, él había dormido lo suficiente como para que no le pareciera algo insólito ni especial.

—Se quedan dormidos al instante, en plena tarea, y ya no despiertan —dijo el borrachín—. Fijaos en nosotros. Hemos huido de las ciudades para venir hasta aquí. Todos tenemos hermanos, esposas, maridos o hijos que se han quedado dormidos en casa, en el establo o en sus mesas de trabajo. Todos nosotros.

—Cada vez avanza más deprisa —añadió una mujer delgada y pelirroja que aún no había intervenido—. Ahora recorre casi dos kilómetros al día, a veces incluso tres.

—Mañana llegará aquí —dijo el borrachín, apurando su jarra y haciendo una seña al posadero para que volviera a llenarla—. No tenemos dónde cobijarnos. Aquí, mañana todo se sumirá en el sueño. Algunos hemos decidido refugiarnos en la bebida antes de que nos alcance.

—¿Y por qué teméis quedaros dormidos? —preguntó el más pequeño de los enanos—. Sólo es dormir. Todos lo hacemos.

—Id y comprobadlo con vuestros propios ojos —dijo el borracho. Echó la cabeza hacia atrás y bebió de la jarra el trago más largo que pudo. A continuación, los miró de nuevo, con los ojos empañados, como si lo sorprendiera que siguieran allí—. Vamos. Id a verlo con vuestros propios ojos.

El borrachoapuró su bebida y recostó la cabeza en la mesa.

Los enanos fueron y lo vieron con sus propios ojos.

—¿Dormidos? —inquirió la reina—. Explicaos, ¿qué queréis decir con eso?

El enano se encaramó a la mesa para poder mirarla a los ojos.

—Dormidos —repitió—. Algunos, desplomados en el suelo. Otros, de pie. Dormidos en sus forjas, con el punzón todavía en la mano, o sentados en sus banquetas de ordeñar. Y lo mismo sucede con los animales del campo. Incluso las aves: hemos visto pájaros dormidos en las ramas de los árboles, y otros que, caídos del cielo, yacen en el suelo muertos y con las alas rotas.

La reina lucía un vestido de novia blanco como la nieve más pura. Numerosas

doncellas, damas de honor, costureras y sombrereras se apiñaban en torno a ella con gran ajetreo.

—¿Y cómo es que vosotros no habéis sucumbido también?

El enano se encogió de hombros. Llevaba una barba entre castaña y cobriza que a la reina siempre le hacía pensar en un erizo furioso, aferrado a la parte inferior de su rostro.

—Los enanos somos criaturas mágicas. Ese letargo es también de naturaleza mágica. Y, sin embargo, debo reconocer que yo mismo experimenté cierta somnolencia.

—¿Y bien?

Ella era la reina, y lo interrogaba como si estuvieran a solas. Las doncellas comenzaron a quitarle el vestido y, a continuación, se lo llevaron, lo doblaron con esmero y lo dejaron listo para coserle los últimos adornos de modo que quedara perfecto.

El enlace tendría lugar al día siguiente. Todo debía quedar perfecto.

—Cuando regresamos a la posada del maese Foxen, todos sin excepción estaban dormidos. El hechizo continúa propagándose por la zona, avanza ya a razón de varios kilómetros al día.

Las montañas que separaban ambos reinos alcanzaban alturas inconcebibles, pero su anchura era escasa. Apenas unos kilómetros. La reina deslizó sus blancos dedos entre el cabello negro como ala de cuervo, y adoptó una expresión grave.

—¿Qué os parece, entonces? —preguntó al enano—. Si me desplazara hasta allí, ¿caería dormida como los demás?

El enano se rascó el trasero en un gesto inconsciente.

—Vuestra Majestad permanecisteis dormida un año entero —dijo—, y finalmente despertasteis sin secuela alguna. Si hay entre la gente grande alguien que pueda permanecer despierto en ese lugar, ésa es, sin duda, Vuestra Majestad.

Fuera, los habitantes de la ciudad colgaban banderines y engalanaban con flores blancas sus puertas y ventanas. Habían sacado brillo a la vajilla de plata e, ignorando sus protestas, habían sumergido a los niños en tinas de agua tibia (los bañaban de mayor a menor, de modo que, cuanto mayor era el niño, más caliente estaba el agua) y los habían frotado con estropajo hasta dejarles la piel enrojecida. Luego, los obligaban a meter la cabeza bajo el agua y hasta les limpiaban los huecos de detrás de las orejas.

—Me temo —dijo la reina— que mañana no habrá boda.

Pidió que le llevarsen un mapa del reino, buscó las aldeas más próximas a las montañas y envió a varios correos para ordenar a sus habitantes que evacuaran sus casas y se dirigieran hacia la costa si no querían perder el favor de la reina.

Mandó llamar a su canciller, le dijo que lo hacía responsable del reino durante su ausencia e insistió en que hiciera lo posible por mantenerlo unido y que no se perdiera.

Hizo llamar también a su prometido y le dijo que no se preocupara, que tenía intención de seguir adelante con la boda aunque él fuera sólo un príncipe y ella una reina, y, tras darle unos tironcillos bajo la hermosa barbilla, lo besó hasta lograr que sonriera.

Pidió su cota de malla. Pidió su espada.

Pidió que le llevaran provisiones y su caballo y, montada en él, abandonó el castillo en dirección al este.

Tras cabalgar toda la jornada, pudo distinguir por fin la silueta de las montañas que se alzaban en los límites de su reino, espectrales y distantes, como nubes recortadas contra el cielo.

Los enanos la esperaban en la última posada al pie de las montañas y la condujeron hasta los profundos túneles que empleaban para cruzar de un lado a otro. La reina había convivido con ellos cuando era apenas una niña, por lo que no sentía ningún temor.

Los enanos avanzaban sin decir una palabra, salvo para advertir de vez en cuando: «Cuidado con la cabeza».

—¿No veis algo fuera de lo habitual? —preguntó el más bajo.

Los enanos tenían nombre, pero a los humanos no les estaba permitido conocerlos, pues los nombres eran algo sagrado.

La reina tenía nombre, mas ahora todos la llamaban «Vuestra Majestad». No abundan los nombres en este relato.

—Veo muchas cosas fuera de lo habitual —dijo el más alto de los enanos.

Se hallaban en la posada del maese Foxen.

—¿No os habéis fijado en que, pese a que todos están dormidos, hay algo que no duerme?

—Pues la verdad es que no —dijo el mediano, rascándose la barba—. Todos están exactamente como los dejamos. Con la cabeza inclinada, adormilados, respirando apenas lo suficiente para alterar las telarañas que ahora los adornan...

—Las que tejen esas telas no están dormidas —señaló el más alto.

Era verdad. Las arañas tejían afanosas desde los dedos hasta la cara, desde la barba hasta la mesa. Había incluso una telaraña que cubría pudorosamente el generoso canalillo entre los senos de la camarera. Otra, bien gruesa, manchaba de gris la barba del borrachín. La corriente que entraba por la puerta abierta las hacía bailar.

—Me pregunto —dijo uno de los enanos— si acabarán muriendo de inanición o si, por el contrario, hay una fuente mágica de energía que les permite permanecer dormidos durante largo tiempo.

—Yo me inclinaría por lo segundo —opinó la reina—. Si, como decís, fue una

bruja la autora del hechizo original, hace setenta años, y todos los que allí se encontraban siguen todavía hoy dormidos, como Barbarroja en el interior de la montaña, entonces es obvio que no han muerto de inanición, ni siquiera han envejecido.

Los enanos asintieron.

—Vuestra Majestad sois muy sabia —dijo uno de ellos—. Siempre lo habéis sido.

La reina emitió un sonido lleno de espanto y sorpresa.

—Ese hombre —dijo, señalándolo con el dedo— me ha mirado.

Era el hombre de la cara regordeta. Se había movido despacio, rasgando las telarañas, y ahora la miraba de frente. La había mirado, sí, mas sin abrir los ojos.

—Todo el mundo se mueve mientras duerme —observó el más pequeño de los enanos.

—Sí —admitió la reina—, es cierto. Pero no de ese modo. Lo ha hecho demasiado despacio, con demasiada parsimonia, con demasiada intención.

—Quizá lo hayáis imaginado —dijo uno de los enanos.

Las cabezas de los otros durmientes se movieron muy despacio, con parsimonia, como si el movimiento fuera intencionado. Ahora todos miraban de frente a la reina.

—No lo habéis imaginado, Vuestra Majestad —concedió el mismo enano, el de la barba cobriza—. Pero os miran con los ojos cerrados. No veo nada malo en ello.

Las bocas de los durmientes se movieron al unísono. No emitieron sonido alguno, aparte del murmullo del aire que escapó entre sus labios dormidos.

—¿Han dicho lo que me ha parecido entender? —preguntó el enano más pequeño.

—Han dicho: «Mamá, es mi cumpleaños» —contestó la reina, y se estremeció.

No iban a caballo. Todos los caballos que vieron por el camino estaban dormidos, de pie en mitad del campo, y no había forma de despertarlos.

La reina caminaba a paso ligero. Los enanos iban dos veces más rápido que ella, para no quedarse rezagados.

La reina comenzó a bostezar.

—Agachaos hacia mí —le propuso el enano más alto.

La reina se agachó. El enano le cruzó la cara de un bofetón.

—Será mejor que os mantengáis despierta —dijo, en tono jovial.

—Sólo era un bostezo —protestó la reina.

—¿Cuánto creéis que tardaremos en llegar al castillo, Vuestra Majestad? —preguntó el más pequeño de los enanos.

—Si no recuerdo mal, según los cuentos y los mapas —dijo la reina—, el bosque de Acaire está a unos cien kilómetros de aquí. Unos tres días a pie. —A continuación, añadió—: Tendré que dormir un poco esta noche. No puedo caminar tres días seguidos.

—En tal caso, dormid tranquila —dijeron los enanos—. Os despertaremos al alba.

Aquella noche se acostó en un almiar, en medio de un prado, con los enanos rodeándola, sin saber muy bien si volvería a despertar para ver otro amanecer.

El castillo del bosque de Acaire era un edificio compacto y gris, recubierto de rosales trepadores. Éstos descendían hasta el interior del foso y llegaban casi hasta la torre más alta. Cada año los rosales crecían un poco más: los que tapizaban los muros de piedra del castillo no eran sino enredaderas muertas de tallos marchitos, con añosas espinas afiladas como cuchillos. Casi cinco metros más allá, las plantas reverdecían cuajadas de rosas en flor. Los rosales trepadores, tanto los vivos como los muertos, formaban un esqueleto marrón, con salpicaduras de color que rompían la solidez grisácea de los muros.

Los árboles del bosque de Acaire eran tan frondosos que apenas dejaban pasar la luz. Un siglo antes, de bosque sólo tenía el nombre: eran terrenos de caza, un parque para el recreo de la Corte, poblado de ciervos, jabalíes y una infinidad de pájaros. Ahora el bosque era una maraña impenetrable, y la maleza se había adueñado de los antiguos senderos, condenándolos al olvido.

La joven de cabellos dorados dormía en la alta torre.

Todos los habitantes del castillo dormían también. Dormían todos profundamente, con una única excepción.

La mujer tenía el cabello gris, salpicado de blanco, y tan ralo que permitía entrever su cuero cabelludo. Andaba renqueando por el castillo, con gesto huraño, apoyándose en un bastón, llena de odio, dando portazos, hablando sola.

—Sube la condenada escalera, pasa por delante de la maldita cocinera, ¿qué vas a guisar ahora, eh, culo sebooso?, en tus ollas no hay sino polvo y más polvo, y te pasas el día roncando.

Salió al huerto, primorosamente cultivado. La anciana arrancó unos rapónchigos y unas hojas de oruga y un nabo grande.

Ochenta años atrás, en el palacio se habían criado quinientos pollos; el palomar albergaba cientos de palomas blancas y bien cebadas; los conejos correteaban por los verdes jardines intramuros, y nadaban los peces en el foso y en el estanque: carpas, truchas y percas. Ahora sólo quedaban tres pollos. Había capturado con redes todos los peces dormidos para sacarlos del agua. No quedaban conejos, ni tampoco palomas.

Había sacrificado el primer caballo hacía sesenta años, y se había comido lo que buenamente pudo antes de que su carne adquiriera un tono irisado y la carcasa empezara a apestar y a infestarse de moscas y gusanos. Ahora sólo sacrificaba animales grandes en pleno invierno, cuando nada se pudría y podía ir cortando



pedazos de carne congelada hasta que llegaba el deshielo primaveral.

La anciana pasó junto a una madre, dormida, que amamantaba a un dormido bebé. Les quitó el polvo con gesto ausente, y se aseguró de que la boca del bebé seguía en contacto con el pezón.

Se puso a comer en silencio.

Era la primera ciudad grande, de categoría, a la que llegaban. Las puertas eran altas, y los muros que las sustentaban eran tan gruesos que parecían inexpugnables, pero estaban abiertas de par en par.

Los tres enanos habrían preferido evitarla, pues no se sentían cómodos en las ciudades, desconfiaban de las casas y las calles por no considerarlas naturales, pero siguieron a su reina.

Una vez dentro de la ciudad, la multitud los incomodó. Había jinetes durmiendo a lomos de caballos dormidos; cocheros durmiendo en los pescantes de inmóviles carruajes cuyos pasajeros dormían también; niños dormidos con pelotas, aros o cuerdas de peonza aún en la mano; floristas dormidas tras sus puestos, llenos de flores marchitas y ajadas; había incluso pescaderos dormidos frente a sus mostradores de mármol, sobre los cuales yacían todavía restos de pescado podrido infestados de gusanos. El rumor y el movimiento de los gusanos fueron el único sonido y el único movimiento que percibieron la reina y los enanos.

—No deberíamos estar aquí —gruñó el enano de la barba cobriza.

—Éste es el camino más directo —replicó la reina—. Además, lleva hasta el puente. Por cualquier otro camino nos veríamos obligados a vadear el río.

El ánimo de la reina permanecía estable. Al caer la noche se iba a dormir y despertaba al llegar la mañana; la enfermedad del sueño no la había afectado.

El rumor de los gusanos y, de tanto en tanto, los suaves ronquidos y los cambios de postura de los durmientes fueron lo único que oyeron mientras atravesaban la ciudad. Entonces, un niño pequeño, dormido en un escalón, dijo en voz alta y clara:

—¿Estáis hilando? ¿Puedo mirar?

—¿Habéis oído eso? —preguntó la reina.

El enano más alto se limitó a exclamar:

—¡Mirad! ¡Los durmientes se están despertando!

Se equivocaba. No se estaban despertando. Y, no obstante, se habían levantado. Iban poniéndose en pie lentamente, y comenzaban a andar con paso torpe y vacilante. Caminaban dormidos, dejando un rastro de telas de araña. Por todas partes, las arañas seguían tejiendo sin pausa.

—¿Cuántos habitantes, seres humanos, quiero decir, hay en una ciudad? —preguntó el enano más pequeño.

—Depende —dijo la reina—. En nuestro reino, no más de veinte mil o treinta mil personas. Esta ciudad parece algo mayor que las nuestras. Calculo que habrá unas

cincuenta mil personas. O más. ¿Por qué?

—Porque, al parecer —dijo el enano—, todos vienen tras nosotros.

Las personas dormidas no se mueven deprisa. Tropiciezan, se tambalean; son como niños caminando por un río de melaza, o como ancianos con los pies llenos de barro húmedo y espeso.

Los durmientes avanzaban en dirección a la reina y los enanos. A éstos les habría bastado con salir corriendo, o incluso con andar un poco más deprisa en el caso de la reina. Y, sin embargo, ¡ay!, sin embargo, eran tantos... Todas las calles por las que pasaban estaban llenas de gente dormida, todos ellos envueltos en telarañas, unos con los ojos cerrados y otros con los ojos en blanco, y avanzaban despacio, con aire ausente, arrastrando los pies.

La reina dobló una esquina, echó a correr por una callejuela, y los enanos corrieron tras ella.

—Esto es indigno —dijo un enano—. Deberíamos quedarnos y enfrentarnos a ellos.

—No hay dignidad en luchar contra un oponente que ni siquiera sabe que estás ahí —jadeó la reina—. No hay dignidad alguna en luchar contra alguien que está soñando con un día de pesca, con un jardín o con un ser amado que lleva mucho tiempo muerto.

—¿Qué harían si nos atraparan? —preguntó el enano que estaba junto a la reina.

—¿Realmente deseas averiguarlo? —replicó ella.

—No —admitió el enano.

Corrieron, y corrieron, y siguieron corriendo mientras abandonaban la ciudad por las puertas situadas en el otro extremo, y no dejaron de correr hasta que cruzaron el puente y se encontraron al otro lado del río.

La anciana llevaba doce años sin subir a la torre más alta. Llegar tan arriba le resultaba muy penoso, y sus rodillas y caderas se resentían con cada peldaño. Comenzó a ascender por la escalera de caracol; cada pasito que daba era un auténtico suplicio. Allí no había barandilla, nada que la ayudara a seguir por la empinada escalera. De tanto en tanto descansaba unos instantes apoyada en su bastón, y luego continuaba subiendo.

El bastón le servía también para apartar las tupidas telarañas que cubrían el hueco de la escalera: la anciana blandía el bastón para rasgarlas y dejaba que las arañas se escabulleran correteando por los muros.

La ascensión se le hizo larga y muy penosa, pero al fin logró llegar a la alcoba que había en lo más alto.

En la estancia no había más que un huso y una banqueta, situados junto a una tronera, y un lecho colocado justo en el centro de la habitación circular. Era un lecho muy suntuoso: a través del polvoriento velo de tul que protegía del resto del mundo a

la joven que allí dormía se veía una colcha de color rojo carmesí bordada en oro.

El huso yacía en el suelo, junto a la banqueta, en el mismo lugar donde había caído setenta años atrás.

La anciana retiró el velo de tul con su bastón, y el polvo quedó flotando en el aire. Contempló a la joven que yacía dormida en la cama.

Tenía el cabello de un rubio dorado similar al de las flores que crecen en las praderas. Sus labios eran del mismo tono que las rosas que recubrían los muros del palacio. Llevaba largos años sin ver la luz del día y, sin embargo, su cutis tenía un tono cremoso, no demasiado pálido ni tampoco enfermizo.

Su pecho subía y bajaba, de forma casi imperceptible, en medio de la penumbra.

La anciana se agachó y cogió el huso del suelo.

—Si atravesara vuestro corazón con este huso, ya no seríais tan hermosa, ¿verdad? —dijo, en voz alta—. ¿Lo seríais?

Se acercó a la joven dormida, cuyo blanco vestido estaba cubierto de polvo. A continuación, bajó la mano.

—No. No puedo. Y los dioses saben cuánto lo deseo.

La edad había mermado sus sentidos, pero le pareció oír voces en el bosque. Tiempo atrás los había visto llegar, a los príncipes y los héroes, y los había visto perecer, empalados en las espinas de los rosales, mas hacía ya mucho tiempo que nadie, ya fuera un héroe o cualquier otro ser humano, lograba llegar tan cerca del castillo.

—Bah —dijo, hablando en voz alta, como tenía por costumbre. Total... ¿quién iba a oírla?—. Aunque consigan llegar hasta aquí, morirán entre gritos, ensartados en las espinas. No hay nada que puedan hacer. Nadie puede. Nada en absoluto.

Un leñador, dormido junto al tronco de un árbol que llevaba cincuenta años a medio talar y había terminado por adoptar la forma de un arco, abrió la boca cuando la reina y los enanos pasaron a su lado y dijo:

—¡Caramba! ¡Qué presente tan extraño para un bautizo!

Tres bandidos, dormidos en lo que quedaba de la vereda, con los brazos y las piernas contorsionados, como si el sueño los hubiera sorprendido encaramados a un árbol y se hubieran caído sin despertar, dijeron al unísono:

—¿Querriais traerme unas rosas?

Uno de ellos, un hombre grande, gordo como un oso en pleno otoño, agarró el tobillo de la reina cuando ésta pasó por su lado. El más pequeño de los enanos no se lo pensó: le cercenó la mano con su hacha, y la reina desasíó los dedos del hombre, uno por uno, hasta que la mano cayó sobre las hojas muertas.

—Traedme rosas —dijeron los tres bandidos con una sola voz, mientras la sangre goteaba con indolencia por el muñón del brazo del gordo—. Me haría tan feliz que me trajerais unas rosas...

Presintieron el castillo mucho antes de avistarlo; sintieron como si una ola de sueño quisiera impedir que se acercaran. Si caminaban hacia él, se les iba la cabeza, sus mentes se volvían dispersas, su ánimo decaía y se les nublaba el pensamiento. En cuanto se desviaban, volvían a despertar y se sentían más alegres, más cuerdos, más sabios.

La reina y los enanos siguieron adentrándose en aquella niebla mental.

De vez en cuando alguno de los enanos bostezaba y daba un traspié. Entonces, los otros dos lo agarraban por los brazos y lo ayudaban a seguir adelante, a regañadientes, hasta que su mente volvía a despejarse.

La reina se mantenía despierta, aunque veía en el interior del bosque un montón de gente que no podía estar ahí. Caminaban a su lado por el sendero. A veces incluso le hablaban.

—Analicemos ahora de qué manera influye la filosofía natural en la diplomacia —decía su padre.

—Mis hermanas gobernaban el mundo —decía su madrastra, arrastrando los zapatos de hierro al caminar. Brillaban con un mortecino resplandor naranja que, sin embargo, no prendía las hojas secas a su paso—. Los mortales se levantaron en nuestra contra, ellos nos derrocaron. Mas nosotras esperamos, agazapadas en las grietas, en lugares donde no pudieran vernos. Y ahora todos me adoran. Incluso tú, mi hijastra. Incluso tú me adoras.

—Eres tan hermosa... —decía su madre, que había muerto mucho tiempo atrás—. Como una rosa encarnada sobre un lecho de blanca nieve.

A ratos, los lobos pasaban corriendo a su lado, levantando el polvo y las hojas que tapizaban el suelo del bosque, aunque su paso no alteraba las gigantescas telarañas colgadas como velos a ambos lados del sendero. A veces, los lobos atravesaban en su carrera los troncos de los árboles y se perdían en la oscuridad.

A la reina le gustaban los lobos y se entristeció cuando uno de los enanos se puso a dar voces, diciendo que aquellas arañas eran del tamaño de un cerdo, y los lobos se esfumaron de su cabeza y de su vista. (No era cierto. Eran simples arañas, de tamaño normal, acostumbradas a tejer sus telas, ajenas al tiempo y a los viajeros).

El puente levadizo estaba abierto y lograron cruzar el foso, pese a que todo parecía empujarlos hacia atrás. Sin embargo, no pudieron entrar en el castillo: una maraña de espinas bloqueaba la entrada por completo, y las ramas más nuevas estaban cuajadas de rosas.

La reina vio restos humanos colgando de las espinas: había esqueletos con y sin armadura. Algunos estaban a una distancia considerable del suelo, y la reina se preguntó si habrían trepado hasta allí por sus propios medios, buscando una entrada, y habían muerto o si, por el contrario, habían muerto a ras de suelo y los rosales los

habían ido arrastrando hacia arriba a medida que crecían.

No logró llegar a ninguna conclusión. Ambas opciones eran posibles.

De pronto la invadió una sensación de placidez y decidió que cerrar los ojos tan sólo unos instantes no le haría ningún mal. ¿A quién podía importarle?

—Ayudadme —dijo, con voz soñolienta.

El enano de la barba castaña arrancó una espina del rosal que tenía más a mano, la hundió con fuerza en el pulgar de la reina y volvió a sacarla. Una gota de sangre cayó sobre los adoquines del suelo.

—¡Ay! —exclamó la reina. Y, a continuación, añadió—: ¡Gracias!

Los enanos y la reina se quedaron mirando la impenetrable barrera de espinas. La reina alargó una mano, arrancó una rosa del rosal más cercano y se la prendió en el cabello.

—Podríamos excavar un túnel para entrar —propusieron los enanos—. Pasamos por debajo del foso, atravesamos los cimientos y subimos a la superficie. Sólo tardaremos un par de días.

La reina lo meditó unos instantes. Le dolía el pulgar, y le complacía que así fuera.

—Esto comenzó aquí mismo hace unos ochenta años —dijo—. Comenzó lentamente. No se ha extendido hasta hace poco. Y cada vez se extiende más deprisa. No sabemos si toda esa gente despertará algún día. No sabemos nada, salvo que tal vez no dispongamos de dos días más.

Observó la prieta maraña de espinos, vivos y muertos, plantas que, pese a llevar décadas enteras secas y marchitas, conservaban sus espinas tan punzantes como en vida. Caminó a lo largo del muro hasta llegar a un esqueleto, retiró la tela putrefacta que cubría sus hombros y la palpó. Estaba seca, sí. Ardería con facilidad.

—¿Quién tiene el yesquero? —preguntó.

Los espinos secos ardieron enseguida y con fuerza. Al cabo de quince minutos, las llamas anaranjadas serpenteaban muro arriba: por un instante, dio la impresión de que el edificio entero estaba envuelto en llamas, pero con la misma rapidez se extinguieron, y quedó a la vista tan sólo el muro ennegrecido. Sin apenas dificultad, la reina troceó con su espada los pocos tallos vigorosos que habían sobrevivido al fuego y luego los arrancaron para arrojarlos al foso.

Los cuatro viajeros entraron en el castillo.

La anciana se asomó a la tronera para ver mejor las llamas. El humo entraba en la alcoba, pero no las llamas, pues los rosales no llegaban hasta la torre. Entendió que alguien atacaba el castillo y se habría escondido allí mismo de no ser porque no tenía dónde, y porque la joven yacía dormida en el lecho.

Blasfemó y, con gran dificultad, comenzó a bajar los escalones de uno en uno. Su intención era descender hasta las almenas, desde donde podía llegar al extremo opuesto del castillo, a los sótanos. Allí podría esconderse. Conocía el edificio mejor

que nadie. Era lenta, mas también astuta, y sabía esperar. Ah, desde luego que sabía esperar.

Oyó sus voces a medida que subían por la escalera.

—¡Por aquí!

—¡Aquí arriba!

—Aquí todavía lo noto más. ¡Vamos! ¡Deprisa!

La anciana dio media vuelta y quiso correr escaleras arriba, pero las piernas no le respondían mejor que unas horas antes, en el primer ascenso. La alcanzaron justo en lo alto de la escalera: tres hombres que no le llegaban más arriba de las caderas, seguidos de cerca por una mujer joven, con la ropa sucia tras un largo viaje y el cabello más negro que la anciana había visto en su vida.

—Cogedla —dijo la mujer, con el tono propio de alguien acostumbrado a dar órdenes.

Los hombrecillos le quitaron el bastón a la anciana.

—Es más fuerte de lo que parece —comentó uno de ellos, todavía aturdido por el golpe en la cabeza que le había asestado la mujer con el bastón antes de que se lo quitaran.

La llevaron de vuelta a la habitación circular.

—¿Y el incendio? —preguntó la vieja, que llevaba seis decenios sin hablar con nadie capaz de responderle—. ¿Ha muerto alguien en el incendio? ¿Habéis visto al rey o a la reina?

La joven se encogió de hombros.

—No lo creo. Todos los durmientes que nos hemos encontrado por el camino estaban dentro, y los muros son muy gruesos. ¿Quién sois vos?

Nombres. Nombres. La anciana entornó los ojos y negó con la cabeza. Ella era ella, y el nombre que le habían puesto al nacer había desaparecido con el tiempo y la falta de uso.

—¿Dónde está la princesa?

La anciana no respondió, se limitó a mirarla.

—¿Y por qué vos estáis despierta?

No hubo respuesta. Entonces, la reina y los hombrecillos se pusieron a hablar apresuradamente.

—¿Es una bruja? Percibo cierta magia en ella, pero no me parece que sea obra suya.

—Vigiladla —mandó la reina—. Si es una bruja, ese bastón podría ser importante. Mantenedlo lejos de ella.

—Es mi bastón —dijo la anciana—. Creo que perteneció a mi padre. Pero él ya no lo necesita.

La reina hizo caso omiso. Se acercó al lecho y retiró el velo de tul. El rostro de la joven que yacía allí dormida los miró sin verlos.

—De modo que aquí es donde comenzó todo —dijo uno de los enanos.

—El día de su cumpleaños —añadió otro.

—Bien —dijo el tercero—, pues alguien tendrá que hacer los honores.

—Yo me encargo —dijo la reina con suavidad.

Se inclinó y acercó su rostro al de la joven dormida. Posó sus labios de color carmín sobre los labios rosados de la joven y le dio un beso largo y fuerte.

—¿Ha funcionado? —preguntó un enano.

—No lo sé —dijo la reina—. Pero siento lástima por ella, pobrecilla. Toda una vida durmiendo.

—Vuestra Majestad permanecisteis dormida un año entero por un hechizo similar —señaló el enano—. Y no moristeis de hambre. Ni os pudristeis.

La joven se revolvió en el lecho, como si intentara despertarse de una pesadilla.

La reina dejó de mirarla. Había visto algo en el suelo, junto a la cama. Se agachó para recogerlo.

—Mirad esto —dijo—. Huele a magia.

—Aquí hay magia por doquier —replicó el más pequeño de los enanos.

—No, esto —insistió la reina—. Lo que huele a magia es este objeto en particular.

—Sucedió aquí, en esta misma alcoba —dijo la anciana de pronto—. Yo era poco más que una niña. Nunca había llegado tan lejos, pero subí hasta el final de la escalera, subí y subí, dando vueltas y más vueltas, hasta llegar a la habitación más alta del castillo. Vi el lecho, el mismo que veis ahora, si bien entonces estaba vacío. En la alcoba sólo había una anciana, sentada en esa banqueta, hilando lana con el huso. Yo nunca había visto uno. La anciana me preguntó si quería probar. Sostuvo la lana en su mano y me dio el huso. Cogió mi pulgar y lo apretó contra la punta hasta que brotó la sangre, y manchó con ella el hilo. Y entonces dijo...

Otra voz la interrumpió. Era una voz joven, la de una muchacha, sólo que sonaba algo ronca porque acababa de despertarse.

—Dije: «Niña, ahora te arrebató el sueño y te despojo por igual de la capacidad de lastimarme mientras duermo, pues alguien debe velar mi sueño. Tu familia, tus amigos, todo tu mundo dormirá también». Y a continuación me tendí en el lecho y me dormí, y todos se durmieron, y mientras dormían yo les robaba un pedacito de sus vidas, un pedacito de sus sueños, y mientras duraba el sueño yo iba recuperando mi juventud, mi belleza y mi poder. Dormí y me hice fuerte. Revertí los estragos causados por el tiempo y me construí un mundo de esclavos durmientes.

Estaba sentada en la cama. Era tan bella y tan joven...

La reina la miró y halló exactamente lo que buscaba: la misma mirada que había visto en los ojos de su madrastra. Comprendió qué clase de criatura era aquella muchacha.

—Nos hicieron creer —dijo el enano más alto— que, cuando despertarais, todos los demás despertarían con vos.

—¿Y cómo os dio por creer tal cosa? —preguntó la joven de cabellos dorados, con su cara de niña y aquel aspecto tan inocente (¡Ah, pero los ojos...! Cuánta vejez había en esos ojos)—. Los prefiero dormidos. Son más... dóciles. —Se calló un instante. Y después sonrió—. Ahora mismo vienen por vosotros. Los he llamado y ya están de camino.

—Es una torre muy alta —observó la reina—. Y las personas dormidas no se mueven muy deprisa. Aún tenemos tiempo para conversar, Vuestra Oscuridad.

—¿Quién eres? ¿Por qué habríamos de conversar? ¿Cómo conoces la fórmula para dirigirte a mí?

La joven descendió del lecho y se estiró con exquisita gracia, extendiendo los dedos uno por uno antes de pasarlos entre sus dorados cabellos. Sonrió, y fue como si saliera el sol dentro de la alcoba en penumbra.

—Que los hombrecillos se queden exactamente donde están. No me gustan. Y tú, jovencita, tú también dormirás.

—No —dijo la reina.

Sopesó el huso en la mano. El hilo enrollado en él se había ennegrecido con el paso del tiempo.

Los enanos se quedaron quietos, balanceándose con los ojos cerrados.

La reina dijo:

—Con las de vuestra especie siempre ocurre lo mismo. Necesitáis juventud y belleza. Consumisteis las vuestras hace largo tiempo y cada vez halláis formas más retorcidas de obtenerlas. Y siempre ansiáis más poder.

Estaban tan cerca ahora que sus narices casi se tocaban, y la muchacha de cabellos dorados parecía mucho más joven que la reina.

—¿Por qué no te duermes sin más? —preguntó la joven, y sonrió con ingenuidad, exactamente igual que sonreía su madrastra cuando deseaba algo.

Se oyó un ruido en la escalera, muy lejano.

—Dormí durante un año entero dentro de un féretro de cristal —explicó la reina—. Y la mujer que me encerró en él era mucho más peligrosa de lo que vos seréis jamás.

—¿Más poderosa que yo? —preguntó la joven con sorna—. Tengo un millón de durmientes bajo mi mando. Cada instante que he permanecido dormida me ha hecho un poco más poderosa, y cada día que pasa, el círculo de sueños se acelera un poco más. Ya he recuperado mi juventud, ¡toda mi juventud! Y he recuperado mi belleza. Ninguna arma puede herirme. No hay ser vivo más poderoso que yo.

Se quedó mirando fijamente a la reina.

—No eres de mi misma sangre —dijo—, mas posees algunos de mis talentos. —La joven sonrió; una sonrisa propia de una niña inocente recién despertada en plena mañana de primavera—. Gobernar el mundo no será tarea fácil. Como tampoco lo será mantener el orden entre las Hermanas que han sobrevivido para ver esta era degenerada. Voy a necesitar a alguien que sea mis ojos y mis oídos, que administre



justicia, que se ocupe de todo mientras yo atiendo otros asuntos. Yo permaneceré en el centro de la red. No gobernarás conmigo, sino en mi nombre, mas aun así gobernarás, y dominarás continentes enteros, no un reino insignificante.

La joven alargó una mano y acarició el pálido cutis de la reina, que, en la penumbra de aquella alcoba, parecía casi tan blanco como la nieve.

La reina no dijo nada.

—Ámame —exigió la joven—. Todos me amarán, y tú, que me has despertado, debes amarme más que nadie.

La reina sintió que algo se revolvía en su corazón. Entonces se acordó de su madrastra. Ella también se complacía en la adoración ajena. A la reina le había costado aprender a ser fuerte, a sentir sus propias emociones y no las de otra persona; pero quien aprende esa lección ya nunca la olvida. Y ella no deseaba gobernar continentes.

La joven le sonrió con ojos del color del cielo matutino.

La reina no sonrió. Tan sólo alargó la mano.

—Tomad —dijo—. Esto no me pertenece.

Entregó el huso a la anciana, que seguía a su lado. La anciana lo sopesó con aire pensativo. Comenzó a desenrollar el hilo con sus dedos sarmentosos.

—Esto era mi vida —dijo—. Este hilo era mi vida...

—Decís bien: era. Me la entregasteis a mí —dijo la joven, en tono irritado—. Y ya ha durado demasiado.

El extremo del huso seguía siendo puntiagudo aun después de tantos años.

La anciana, que tiempo atrás había sido una princesa, agarró el huso con fuerza y clavó la punta en el pecho de la joven de cabellos dorados.

La joven se quedó mirando el hilo de sangre que se deslizaba por su pecho, manchando de rojo su vestido blanco.

—Ninguna arma puede herirme —dijo, con voz juvenil y petulante—. Ya no. Mirad. Tan sólo es un rasguño.

—No es un arma —dijo la reina—. Es vuestra propia magia. Y un rasguño era todo cuanto hacía falta.

La sangre de la joven empapó el hilo que había estado enrollado alrededor del huso, el hilo que iba desde el huso hasta el ovillo de lana que la anciana sostenía en la mano.

La joven miró la sangre que manchaba su vestido y la que había empapado el hilo, y únicamente pudo decir:

—Ha sido tan sólo un pinchazo superficial. —Parecía confundida.

El ruido que provenía de la escalera sonaba cada vez más fuerte. Era un rumor de pies arrastrados lento y desigual, como si un centenar de sonámbulos subieran por una escalera de caracol con los ojos cerrados.

La alcoba no era muy grande, no había dónde esconderse, y las ventanas apenas eran dos aberturas estrechas en el muro de piedra.

La anciana, que llevaba varias décadas sin dormir, dijo:

—Me arrebatasteis mis sueños. Me arrebatasteis el sueño. Ya es hora de poner fin a todo esto.

Era una mujer muy vieja. Sus dedos estaban retorcidos, como las raíces de un espino. Tenía la nariz muy prominente y los párpados caídos, y, sin embargo, en aquel momento, en sus ojos lucía la mirada de una persona joven.

Se tambaleó, perdió el equilibrio y habría caído al suelo si la reina no la hubiera sujetado a tiempo.

La reina llevó a la anciana hasta el lecho, sorprendida al comprobar lo poco que pesaba, y la depositó sobre la colcha de color carmesí. El pecho de la anciana subía y bajaba.

El ruido que llegaba de la escalera ya sonaba más alto. Entonces se hizo un silencio, seguido de un repentino alboroto, como si un centenar de personas se hubieran puesto a hablar al mismo tiempo, sorprendidas, enojadas y confundidas.

La joven hermosa dijo:

—Pero...

La juventud y la belleza la habían abandonado por completo. La piel descolgada del rostro volvía informes sus rasgos. Alargó una mano hacia el enano más pequeño y le arrebató el hacha que llevaba en el cinto. Manejándola con torpeza, la alzó con expresión amenazadora, sosteniéndola entre sus manos ajadas y llenas de arrugas.

La reina desenvainó su espada (la hoja había quedado mellada y desafilada al cortar las espinas), pero, en lugar de usarla para atacar, dio un paso atrás.

—¡Escuchad! Están despertando —dijo—. Todos despiertan. ¿Qué me decís ahora de la juventud que les arrebatasteis? ¿Qué me decís ahora de vuestra belleza y vuestro poder? Volved a contarme lo astuta que sois, Vuestra Oscuridad.

Cuando la multitud llegó a la alcoba de la torre, vio a una anciana dormida en el lecho, a una reina con la cabeza bien alta y a tres enanos justo a su lado, moviendo la cabeza o rascándose.

También vieron algo en el suelo: un amasijo de huesos, una mata de pelo tan fino y tan blanco como los hilos de una telaraña, unos harapos grises tirados encima, y todo ello cubierto por un polvo grasiento.

—Cuidad de ella —les dijo la reina, señalando con el huso negruzco de madera a la anciana que yacía en el lecho—. Os ha salvado la vida.

Dicho esto, se marchó con los enanos. Ninguno de los presentes en aquella habitación o en la escalera osó detenerlos; ninguno llegaría a saber lo que había sucedido.

A poco más de un kilómetro del castillo, en un claro del bosque de Acaire, la reina y los enanos encendieron un fuego con ramitas secas y quemaron en él el hilo y la lana. El enano más bajo cortó con su hacha el huso hasta reducirlo a astillas y, a

continuación, lo quemó también. Las astillas desprendieron un humo ponzoñoso que hizo toser a la reina, y el olor de la antigua magia quedó flotando en el aire.

Enterraron las brasas bajo un serbal.

Al caer la tarde casi habían dejado atrás el bosque y no tardaron en llegar a un camino en campo abierto. Divisaron una aldea al otro lado de la colina y el humo que salía de las chimeneas de las casas.

—Bien —dijo el enano de la barba castaña—. Si caminamos hacia el oeste, podríamos llegar a las montañas a final de semana y en diez días estar de vuelta en vuestro palacio de Kanselaire.

—Sí —dijo la reina.

—Y aunque hayáis tenido que retrasar vuestra boda, podréis casaros enseguida y vuestro pueblo lo celebrará y el júbilo se propagará por todo el reino.

—Sí —dijo la reina.

Sin añadir palabra alguna, se sentó bajo un roble a saborear aquella quietud, latido a latido.

«Se puede elegir —pensó, tras un buen rato allí sentada—. Siempre se puede elegir».

Y en ese instante eligió.

La reina echó a andar y los enanos fueron detrás de ella.

—Sabéis que nos dirigimos hacia el este, ¿verdad? —dijo un enano.

—Claro que sí —afirmó la reina.

—En tal caso, todo en orden —replicó el enano.

Caminaron hacia el este, los cuatro juntos, dando la espalda a la puesta de sol y a las tierras que tan bien conocían, y se perdieron en la noche.

## El oficio de bruja

La bruja era tan vieja como la morera  
Vivía en la casa de los cien relojes  
Vendía tormentas y pesares y apaciguaba las mareas  
Y guardaba su vida en una caja.

Era el árbol más viejo que he visto  
Su tronco fluía como el líquido. Le goteaba la edad.  
Pero cada septiembre su fruto teñía el verde  
Tan escarlata como las prostitutas, tan rojo como mi rabia.

Los relojes susurraban el tiempo que atrapaban en sus mecanismos  
Se arrastraban y traqueteaban, repicaban y roían.  
Ella los alimentaba con minutos. Los viejos comían años.  
Ella temía y amaba a su salvaje prole relojera.

Me vendió una tormenta cuando estaba furioso  
Y mi odio llenó el mundo de volcanes y risas  
Vi cómo los relámpagos y el viento entonaban su canción  
Y lo que pasó después se tragó mi locura.  
Me vendió tres pesares envueltos en un paño.  
El primero se lo di al hijo de mi enemigo.  
Mi mujer hizo un caldo con el segundo.  
El tercero está sin usar, porque nos reconciamos.

Les vendía mares en calma a las esposas de los marineros  
Ataba los vientos con cordeles de seda para poder amarrar las tormentas  
Las mujeres se quedaban mucho más tranquilas en casa  
Hasta que regresaban sus maridos, y ponían a prueba su paciencia.

La bruja guardaba su vida en una caja hecha de barro,  
Tan grande como un puño y tan oscura como un secreto  
Allí no había sino tiempo, silencio y dolor  
Mientras la bruja observaba las olas con su pesar y su arte.

(Pero él nunca regresó. Él nunca regresó...).

La bruja era tan vieja como la morera  
Vivía en la casa de los cien relojes  
Vendía tormentas y pesares y apaciguaba las mareas

Y guardaba su vida en una caja.

## En *Relig Odhráin*

Cuando San Columba desembarcó en la isla de Iona,  
su amigo Oran desembarcó con él.  
Aunque hay quien dice que San Oran aguardaba  
entre las sombras de la isla, y esperaba a que llegara el santo,  
pero yo pienso que llegaron juntos, desde Irlanda, eran como hermanos.  
Eran Columba el rubio y valiente, y el hombre moreno al que llamaban Oran.

Él se llamaba *odrán*, como la nutria, era el otro. Había otros  
Y desembarcaron en Iona y dijeron «Vamos a construir una capilla».  
Era lo que hacían los santos cuando desembarcaban. (Oran: sacerdote del sol y del  
fuego,  
O de *odhra*, que significa moreno). Pero su capilla no dejaba de derrumbarse.  
Y Columba encontró la respuesta en un sueño o en una revelación,  
Que su edificio necesitaba a Oran, necesitaba muerte en los cimientos.  
Otros afirmaban que era doctrinal, y los Santos Oran y Columba  
Estaban debatiendo, porque los irlandeses adoran discutir, sobre el Cielo,  
Como hace mucho tiempo que la verdad quedó olvidada, sólo nos quedan sus  
acciones  
(Por sus obras los conoceréis): San Columba enterró a Oran,  
Todavía vivo, lo rodeó de tierra, lo enterró profundamente y lo sepultó bajo tierra.

Tres días después regresaron allí, monjes fornidos con palas y picos.  
Y desenterraron a San Oran para que Columba pudiera abrazarlo,  
Tocarle la cara y despedirse de él. Llevaba muerto tres días. Le quitaron el barro y  
San Oran abrió los ojos. Oran le sonrió a San Columba.  
Había muerto, pero ahora había resucitado y dijo las palabras que sólo conocen los  
muertos,  
Con una voz de viento y agua.

Dijo: no aguarda ningún cielo a los buenos y puros y gentiles  
No hay castigo eterno, no existe ningún infierno para los impíos  
Ni tampoco Dios es como te imaginas...  
San Columba gritó: «¡Silencio!».  
Y para que los monjes no se llevaran a error, le lanzó una pala llena de barro a San  
Oran.  
Y lo enterraron para siempre. Y le dieron a ese lugar el nombre de San Oran.  
En su cementerio hay reyes de Escocia, reyes de Noruega, los enterraron a todos  
En la isla de Iona.

Hay quien dice que fue un sacerdote druida del sol quien fue enterrado  
En la tierra de la buena Iona sólo para sostener los cimientos de la iglesia,  
Pero para mí eso es demasiado simple, y difama a San Columba  
(Que fue quien gritó: «¡Tierra! ¡Cubrid a Oran de tierra, tapadle la boca con barro  
ahora mismo,  
Para evitar que nos lleve a todos a la perdición!»). Creen que fue un asesinato  
Porque un santo sepultó a otro debajo de esa santa capilla.

Mientras sigue existiendo San Oran,  
Un mártir hereje, sus huesos continúan sosteniendo las piedras de la capilla,  
Y nosotros nos unimos a ellos, reyes y príncipes, en su cementerio, en su capilla,  
Porque llevan el nombre de Oran. Él ha aceptado su maldición  
Por las sencillas palabras que dijo. No hay ningún infierno para castigar a los  
pecadores.  
No existe ningún cielo para los bienaventurados. Dios no es lo que te imaginas.

Y acaso siguiera predicando, porque había muerto y había resucitado,  
Hasta que fue silenciado, aplastado o acallado por la tierra de Iona.  
San Columba fue enterrado en la isla de Iona  
Décadas después. Pero desenterraron su cuerpo y se lo llevaron  
A Downpatrick, donde está enterrado con San Patricio y Santa Brígida.  
Así que el único santo de Iona es Oran.  
No vayáis a ese cementerio a desenterrar reyes de la antigüedad, hombres  
poderosos,  
O arzobispos y sus riquezas. Los protege San Oran.  
Que se levantará de su tumba como la oscuridad, como una nutria,  
Porque él ya no puede ver el sol. Te tocará,  
Te paladeará, te inyectará sus palabras.  
(Dios no es lo que imaginas. Ni tampoco el Infierno ni el cielo).

Entonces te alejarás de él y de su cementerio, y olvidarás el terror de la sombra,  
Mientras te frota el cuello recuerda sólo esto: él murió para salvarnos.  
Y que San Columba lo mató en la isla de Iona.

# Black Dog

Había diez lenguas dentro de una cabeza  
y una se fue a buscar un poco de pan  
para alimentar a los vivos y a los muertos.  
antiguo acertijo

## I

### EL CLIENTE DEL BAR

Fuera del pub estaba diluviando.

Sombra todavía no estaba completamente convencido de hallarse en un pub. Sí, había una barra minúscula al fondo de la estancia, con botellas detrás y un par de esos grifos enormes que se accionaban, y había varias mesas altas y personas bebiendo apoyadas en las mesas, pero, en general, daba la sensación de ser una habitación de una casa particular. Los perros alimentaban esa impresión. Sombra tenía la sensación de que todos los clientes del bar tenían perro menos él.

—¿Qué clase de perros son? —preguntó Sombra con curiosidad.

Le recordaban a los galgos, pero eran más pequeños y parecían más cuerdos, más tranquilos y menos nerviosos que los galgos con los que se había tropezado en su vida.

—Son lurchers —dijo el dueño del bar, saliendo de detrás de la barra. Llevaba una pinta de cerveza que se había servido—. Son los mejores perros. Perros de cazador furtivo. Rápidos, inteligentes y letales.

Se agachó y rascó por detrás de las orejas a un perro con manchas marrones y blancas. El perro se estiró y disfrutó de la caricia. Sombra comentó que no parecía particularmente letal.

El dueño, que tenía una pelambarrera gris y naranja, se rascó la barba con actitud reflexiva.

—En eso te equivocas —dijo—. La semana pasada iba paseando con su hermano por Cumpsy Lane. Un zorro, grande y rojo como *Renart*, asoma la cabeza por un seto, a menos de veinte metros calle abajo, y entonces se pone a pasear por el camino tranquilamente. *Needles* lo ve y sale corriendo tras él como un loco. Cuando quise darme cuenta, *Needles* había agarrado a *Renart* por el cuello: le bastó con un solo mordisco, luego lo sacudió con fuerza y se acabó todo.

Sombra observó a *Needles*, el perro gris que dormía junto a la chimenea pequeña. También parecía inofensivo.

—¿Y qué clase de raza es un lurcher? Es una raza inglesa, ¿no?

—No es exactamente una raza —dijo una mujer con el pelo blanco y sin perro



que estaba apoyada en una mesa cercana—. Son cruces que se hacen buscando velocidad y resistencia. Lebrel, galgo inglés, collie.

El hombre que estaba a su lado levantó un dedo.

—Hay que tener en cuenta —dijo con alegría— que antes había leyes que controlaban la posesión de perros de raza. La gente corriente no podía tenerlos, pero podían tener mestizos. Y los lurchers son mejores y más rápidos que los perros con pedigrí.

Se subió las gafas por el puente de la nariz empujándolas con la yema del dedo índice. Llevaba una barba de chivo de color marrón moteada de blanco.

—Yo pienso que todos los perros mestizos son mejores que los que tienen pedigrí —opinó la mujer—. Por eso América es un país tan interesante. Está lleno de mestizos.

Sombra no estaba seguro de la edad que tendría aquella mujer. Tenía el pelo blanco, pero parecía más joven que su pelo.

—En realidad, cariño —intervino el hombre de la barba de chivo con su voz dulce—, creo que has de saber que a los norteamericanos les gustan más los perros con pedigrí que a los británicos. Conocí a una mujer del Kennel Club americano y, sinceramente, me asustó. Estaba aterrorizado.

—No estaba hablando de perros, Ollie —le explicó la mujer—. Estaba hablando de... Bueno, es igual.

—¿Qué vas a tomar? —preguntó el dueño.

Había un trozo de papel pegado a la pared junto a la barra con una nota manuscrita que advertía a los clientes que no pidieran una *lager* «porque los puñetazos en la cara suelen molestar».

—¿Qué tenéis de bueno por aquí? —preguntó Sombra, que había descubierto que casi siempre era lo más inteligente que uno podía decir.

El dueño y la mujer le sugirieron las que consideraban las mejores cervezas y sidras locales. El hombrecillo chivo los interrumpió para señalar que, en su opinión, el concepto «bueno» no suponía la completa ausencia de «malo», sino que era algo un poco más positivo que lo otro: era una forma de hacer del mundo un lugar mejor. Luego se rió para dejar claro que sólo estaba bromeando y que ya sabía que la conversación sólo versaba sobre qué beber.

El propietario le sirvió una cerveza oscura y muy amarga a Sombra. No estaba seguro de que le gustara.

—¿Qué es?

—Se llama Black Dog —dijo la mujer—. He oído decir que le pusieron ese nombre por la sensación que se tiene después de haber tomado demasiadas.

—Como los cambios de humor de Churchill —dijo el hombrecillo.

—En realidad, la cerveza se llama así por un perro de por aquí —comentó una mujer más joven. Llevaba un jersey de color verde oliva y estaba apoyada en la pared—. Pero no es un perro real. Es semiimaginario.

Sombra miró a *Needles* y vaciló.

—¿Puedo acariciarle la cabeza? —preguntó, recordando lo que le había pasado al zorro.

—Claro —contestó la mujer del pelo blanco—. Le encanta. ¿A ti no te gusta?

—Bueno. Casi le arranca el dedo al gilipollas de Glossop —dijo el dueño. Su voz destilaba una mezcla de admiración y advertencia.

—Creo que tenía algún cargo en el gobierno local —explicó la mujer—. Y siempre he pensado que no hay nada malo en que los perros muerdan a los políticos. O a los inspectores de Hacienda.

La mujer del jersey verde se acercó a Sombra. No llevaba ninguna copa en la mano. Tenía el pelo oscuro y corto, y un puñado de pecas repartidas por la nariz y las mejillas. Miró a Sombra.

—Tú no trabajas para el gobierno local, ¿no?

Sombra negó con la cabeza. Le dijo:

—Soy una especie de turista.

No era del todo falso. La verdad era que estaba viajando.

—¿Eres canadiense? —preguntó el tipo de la barba de chivo.

—Estadounidense —lo corrigió Sombra—. Pero ya llevo bastante tiempo de viaje.

—Entonces no eres exactamente un turista —dijo la mujer del pelo blanco—. Los turistas llegan, disfrutan de las vistas y se marchan.

Sombra se encogió de hombros, sonrió y se agachó. Le rascó la nuca al lurcher del dueño.

—No eres muy amante de los perros, ¿verdad? —le preguntó la mujer morena.

—No soy muy amante de los perros —reconoció Sombra.

Si hubiera sido otra persona, alguien dado a hablar sobre lo que le pasaba por la cabeza, Sombra podría haberle contado que su mujer tenía perros cuando era más joven, y que a veces llamaba «cachorrito» a Sombra porque quería un perro que no podía tener. Pero Sombra era reservado. Era una de las cosas que le gustaban de los británicos: no preguntaban ni siquiera cuando deseaban saber qué pensaba su interlocutor. El mundo interior de cada cual seguía siendo su mundo interior. Su mujer ya llevaba tres años muerta.

—Yo creo que o te gustan los perros o los gatos —dijo el hombre de la barba de chivo—. ¿Eso quiere decir que te van más los gatos?

Sombra reflexionó.

—No lo sé. Nunca tuvimos animales cuando era niño, siempre nos estábamos mudando. Pero...

—Lo digo —prosiguió el hombre— porque nuestro anfitrión también tiene un gato, y quizá desees verlo.

—Antes estaba aquí fuera, pero lo llevamos a la habitación trasera —dijo el dueño desde el otro lado de la barra.

Sombra se preguntó cómo conseguiría aquel hombre seguir la conversación con tanta facilidad mientras se ocupaba también de tomar nota de los pedidos de comida de los clientes y les servía las bebidas.

—¿El gato molestaba a los perros? —preguntó.

Fuera, la lluvia arreció. El viento gimió y silbó y luego aulló. El tronco que ardía en la chimenea tosió y escupió.

—No de la forma que te estás imaginando —dijo el dueño—. Lo encontramos cuando tiramos la pared de la habitación contigua con la intención de ampliar el bar. —El hombre sonrió—. Ven a ver.

Sombra siguió al hombre hasta la habitación contigua. El hombre de la barba de chivo y la mujer del pelo blanco los acompañaron siguiendo de cerca a Sombra.

Él se volvió para echar un vistazo al bar. La mujer morena estaba mirándolo y le sonrió con calidez cuando se encontró con sus ojos.

La habitación contigua estaba mejor iluminada, era más grande y se parecía menos al salón de alguien. Había gente sentada a distintas mesas, comiendo. La comida tenía buen aspecto y olía mejor. El dueño condujo a Sombra hasta el final de la sala, hasta una caja de cristal llena de polvo.

—Ahí está —anunció el dueño con orgullo.

El gato era marrón y, a primera vista, parecía que estuviera hecho de tendones y angustia. Los huecos de los ojos estaban llenos de rabia y dolor; tenía la boca completamente abierta, como si el animal hubiera estado bostezando cuando lo convirtieron en piel.

—La costumbre de meter animales en las paredes de los edificios es parecida a la práctica de emparedar niños vivos en los cimientos de una casa para que se sostenga —explicó el hombre de la barba de chivo a sus espaldas—. Aunque los gatos momificados siempre me recuerdan a los que encontraron alrededor del templo de Bast en Bubastis, en Egipto. Allí encontraron toneladas de gatos momificados y los enviaron a Inglaterra para reducirlos a polvo y utilizarlos como fertilizante barato para los campos. Los victorianos también hacían pintura con las momias. Una especie de marrón, creo.

—Parece triste —dijo Sombra—. ¿Cuántos años tiene?

El dueño se rascó la mejilla.

—Calculamos que la pared en la que estaba metida se levantaría en algún momento entre el 1300 y el 1600. Eso es lo que dice en los archivos de la parroquia. No pone que aquí hubiera nada en el año 1300, y aparece una casa en el 1600. Los años intermedios se perdieron.

El gato muerto de la caja de cristal, sin pelo y con la piel curtida, parecía mirarlos con las cuencas negras de sus ojos vacíos.

«Tengo ojos allá por donde van los míos», susurró una voz en el fondo de la cabeza de Sombra.

Por un momento pensó en los campos fertilizados con las momias trituradas de

los gatos y en la cosecha tan extraña que debieron enriquecer.

«Lo metieron en el lateral de una casa vieja —dijo aquel hombre llamado Ollie—. Y allí vivió y allí murió. Y nadie rió ni lloró». Se emparedaban toda clase de cosas para asegurar que las casas estaban vigiladas y seguras.

A veces eran niños. Animales. En las iglesias era una práctica muy habitual.

La lluvia repicaba una melodía arrítmica en el cristal. Sombra le dio las gracias al dueño por haberle mostrado el gato. Volvieron al bar. La mujer morena se había marchado y, por un momento, Sombra lamentó su ausencia. Parecía muy simpática. Sombra invitó a una ronda al hombre de la barba de chivo, a la mujer del pelo blanco y al dueño.

El dueño se agachó detrás de la barra.

—Me llaman Sombra —les dijo Sombra—. Sombra Moon.

El hombre de la barba de chivo dio una palmada, encantado.

—¡Oh! ¡Qué maravilla! De pequeño tuve un alsaciano americano que se llamaba *Sombra*. ¿Es tu nombre verdadero?

—Así es como me llaman —dijo Sombra.

—Yo me llamo Moira Callanish —se presentó la mujer del pelo blanco—. Él es mi pareja, Oliver Bierce. Sabe muchas cosas y no me cabe duda de que, durante el rato que pasemos juntos, te explicará todo lo que sabe.

Se estrecharon la mano. Cuando el dueño regresó con las bebidas, Sombra le preguntó si el bar tenía alguna habitación en alquiler. Tenía la intención de caminar un poco más aquella noche, pero no parecía que fuera a dejar de llover. Llevaba un calzado muy sólido y tenía ropa impermeable, pero no le apetecía caminar bajo la lluvia.

—Antes sí, pero mi hijo volvió a vivir conmigo. A veces dejo que alguien la duerma en el granero, pero con los tiempos que corren no me atrevo a ofrecer nada más.

—¿Hay algún sitio en el pueblo donde pueda conseguir una habitación?

El dueño negó con la cabeza.

—Hoy hace muy mala noche, pero Porsett está a pocos kilómetros de distancia, y allí tienen un hotel decente. Puedo llamar a Sandra y decirle que vas a ir. ¿Cómo te llamas?

—Sombra —repitió Sombra—. Sombra Moon.

Moira miró a Oliver y le preguntó algo que sonó como «¿huérfanos y desamparados?», y Oliver se mordió el labio un momento y luego asintió con entusiasmo.

—¿Te gustaría pasar la noche con nosotros? La habitación libre que tenemos es una especie de trastero, pero hay una cama. Y se está caliente. Y seco.

—Me encantaría —dijo Sombra—. Puedo pagaros.

—No seas tonto —dijo Moira—. Será agradable tener un invitado.

## II LA JAULA DE TORTURA

Oliver y Moira llevaban paraguas. Oliver insistió en que Sombra llevara su paraguas, señalando que Sombra era más alto y así podrían resguardarse ambos de la lluvia.

La pareja también llevaba linternas pequeñas a las que llamaban «antorchas». La palabra hizo que Sombra pensara en los vecinos de un pueblo de alguna película de terror asaltando el castillo de la colina, y los relámpagos y los truenos enfatizaron su visión. «Esta noche, mi querida criatura —pensó—. ¡Te daré vida!». Tendría que haber sido una tontería, pero esa idea le resultó inquietante. El gato muerto lo había dejado con una sensación extraña.

El agua de lluvia corría por los caminos estrechos que separaban los campos.

—Si hiciera una noche bonita —dijo Moira levantando la voz para hacerse oír por encima de la lluvia—, podríamos cruzar por el campo. Pero estará mojado y lleno de barro, por eso vamos por Shuck's Lane. Hace mucho tiempo, en ese árbol había una jaula de tortura.

Señaló el sicomoro gigante que se alzaba en el cruce. Sólo le quedaban unas cuantas ramas que despuntaban en la noche como pensamientos tardíos.

—Moira vive aquí desde que tenía veinte años —dijo Oliver—. Yo vine de Londres hará unos ocho. Vivía en Turnham Green. La primera vez que vine tenía catorce años y estaba de vacaciones, y nunca olvidé este sitio. Es imposible olvidarlo.

—La tierra se te mete en la sangre —dijo Moira—. O algo así.

—Y la sangre se mete en la tierra —añadió Oliver—. O una cosa u otra. Pongamos el árbol de la jaula, por ejemplo. Dejaban a la gente ahí colgada hasta que ya no quedaba nada. El pelo se lo llevaban los pájaros para construir sus nidos, los cuervos se comían la carne, dejaban los huesos limpios. O hasta que tenían otro cadáver para exponer.

Sombra estaba bastante seguro de que sabía lo que era una jaula de tortura, pero aun así lo preguntó. Preguntar nunca hacía ningún daño, y no había duda de que Oliver era la clase de persona que disfrutaba de saber cosas peculiares y transmitir sus conocimientos.

—Es como una pajarera de hierro gigante. Las utilizaban para exhibir los cadáveres de los criminales que ejecutaban después de dictar sentencia. Cerraban las jaulas con llave para que la familia y los amigos no pudieran recuperar el cuerpo y darle cristiana sepultura. De ese modo servían de advertencia a cualquiera que pasara por allí, aunque dudo que disuadieran a nadie de nada.

—¿Y a quién ejecutaban?

—A cualquier desafortunado. Hace trescientos años existían más de doscientos crímenes que se castigaban con la muerte. Entre ellos viajar con gitanos durante más de un mes, robar ovejas... en realidad, cualquier cosa que costara más de doce

peniques, así como escribir una carta amenazadora.

Quizá tuviera intención de ampliar la lista, pero Moira intervino:

—Lo que dice Oliver sobre las sentencias de muerte es verdad, pero por esta zona sólo enjaulaban a los asesinos. Y, a veces, dejaban algunos cuerpos dentro de las jaulas hasta veinte años. No había muchos asesinatos. —Y entonces, como si quisiera cambiar de tema y hablar de algo más desenfadado, dijo—: Ahora estamos pasando por Shuck's Lane. Por aquí se dice que en las noches claras, cosa que evidentemente no tenemos hoy, te puede seguir Shuck el Negro. Es una especie de perro fantasma.

—Nunca lo hemos visto, ni siquiera en las noches claras —dijo Oliver.

—Cosa que está muy bien —comentó Moira—. Porque, si lo ves, te mueres.

—Aunque Sandra Wilberforce dijo que lo había visto, y está sana como una manzana.

Sombra sonrió.

—¿Y que hace Shuck el Negro?

—No hace nada —contestó Oliver.

—Claro que sí. Te sigue hasta casa —lo corrigió Moira—. Y mueres poco después.

—No suena muy aterrador —opinó Sombra—. Excepto por lo de la muerte.

Llegaron al final del camino. El agua de la lluvia corría como un riachuelo por encima de las gruesas botas de excursionista de Sombra.

Sombra preguntó:

—¿Y cómo os conocisteis?

Cuando uno estaba en compañía de parejas, ésa solía ser una pregunta segura.

Oliver dijo:

—En el bar. En realidad, yo sólo había venido de vacaciones.

Moira explicó:

—Cuando conocí a Oliver yo estaba con otra persona. Tuvimos una aventura breve y tórrida, y luego nos escapamos juntos. Muy impropio de cualquiera de los dos.

Sombra pensó que no parecían la clase de gente dada a fugarse. Pero lo cierto era que todas las personas eran extrañas. Sabía que debía decir algo.

—Yo estuve casado. Mi mujer murió en un accidente de coche.

—Lo siento mucho —dijo Moira.

—Cosas que pasan —dijo Sombra.

—Cuando lleguemos a casa voy a preparar un Whisky Mac para cada uno —informó Moira—. Es whisky con vino de jengibre y agua caliente. Y yo me daré un baño caliente. Si no, voy a coger un resfriado de muerte.

Sombra se imaginó alargando la mano para coger la muerte, como si fuera una pelota de béisbol, y se estremeció.

La lluvia se intensificó y un relámpago repentino reflejó la silueta del mundo a su alrededor: cada roca gris del muro de piedra, cada brizna de hierba, cada charco y

cada árbol quedaron perfectamente iluminados, y luego se lo tragó todo una oscuridad más profunda que dejó imágenes fantasma en los ojos cegados por la noche de Sombra.

—¿Has visto eso? —preguntó Oliver—. Maldita sea.

El trueno retumbó y rugió, y Sombra aguardó a que finalizara antes de intentar hablar.

—No he visto nada —dijo. Hubo otro destello, menos brillante, y a Sombra le pareció ver algo que se alejaba de ellos en un campo apartado—. ¿Eso? —preguntó.

—Es un burro —dijo Moira—. Sólo es un burro.

Oliver se detuvo. Dijo:

—No tendríamos que haber vuelto así a casa. Tendríamos que haber cogido un taxi. Ha sido un error.

—Ollie —dijo Moira—. Ya no está lejos. Y sólo es un poco de lluvia. No estás hecho de azúcar, cariño.

Otro relámpago, tan brillante que casi los deja ciegos. En los campos no se veía nada. Oscuridad. Sombra se volvió hacia Oliver, pero el hombrecillo ya no estaba a su lado. La linterna de Oliver estaba en el suelo. Sombra parpadeó con la esperanza de recuperar la visión nocturna. El hombre se había desplomado, se había desmoronado sobre la hierba mojada a un lado del camino.

—¿Ollie? —Moira se puso en cuclillas junto a él con el paraguas a su lado. Le iluminó la cara con la linterna. Luego miró a Sombra—. No puede quedarse aquí —dijo, parecía confusa y preocupada—. Está diluviando.

Sombra se metió la linterna de Oliver en el bolsillo, le dio el paraguas a Moira y recogió a Oliver. No parecía que el hombre pesara mucho, y Sombra era un tipo corpulento.

—¿Está lejos?

—No —contestó ella—. No mucho. Ya casi estamos en casa.

Anduvieron en silencio, cruzaron el cementerio de una iglesia en las afueras de un prado y se internaron en un pueblo. Sombra veía luces encendidas en el interior de las viviendas de piedra gris que había alineadas en la única calle del pueblo. Moira dobló una esquina y se metió en una casa apartada de la carretera, y Sombra la siguió. Ella le abrió la puerta trasera.

La cocina era grande y cálida, y había un sofá medio cubierto de revistas apoyado contra una pared. El techo de la cocina era de vigas bajas y Sombra tenía que agachar la cabeza. Sombra le quitó el impermeable a Oliver y dejó caer la prenda al suelo. La ropa goteaba en el suelo de madera. Luego dejó al hombre en el sofá.

Moira llenó el hervidor de agua.

—¿Llamamos a una ambulancia?

Ella negó con la cabeza.

—¿Le pasa esto a menudo? ¿Se desploma y se desmaya?

Moira cogió tazas de una estantería.

—No es la primera vez que ocurre. Pero no se queda así mucho tiempo. Es narcoléptico, y si algo lo sorprende o lo asusta puede desmayarse. Pronto volverá en sí. Querrá té. Nada de Whisky Mac esta noche, por lo menos para él. A veces se despierta un poco mareado y no sabe dónde está, y otras veces recuerda todo lo que ha ocurrido mientras estaba desmayado. Y no soporta que monte un escándalo. Deja ahí tu mochila, al lado del horno Aga.

El agua empezó a hervir. Moira vertió el agua hirviendo en una tetera.

—Se tomará una taza de té de verdad. Me parece que yo me tomaré una manzanilla o esta noche no dormiré. Me relaja. ¿Y tú?

—Yo tomaré té, sí —dijo Sombra.

Aquel día había caminado más de treinta kilómetros y no le costaría conciliar el sueño. Se preguntó por Moira. Parecía tener la insuficiencia de su compañero perfectamente controlada, y Sombra se preguntó si no estaría esforzándose para no demostrar debilidad ante un desconocido. Le resultó admirable, aunque le parecía peculiar. Los ingleses eran raros. Pero comprendió eso de odiar que alguien «montara un escándalo». Sí.

Oliver se desperezó en el sofá. Moira estaba a su lado con una taza de té y lo ayudó a sentarse. Él tomó un poco de té, parecía mareado.

—Me ha seguido hasta casa —dijo con despreocupación.

—¿Qué es lo que te ha seguido, Ollie, cariño?

La voz de Moira era relajada, pero destilaba preocupación.

—El perro —dijo el hombre del sofá, y tomó otro sorbo de té—. El perro negro.

### III LOS CORTES

Esto es lo que Sombra averiguó aquella noche sentado a la mesa de la cocina con Moira y Oliver.

Se enteró de que Oliver no había sido feliz ni se había sentido realizado con el empleo que tuvo en la agencia de publicidad de Londres. Se había trasladado al pueblo y había pedido una baja médica extremadamente prematura. En la actualidad reparaba y reconstruía muros de piedra, al principio lo hacía por entretenimiento y después por dinero. Según explicó, la construcción de muros requería dotes artísticas y habilidad, suponía un ejercicio excelente y, cuando se hacía correctamente, era una práctica de meditación.

—Antes había cientos de personas que se ganaban la vida con los muros de piedra. Ahora apenas queda una docena de profesionales que sepan lo que hacen. Se ven muros reparados con hormigón o con bloques de hormigón. Es un arte que se está perdiendo. Me encantaría enseñarte cómo lo hago. Es una técnica muy útil. Hay que saber elegir la roca adecuada; a veces tienes que dejar que sea la piedra la que te diga



dónde debes colocarla. Y entonces es inamovible. No podrías derribarla ni con un tanque. Es extraordinario.

Supo que Oliver había estado muy deprimido hacía varios años, poco después de que él y Moira se conocieran, pero que los últimos años había estado muy bien. O, se corrigió, bastante bien.

Se enteró de que Moira era económicamente independiente, que el fondo fiduciario de su familia había hecho posible que ni ella ni sus hermanas tuvieran que trabajar, pero que, cuando le faltaba poco para cumplir los treinta años, decidió estudiar Magisterio. Le contó que ya no enseñaba, pero que era extremadamente activa en asuntos locales, y que había hecho campaña para conseguir que las rutas del autobús local siguieran en funcionamiento, y lo había conseguido.

Sombra supo, por lo que Oliver callaba, que Oliver tenía miedo de algo, mucho miedo, y cuando le preguntó a Oliver lo que le había asustado tanto, y a qué se había referido cuando había dicho que el perro negro lo había seguido hasta casa, respondió poniéndose a tartamudear y a mecerse. Aprendió que no debía hacerle más preguntas a Oliver.

Esto es lo que Oliver y Moira descubrieron sobre Sombra sentados a la mesa de la cocina.

No mucho.

A Sombra le cayeron bien. No era un hombre tonto; en su vida había confiado en personas que lo habían traicionado, pero esa pareja le caía bien, y le gustaba cómo olía su casa —a pan recién hecho y a mermelada y a cera para madera de nogal—, y aquella noche se fue a dormir a su trastero preocupado por el hombrecillo con la barba de chivo. ¿Y si lo que Sombra había visto en el campo no había sido un burro? ¿Y si había sido un perro enorme? Entonces, ¿qué?

Cuando Sombra despertó ya no llovía. Se preparó unas tostadas en la cocina vacía. Moira estaba en el jardín y cuando entró en la casa dejó pasar una ráfaga de aire helado por la puerta de la cocina.

—¿Has dormido bien? —le preguntó.

—Sí. Muy bien.

Había soñado que estaba en el zoológico. Se había visto rodeado de animales que no podía ver, pero los oía bufar y resoplar en sus corrales. Él era un niño que caminaba de la mano de su madre, y estaba a salvo y se sentía querido. Se había detenido ante la jaula de un león, pero lo que había dentro de la jaula era una esfinge, una bestia mitad león mitad mujer que movía la cola. La criatura le había sonreído y lo que vio fue la sonrisa de su madre. Oyó su voz, con acento, cálida y felina.

Decía: «Conócete a ti mismo».

«Ya sé quién soy», decía Sombra en su sueño, agarrándose a los barrotes de la jaula. Detrás de los barrotes se extendía el desierto. Veía pirámides. Veía sombras sobre la arena.

«¿Y entonces quién eres, Sombra? ¿De qué huyes? ¿Adónde huyes?».

«¿Quién eres?».

Y se había despertado preguntándose por qué se estaba haciendo esa pregunta, y añorando a su madre, que había muerto hacía veinte años, cuando él era un adolescente. Cuando recordaba cómo su madre lo había cogido de la mano, todavía sentía un consuelo extraño.

—Me temo que Ollie no se encuentra muy bien esta mañana.

—Lamento oírlo.

—Sí. Bueno, es inevitable.

—Os agradezco mucho que me hayáis dejado pasar la noche en vuestra habitación. Creo que me voy ya.

Moira dijo:

—¿Le echarías un vistazo a una cosa?

Sombra asintió, luego la siguió fuera y rodearon la casa. Ella señaló el parterre de rosas.

—¿Tú qué crees que es?

Sombra se agachó.

—«La huella de un perro enorme» —dijo—. Citando al doctor Watson.

—Sí —dijo—. Eso parece.

—Si hay un perro fantasma espectral por aquí —observó Sombra—, no debería dejar huellas. ¿No?

—La verdad es que no soy una experta en estos temas —dijo Moira—. Tenía una amiga que nos lo podría haber aclarado todo. Pero ella... —Se le apagó la voz. Entonces, añadió con más alegría—: ¿Sabes? La señora Camberley vive dos casas más abajo y tiene un dóberman pinscher. Es una cosa ridícula.

Sombra no estaba seguro de si la cosa ridícula era la señora Camberley o su perro.

Lo ocurrido la noche anterior le pareció menos inquietante y extraño, más explicable. ¿Qué importancia tenía que un perro desconocido los hubiera seguido hasta casa? Oliver se había asustado o sorprendido, y entonces se había desmayado debido a la narcolepsia, al susto.

—Bueno, te prepararé algo de comer antes de que te marches —dijo Moira—. Huevos cocidos. Esas cosas. Te alegrarás de tenerlos cuando estés en camino.

Entraron en la casa. Moira fue a guardar algo y volvió con aspecto de estar conmovida.

—Oliver se ha encerrado en el baño —dijo.

Sombra no sabía qué decir.

—¿Sabes lo que me gustaría? —prosiguió ella.

—No.

—Me gustaría que hablaras con él. Me gustaría que abriera la puerta. Me gustaría que hablara conmigo. Puedo oírlo ahí dentro. Puedo oírlo.

Y entonces dijo:

—Espero que no se esté cortando otra vez.

Sombra regresó al pasillo, se situó frente a la puerta del baño y llamó a Oliver.

—¿Me oyes? ¿Estás bien?

Nada. Dentro no se oía ningún ruido.

Sombra examinó la puerta. Estaba hecha de madera sólida. La casa era antigua, y antes hacían las puertas fuertes y recias. Cuando Sombra había utilizado el servicio aquella mañana, había advertido que la cerradura era de ojo y gancho. Se apoyó en el pomo de la puerta y empujó hacia abajo, y luego embistió la puerta con el hombro. Se abrió haciendo ruido de madera astillada.

Cuando estuvo en la cárcel, había visto morir a un hombre, lo apuñalaron durante una discusión absurda. Recordaba el charco de sangre que se había formado alrededor del cuerpo del tipo, que estaba tendido en la esquina del patio de ejercicios. La imagen había inquietado a Sombra, pero se obligó a mirar y a no apartar los ojos. Por algún motivo le pareció que apartar la mirada habría sido irrespetuoso.

Oliver estaba desnudo en el suelo del baño. Su cuerpo era pálido, y tenía el pecho y las ingles cubiertos de pelo espeso y oscuro. En la mano tenía la cuchilla de una maquinilla de afeitar antigua. La había utilizado para cortarse los brazos, el pecho por encima de los pezones, la cara interior de los muslos y el pene. Había manchas de sangre en su cuerpo, en el suelo de linóleo negro y blanco, y en el esmalte blanco de la bañera. Oliver tenía los ojos redondos y muy abiertos, como los de un pájaro. Estaba mirando directamente a Sombra, pero Sombra no estaba seguro de que estuviera viéndolo.

—¿Ollie? —dijo la voz de Moira desde el pasillo.

Sombra se dio cuenta de que estaba bloqueando la puerta y vaciló, dudaba si debía dejar que ella viera lo que había en el suelo o no.

Sombra cogió una toalla rosa del toallero y la utilizó para tapar a Oliver. Eso captó la atención del hombrecillo. Parpadeó, como si estuviera viendo a Sombra por primera vez, y dijo:

—El perro. Es por el perro. Hay que alimentarlo, ¿sabes? Nos estamos haciendo amigos.

Moira dijo:

—Oh, Dios santo.

—Llamaré a una ambulancia.

—Por favor, no lo hagas —dijo ella—. Estará bien en casa conmigo. No sé lo que haría... ¿Por favor?

Sombra cogió a Oliver, envuelto en la toalla, y lo llevó al dormitorio como si fuera un niño, y luego lo tumbó en la cama. Moira los siguió. Cogió un iPad que había junto a la cama, tocó la pantalla y empezó a sonar música.

—Respira, Ollie —dijo—. Recuerda. Respira. Todo irá bien. Te vas a poner bien.

—No puedo respirar bien —dijo Oliver con la voz apagada—. No mucho. Pero me noto el corazón. Noto los latidos de mi corazón.

Moira le estrechó la mano y se sentó en la cama, y Sombra los dejó a solas.

Cuando Moira entró en la cocina con la camisa remangada y un olor a crema antiséptica en las manos, Sombra estaba sentado en el sofá leyendo una guía de excursiones por la zona.

—¿Cómo está?

Ella se encogió de hombros.

—Tienes que conseguirle ayuda.

—Sí. —Estaba en medio de la cocina y miraba a su alrededor, como si no fuera capaz de decidir hacia qué lado volverse—. ¿Tienes...? O sea, ¿tienes que marcharte hoy? ¿Tienes algo previsto?

—Nadie me espera. En ningún sitio.

La mujer lo miró: le habían salido ojeras en sólo una hora.

—La última vez que pasó esto sólo duró unos días, y luego estaba perfectamente. La depresión no le dura mucho. Y me preguntaba si, bueno, si podrías quedarte por aquí. He telefoneado a mi hermana, pero está en plena mudanza. Y no puedo con esto yo sola. De verdad. Otra vez no. Pero tampoco puedo pedirte que te quedes, y menos si alguien te está esperando.

—Nadie me espera —repitió Sombra—. Y me quedaré por aquí. Pero creo que Oliver necesita ayuda profesional.

—Sí —convino Moira—. Necesita ayuda.

El doctor Scathelocke llegó a última hora de la tarde. Era amigo de Oliver y Moira. Sombra no estaba del todo seguro de si los médicos rurales británicos seguían haciendo visitas a domicilio, o si aquello era una visita socialmente justificada. El doctor entró en la habitación y salió veinte minutos después.

Se sentó a la mesa de la cocina con Moira, y le dijo:

—Es todo muy superficial. Una especie de grito de socorro. La verdad es que en el hospital no podremos hacer mucho más por él de lo que puedas hacer tú aquí para curarle los cortes. Antes teníamos una docena de enfermeras en esa ala del hospital. Ahora están intentando cerrarlo. Devolvérselo todo a la comunidad.

El doctor Scathelocke tenía el pelo rubio y era tan alto como Sombra, pero más desgarrado. A Sombra le recordaba al dueño del bar, y por un momento se preguntó si serían parientes. El doctor extendió varias recetas, y Moira se las dio a Sombra, además de entregarle las llaves de un viejo Range Rover de color blanco.

Sombra condujo hasta el pueblo vecino, encontró la diminuta farmacia y esperó a que le prepararan las recetas. Aguardó, algo incómodo, en un pasillo demasiado iluminado mientras miraba una exposición de lociones para el bronceado y cremas, tristemente superfluas en aquel verano frío y húmedo.

—Tú eres el señor Americano —dijo la voz de una mujer por detrás de él.

Se dio la vuelta. Era la mujer morena de pelo corto y vestía el mismo jersey de color verde oliva que llevaba en el bar.

—Supongo que sí —contestó.

—Se rumorea que estás echando una mano mientras Ollie está en horas bajas.

—Qué rápido ha corrido la voz.

—En un pueblo los rumores viajan más rápido que la luz. Me llamo Cassie Burglass.

—Sombra Moon.

—Buen nombre —dijo—. Me da escalofríos. —Sonrió—. Si vas a seguir haciendo excursiones mientras estés por aquí, te sugiero que visites la colina que hay justo pasado el pueblo. Sigue el camino hasta que se bifurque y luego gira a la izquierda. Te lleva hasta Wod's Hill. Las vistas son espectaculares. Es de acceso público. Sólo tienes que seguir hacia la izquierda y subir, no tiene pérdida.

Le sonrió. Tal vez sólo estaba siendo simpática con un desconocido.

—Aunque no me sorprende que sigas por aquí —prosiguió Cassie—. Es difícil marcharse de este sitio cuando te hinca las zarpas. —Volvió a sonreír, era una sonrisa cálida, y lo miró directamente a los ojos, como si estuviera intentando decidirse—. Creo que la señora Patel ya te ha preparado las recetas. Un placer hablar contigo, señor Americano.

#### IV EL BESO

Sombra ayudó a Moira. Fue a la tienda del pueblo y le compró las cosas que necesitaba mientras ella se quedaba en casa, escribiendo en la mesa de la cocina o rondando por el pasillo que daba acceso al dormitorio. Moira apenas hablaba. Él hacía los recados con el Range Rover blanco y veía a Oliver, sobre todo en el pasillo, arrastrando los pies hasta el baño y volviendo a la habitación. El hombre no le hablaba.

La casa estaba muy silenciosa: Sombra imaginaba al perro negro sentado en el tejado, bloqueando la luz del sol, lleno de emoción, lleno de sentimiento y verdad. Algo había bajado el volumen de aquella casa y había reducido todos los colores al blanco y negro. Le hubiera gustado estar en otra parte, pero no podía abandonarlos. Se sentó en su cama y contempló la lluvia que resbalaba por el cristal, y sintió cómo pasaban unos segundos de su vida que ya no volverían.

Había hecho un tiempo húmedo y frío, pero el tercer día salió el sol. El mundo no se calentó, pero Sombra intentó sacudirse el desánimo y decidió hacer un poco de turismo. Fue caminando hasta el pueblo de al lado: cruzó los campos, subió por caminos y siguió el recorrido marcado por un muro de piedra seca. Había un puente que cruzaba un arroyo estrecho que era poco más que un tablón, y Sombra saltó el agua con facilidad. En la colina había árboles, roble y espino, sicomoro y haya a los pies de la loma, y luego los árboles empezaban a escasear. Siguió el camino serpenteante, en algunos tramos su trazo era más evidente que en otros, hasta que llegó a una zona de descanso natural, como una pradera minúscula, en lo alto de la

colina, y allí le dio la espalda a la colina y contempló los valles y las montañas dispuestas a su alrededor en tonos verdes y grises como si fueran las ilustraciones de un libro infantil.

No estaba solo allí arriba. En la ladera había una mujer morena con el pelo corto que dibujaba sentada, cómodamente apoyada contra una roca gris. A su espalda había un árbol que la protegía del viento. Llevaba un jersey verde y unos vaqueros azules, y Sombra supo que era Cassie Burglass antes de verle la cara.

Ella se volvió mientras él se acercaba.

—¿Qué te parece? —le preguntó, levantando su bloc de dibujo para que le echara un vistazo.

Era un dibujo a lápiz de la ladera hecho con mucha seguridad.

—Eres muy buena. ¿Eres artista profesional?

—Hago mis pinitos —le dijo.

Sombra se había relacionado con ingleses el tiempo suficiente para saber que eso tanto podía significar que realmente hacía sus pinitos como que su trabajo se exponía con regularidad en la National Gallery o la Tate Modern.

—Debes de tener frío —le dijo—. Llevas sólo un jersey.

—Tengo frío —le contestó—. Pero aquí arriba estoy acostumbrada. La verdad es que no me molesta. ¿Cómo está Ollie?

—Sigue en horas bajas —le explicó Sombra.

—Pobre diablo —dijo, alternando la mirada entre el papel y la ladera—. Aunque me cuesta sentir lástima por él.

—¿Y eso? ¿Acaso te mató de aburrimiento con datos pintorescos?

Ella se rió, fue un resuello seco.

—Deberías prestar más atención a los rumores del pueblo. Cuando Ollie y Moira se conocieron, ambos estaban con otras personas.

—Eso ya lo sé. Me lo contaron ellos. —Sombra reflexionó un momento—. Entonces, ¿él estaba antes contigo?

—No. Era ella. Llevábamos juntas desde la universidad. —Se hizo un silencio. Sombreó algo rozando el papel con el lápiz—. ¿Vas a intentar besarme? —le preguntó.

—Yo, emmm. Yo, emmm —dijo. Y luego añadió con sinceridad—: No se me había pasado por la cabeza.

—Bueno —dijo ella, volviéndose para sonreírle—, pues deberías haberlo pensado. O sea, te pedí que subieras aquí y estás aquí, has venido a Wod's Hill sólo para verme. —Se concentró de nuevo en el papel y en el dibujo de la ladera—. Dicen que en esta colina se han hecho cosas oscuras. Oscuras y sucias. Y estaba pensando en hacer alguna marranada. Con el huésped de Moira.

—¿Es alguna especie de plan para vengarte?

—No es ningún plan, pero me gustan. Y por aquí ya no queda nadie que me desee como mujer.

La última vez que Sombra había besado a una mujer fue en Escocia. Pensó en ella y en lo que se había convertido al final.

—Tú eres real, ¿no? —le preguntó—. Me refiero a que... eres una persona de verdad. Quiero decir...

Ella dejó el bloc de papel encima de la roca y se levantó.

—Bésame y lo averiguarás —le dijo.

Él vaciló. Ella suspiró y lo besó.

Hacía frío en aquella ladera y los labios de Cassie estaban fríos. Tenía la boca muy suave. Cuando su lengua rozó la de él, Sombra se apartó.

—En realidad no te conozco —dijo Sombra.

Ella se inclinó hacia atrás y lo miró a la cara.

—¿Sabes? —le dijo—, el único sueño que me queda es que alguien me mire y me vea tal como soy. Había tirado la toalla hasta que apareciste tú, señor Americano, con tu nombre divertido. Pero tú me miraste y supe que me veías. Y eso es lo único que importa.

Sombra la abrazó y sintió la suavidad de su jersey en las manos.

—¿Cuánto tiempo te quedarás por aquí, por la zona? —le preguntó.

—Unos cuantos días. Hasta que Oliver se encuentre mejor.

—Es una lástima. ¿No puedes quedarte para siempre?

—¿Disculpa?

—No hay nada que disculpar, dulzura. ¿Ves ese claro de allí?

Él miró hacia la ladera, pero no veía lo que ella señalaba. La ladera era un amasijo de malas hierbas, arbustos y muros de piedra seca medio derruidos. Ella señaló su dibujo, donde había retratado una forma oscura, como un arco, en medio de una mata de arbustos que crecía en un lateral de la colina.

—Allí. Mira.

Él miró fijamente y esa vez lo vio enseguida.

—¿Qué es? —preguntó Sombra.

—La Puerta del Infierno —le dijo con dramatismo.

—Oh, oh.

Ella sonrió.

—Así es como la llaman por aquí. Creo que al principio era un templo romano, o algo incluso más antiguo. Pero eso es lo único que queda. Deberías ir a echarle un vistazo si te gustan esa clase de cosas. Aunque es un poco decepcionante: sólo es un pequeño pasadizo que desemboca de nuevo en la colina. Yo sigo esperando que algún día aparezca un grupo de arqueólogos y se pongan a hacer excavaciones y a catalogar todo lo que encuentren, pero nunca vienen.

Sombra observó su dibujo.

—¿Y qué sabes sobre perros negros enormes? —le preguntó.

—¿Como el de Shuck's Lane? —preguntó. Él asintió—. Dicen que el Barghest solía pasearse por aquí. Pero ahora sólo está en Shuck's Lane. Una vez el doctor

Scathelocke me dijo que formaba parte de la memoria popular. Los perros fantasma son lo único que queda de la Cacería Salvaje, que estaba basada en la idea de los lobos cazadores de Odín, Freki y Geri. Me parece que es incluso más antigua. Memoria prehistórica. Druidas. Es esa criatura que deambula en la oscuridad detrás del círculo de fuego esperando para hacerte pedazos si te alejas demasiado tú solo.

—Entonces, ¿lo has visto alguna vez?

Ella negó con la cabeza.

—No. Me he informado, pero nunca lo he visto. Mi bestia local semiimaginaria. ¿Y tú?

—No creo. Puede ser.

—Tal vez lo despertaras cuando viniste. A fin de cuentas, a mí me despertaste.

Estiró el brazo, tiró de la cabeza de Sombra hacia ella y volvió a besarla. Le cogió la mano izquierda, que era mucho mayor que la suya, y se la metió debajo del jersey.

—Cassie, tengo las manos frías —le advirtió.

—Bueno, yo lo tengo todo frío. Aquí arriba sólo hay frío. Tú límitate a sonreír y actúa como si supieras lo que estás haciendo —le dijo.

Tiró de la mano izquierda de Sombra hacia arriba hasta que estuvo sobre el encaje de su sujetador, y él pudo sentir, por debajo del encaje, su pezón duro y la suave curva de su pecho.

Empezó a rendirse al momento, sus dudas eran una mezcla de incomodidad e incertidumbre. No estaba seguro de lo que sentía por esa mujer: al fin y al cabo, tenía un pasado en común con sus benefactores. A Sombra nunca le había gustado sentirse utilizado; ya le había ocurrido demasiadas veces. Pero le estaba tocando el pecho con la mano izquierda y le cogía la nuca con la mano derecha, y se estaba inclinando y ahora ella estaba besándolo, y se estaba aferrando a él con tanta fuerza que Sombra pensó que parecía querer ocupar el mismo espacio que ocupaba él. La boca de Cassie sabía a menta, a piedra y a hierba y a la brisa gélida de la tarde. Cerró los ojos y se permitió disfrutar del beso y de la forma que tenían sus cuerpos de moverse juntos.

Cassie se quedó helada. Un gato maulló cerca de ellos. Sombra abrió los ojos.

—¡Dios mío! —exclamó.

Estaban rodeados de gatos. Gatos blancos y atigrados, gatos marrones, pelirrojos y negros, con el pelo largo y con el pelo corto. Había gatos con collar bien alimentados y gatos desaliñados con las orejas arañadas y aspecto de haber estado viviendo en graneros y al aire libre.

Miraban fijamente a Sombra y a Cassie con sus ojos verdes, azules y dorados, y no se movían. La única prueba de vida que vio Sombra fue alguna cola que se movía de vez en cuando y el parpadeo de algún par de ojos felinos.

—Esto es muy raro —dijo Sombra.

Cassie dio un paso atrás. Ya no la estaba tocando.

—¿Están contigo? —le preguntó ella.

—No creo que estén con nadie. Son gatos.



—Creo que están celosos —dijo Cassie—. Míralos. No les caigo bien.

—Eso es...

Sombra iba a decir que era una tontería, pero no, tenía cierto sentido. En otro continente y hacía muchos años, hubo una mujer que era una diosa y que se había preocupado por él, a su manera. Recordaba sus uñas afiladas y la rugosidad felina de su lengua.

Cassie miró a Sombra desapasionadamente.

—No sé quién eres, señor Americano —le dijo—. Ésa es la verdad. No sé por qué puedes mirarme y ver mi verdadero yo, ni por qué puedo hablar contigo cuando me cuesta tanto hablar con otras personas. Pero es así. ¿Y sabes? Pareces normal y tranquilo, pero eres mucho más raro que yo. Y yo soy extremadamente rara.

Sombra dijo:

—No te vayas.

—Diles a Ollie y a Moira que me has visto —le pidió—. Diles que si tienen algo que decirme estaré esperándolos donde hablamos por última vez.

Recogió su bloc de dibujo y sus lápices, y se marchó a toda prisa pasando con cuidado entre los gatos, que ni siquiera la miraron, sólo siguieron mirando fijamente a Sombra, mientras ella se alejaba entre el balanceo de la hierba y las ramas agitadas por el viento.

Sombra quiso llamarla, pero lo que hizo fue agacharse y contemplar los gatos.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó—. ¿Bast? ¿Lo estás haciendo tú? Estás muy lejos de casa. ¿Y por qué iba a seguir importándote a quién beso?

El hechizo se rompió en cuanto habló. Los gatos empezaron a moverse, a apartar la mirada, a ponerse de pie, a lavarse con ahínco.

Un gato pardo le empujó la mano con la cabeza con insistencia, en busca de atención. Sombra lo acarició distraídamente y le pasó los nudillos por la frente.

El gato lo arañó a toda velocidad con unas zarpas que eran como cimitarras diminutas, y le hizo sangre en el antebrazo. Luego ronroneó, se dio media vuelta, y en unos segundos todo el grupo desapareció por la ladera, se metieron por detrás de las rocas y entre la vegetación, y se desvanecieron.

## V

### LOS VIVOS Y LOS MUERTOS

Cuando Sombra volvió a casa, Oliver había salido de la habitación. Estaba sentado en la cálida cocina junto a una taza de té y leía un libro sobre arquitectura romana. Estaba vestido, se había afeitado el mentón y se había recortado la barba. Llevaba un pijama y una bata de tela escocesa encima.

—Me encuentro un poco mejor —dijo cuando vio a Sombra. Y añadió—: ¿Te ha ocurrido alguna vez? ¿Sufrir una depresión?

—Supongo que ahora, al mirar atrás, puedo decir que sí. Cuando murió mi mujer —admitió Sombra—. Todo se volvió estéril. Durante mucho tiempo, nada tuvo significado.

Oliver asintió.

—Es duro. A veces pienso que el perro negro es real. Me quedo en la cama pensando en la pesadilla de Fuseli sobre el pecho del durmiente. Como Anubis. ¿O era Set? Una cosa negra enorme. ¿Qué era Set? ¿Alguna especie de burro?

—Nunca me he topado con Set —dijo Sombra—. Fue anterior a mi tiempo.

Oliver se rió.

—Muy agudo. Y luego dicen que los americanos no sois irónicos. —Hizo una pausa—. En fin. Ahora ya está. Vuelvo a ser yo. Estoy listo para enfrentarme al mundo. —Tomó un sorbo de té—. Estoy un poco avergonzado. Ahora pesa sobre mí toda esa tontería del sabueso de los Baskerville.

—No tienes nada de lo que avergonzarte —dijo Sombra, pensando que los ingleses siempre encontraban algo de lo que avergonzarse.

—Bueno. Se mire por donde se mire, es todo un poco absurdo. Y me siento mucho más animado.

Sombra asintió.

—Si te encuentras mejor, supongo que debería irme ya hacia el sur.

—No hay prisa —dijo Oliver—. Siempre es agradable tener compañía. Moira y yo no salimos tanto como nos gustaría. La mayoría de las veces sólo nos damos un paseo hasta el pub. Me temo que no hay mucho más que hacer por estos pagos.

Moira entró en la casa procedente del jardín.

—¿Alguien ha visto la podadera? Sé que estaba por aquí. Algún día perderé la cabeza.

Sombra negó con un gesto, no sabía dónde estaba la podadera. Pensó en contarle a la pareja lo de los gatos de la colina y hablarles del comportamiento de los animales, pero no conseguía encontrar la forma de explicar lo raro que había sido. Entonces dijo sin pensar:

—Me he encontrado con Cassie Burglass en Wod's Hill. Me ha enseñado la Puerta del Infierno.

Lo miraron fijamente. Se había hecho un silencio incómodo en la cocina. Dijo:

—Estaba dibujándola.

Oliver lo miró y dijo:

—No lo entiendo.

—Me he tropezado con ella un par de veces desde que llegué —explicó Sombra.

—¿Qué? —Moira se había ruborizado—. ¿Qué estás diciendo? —Y enseguida añadió—: ¿Quién cojones eres tú para venir aquí y ponerte a decir esas cosas?

—Yo... yo no soy nadie —dijo Sombra—. Ella sólo empezó a hablar conmigo. Me contó que tú y ella estuvisteis juntas.

Moira tenía aspecto de querer pegarle. Pero se limitó a decir:

—Se mudó cuando rompimos. No fue una buena ruptura. Ella estaba muy dolida. Se comportó fatal. Luego, sencillamente, se marchó de repente y abandonó el pueblo en plena noche. Nunca volvió.

—No quiero hablar de esa mujer —dijo Oliver en voz baja—. Ni ahora, ni nunca.

—Escuchad. Estaba en el pub con nosotros —señaló Sombra—. Aquella primera noche. En ese momento no parecía que tuvierais ningún problema con ella.

Moira se quedó mirándolo sin contestar, como si acabara de decir algo en un idioma que ella no comprendiera. Oliver se frotó la frente con la mano.

—Yo no la vi —fue lo único que dijo.

—Bueno, pues cuando la he visto hoy me ha pedido que os saludara de su parte —dijo Sombra—. Me ha dicho que si alguno de los dos quería decirle algo, os estaría esperando.

—No tenemos nada que decirle. Nada en absoluto. —Moira tenía los ojos húmedos, pero no estaba llorando—. No me puedo creer que esa puta mujer haya vuelto a nuestras vidas después de todo lo que nos hizo pasar.

Moira tenía una forma rara de decir palabrotas, como si no se le diera bien.

Oliver dejó el libro encima de la mesa.

—Lo siento —dijo—. No me encuentro muy bien.

Regresó a la habitación y cerró la puerta.

Moira recogió la taza de Oliver, casi de forma automática, y se la llevó al fregadero, la vació y se puso a lavarla.

—Supongo que estarás satisfecho —dijo mientras frotaba la taza con un cepillo de fregar blanco, como si intentara borrar la cara de Beatrix Potter de la porcelana—. Ya se encontraba mucho mejor.

—No sabía que le afectaría tanto —se excusó Sombra.

Se sintió culpable al decirlo. Él sabía que Cassie y sus anfitriones tenían un pasado en común. Podría no haber dicho nada, después de todo. El silencio siempre era la opción más segura.

Moira secó la taza con un trapo de cocina verde y blanco. Las manchas blancas del trapo eran unas ovejas simpáticas, las verdes eran hierba. Se mordió el labio y las lágrimas que tenía acumuladas en los ojos le resbalaron por las mejillas. Y entonces preguntó:

—¿Dijo algo sobre mí?

—Sólo que antes vosotras dos erais pareja.

Moira asintió y se enjugó las lágrimas de su rostro joven pero viejo con el trapo gracioso.

—Cuando Ollie y yo empezamos a salir juntos, ella no pudo soportarlo. Cuando me mudé, ella colgó los pinceles, cerró el apartamento y se marchó a Londres. —Se sonó la nariz con energía—. Pero no debería quejarme. Todos tomamos nuestras propias decisiones. Y Ollie es un buen hombre. El único problema es que tiene un perro negro en la cabeza. Mi madre tenía depresión. Es duro.

Sombra dijo:

—He empeorado las cosas. Debería irme.

—Espera a mañana para marcharte. No te estoy echando, querido. No es culpa tuya que te hayas encontrado con esa mujer, ¿verdad? —Tenía los hombros caídos—. Ahí está. Encima de la nevera. —Cogió una herramienta que parecía una cizalla de jardín muy pequeña—. Es la podadora —le explicó—. Para los rosales, básicamente.

—¿Vas a hablar con él?

—No —dijo—. Las conversaciones con Ollie acerca de Cassie nunca acaban bien. Y en su estado, podría hundirlo todavía más. Esperaré a que se le pase.

Aquella noche Sombra cenó solo en el pub mientras el gato que había dentro de la caja de cristal lo fulminaba con la mirada. No vio a ningún conocido. Mantuvo una conversación breve con el dueño sobre lo mucho que estaba disfrutando de su estancia en el pueblo. Cuando salió del pub volvió a casa de Moira, pasó junto al viejo sicomoro, el árbol de la jaula, por Shuck's Lane. No vio nada que se moviera en los campos a la luz de la luna: ni perros, ni burros.

Todas las luces de la casa estaban apagadas. Entró en su habitación lo más silenciosamente que pudo y metió todas sus cosas en la mochila antes de irse a dormir. Sabía que se marcharía pronto.

Se tumbó en la cama y contempló la luz de la luna que se colaba en el trastero. Recordaba haber estado en el pub y a Cassie Burglass de pie a su lado. Pensó en la conversación que había mantenido con el dueño y la conversación de la primera noche, y en el gato de la caja de cristal, y, mientras meditaba, se le quitaron las ganas de dormir. Estaba completamente desvelado en aquella cama pequeña.

Sombra podía ser muy silencioso cuando era necesario. Se levantó de la cama, se vistió y luego, con las botas en la mano, abrió la ventana, se agarró del alféizar y se dejó caer, rodando en silencio, hasta la tierra del parterre de flores que había debajo. Se levantó, se puso las botas y se las ató en la penumbra. Ya hacía varios días que había luna llena, y estaba lo bastante brillante para proyectar sombras.

Sombra encontró una zona oscura junto a una pared y esperó allí.

Se preguntó si estaría actuando con sensatez. Parecía muy probable que se equivocara, que su memoria, o la de otras personas, le hubiera jugado una mala pasada. Todo era muy inverosímil, pero él ya había convivido antes con la inverosimilitud, ¿y qué perdería si se equivocaba? ¿Algunas horas de sueño?

Vio un zorro cruzando el campo, vio cómo un orgulloso gato blanco perseguía y mataba a un roedor pequeño, y vio varios gatos más paseándose por encima del muro del jardín. Vio una comadreja que se escabullía de sombra en sombra por el parterre de flores. Las constelaciones se movían en lenta procesión por el cielo.

La puerta se abrió y de la casa salió una figura. En parte, Sombra esperaba ver a Moira, pero era Oliver, con el pijama y una bata gruesa de tela escocesa encima. Calzaba unas botas Wellington y tenía un aspecto un tanto ridículo, como si fuera un inválido de una película en blanco y negro, o algún personaje de una obra de teatro.

No había ni un solo color en aquel mundo de luz de luna.

Oliver tiró de la puerta hasta que se cerró y luego se encaminó hacia la calle, pero lo hizo andando por la hierba en lugar de hacerlo pisando las piedras crujientes del camino. No se volvió, ni siquiera miró a su alrededor. Empezó a subir por el camino y Sombra aguardó hasta que lo hubo perdido casi de vista antes de empezar a seguirlo. Sabía adónde iba Oliver, tenía que ser ahí.

Sombra no se hizo preguntas, había dejado de hacerlo. Sabía adónde se dirigían los dos, con la misma seguridad que una persona en un sueño. Ni siquiera se sorprendió cuando, a medio camino de Wod's Hill, se encontró a Oliver esperándolo sentado en el tocón de un árbol. El cielo se estaba iluminando, sólo un poco, por el este.

—La Puerta del Infierno —dijo el hombrecillo—. Por lo que tengo entendido, siempre la han llamado así. Se remonta muchos años atrás.

Los dos hombres subieron juntos por el camino serpenteante. Oliver estaba muy cómico con su bata, su pijama a rayas y las enormes botas negras de goma. Sombra tenía el corazón acelerado.

—¿Cómo la trajiste hasta aquí? —preguntó Sombra.

—¿A Cassie? Yo no la traje. Fue idea suya que nos encontráramos aquí arriba. Le encantaba subir aquí a pintar. Aunque eso ya lo sabes. Esta colina es sagrada, y siempre le gustó eso. No es sagrada para los cristianos, claro. Más bien al contrario. La religión antigua.

—¿Druidas? —preguntó Sombra.

No estaba seguro de qué otras religiones antiguas había en Inglaterra.

—Podría ser. Es bastante probable. Pero creo que es anterior a los druidas. No tiene un nombre específico. Es sólo algo que practica la gente de esta zona por debajo de cualquier cosa que crean. Druidas, vikingos, católicos, protestantes, no importa. Es lo que respeta la gente de puertas para fuera. La religión antigua es lo que hace crecer las cosechas, lo que te pone la polla dura, la responsable de que nadie construya una autopista enorme en medio de una zona de una belleza natural excepcional. La Puerta del Infierno sigue en pie y la colina sigue en pie y todo sigue en pie. Todo está bien desde hace dos mil años. Nadie se dedica a tontear con algo tan poderoso.

Sombra le preguntó:

—Moira no lo sabe, ¿verdad? Ella piensa que Cassie se mudó.

El cielo seguía aclarándose por el este, pero el manto negro y púrpura que se extendía hacia el oeste continuaba salpicado de estrellas brillantes.

—Eso era lo que ella necesitaba creer. O sea, ¿qué otra cosa iba a pensar? Podría haber sido distinto si la policía se hubiera interesado... pero no fue como... Bueno. Se protege a sí misma. La colina. La puerta.

Estaban llegando a la pequeña pradera que había en la ladera de la colina. Pasaron junto a la roca donde Sombra vio a Cassie dibujando. Caminaron en dirección a la colina.

—El perro negro de Shuck's Lane —dijo Oliver—. En realidad, yo no creo que sea un perro. Pero lleva mucho tiempo allí. —Se sacó una pequeña linterna de luces LED del bolsillo de la bata—. ¿De veras hablaste con Cassie?

—Hablamos; incluso la besé.

—Qué raro.

—La primera vez que la vi fue en el pub, la noche que os conocí a ti y a Moira. Eso fue lo que hizo que empezara a imaginármelo. Esta noche, Moira ha hablado como si llevara años sin ver a Cassie. La desconcertó que le preguntara. Pero aquella primera noche, Cassie estaba de pie justo detrás de mí, y habló con nosotros. Esta noche he preguntado en el pub si Cassie se había pasado por allí, y nadie sabía de quién estaba hablando. Aquí os conocéis todos. Era la única explicación. Era la única forma de explicar lo que ella me había contado. De explicarlo todo.

Oliver ya casi había llegado al lugar que Cassie había denominado Puerta del Infierno.

—Pensé que sería muy sencillo. Yo se la entregaría a la colina y ella nos dejaría en paz. Dejaría tranquila a Moira. ¿Cómo pudo besarte?

Sombra no contestó.

—Es aquí —dijo Oliver.

Era un hueco en la ladera, como un pasillo corto de ida y vuelta. Tal vez, hace mucho tiempo, hubiera una estructura, pero la colina se había erosionado y las piedras habían regresado a la montaña de donde las habían extraído.

—Hay quien piensa que es adoración al diablo —dijo Oliver—. Y yo creo que se equivocan. Pero la verdad es que el dios de un hombre es el diablo de otro, ¿verdad?

Se metió en el pasadizo y Sombra lo siguió.

—Menuda gilipollez —dijo una voz de mujer—. Pero siempre fuiste un gilipollas, Ollie, maldita basura pusilánime.

Oliver no se movió ni reaccionó. Dijo:

—Está aquí. En la pared. Aquí es donde la dejé.

Apuntó la linterna hacia la pared, en el corto pasaje de la ladera. Inspeccionó la piedra seca con cautela, como si estuviera buscando algún punto que reconociera, y entonces hizo un pequeño gruñido de reconocimiento. Oliver se sacó una herramienta metálica del bolsillo, estiró el brazo hacia arriba todo lo que pudo y la utilizó para hacer saltar una roca pequeña. Luego se puso a extraer rocas del muro siguiendo una secuencia determinada, y cada piedra dejaba un espacio que permitía sacar la siguiente, alternando rocas grandes y pequeñas.

—Venga. Échame una mano.

Sombra ya sabía lo que vería detrás del muro, pero sacó las rocas y las dejó en el suelo, una a una.

Percibió un olor que se fue intensificando a medida que el agujero se hacía más grande, un hedor a podrido y moho. Oía a sándwiches de carne podridos. Lo primero que vio Sombra fue su cara, y a duras penas pudo identificar lo que veía: tenía las

mejillas hundidas, las cuencas de los ojos vacías, la piel negra y correosa, y, si tenía pecas, era imposible identificarlas; pero el pelo era el de Cassie Burglass, corto y negro, y gracias a la linterna vio que el cadáver llevaba un jersey de color verde oliva, y los vaqueros azules eran sus vaqueros azules.

—Es gracioso. Ya sabía que estaría aquí —dijo Oliver—. Pero tenía que verla. Después de todo lo que nos has dicho. Tenía que comprobarlo. Demostrar que ella seguía aquí.

—Mátalo —dijo la voz de mujer—. Golpéalo con una roca, Sombra. Él me mató. Ahora te matará a ti.

—¿Vas a matarme? —preguntó Sombra.

—Bueno, claro, es evidente —dijo el hombrecillo con su voz dulce—. O sea, tú sabes lo de Cassie. Y cuando estés muerto, podré olvidarme por fin de todo este asunto.

—¿Olvidar?

—Perdonar y olvidar. Pero es complicado. No me resulta fácil perdonarme, pero estoy seguro de que puedo olvidar. Ya está. Creo que ahora hay espacio suficiente para que te metas ahí si te aprietas.

Sombra miró al hombrecillo.

—Sólo por saberlo —le dijo con curiosidad—, ¿cómo vas a conseguir que me meta ahí? No llevas pistola. Y, Ollie, soy el doble de grande que tú. Podría romperte el cuello, ¿sabes?

—No soy estúpido —dijo Oliver—. Tampoco soy malo. No soy sumamente bueno, pero eso ahora no importa. Es decir, hice lo que hice porque estaba celoso, no porque estuviera loco. Pero no habría subido aquí arriba yo solo. Verás, éste es el templo del perro negro. Estos lugares fueron los primeros templos. Antes de que aparecieran los primeros círculos de piedras prehistóricas y los menhires, estas construcciones ya estaban aquí, y la gente les rendía culto, y les ofrecía sacrificios, y los temía y los apaciguaba. Tanto Shuck el Negro, como Barghest, los Padfoots y los perros fantasma. Estaban todos aquí y siguen en guardia.

—Golpéalo con una piedra —dijo la voz de Cassie—. Golpéalo, Sombra, por favor.

El pasadizo en el que estaban se internaba un poco en la ladera, era como una gruta hecha por el hombre con muros de piedra seca. No parecía un templo de la antigüedad. No parecía una puerta al infierno. El cielo que daría paso al alba recortaba la silueta de Oliver. Con su voz suave y siempre educada dijo:

—Él está en mí. Y yo estoy en él.

El perro negro apareció en la entrada y bloqueó la salida al mundo exterior, y Sombra supo enseguida que, fuera lo que fuese, no era un perro de verdad. Le brillaban los ojos de verdad, con una luminiscencia que le recordó a las criaturas marinas podridas. En términos de tamaño y amenaza era a un lobo lo que un tigre a un lince: completamente carnívoro, una criatura hecha de peligro y amenaza. Era más

alto que Oliver y se quedó mirando a Sombra y rugió, fue un gruñido que resonó en lo más profundo de su pecho. Y entonces saltó.

Sombra levantó el brazo para protegerse la garganta y la criatura le hincó los dientes en la carne, justo por debajo del codo. El dolor era insoportable. Sabía que debería plantar cara, pero le estaban flaqueando las piernas y estaba gritando, era incapaz de pensar con claridad, incapaz de concentrarse en nada que no fuera el miedo que tenía de que aquella criatura lo devorara, el temor de que estuviera destrozándole el hueso del antebrazo.

En algún rincón profundo de su mente sospechaba que era el perro quien creaba el miedo, que él, Sombra, no estaba paralizado por el miedo. En realidad, no. Pero no importaba. Cuando la criatura le soltó el brazo, estaba llorando y le temblaba todo el cuerpo.

Oliver dijo:

—Métete ahí, Sombra. Por el agujero de la pared. Date prisa. O haré que te arranque la cara de un mordisco.

A Sombra le sangraba el brazo, pero se levantó y se metió por el hueco de la pared sin rechistar. Si se quedaba allí fuera, con la bestia, moriría pronto y moriría sufriendo mucho. Lo sabía con la misma seguridad con la que sabía que el sol saldría al día siguiente.

—Pues sí —dijo la voz de Cassie en su cabeza—. Saldrá el sol. Pero, como no te espabiles, tú nunca volverás a verlo.

Apenas había espacio para él y el cuerpo de Cassie en la cavidad que se abría detrás de la pared. Sombra había visto la expresión de dolor y rabia en la cara de la chica, como la cara del gato que estaba dentro de la caja de cristal, y entonces supo que a ella también la habían emparedado viva.

Oliver cogió una roca del suelo y la colocó en el muro, en el hueco de la pared.

—Mi teoría —dijo, levantando otra piedra y colocándola en su sitio— es que se trata de un lobo gigante prehistórico. Pero éste es mayor que el lobo gigante. Tal vez sea el monstruo de nuestros sueños, de cuando vivíamos en cuevas. Tal vez sólo fuera un lobo, pero en aquella época nosotros éramos más bajos, pequeños homínidos que nunca conseguíamos correr con suficiente rapidez para escapar.

Sombra se apoyó en la pared de roca que tenía detrás. Se apretó el brazo izquierdo con la mano derecha con la intención de cortar la hemorragia.

—Esto es Wod's Hill —dijo Sombra—. Y eso es un perro de Wod. A mí no me sorprendería.

—Eso no importa.

Más piedras sobre piedras.

—Ollie —dijo Sombra—. La bestia te va a matar. Ya está dentro de ti. Eso no es bueno.

—El viejo Shuck no me hará daño. El viejo Shuck me quiere. Cassie está en el muro —dijo Oliver, y dejó una roca encima de las demás, que aterrizó con un crujido



—. Ahora tú estás en el muro con ella. Nadie te está esperando. Nadie va a venir a buscarte. Nadie llorará por ti. Nadie te echará de menos.

Sombra sabía que en aquel espacio minúsculo había tres personas en lugar de dos, aunque nunca podría decirle a nadie cómo lo sabía. Estaba Cassie Burglass, en cuerpo (podrida y seca y apestando todavía a descomposición) y en alma, y también había algo más, algo que se le enroscaba entre las piernas y que le empujó la mano herida con suavidad. Una voz le habló desde algún sitio cercano. Sombra conocía esa voz, aunque tenía un acento raro.

Era la voz con la que hablaría un gato, si un gato fuera una mujer: expresiva, oscura, musical. La voz decía:

«No deberías estar aquí, Sombra. Tienes que pararte y tienes que hacer algo. Estás dejando que el resto del mundo tome las decisiones por ti».

Sombra dijo en voz alta:

—Eso no es del todo justo, Bast.

—Tienes que estarte calladito —dijo Oliver con delicadeza—. Hablo en serio.

Estaba recolocando las rocas del muro de forma rápida y eficiente. Ya le llegaban por el pecho a Sombra.

«Mrrr. ¿No? Cariño, la verdad es que no tienes ni idea. No tienes ni idea de quién eres, ni de lo que eres, ni de lo que eso significa. Si te empareda y mueres en esta colina, este templo se sostendrá para siempre, y sea cual sea el revoltijo de creencias que tenga la gente que vive aquí, funcionará y hará magia. Pero el sol seguirá poniéndose y todos los cielos se teñirán de gris. Todas las cosas estarán de duelo y ellos no sabrán por qué. El mundo será peor, para la gente, para los gatos, para los que recordamos, para los olvidados. Tú has muerto y tú has regresado. Tú eres importante, Sombra, y no deberías morir aquí, no deberías ser un triste sacrificio oculto en una ladera».

—¿Y qué sugieres que haga? —susurró.

«Pelear. La bestia es imaginaria. Extrae su poder de ti, Sombra. Estás cerca y por eso es más real. Es lo bastante real para apoderarse de Oliver. Lo bastante real para lastimarte».

—¿Yo?

—¿Crees que los fantasmas pueden hablarle a todo el mundo? —preguntó la voz de Cassie Burglass en la oscuridad, con urgencia—. Somos polillas. Y tú eres la luz.

—¿Y qué puedo hacer? —preguntó Sombra—. Me ha mordido el brazo. Ha estado a punto de arrancarme la garganta.

«Oh, dulzura. Sólo es una sombra. Es un perro de la noche. Sólo es un chacal demasiado grande».

—Es real —contestó Sombra.

La última piedra estaba encajando en su sitio.

—¿De verdad temes al perro de tu padre? —preguntó la voz de una mujer.

Sombra desconocía si era una diosa o un fantasma.

Pero sabía la respuesta. Sí. Sí, tenía miedo.

Su brazo izquierdo sólo era dolor y no podía utilizarlo, y tenía tanta sangre en la mano derecha que estaba resbaladiza y pegajosa. Se hallaba emparedado en una cavidad entre un muro y una roca. Pero de momento estaba vivo.

—Espabílate —dijo Cassie—. Yo ya he hecho todo lo que podía. Hazlo.

Se impulsó contra las rocas que había detrás del muro y levantó los pies. Entonces dio una patada con las botas, con ambas piernas a la vez, valiéndose de todas las fuerzas que tenía. Había caminado muchos kilómetros aquellos últimos meses. Era un hombre corpulento, y más fuerte que la mayoría. Volcó toda la energía que tenía en esa patada.

El muro explotó.

La bestia se abalanzó sobre él, el perro negro de la desesperación, pero esa vez Sombra estaba preparado. Esa vez él era el agresor. Se agarró a la criatura.

«No pienso ser el perro de mi padre».

Utilizó la mano derecha para cerrarle la boca a la bestia. Miró fijamente sus ojos verdes. No creía que aquella criatura fuera un perro, no del todo.

«Ya es de día —le dijo Sombra al perro con la mente en lugar de emplear la voz—. Seas lo que seas, huye. Regresa a tu jaula, vuelve a tu tumba, pequeño perro fantasma. Sólo sirves para deprimirnos y llenar el mundo de sombras e ilusiones. La época en la que corrías con la Cacería Salvaje o cazabas humanos aterrorizados ha terminado. No sé si eres el perro de mi padre o no. Pero ¿sabes una cosa? No me importa».

Y dicho esto, Sombra inspiró hondo y soltó el hocico del perro.

La criatura no lo atacó. Hizo un sonido, un gemido gutural, casi un gimoteo.

—Vete a casa —ordenó Sombra en voz alta.

El perro vaciló. Sombra pensó por un momento que había ganado, que estaba a salvo, que el perro se marcharía sin más. Pero entonces la criatura agachó la cabeza, erizó el pelo del cuello y le mostró los dientes. Sombra supo que no se marcharía hasta que estuviera muerto.

El pasadizo de la ladera se estaba llenando de luz: el sol del amanecer brillaba directamente dentro del pasaje. Sombra se preguntó si las personas que lo habían construido, tantos años atrás, habrían alineado su templo con el sol del amanecer. Dio un paso a un lado, tropezó con algo y se cayó al suelo con torpeza.

Oliver estaba inconsciente, tendido en la hierba al lado de Sombra. Había tropezado con su pierna. El hombre tenía los ojos cerrados; hizo un sonido gutural, un gruñido, y Sombra oyó el mismo ruido, magnífico y triunfal, procedente de la bestia oscura que bloqueaba la puerta del templo.

Sombra estaba abatido y herido, y sabía que era hombre muerto.

Algo suave le tocó la cara con delicadeza.

Otra cosa le rozó la mano. Sombra miró a un lado y lo comprendió. Entendió por qué Bast había estado con él en aquel lugar, y comprendió quién la había traído.

Los habían triturado y esparcido por aquellos campos hacía ya más de cien años, los habían robado de la tierra que había alrededor del templo de Bast y Beni Hasan. Toneladas y toneladas de ellos, miles de gatos momificados, cada gato era una diminuta representación de la deidad, cada gato era una forma de rendir culto conservada para toda la eternidad.

Estaban allí, en aquel espacio, junto a él: marrones y de color arena y gris oscuro, gatos con manchas de leopardo y gatos con rayas de tigre, salvajes, ágiles y antiguos. Ésos no eran los gatos de la zona que Bast le había enviado para vigilarlo el día anterior. Ésos eran los ancestros de aquellos gatos, de todos nuestros gatos modernos, de Egipto, del delta del Nilo, de hace miles de años, traídos hasta allí para que crecieran las cosechas.

Trinaban y silbaban, no maullaban.

El perro negro rugió más fuerte, pero no hizo ningún ademán de atacar. Sombra intentó sentarse.

—Pensaba que te había dicho que te marcharas a casa, Shuck —le dijo.

El perro no se movió. Sombra abrió la mano derecha e hizo un gesto. Era un gesto de rechazo, de impaciencia. «Acabad con esto».

Los gatos brincaron con facilidad, como si estuvieran siguiendo una coreografía. Aterrizaron sobre la bestia, cada uno de ellos transformado en un torbellino con los colmillos y las pezuñas más afilados que nunca. Hundían las pezuñas puntiagudas en los flancos negros de la bestia gigantesca, se las clavaban en los ojos. El perro intentaba morderlos, enfadado, y se lanzaba contra la pared, desprendiendo más rocas, tratando de sacudírselos, pero no lo conseguía. Los feroces dientes de los gatos se le clavaban en las orejas, en el hocico, la cola y las patas.

La bestia aullaba y rugía, y entonces hizo un ruido y Sombra pensó que, si hubiera salido de cualquier garganta humana, habría sido un grito.

Sombra nunca estuvo seguro de lo que ocurrió a continuación. Vio cómo el perro negro metía el hocico en la boca de Oliver y empujaba con fuerza. Podría haber jurado que la criatura se metía dentro de Oliver, como un oso metiéndose en un río.

Oliver se estremeció con violencia en la arena.

El grito se apagó y la bestia desapareció, y la luz del sol llenó el hueco de la colina.

Sombra notó que temblaba. Se sentía como si se hubiera despertado mientras andaba sonámbulo; las emociones fluían por su cuerpo como la luz del sol: miedo, repulsión, tristeza y dolor, mucho dolor.

También estaba enfadado. Sabía que Oliver había intentado matarlo y, por primera vez en días, estaba pensando con claridad.

La voz de un hombre gritó:

—¡Hola! ¿Estáis todos bien?

Se oyó un ladrido y un lurcher entró en el pasadizo, olisqueó a Sombra, que estaba apoyado contra la pared, husmeó a Oliver Bierce, que estaba inconsciente en el

suelo, y luego escudriñó los restos de Cassie Burglass.

La silueta de un hombre apareció en la salida al mundo exterior, una silueta de papel gris recortada contra el sol del alba.

—*¡Needles! ¡Déjalo!* —dijo. El perro volvió al lado del hombre. El tipo dijo—: He oído gritar a alguien. Aunque no estoy seguro de que fuera una persona. Pero lo he oído. ¿Has sido tú?

Y entonces vio el cadáver y se quedó de piedra.

—*¡Santa puta madre de todos los malditos bastardos!* —exclamó.

—Se llamaba Cassie Burglass —dijo Sombra.

—¿La ex novia de Moira? —preguntó el hombre. Sombra sabía que era el dueño del pub, pero no recordaba si alguna vez le había dicho su nombre—. Maldita Nora. Pensaba que se había ido a Londres.

A Sombra se le revolvió el estómago.

El dueño del pub se arrodilló junto a Oliver.

—Todavía le late el corazón —dijo—. ¿Qué le ha pasado?

—No estoy seguro —dijo Sombra—. Gritó cuando vio el cuerpo, debiste de oírlo. Y entonces se desplomó. Y entró tu perro.

El hombre miró a Sombra, preocupado.

—¿Y tú? ¡Mírate! ¿Qué te ha pasado, tío?

—Oliver me pidió que subiera aquí con él. Me dijo que tenía que confesarme algo horrible. —Sombra miró el muro que se extendía a ambos lados del pasadizo. Allí había más huecos tapiados. Se hacía una idea de lo que encontrarían tras ellos si los abrían—. Me pidió que lo ayudara a abrir la pared. Y lo hice. El muro me derribó al caer. Me cogió por sorpresa.

—¿Te explicó por qué lo había hecho?

—Por celos —confesó Sombra—. Sólo estaba celoso de Moira y Cassie, incluso después de que Moira dejara a Cassie por él.

El hombre exhaló y negó con la cabeza.

—Maldita sea —dijo—. Es el último tipo que imaginaría capaz de hacer una cosa así. *¡Needles! ¡Déjalo!* —Se sacó el teléfono móvil del bolsillo y llamó a la policía. Luego se excusó—. Tengo que esconder una bolsa de caza hasta que se marche la policía —explicó.

Sombra se levantó y se examinó los brazos. Tenía el brazo izquierdo del jersey y el abrigo desgarrados, como si se lo hubieran roto unos dientes enormes, pero por debajo de la tela tenía la piel intacta. No tenía sangre en la ropa ni en las manos.

Se preguntó qué aspecto habría tenido su cadáver si lo hubiera matado el perro negro.

El fantasma de Cassie estaba a su lado y observaba su cuerpo, que sobresalía del agujero de la pared. Sombra se dio cuenta de que el cadáver tenía las yemas de los dedos y las uñas destrozadas, como si durante las horas o los días pasados antes de morir hubiera intentado derribar las piedras del muro.

—Mira eso —dijo ella, contemplándose—. Pobrecilla. Como un gato en una caja de cristal. —Luego se volvió hacia Sombra—. En realidad no me gustabas —le dijo—. Ni siquiera un poco. No lo lamento. Sólo necesitaba llamar tu atención.

—Ya lo sé —dijo Sombra—. Me habría gustado conocerte cuando estabas viva. Podríamos haber sido amigos.

—Estoy segura de que sí. Ha sido duro estar ahí. Me alegro de haber acabado con todo esto. Te pido perdón, señor Americano. Intenta no odiarme.

A Sombra le lloraban los ojos. Se los enjugó con la camisa. Cuando volvió a abrirlos estaba solo en el pasadizo.

—No te odio —le dijo.

Notó cómo una mano estrechaba la suya. Salió a la luz de la mañana, respiró, se estremeció y oyó las sirenas a lo lejos.

Llegaron dos hombres que transportaron a Oliver en una camilla colina abajo hasta la carretera, y una vez allí se lo llevó una ambulancia con la sirena puesta para alertar a las ovejas de los caminos que debían ceñirse a los márgenes verdes.

Cuando la ambulancia se marchó, apareció una agente de policía acompañada de un agente más joven. Conocían al dueño del pub, y a Sombra no le sorprendió descubrir que también se apellidaba Scathelocke, y a los dos les impresionaron mucho los restos mortales de Cassie, hasta tal punto que el policía joven tuvo que salir del pasadizo y vomitar en los helechos.

Si a alguno de los dos se le había ocurrido inspeccionar las demás cavidades tapiadas del pasadizo en busca de pruebas de crímenes antiguos, se las apañaron para no dar muestras de ello, y Sombra no iba a sugerirlo.

Hizo una declaración breve, luego los acompañó hasta la comisaría de policía local, donde hizo una declaración más completa a un agente de policía corpulento con una barba importante. Lo que más pareció preocuparle al oficial fue que le hubieran dado una taza de café instantáneo a Sombra y que él, como turista americano, se llevara una impresión equivocada de la Inglaterra rural.

—Las cosas no suelen ser así por aquí arriba. Es todo muy tranquilo. Un lugar encantador. No me gustaría que pensara que somos todos así.

Sombra le aseguró que no pensaba eso en absoluto.

## VI EL ACERTIJO

Cuando volvió de la comisaría de policía, Moira estaba esperándolo. La acompañaba una mujer de unos sesenta años que parecía agradable y tranquilizadora, la clase de persona que cualquiera querría tener cerca en una crisis.

—Sombra, ésta es Doreen. Mi hermana.

Doreen le estrechó la mano mientras le explicaba que lamentaba no haber podido

estar allí la semana anterior, pero que había estado de mudanza.

—Doreen es juez en un juzgado de primera instancia —le explicó Moira.

A Sombra le costaba imaginar que aquella mujer fuera juez.

—Están esperando a que Ollie recupere la conciencia —dijo Moira—. Y luego lo acusarán de asesinato.

Lo dijo con aire pensativo, pero de la misma forma que le habría preguntado a Sombra dónde creía que debía plantar unas bocas de dragón.

—¿Y tú qué vas a hacer?

Ella se rascó la nariz.

—Estoy conmocionada. Ya no sé lo que hago. No dejo de pensar en los últimos años. Pobre, pobre Cassie. Ella nunca pensó que él tuviera ninguna malicia.

—A mí nunca me gustó —dijo Doreen, y sorbió por la nariz—. En mi opinión, sabía demasiadas cosas y nunca sabía cuándo callarse. Siempre estaba parlotando. Como si tratara de ocultar algo.

—Tu mochila y tu colada están en el coche de Doreen —dijo Moira—. He pensado que podríamos llevarte a algún sitio, si quieres. O si prefieres seguir paseando, puedes irte andando.

—Gracias —dijo Sombra.

Sabía que ya nunca sería bienvenido en la casita de Moira, ya no.

Entonces Moira habló con urgencia y enfado, como si fuera lo único que quisiera saber:

—Dijiste que habías visto a Cassie. Nos lo dijiste ayer. Eso fue lo que trastornó a Ollie. Me dolió mucho. ¿Por qué dijiste que la habías visto si estaba muerta? No pudiste haberla visto.

Sombra había estado pensando en eso mientras hacía su declaración policial.

—No lo entiendo —contestó—. Yo no creo en los fantasmas. Tal vez fuera alguna chica de por aquí con ganas de gastar una broma al turista yanqui.

Moira lo miró con unos feroces ojos color avellana, como si estuviera intentando creerlo pero fuera incapaz de dar un último salto de fe. Su hermana estiró el brazo y la cogió de la mano.

—Hay más cosas en el cielo y la tierra, Horacio. Creo que será mejor que lo dejemos estar.

Moira miró a Sombra, incrédula, enfadada, y siguió mirándolo durante un buen rato antes de inspirar hondo y decir:

—Sí. Sí, supongo que sí.

El coche estaba en silencio. Sombra quería disculparse con Moira, decir algo que pudiera mejorar las cosas.

Pasaron junto al árbol de la jaula.

—«Había diez lenguas dentro de una cabeza» —recitó Doreen, con una voz un poco más alta y más formal que la voz con la que había hablado anteriormente—. «Y una se fue a buscar un poco de pan para alimentar a los vivos y a los muertos». Ese

acertijo se escribió por esta esquina y ese árbol.

—¿Y qué significa?

—Un chochín anidó en el interior de una calavera de un cadáver enjaulado, y entraba y salía volando de la mandíbula para alimentar a sus crías. La vida se abre camino incluso a través de la muerte.

Sombra pensó un rato en ello y le dijo que suponía que probablemente era cierto.

Octubre de 2014  
Florida / Nueva York / París



NEIL GAIMAN. Los libros para niños y adultos de Neil Gaiman han merecido numerosos elogios y un amplio reconocimiento, y es el único autor que ha ganado tanto el premio Carnegie Medal como el Newbery Medal por una misma obra: *El libro del cementerio*. Algunos de sus títulos más famosos, entre ellos *Coraline* y *Stardust*, han sido adaptados al cine. También ha escrito dos episodios de la serie de televisión «Doctor Who» —uno de los cuales obtuvo un premio Hugo—, y tiene su propio personaje en «Los Simpson».



Algunos de los cuentos incluidos en esta colección se publicaron antes en otros libros. A continuación encontraréis detallada la información sobre los *copyrights* y los derechos:

Introducción. 2014, Neil Gaiman.

«Cómo montar una silla». 2011, Neil Gaiman. Apareció por primera vez en el CD *An Evening with Neil Gaiman and Amanda Palmer*. Biting Dog Press limited edition, Broadsheets, 2011.

«Un laberinto lunar». 2013, Neil Gaiman. Se publicó por primera vez en el libro *Shadows of the New Sun: Stories in Honor of Gene Wolfe*.

«Lo que pasa con Cassandra». 2010, Neil Gaiman. Se publicó por primera vez en *Songs of Love and Death*.

«En la oscura profundidad del mar». 2013, Neil Gaiman. Se publicó por primera vez en la red en [www.guardian.com](http://www.guardian.com).

«“La verdad es una cueva en las montañas negras...”». 2010, Neil Gaiman. Se publicó por primera vez en *Stories*.

«Mi última casera». 2010, Neil Gaiman. Se publicó por primera vez en *Off the Coastal Path: Dark Poems of the Seaside*.

«Una historia de aventuras». 2012, Neil Gaiman. Se publicó por primera vez en *McSweeney's Issue 40*.

«Naranja». 2008, Neil Gaiman. Se publicó por primera vez en *The Starry Rift*.

«Un calendario de cuentos». 2013, Neil Gaiman. Se publicó por primera vez en la red con el título *A Calendar of Tales*.

«El caso de la muerte y la miel». 2011, Neil Gaiman. Se publicó por primera vez en *A Study in Sherlock: Stories Inspired by the Holmes Canon*.

«El hombre que olvidó a Ray Bradbury». 2012, Neil Gaiman. Se publicó por primera vez en *Shadow Show: All-New Stories in Celebration of Ray Bradbury*.

«Jerusalén». 2007, Neil Gaiman. La primera vez lo emitió Radio 4 de la BBC. Se publicó por primera vez en *A Little Gold Book of Ghastly Stuff*.

«Clic-Clac, el sonajero». 2013, Neil Gaiman. Se publicó por primera vez en *Impossible Monsters*.

«Un conjuro contra la curiosidad». 2009, Neil Gaiman. Se publicó por primera vez en *Songs of the Dying Earth*.

«“Y llora, como Alejandro”». 2011, Neil Gaiman. Se publicó por primera vez en *Fables of the Fountain*.

«Las nada en punto». 2013, Neil Gaiman y BBC Worldwide Limited. Se publicó por primera vez en la colección *Doctor Who: 11 Doctors, 11 Stories*, editado por Puffin. BBC, DOCTOR WHO (tipografías, logos y emblemas), TARDIS, DALEKS, CYBERMAN y K-9 (tipografías y emblemas) son marcas registradas de la BBC y se han utilizado con las debidas licencias. El logo de la BBC, 1996. El logo del Doctor Who BBC, 2012. La licencia pertenece a la BBC en todo el mundo. Todos los derechos reservados.

«Diamantes y perlas: un cuento de hadas». 2009, Neil Gaiman. Se publicó por primera vez en *Who Killed Amanda Palmer: A Collection of Photographic Evidence*.

«El retorno del delgado duque blanco». 2004 y 2014, Neil Gaiman. Se publicó por primera vez un fragmento del cuento en *V Magazine*.

«Terminaciones femeninas». 2007, Neil Gaiman. Se publicó por primera vez en *Four Letter Word: New Love Letters*.

«Ceñirse a las formalidades». 2009, Neil Gaiman. Se publicó por primera vez en *Troll's Eye View: A Book of Villainous Tales*.

«La joven durmiente y el huso». 2013, Neil Gaiman. Se publicó por primera vez en *Rags and Bones: New Twists on Timeless Tales*.

«El oficio de bruja». 2012, Neil Gaiman. Se publicó por primera vez en *Under My Hat: Tales from the Cauldron*.

«En *Relig Odhráin*». 2011, Neil Gaiman. Se publicó por primera vez en formato de edición limitada en beneficio de la Comic Book Legal Defense Fund.

«Black Dog». 2015, Neil Gaiman.